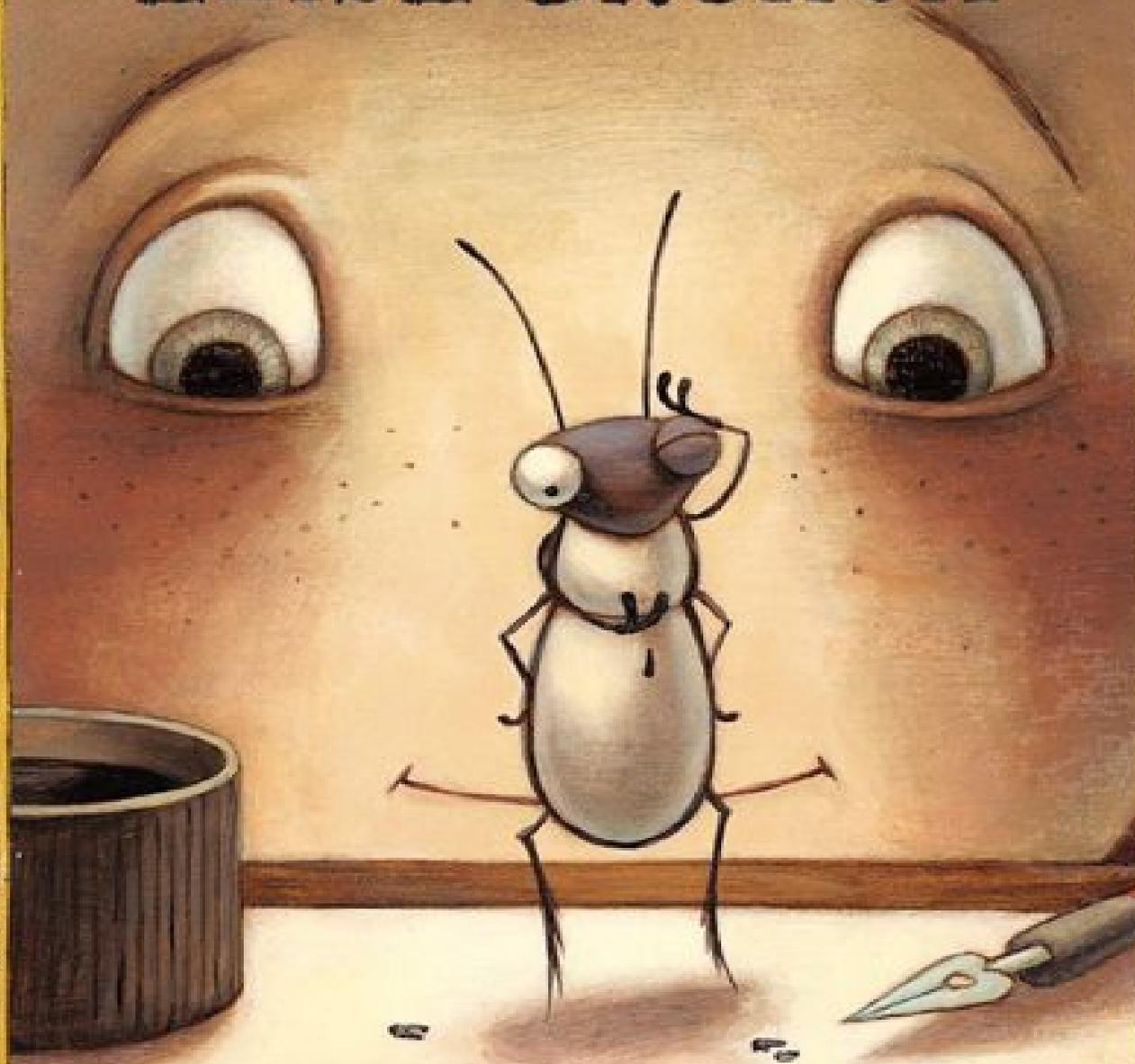


**ELISE BROACH**



**EL MISTERIO DEL  
CUADRO ROBADO**

La gran aventura de Marvin y James

Ilustraciones de Kelly Murphy

Siruela

# EL MISTERIO DEL CUADRO ROBADO

La gran aventura de Marvin y James

## ELISE BROACH

Ilustraciones de  
**Kelly Murphy**



Traducción del inglés de  
Mireya Hernández Pozuelo

**S**iruela

Las Tres Edades

## Índice

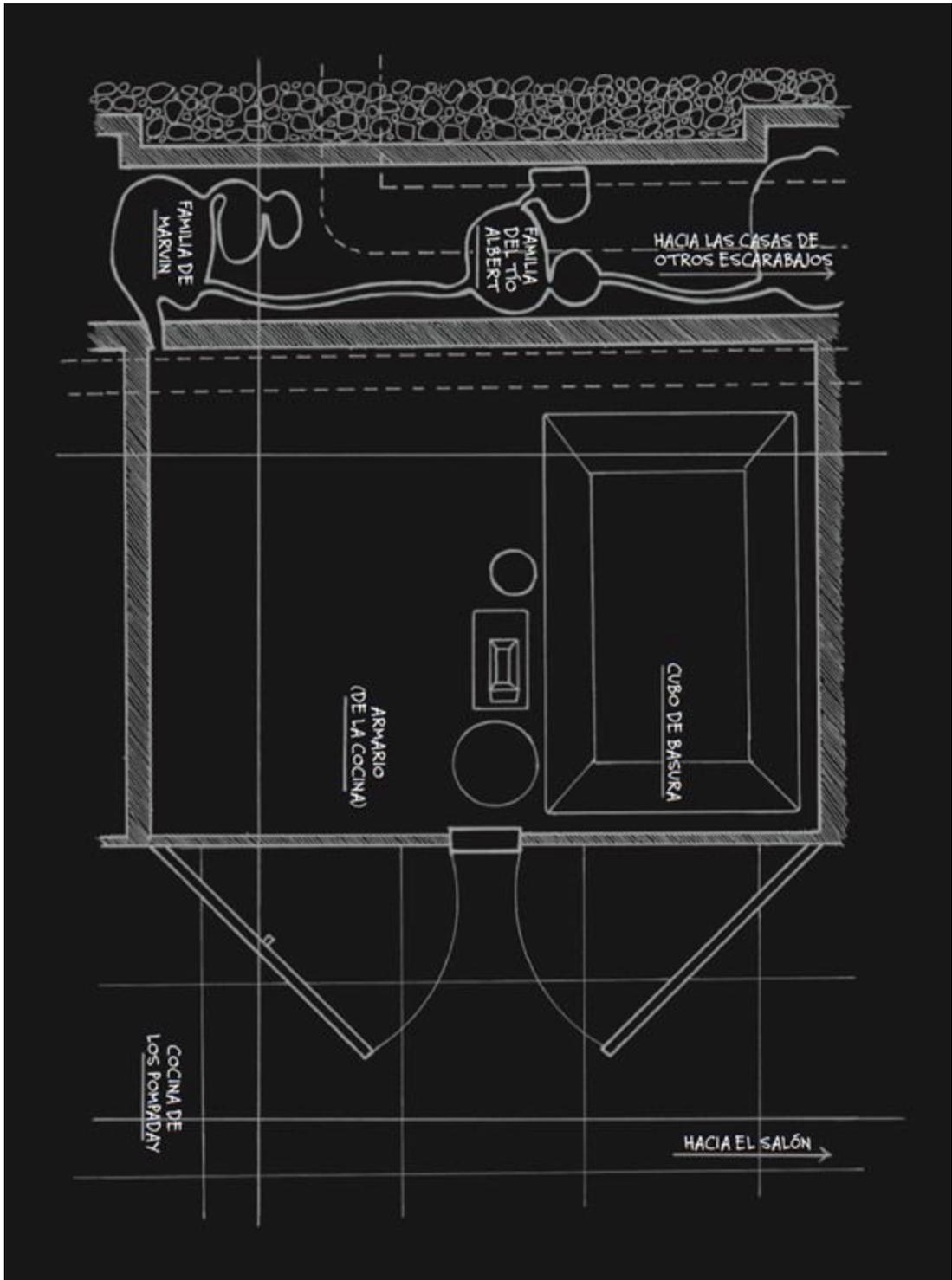
Cubierta

Portadilla

1. Una emergencia familiar
2. Por el desagüe
3. La fiesta de cumpleaños
4. Un regalo para James
5. ¡Es extraordinario!
6. Un nuevo problema
7. Podría ser un Durero
8. El templo del arte
9. La mujer y el león
10. La mujer y la espada
11. Abandonado
12. En el despacho de Christina
13. Copiar una copia
14. Robar la virtud
- 15.. La vuelta a casa
16. Demasiado arriesgado
17. En el solárium
18. La batalla de la tortuga contra los escarabajos
19. El problema de James
20. El arte de falsificar
21. Más que una copia
22. La pelea
23. Un crimen perfecto
24. Destino y Fortaleza
25. El intermediario
26. El viaje secreto
27. Las Virtudes escondidas
28. Entre ladrones
29. Tramando un plan
30. Con la ayuda de un amigo
31. Allanamiento de morada
32. Una revelación
33. Atrapado
34. Reunión
35. El ladrón de la Virtud

36. De vuelta sanos y salvos  
37. El don de James  
38. Obra maestra  
Nota de la autora  
Agradecimientos  
Sobre la autora y la ilustradora  
Notas  
Créditos

*Para Zoe, Harry y Grace*



*Nadie ve realmente una flor; es demasiado pequeña.  
No tenemos tiempo, y hace falta tiempo para ver,  
igual que hace falta tiempo para cultivar una amistad.*

Georgia O'Keeffe



## Una emergencia familiar

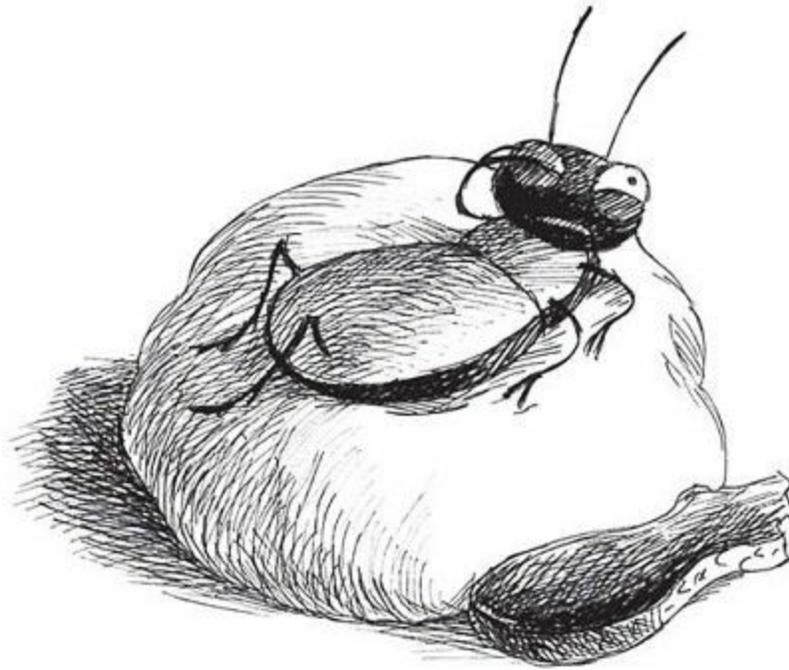
La familia de Marvin vivía en un rincón húmedo del armario situado debajo del fregadero de la cocina, donde una tubería que goteaba había ablandado el yeso, provocando que se descascarillara. Justo detrás de la pared habían excavado tres amplias habitaciones. Sus padres solían decir que vivían en un sitio perfecto. Era un hogar cálido gracias a las tuberías de agua caliente incrustadas en la pared; húmedo, lo que hacía fácil escarbar, y oscuro y mohoso como el resto de casas donde habían estado. Pero lo mejor era que de la papelera blanca de plástico que colgaba de un lateral no paraban de caer desperdicios: corazones de manzana, migas de pan, cáscaras de cebolla y envoltorios de caramelos, lo que convertía al armario en un sitio ideal para buscar comida.

Marvin y sus parientes eran escarabajos. Tenían caparazones negros brillantes, seis patas y una excelente visión nocturna. Como todos los escarabajos, no eran más grandes que una pasa. Pero eran muy ágiles: se les daba bien trepar por las paredes, correr por las encimeras y deslizarse con disimulo por debajo de las puertas cerradas. Vivían en el enorme apartamento de una familia de Nueva York: los Pompaday.

Una mañana, Marvin se despertó en medio de un gran alboroto. Normalmente los primeros sonidos del día eran los leves susurros de sus padres en la habitación de al lado y, a lo lejos, el ruido metálico de cacharros en el fregadero de la cocina de los Pompaday. Pero aquel día oyó el chasquido frenético de los tacones altos de la señora Pompaday y su voz aguda e inquieta. Se estaba preguntando qué habría ocurrido cuando su madre fue a buscarle a toda prisa.

–¡Marvin! –gritó–. ¡Rápido! ¡Ven aquí! Tenemos una emergencia.

Marvin se escurrió de la bolita blanda de algodón que era su cama y la siguió medio dormido hasta el salón, donde su padre, su tío Albert y su prima Elaine estaban enfrascados en una conversación. Elaine corrió hacia él y le agarró una pata.



–¡La señora Pompaday ha perdido su lentilla! ¡Se le ha caído por el desagüe del lavabo! Y como eres el único que sabe nadar, necesitamos que la saques.

Marvin retrocedió sorprendido, pero su prima continuó hablando alegremente:

–¡Eh! ¿Y si te ahogas?

A Marvin esa posibilidad no le hacía tanta gracia como a Elaine.

–No me voy a ahogar –dijo con firmeza–. Nado muy bien.

Llevaba nadando casi un mes en el tapón lleno de agua de una vieja botella de zumo. Era el único miembro de su familia que sabía nadar, una habilidad ante la cual sus padres se maravillaban y de la que se atribuían el mérito.

–Marvin tiene una coordinación excepcional y un control increíble de sus patas –solía decir su madre–. Me recuerda a cuando yo hacía ballet.

–Cuando se empeña en hacer algo, no hay quien lo pare –añadía su padre con aire de suficiencia–. De tal palo tal astilla.

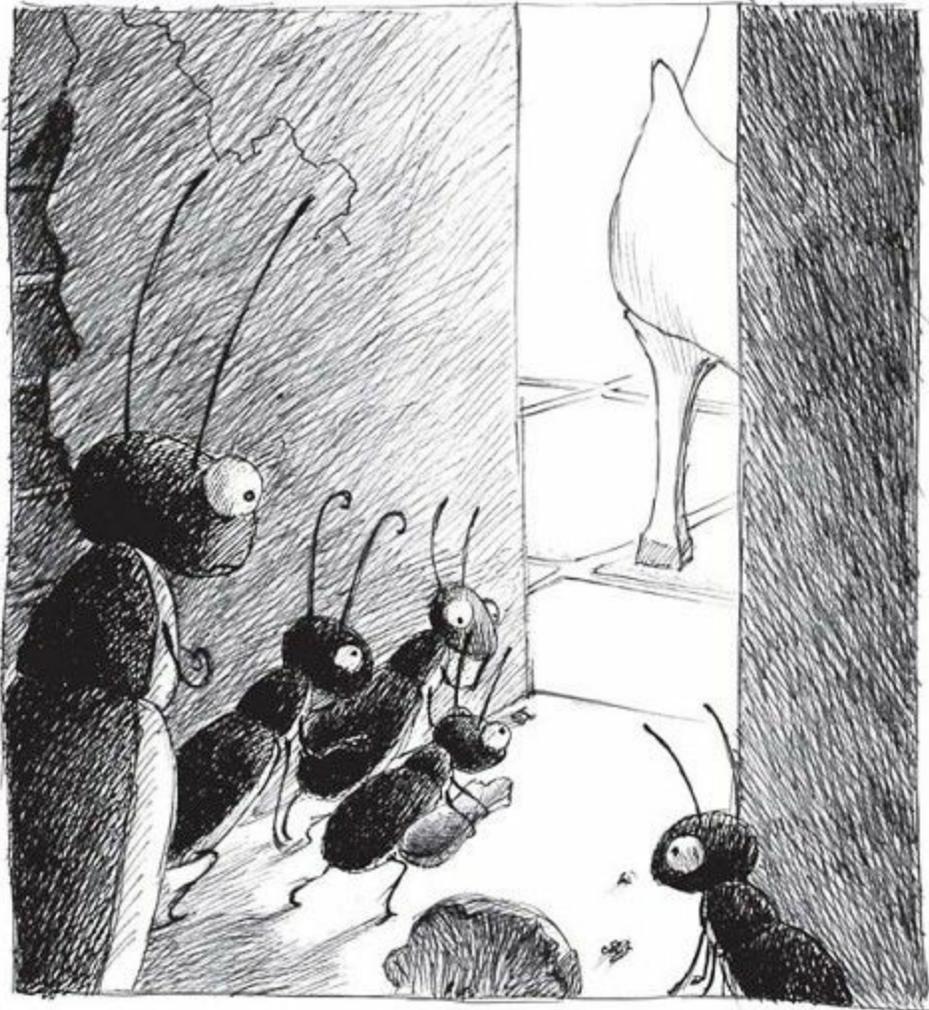
Pero en aquel momento esas palabras no le consolaron mucho. Nadar en el tapón de una botella era una cosa –tenía poco más de un centímetro de profundidad–, pero nadar dentro de un tubo del desagüe era algo totalmente distinto. Caminó nervioso de un lado a otro de la habitación.

Su madre estaba hablando con el tío Albert, furiosa.

–¡Pues yo creo que no! –exclamó–. Es solo un niño. Que los Pompaday llamen a un fontanero.

Su padre negó con la cabeza.

–Es demasiado arriesgado. Si un fontanero se pone a hurgar ahí dentro verá que la pared se está cayendo a pedazos.



Les dirá que tienen que cambiarla y será el fin del hogar de Albert y Edith.

El tío Albert asintió enérgicamente con la cabeza y le hizo señas a Marvin.

–Marvin, amigo, ¿qué opinas? Tendrás que bajar por la tubería del baño y encontrar esa lentilla. ¿Crees que podrás hacerlo?

Marvin dudó. Sus padres seguían discutiendo. Entonces su padre le miró tristemente.

–Hijo, iría yo mismo si supiera nadar. Sabes que lo haría.

–Nadie puede nadar como Marvin –dijo Elaine–. Pero quizá ni siquiera él sea capaz de nadar tan bien. Seguramente ahora haya un montón de agua en esa tubería. ¿Quién sabe hasta dónde tendrá que bajar? –hizo una pausa dramática–. Puede que nunca consiga volver a la superficie.

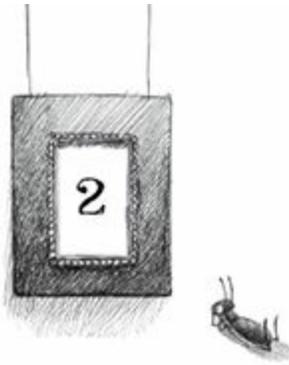
–Shhh, Elaine –dijo el tío Albert.

Marvin agarró el trozo de cáscara de cacahuete que usaba de flotador cuando nadaba en su propia piscina y respiró hondo.

–Al menos puedo intentarlo –le dijo a sus padres–. Tendré cuidado.

–Entonces voy contigo –dijo su madre–, para asegurarme de que no haces ninguna insensatez. Y si es mínimamente peligroso, no nos arriesgaremos.

Así que se encaminaron hacia el baño de los Pompaday, con el tío Albert a la cabeza. Marvin le seguía detrás de su madre, muy pegado a ella, con la cáscara de cacahuete metida torpemente bajo una de sus patas.



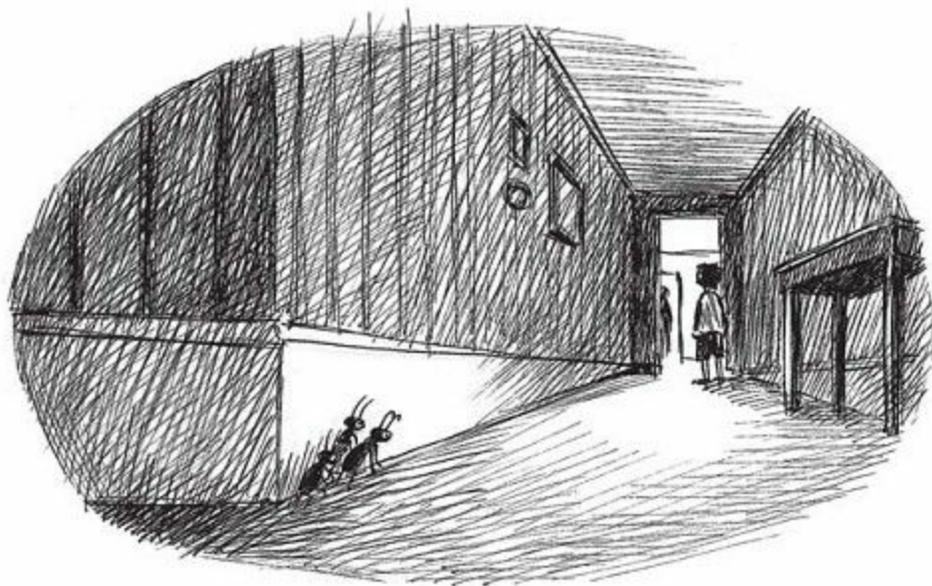
## Por el desagüe

Tardaron un buen rato en encontrar el baño. Primero tuvieron que salir gateando del armario y entrar en la cocina de los Pompaday, que estaba iluminada por el sol de la mañana. Ahí encontraron al pequeño William golpeando su trona con una cuchara y tirando cheerios por todo el suelo. En una situación normal, los escarabajos habrían esperado en la sombra para robar un cereal y llevárselo a casa, pero ese día tenían algo más importante que hacer. Corrieron a toda prisa por el sótano hasta llegar al salón y emprendieron un viaje agotador sobre la alfombra persa. Era de color azul oscuro, así que no tuvieron que preocuparse de que les vieran.

En el camino hacia el baño, Marvin oyó cómo el señor y la señora Pompaday se gritaban.

–No entiendo por qué no puedes desmontar la tubería y encontrar la lentilla –se quejaba la señora Pompaday–. Es lo que Karl habría hecho –Karl era su primer marido.

–Desmóntala y encuéntrala tú misma. Y ya de paso inunda todo el baño. Entonces tendremos que cambiar algo más que tu lentilla –el señor Pompaday estaba que echaba humo. Fue dando zancadas hacia el teléfono–. Voy a llamar a un fontanero.



–Ah, muy bien –dijo la señora Pompaday–. Podemos estar todo el día esperando a que venga. Tengo que irme a trabajar en veinte minutos y no soy capaz de encontrar la puerta sin las lentillas.

James, el hijo del primer matrimonio de la señora Pompaday, estaba de pie en la entrada. Tenía diez años y era un niño delgado con los pies grandes, los ojos grises y serios y las mejillas pecosas. Al día siguiente cumplía once años y Marvin y su familia habían estado pensando en algo agradable que hacer por su cumpleaños, porque sin duda, de toda la familia, era su preferido. Era callado y sensato, poco propenso a hacer movimientos bruscos o a levantar la voz.

Al verlo, Marvin recordó el día en que, hacía unas semanas, James le había descubierto cuando se estaba llevando a casa un M&M que había encontrado para el postre de su familia. Marvin se sentía tan afortunado que había olvidado quedarse cerca del rodapié. Y ahí estaba, en medio del mar abierto de las baldosas color crema de la cocina, cuando la zapatilla azul de James se detuvo a su lado. A Marvin le entró el pánico, soltó el M&M y corrió como alma que lleva el diablo. Pero lo único que hizo James fue agacharse y mirarle sin decir una palabra.

Marvin no les había contado a sus padres aquel episodio en que se salvó por los pelos. Se había prometido a sí mismo tener más cuidado en el futuro.

Ahora James llevaba las mismas deportivas azules y se movía pensativo.

–Podías ponerte las gafas, mamá –dijo.

–Ah, muy bien –respondió la señora Pompaday–. Ponerme las gafas, estupendo. Supongo que da igual el aspecto que tenga cuando quedo con los clientes. Quizá debería ir a trabajar en albornoz.

En ese momento, el tío Albert, Marvin y su madre ya habían llegado a la puerta del dormitorio, y el baño estaba justo detrás. Desgraciadamente, los tres humanos

estaban bloqueando el paso. Tres pares de pies muy inquietos –uno con deportivas, otra con zapatos de tacón y el otro con mocasines– hacían difícil encontrar un camino seguro.

–Quédate cerca de mí –le dijo su madre a Marvin mientras se movía a toda prisa por el marco de la puerta. Él y su tío la siguieron esquivando los tacones de aguja de la señora Pompaday.

Consiguieron trepar por la pared del baño y llegar al lavabo sin ningún contratiempo. Normalmente, en los azulejos de color claro habrían sido un blanco fácil para un periódico enrollado o la suela de una zapatilla. Pero los Pompaday estaban tan absortos en su discusión que no habían visto cómo tres brillantes escarabajos negros subían con dificultad al lavabo.

–Yo vigilaré –dijo el tío Albert–. Id avanzando vosotros.

Marvin y su madre rodaron y bajaron deslizándose por la parte lisa del lavabo hasta el desagüe. Se escondieron bajo el tapón plateado y se quedaron al borde de la tubería abierta, mirando fijamente la oscuridad.

Marvin oyó un ruidito a lo lejos. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, empezó a ver agua sucia y poco apetecible unos centímetros más abajo. Pensó en la desalentadora predicción de la prima Elaine y se estremeció. ¿Por qué su madre no se había negado rotundamente?

–Bueno, allá voy –le dijo a su madre, que le agarró rápidamente de la pierna, sujetándosela con fuerza.

–Escucha. No hagas ninguna locura, cariño –le dijo–. Ve despacio y vuelve aquí inmediatamente si ves que es peligroso.

–Vale –le prometió Marvin. Asió firmemente su flotador de cáscara de cacahuete, cogió aire y se lanzó al vacío.

Casi olvida cerrar los ojos cuando el agua fría le cayó sobre la cabeza. Agitó las patas frenéticamente y apareció de nuevo en la superficie. El agua turbia sabía un poco a pasta de dientes. Olía fatal.

–¿Marvin? Marvin, ¿estás bien? –la voz de su madre resonaba débilmente en la tubería.

–Estoy bien –respondió.

Nadó por el agua, que estaba llena de espuma y de todas las cosas asquerosas que puede llevar un desagüe humano: trozos de comida, pelo, restos de jabón... Le daban ganas de vomitar.

–¿La ves? –gritó su madre.

–No, respondió Marvin. De repente se dio cuenta de que no tenía ni idea del aspecto que tenía una lentilla.

Y cuando estaba a punto de darse la vuelta vio un fino disco de plástico pegado a la tubería. Se parecía al frutero que tenía su madre en casa. Sin aliento, subió disparado a la superficie.

–¡La he encontrado, mamá! –gritó.

–Ay, ¡qué bien, cariño! –su madre suspiró aliviada–. Ahora será mejor que nos demos prisa antes de que alguien abra el grifo y el agua nos arrastre.

Marvin descubrió que no podía coger la lentilla y la cáscara de cacahuete a la vez. Muy a su pesar, soltó el flotador, respiró hondo y se sumergió de nuevo en el agua.

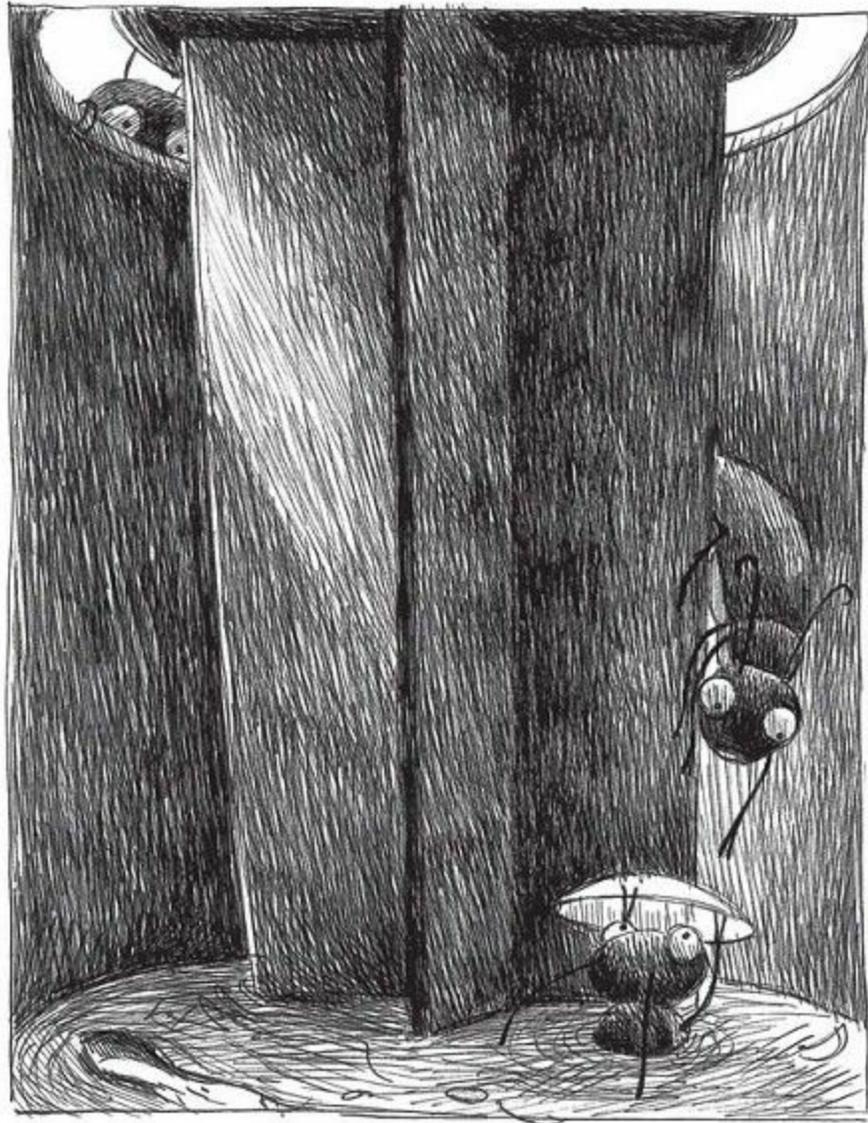
Oyó gritar a su madre a lo lejos:

–¡Marvin! ¡Tu flotador!

Pero sin el peso de la cáscara de cacahuete podía mover más rápido las patas y deslizarse por el agua oscura. Nadó hasta donde estaba la lentilla y la apretó con las dos patas delanteras. La arrancó del borde de la tubería y volvió pitando a la superficie. A través de la lentilla veía cómo su madre, ondulada y distorsionada, se cernía sobre él. Ella bajó lentamente por la tubería y cuando llegó al borde del agua le hizo señas.

–¡Ay, Marvin, gracias a Dios! Eres maravilloso, cariño. ¡Qué control de las piernas! Ojalá mis antiguos compañeros de ballet pudieran verte –le cogió la lentilla–. ¡Uf! El agua huele verdaderamente mal. ¡Y vaya alboroto por una cosa tan pequeña! ¡Anda! Es idéntica a mi frutero.

Apoyándola con cuidado sobre su espalda, la madre de Marvin trepó por la tubería. Se metió rápidamente con su hijo debajo del tapón y juntos arrastraron la lentilla por la pared del lavabo.



El tío Albert bajó rápidamente a encontrarse con ellos.

–¡Diantre, lo habéis conseguido! –gritó–. Marvin, chico, ¡eres un héroe! ¡Un héroe! Espera a que se lo diga a tu tía Edith.

Marvin sonrió modestamente. Flexionó las patas y las agitó para que se secaran.

–Veamos, ¿dónde podemos ponerla? –preguntó la madre de Marvin.

Miraron a su alrededor.

–Junto al grifo –sugirió Marvin–. Así no volverá a caerse por el desagüe.

Colocaron la lentilla cerca del grifo del agua caliente y pasaron a toda velocidad por detrás de un vaso verde de agua justo en el momento en que James entraba en el baño.

–Después de todo este lío, más vale que la encuentren –susurró muy seria su madre. Marvin no le quitaba ojo a la lentilla azul clara que relucía bajo la luz matinal.

Oían al señor Pompaday hablando por teléfono con el fontanero.

–¿Cómo? Ah, vale. Ahora voy a ver –y gritó–: ¡James! ¿Estás en el baño? Haz algo útil, anda. ¿Las tuberías son de cobre o de acero galvanizado?

James miró fijamente el lavabo.

–No sé –dijo–. Pero, mamá, ¡he encontrado tu lentilla! Está justo aquí, junto al grifo.

Y entonces se armó un lío tremendo. La señora Pompaday entró corriendo al baño sin dar crédito a lo que oía mientras el señor Pompaday se disculpaba a grito pelado ante el fontanero y James levantaba la lentilla en la palma de la mano.

–Bueno, creo que es lo que buscaban –le dijo su madre a Marvin en cuanto el baño estuvo vacío–. Será mejor que volvamos y tu padre vea que estás bien.

Y entonces los tres se fueron con calma a casa, donde todo el mundo los recibió alegremente. El padre de Marvin, su tía Edith y Elaine le dieron una palmadita en el caparazón, pero ninguno quiso abrazarle. Estaba húmedo y viscoso y despedía un olor muy penetrante a desagüe.

–Creo que necesito un baño –dijo Marvin.

Y entonces su madre y su padre le empezaron a mimar: llenaron el tapón de la botella con agua templada y le pusieron un granito azul turquesa de detergente para lavavajillas. Marvin buceó entre las burbujas y se hizo el muerto en la piscina todo el tiempo que quiso hasta que volvió a estar limpio y resplandeciente.



## La fiesta de cumpleaños

Al día siguiente era sábado y era el cumpleaños de James. Iban a dar una gran fiesta y el comedor de los Pompaday estaba adornado con serpentinas y globos. Marvin y sus padres escucharon los planes que había mientras buscaban algo de desayunar bajo la mesa de la cocina.

–No quiero que los niños coman en el salón –le dijo la señora Pompaday a James–. Asegúrate de que están en la mesa cuando tomemos la tarta.

–Pero, mamá –dijo James–. No puedo decirles lo que tienen que hacer. Ni siquiera son mis amigos.

William aporreaba la bandeja de su trona con la cuchara haciendo un ruido ensordecedor mientras le gritaba a su hermano:

–¡Ya ya! ¡Ya ya!

Marvin dedujo que esa era la palabra (una de su limitado pero contundente vocabulario) que usaba William para llamar a James.

–¡Pero qué mayor estás! –canturreó la señora Pompaday mientras limpiaba la cara del bebé con una toallita. Se volvió hacia James–: ¿Qué quieres decir con que no son tus amigos? Los Fenton viven justo encima y a Max lo ves todos los días.



James suspiró.

–Los Fenton son clientes muy importantes. Me han conseguido muchos contactos, y ya sabes que el boca a boca es fundamental en mi trabajo –debajo de la mesa, los padres de Marvin se miraron y resoplaron–. Así que espero que trates bien a Max, cariño –siguió diciendo la señora Pompaday.

La madre de Marvin negó con la cabeza y susurró:

–¡Clientes! ¿Vendrá algún amigo de James a su fiesta? –preguntó.

–Claro que no –respondió su marido.

Marvin ya había visto suficientes fiestas de los Pompaday y sabía que sus padres tenían razón. Fuera cual fuese la ocasión, la lista de invitados era siempre una mezcla de gente con la que ella trabajaba o quería trabajar, y durante toda la fiesta la madre de James vagaba de un lado a otro adulando a cada uno y dando consejos prepotentes sobre el mercado inmobiliario de Manhattan.

La señora Pompaday sacó a William de la trona y le dijo a James en tono alentador:

–Va a venir un mago, ¿recuerdas? Porque te encanta la magia, James.

James titubeó.

–Mamá... ¿No crees que eso es lo que se hace en los cumpleaños de los niños pequeños?

–Tonterías, cariño. A todo el mundo le gustan los magos. Son como los payasos.

Marvin odiaba a los payasos. Los había visto mil veces en televisión porque el señor Pompaday sentía una extraña fascinación por el circo. A Marvin los payasos

le daban miedo y no le inspiraban confianza, con sus caras pintadas y exageradas y siempre intentando hacer reír a los extraños.

Los escarabajos habían aprendido casi todo lo que sabían del mundo exterior a través de la interminable lista de programas de televisión que veían los Pompaday. Los favoritos de la señora Pompaday eran los dramas de hospital y las telenovelas, mientras que al señor Pompaday le gustaban los largos documentales sobre cosas desconocidas. James en cambio prefería los dibujos animados, que a Marvin le parecían coloristas y bastante gratificantes, sobre todo cuando salía un insecto heroico o particularmente activo. Lo mejor era que los Pompaday solían picar algo mientras veían la tele, por lo que al final de la tarde los escarabajos tenían a su disposición un verdadero bufet de palomitas, pasas y migas de patatas fritas.

Marvin miró a James, que estaba sacudiéndose la zapatilla.

–Mamá –dijo James–. ¿Crees que vendrá papá?

–No lo sé, James. Dijo que lo intentaría. Pero va a ser una fiesta maravillosa, ya lo verás –la señora Pompaday lo despeinó y le dio un beso en la cabeza–. No estés triste. ¡Es tu cumpleaños! Ven a ayudarme con las bolsas de chucherías.

El padre de James era artista. Pintaba grandes cuadros abstractos. Uno de ellos, casi azul del todo y titulado *Caballo*, colgaba encima del sofá del salón y era un constante motivo de tensión entre la señora Pompaday y su segundo marido.

–No entiendo por qué tengo que ver eso todas las noches –se quejaba el señor Pompaday–. No parece un caballo en absoluto. Ni siquiera parece un animal. Lo podría haber hecho James.

La respuesta de la señora Pompaday siempre era la misma:

–Ay, ¡para ya! Hace juego con la alfombra. ¿Sabes lo difícil que es combinar una alfombra persa?

Marvin admiraba mucho el cuadro, aunque nadie lo sabía. A veces trepaba por la lámpara de pie dorada para poder ver mejor la raya azul fuerte en el centro del lienzo. Aunque no parecía un caballo, daba la impresión de que sí, ya que era rápido, elegante y libre.

–¿Qué le podemos regalar a James por su cumpleaños? –le preguntó a sus padres mientras ellos llevaban dos cereales y un trocito de tostada con mantequilla hacia el armario–. Tiene que ser algo genial.

–Mira en el cofre del tesoro –dijo su madre–. Estoy segura de que encontrarás el regalo ideal.

El cofre del tesoro era un estuche abierto de terciopelo para pendientes que había costado horrores empujar y arrastrar hasta el hogar de los escarabajos. Estaba lleno del tipo de cosas diminutas que los humanos tiran o pierden, objetos que ruedan bajo los muebles o se quedan atrapados en las grietas del suelo y con los que William, a medida que iba volviéndose más hábil, disfrutaba metiendo entre las rejillas del radiador. Ese día el cofre contenía algunos clips, dos monedas, un botón,

el broche dorado de un collar, la fina barra plateada que en su día mantuvo la correa del reloj en su sitio, una goma de borrar pequeña, la tapa de un boli y el objeto máspreciado de todos: un pendiente de perla.

Los escarabajos se habían enterado de que el pendiente de perla, encontrado entre los restos de la fiesta anual que los Pompaday daban siempre en vacaciones, pertenecía a una de las clientas favoritas de la señora Pompaday, que había llamado al día siguiente muy nerviosa preguntando por él. Normalmente la madre de Marvin no tenía ninguna duda de que había que devolver los objetos que fueran particularmente valiosos a sus dueños, entonces los llevaban a algún sitio visible de la casa y los dejaban a la vista donde pronto eran encontrados, lo que provocaba que los propietarios gritaran aliviados. Sin embargo, en este caso, el señor y la señora Pompaday habían sido tan desagradables con James después de la fiesta, regañándole por haber tirado accidentalmente un plato de porcelana cuando su madre le había pedido que quitara la mesa, que los escarabajos no estaban dispuestos a devolverles el pendiente de perla.

–No creo que haya nada bueno para James en el cofre del tesoro –dijo Marvin preocupado–. Nada de esto es suyo.

–¿Tiene algún aparato electrónico que necesite reparar? –le preguntó su madre–. ¿Un despertador? ¿Un radiocasete? Seguro que Albert está encantado de arreglarle algo.

El tío Albert había aprendido el oficio de electricista, una habilidad particularmente útil en el viejo apartamento de los Pompaday. Era conocido por haber reparado la instalación eléctrica defectuosa de su termostato en más de una ocasión, aunque alguna vez subía demasiado la calefacción y el calor era realmente insoportable.

–Un asunto complicado, este de los termostatos –solía decir.

–No, creo que no –respondió Marvin–. No le he oído quejarse de nada –aunque se dio cuenta de que James no era un quejica.

–¿Y si le damos una de las monedas que hay en el cofre? –sugirió su padre–. Creo que hay un níquel de búfalo.

Marvin lo pensó. ¿Se daría cuenta de que era un níquel especial? James era de los que se dan cuenta de las cosas, así que seguramente sí.

–Puede –dijo–. Si no encontramos nada mejor...

La fiesta fue un desastre total. Mandaron al señor Pompaday al parque con William mientras once niños llenos de energía que no prestaban especial atención a James corrían deprisa por el apartamento. Al llegar dejaban los regalos cuidadosamente envueltos en el aparador y se precipitaban de una habitación a otra gritando muy fuerte. Rompieron un botón del equipo de música, vertieron un refresco en la alfombra del salón, encerraron a un niño pequeño y nervioso llamado

Simon en el armario de James sin que nadie se diera cuenta de que faltaba... Cuando llegó el mago le torturaron con crueldad y descubrieron sus trucos: «¡Lo tiene en la otra mano! ¡Lo he visto!», gritaban durante su actuación. Un niño revolvió en la bolsa de cuero que contenía todos los accesorios del mago cuando este no estaba mirando y levantó, triunfal, unas esposas.

–¡Vamos a jugar a polis y cacos!

Marvin lo vio todo desde un lugar privilegiado y seguro detrás de la funda del sofá del salón. Las zapatillas deportivas de los chavales pasaban a su lado muy deprisa y rechinaban en el suelo de madera. Permaneció escondido con mucha cautela, teniendo en cuenta la advertencia de su madre:

–Hagas lo que hagas, cariño, no dejes que te vean. Estos niños son capaces de arrancarle las patas a un escarabajo con tal de divertirse.

Que las fiestas de los humanos no eran para ellos era un dicho muy repetido entre los escarabajos. Marvin recordaba perfectamente el destino de su abuelo, que había sido aplastado por un tacón de aguja mientras iba en busca de un trozo de bacon en la fiesta que dieron los Pompaday para conocer a los vecinos.

Desde detrás del rodapié, Marvin veía a James, que estaba sentado en un lado sin hacer ruido. La señora Pompaday no paraba de empujarle, exasperada:

–¡James! No te quedes aquí sentado. Enséñales a los niños tu ordenador nuevo.

»James, dale las gracias a Henry por este jersey rojo tan bonito. Es perfecto para el día de San Valentín.

»James, cuéntale a Max lo bien que lo pasamos patinando la semana pasada. En la pista del Rockefeller Center, Max. Nos encanta ir entre semana por la tarde, cuando no hay tantos turistas. La próxima vez te vienes con nosotros, ¿vale?

Por una conversación que habían tenido antes, Marvin sabía que los Pompaday habían ido a patinar solo una vez, que la señora Pompaday había dejado ahí a James mientras cruzaba la calle para comprar un regalo de bodas en Saks y que James, que no sabía patinar, se había pasado la hora entera pegado a la pared abriéndose paso con dificultad en la pista mientras los patinadores más experimentados pasaban rápidamente a su lado.

Sonó el timbre y la señora Pompaday dio una palmada y sonrió con alegría.

–¡Ay, mirad qué hora es! Han llegado vuestros padres, niños –y los reunió a todos en la entrada–. ¡Venid! ¡Coged vuestras bolsas de chucherías! James, cariño, ponte en la puerta y ve dándoselas.

Marvin se arriesgó a que le vieran y se movió como una flecha por el rodapié hasta llegar al recibidor, que tenía el suelo de mármol. Pero cuando la señora Pompaday abrió la puerta no vio el ansiado desfile de padres sino a Karl Terik, el padre de James. Decepcionada, dio un paso atrás.

–Ah –dijo–. Karl.

Los niños, indiferentes, se alejaron en estampida. A James se le iluminó la cara.

–¡Papá! ¡Has venido!

El padre de James era un hombre corpulento con el pelo castaño bastante largo y la barba descuidada. Tenía una sonrisa dulce y afable que a Marvin le gustaba mucho porque se desplegaba por su cara de una forma que no podía ser falsa.

–¿Qué pasa, colega? –le dijo a James–. Claro que he venido, ¡es tu cumpleaños! –agarró a James de los hombros y le dio un abrazo.

–Puedes pasar un rato –dijo la señora Pompaday secamente–, pero están a punto de venir a por los niños, y necesito que James les dé las bolsas de chucherías mientras hablo con sus padres.

–Haciendo negocios, ¿eh? –preguntó Karl sin dejar de sonreír.

–No, qué va –dijo la señora Pompaday con desdén, y luego añadió en voz baja–: Pero el hijo de Meredith Steinberg está aquí y están buscando un apartamento de seis habitaciones, así que no me vendrá nada mal hablar con ella.



Marvin se había preguntado más de una vez cómo alguien como Karl Terik podía haberse casado con la señora Pompaday. Eran completamente diferentes. Una vez oyó por casualidad que James le hacía una pregunta parecida a su padre no muy convencido, como si no estuviera seguro de querer oír la respuesta. Y Karl se había limitado a decir:

–Tu madre tiene un gusto excelente. Siempre lo ha tenido, desde el día en que la conocí. Tener buen ojo para las cosas bellas no es muy habitual.

A Marvin el buen gusto no le parecía una buena base para el amor. Y lo cierto era que había resultado no serlo.

Karl le alborotó el pelo a su hijo con una mano.

–Te he traído una cosa –dijo, poniendo una bolsa de plástico arrugada en la mesa del vestíbulo.

Marvin se fue alejando poco a poco del rodapié para intentar ver algo. ¿Qué era? ¿Qué querría James que fuera?

James le sonrió abiertamente, metió la mano y buscó dentro. Sacó una cajita azul marino y la abrió con cuidado.

–¡Ah! –exclamó.

Marvin trepó muy rápido por una de las patas brillantes y resbaladizas de la mesa para echar un vistazo. En la caja había un frasquito de cristal lleno de un líquido oscuro.

–Es tinta –dijo Karl.

James le dio vueltas en la mano sin decir nada. Marvin vio que estaba decepcionado.

–Es un juego de pluma y tintero. Para dibujar –Karl metió la mano en la bolsa de la compra haciendo crujir el plástico y sacó un estuche plano de color negro–. Aquí está la pluma. Mira, tus iniciales, para que todo el mundo sepa que es tuya –Marvin vio que había tres letras doradas nítidas en la parte de arriba–. Y también tienes un bloc de papel bueno –añadió.

James inclinó el frasco de tinta para ver cómo se movía el líquido a la luz.

–Guay –dijo. Miró a su padre–. Gracias, papá. Mola mucho.

–¿Es tinta permanente? –preguntó la señora Pompaday–. ¿Mancha?

–Bueno, sí... Es la que se usa para los dibujos a pluma.

La señora Pompaday suspiró.

–Más vale que se quede en tu cuarto, James. En tu escritorio. No quiero ver toda la casa salpicada de tinta –negó con la cabeza–. En serio, Karl, no me parece un regalo muy apropiado para un niño de once años.

Karl se movió incómodo.

–Ten drá cuidado, ya lo sabes. James es cuidadoso con todo.

La señora Pompaday resopló.

–Se divertirá haciendo experimentos –dijo Karl mientras pasaba el brazo por los

hombros estrechos de su hijo y lo atraía hacia sí-. Mira la pluma, tío.

James levantó la pluma y desenroscó la tapa. Marvin vio que era fina y elegante y que tenía una punta plateada muy delicada.

-¡Hala! -exclamó James, intentando mostrar algún entusiasmo.

-Así es como la tienes que rellenar -le dijo su padre, haciéndole una demostración-. Ten cuidado con la posición de tu mano cuando dibujes para que no se corra la tinta. Tardarás un poco en cogerle el tranquillo.

Volvieron a llamar al timbre.

-¡Ay, ya están aquí! -gritó la señora Pompaday-. ¡Chicos! James, rápido, las bolsas de chucherías -y empujó a Karl hacia la puerta de un codazo-. Le puedes enseñar todo esto mañana cuando esté contigo -dijo-. ¿Lo pasas a buscar a mediodía?

-Sí, o un poco más tarde, ¿vale, James?

James le miró y luego miró a su madre y asintió con la cabeza.

-Claro, papá.

La señora Pompaday frunció los labios y pasó a su lado rozándole.

-Bueno, me gustaría saber a qué hora llegarás. Tenemos planes mañana por la tarde. Si lo vas a cancelar como la vez pasada, al menos haz el favor de llamar. No es justo para James ni mucho menos para mí. Yo también tengo una vida, ¿sabes?

-Lo siento mucho -dijo Karl avergonzado-. A veces surge algo, eso es todo.

La señora Pompaday abrió la puerta y sonrió de oreja a oreja.

-¡Julie! Nos lo hemos pasado divinamente; ni nos habíamos dado cuenta de la hora que era. Te va a costar conseguir que venga Ryan, lo vas a tener que llevar a rastras. Ah, este es el padre de James, Karl Terik. Sí, eso es, el artista. Ya se iba.



## Un regalo para James

Esa noche, cuando la casa estaba en calma, Marvin y Elaine revisaron el cofre del tesoro. Sus padres estaban en la habitación de al lado entreteniéndose con un juego de grapas que era una versión del de la herradura al que jugaban los humanos. En el de los escarabajos, dos equipos lanzaban grapas a palillos rotos clavados en el suelo. Y como cada uno podía lanzar hasta cuatro grapas a la vez con sus patas delanteras, por el aire había un montón de objetos afilados pasando a toda velocidad, por lo que los adultos prefirieron llevar a los niños a otra parte de la casa antes de empezar a jugar.

–¡Cuidado, Albert! –oyó Marvin gritar a su madre–. Ya tenemos suficientes agujeros en la pared.

Marvin y Elaine curiosearon en el cofre del tesoro buscando el regalo ideal para James.

–Ahí está el níquel –dijo él.

–¡Hala! ¡Un níquel de búfalo! –exclamó Elaine–. Eso le gustará, ¿no crees? No son fáciles de encontrar. Puede venderlo y comprar algo mejor. Eso es lo que haría yo.

Marvin tocó la superficie mate de la moneda.

–Supongo que es lo mejor que hay aquí –dijo–. Pero yo preferiría darle algo para que se lo quedara.

–Bueno, igual se lo queda –respondió alegremente Elaine–. A los niños les gusta guardar las cosas más tontas. Como tú con tu colección de chinchetas. ¿Cuándo vas a usar eso?

–Son armas –protestó Marvin.

Elaine se rio tan fuerte que se cayó por el borde del cofre y se quedó tumbada boca arriba agitando las patas en el aire.

–¡Ay! ¡Ayúdame, Marvin! ¡Dame la vuelta!

Pero Marvin la ignoró. Se metió debajo del níquel y usó su caparazón para

sacarlo del cofre del tesoro. Entonces tiró de él hacia arriba y lo hizo rodar por el agujero de la pared hasta la superficie negra del armario.

–¡Marvin! –gritó Elaine–. ¡Vuelve!

Fue un arduo viaje por el apartamento a oscuras hasta llegar a la habitación de James. No le resultó muy difícil hacer rodar el níquel por las baldosas de la cocina, pero levantarlo y pasarlo por el umbral de la puerta le dejó hecho polvo y jadeando. A cada paso tenía que sortear peligros. No solo algún Pompaday levantado en mitad de la noche, sino las trampas de cinta adhesiva o chicles pegados en el suelo o, aún peor, un ratón que estuviera buscando comida.

Cuando por fin llegó a la habitación de James tuvo que sentarse un rato para recobrar el aliento. Una farola de la calle proyectaba una luz tenue en las paredes, y en la oscuridad azulada Marvin vio la silueta gigantesca de James, dormido bajo las mantas, y oyó su profunda respiración.

Marvin pensó en el cumpleaños. ¿Había sido un buen día para James? Los niños de la fiesta no eran sus amigos, los regalos eran una mezcla poco original entre juegos electrónicos y ropa de marca, la señora Pompaday había sido igual de quisquillosa y egocéntrica que de costumbre, y hasta el padre de James, que a Marvin le caía muy bien, no había traído un regalo capaz de entusiasmar a su hijo. El pequeño escarabajo echó un vistazo a la cara desgastada del níquel de búfalo. ¿Compensaría la moneda todo lo demás? Probablemente no.

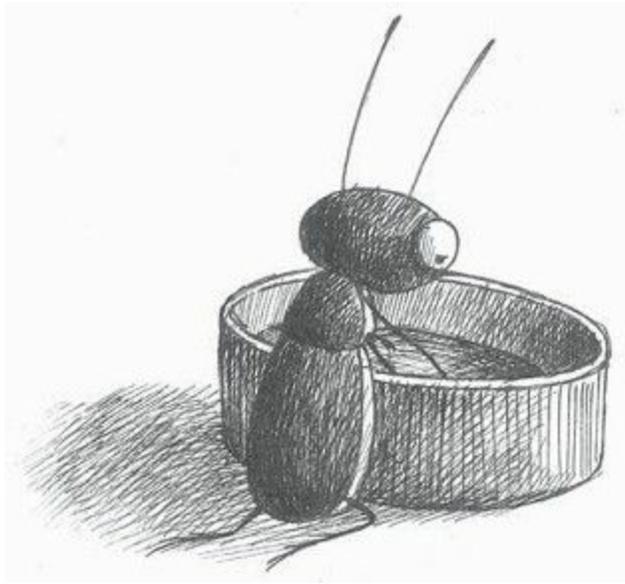
De repente, Marvin se puso tan triste que no podía soportarlo. El cumpleaños de una persona debería ser un día especial, un día maravilloso, un día de celebración pura y dura por tener la suerte de haber nacido. Y el de James había sido lamentable.

El escarabajo hizo rodar el níquel hasta un lugar en el que se viera bien en medio del suelo, lejos del borde de la alfombra donde podría pasar desapercibido. Ahí James lo vería. Echó una última ojeada a la habitación en penumbra.

Entonces vio el frasco de tinta encima de la mesa y le pareció que estaba abierto.

Lleno de curiosidad, Marvin fue muy despacio por el suelo hasta llegar a la mesa y trepó hasta arriba. James había extendido papel de periódico encima del escritorio y dos o tres hojas del papel cuché que le había regalado su padre. En una de ellas había probado a hacer unos garabatos y había escrito su nombre. La pluma estaba en el borde del papel cuidadosamente tapada con su capuchón, pero el frasco de tinta se había quedado abierto y brillaba en la luz tenue.

Sin pensar realmente en lo que estaba haciendo, Marvin reptó hasta el tapón del frasco y mojó sus dos patas delanteras en la tinta que había dentro. Moviéndose con sus patas traseras, que estaban limpias, retrocedió y cogió una hoja.



Miró por la ventana y observó la calle de noche: el edificio rojizo de enfrente con sus hileras de ventanas oscurecidas, el tejado cubierto de nieve, la farola, las finas ramas desnudas y oscuras de un árbol... Con mucho cuidado y delicadeza y totalmente concentrado, Marvin inclinó sus patas delanteras y empezó a dibujar.

La tinta fluía suavemente por sus patas, que recorrían toda la página. Aunque nunca antes había hecho nada igual, le parecía muy natural e incluso sentía que no podía dejar de hacerlo. Levantaba la vista, examinaba los detalles de la escena y los plasmaba en el papel. Era como si sus patas hubieran estado toda la vida esperando esa tinta, esa hoja, esa vista desde la ventana iluminada por una farola. No podía describir lo que sentía. ¡Estaba tan emocionado!

Dibujó sin parar y perdió totalmente la noción del tiempo. No paraba de moverse entre el tapón lleno de tinta y el papel, mojando sutilmente sus patas delanteras en el charco de tinta negra, con mucho cuidado para que no se corriera lo que había hecho antes. Veía cómo el dibujo iba tomando forma. Era un entramado de líneas y remolinos que de cerca, cuando Marvin se agachaba para mirarlo, parecía un cuadro abstracto, y de lejos se transformaba en un retrato minucioso del paisaje urbano: una diminuta copia detallada de la escena invernal que se veía a través de la ventana.

Y entonces la luz cambió. El color del cielo pasó de negro a azul oscuro y luego a gris, la farola se apagó y el cuarto de James se inundó del ruido de la ciudad que ya se había puesto en marcha. Un camión de la basura pasó rugiendo con estrépito por la calle de abajo. James se movió bajo la colcha. Marvin, desesperado por acabar su dibujo antes de que el niño se despertara, corría a toda prisa entre la hoja y la tapa del bote, a la que casi no le quedaba tinta. Por fin paró y contempló su escena en miniatura.

La había terminado.

Era perfecta.

Era impresionante.

Marvin ardía de emoción. Sentía que nunca había hecho nada tan bien o tan importante en toda su vida. Se limpió las patas empapadas en tinta con el periódico y se fue disparado a ocultarse detrás de la lámpara de la mesa, lleno de orgullo y excitado por lo que pasaría en cuanto el niño se levantara.

James salió de la cama tambaleándose y se quedó en medio de la habitación restregándose la cara. Grogui, miró a su alrededor, y luego se enderezó y se fijó detenidamente en el suelo.

–¡Eh! –dijo en voz baja. Caminó hacia el níquel y se agachó a cogerlo.

*Bien por James*, pensó Marvin. Estaba claro que se iba a dar cuenta, no había motivos para preocuparse.

James le dio la vuelta a la moneda en la palma de su mano y sonrió.

–Mmmmmh... –dijo mientras se dirigía a su mesa–. Me pregunto de dónde habrá salido.

Marvin se puso tenso y se echó aún más hacia atrás ocultándose detrás de la lámpara.

James dio un grito ahogado.

El escarabajo observó la cara pálida del niño, que abrió muchísimo los ojos al ver el dibujo. James miró hacia atrás rápidamente, como si en la habitación hubiera alguna pista que explicara lo que acababa de ver en su mesa.

Y luego, despacio y con el ceño fruncido, retiró la silla, se sentó y se inclinó hacia el dibujo.

–¡Hala! –exclamó–. ¡Ostras!

Marvin se enderezó lleno de orgullo.

James no dejaba de analizar el dibujo y la escena al otro lado de la ventana mientras murmuraba para sí mismo:

–¡Es exactamente igual que lo de afuera! ¡Es como un dibujo diminuto de la calle! Es increíble.

Marvin se arrastró alrededor del pie de la lámpara para oír mejor al niño.

–Pero ¿cómo? –James cogió la pluma y, mirándola muy de cerca, le quitó el capuchón. Levantó el frasco, frunció el ceño y volvió a enroscar el tapón–. ¿Quién lo ha hecho? –preguntó, mirando de nuevo el dibujo.

Y entonces, sin haberlo planeado –sin querer, sin pensar por un momento en las consecuencias–, Marvin se descubrió: salió de su escondite y se movió por el enorme escritorio hasta situarse justo enfrente de James. Se detuvo en el borde del dibujo y esperó, incapaz de respirar.

James se quedó mirándolo.

Después de un largo silencio que se hizo interminable y en el que Marvin estuvo

a punto de lanzarse entre las ranuras del revestimiento de la pared que había detrás de la mesa para salvarse, el niño habló:

–Has sido tú, ¿verdad? –preguntó.

Marvin esperó.

–Pero ¿cómo?

Marvin vaciló. Se arrastró hasta el frasco de tinta.

James extendió el brazo sobre la mesa y el escarabajo se encogió cuando unos enormes dedos rosados temblorosos pasaron rozando su caparazón. Pero el niño lo evitó, levantó el frasco con cuidado y lo agitó. Desenroscó la tapa y lo puso cerca de Marvin.



–Enséñame –susurró.

Marvin mojó sus dos patas delanteras en la tinta del tapón y fue andando por la hoja hasta llegar donde estaba el dibujo. Como no quería cambiar los detalles de la imagen, se limitó a trazar una línea enmarcándola y luego se apartó.

–¿Con tus patas? ¿Así? ¿Metiéndolas en la tinta? –una amplia sonrisa alegre y

llena de asombro le iluminó la cara—. ¡Lo has hecho tú de verdad! ¡Un bicho! ¡Es lo más increíble que he visto en toda mi vida!

Marvin le sonrió.

—¡Y con mi regalo de cumpleaños! ¡No podrías haberlo hecho sin mi regalo! —alzó la voz emocionado acercándose al escarabajo y por poco lo tumba con su aliento—. ¡Somos un equipo! ¿Y sabes una cosa? Yo ni siquiera quería este regalo. Pensaba: ¿Qué voy a hacer con él? No soy como mi padre. Ni siquiera sé dibujar. Pero ahora me parece el mejor regalo que me han hecho nunca. ¡Este cumpleaños es el mejor de todos!

Marvin sonrió alegremente. Se dio cuenta de que James no podía ver su expresión, pero de alguna manera sabía que le entendía.

De pronto oyeron un ruido en el pasillo y la voz de la señora Pompaday:

—James, ¿qué estás haciendo? ¿Con quién hablas?

Marvin se metió como pudo debajo de la hucha de cerámica con forma de cerdito en el mismo instante en que la señora Pompaday entraba a toda velocidad en la habitación.



## ¡Es extraordinario!

James se apartó de un salto del escritorio.

–Hola mamá –dijo nervioso–. Estoy, eh... Me estoy preparando para ir a misa.

–Bueno, tienes que darte prisa, cariño –se agachó para darle un beso en la mejilla mientras sostenía a William, apoyado en su cadera. El bebé se echó hacia delante y balbució emocionado:

–¡Ya ya! ¡Ya ya!

La señora Pompaday lo sujetó bien para que no se cayera.

–Sí, William, es James. ¿Puedes decir Ye-ye-ye-James?

Entonces el bebé agarró la chaqueta de su madre con el puño y ella le regañó:

–No le arrugues el *blazer* tan bonito a mamá –y volvió a fijar su atención en su hijo mayor–. No queremos llegar tarde, James. ¡Todo el mundo en esta casa es tan lento por las mañanas! A veces pienso que soy la única a la que le importa estar presentable y ser puntual –se miró en el espejo de James para asegurarse de que tenía bien el pelo y se lo atusó hasta que estuvo conforme–. ¿Con quién estabas hablando?

–Con nadie –respondió James–. Conmigo mismo.

–Bueno, procura no hacer eso. No es normal. ¡Ay! ¡No quiero ver ese frasco de tinta sin tapar, James! Se va a acabar volcando. Prometiste tener...

James revolvió apresuradamente los papeles que había encima de la mesa tratando de ocultar el dibujo de Marvin. Pero no fue lo bastante rápido. La señora Pompaday atravesó la habitación con paso firme y cogió el papel.

–¿Qué es esto?

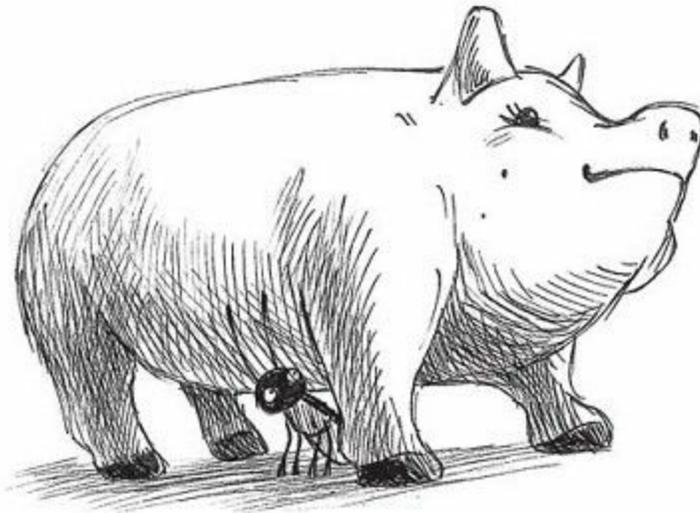
James vaciló. Miró en dirección a la hucha de cerdito donde Marvin estaba agachado para que no le vieran.

–Nada. Solo... Es solo un dibujo.

–Sí, eso ya lo veo –la señora Pompaday le dio la vuelta a la hoja con la mano y lo examinó–. ¿De dónde lo has sacado?

*No se lo digas, pensó Marvin. Por favor, no se lo digas.*

De pronto entendió que había cometido un grave error: hacer un dibujo, mostrarse ante James, atribuirse el mérito de la obra de arte. No solo estaría él en peligro si la señora Pompaday se enterase de que un escarabajo había hecho el dibujo, sino que toda su familia lo estaría en cuanto ella descubriera que había escarabajos en su casa, tuvieran o no talento para el arte. Era una mujer que no aguantaba los bichos.



La señora Pompaday seguía mirando fijamente el dibujo.

–¿Venía de muestra con la pluma y el tintero? –preguntó. Se volvió lentamente hacia la ventana sin soltar la hoja–. ¡Ah! ¡Vaya! ¡Ay, Dios mío, James! ¿Tú has dibujado esto? ¡Vaya! Es... No me lo puedo creer. ¡Es extraordinario!

Marvin miró la cara de James desde debajo de la hucha de cerdito. Un sinfín de sentimientos se reflejaban en su rostro: preocupación, sorpresa y un instante de pura alegría cuando su madre empezó a hablar con admiración del dibujo.

–James, no tenía ni idea de que supieras dibujar así –William se abalanzó sobre la hoja y la señora Pompaday la levantó poniéndola fuera de su alcance–. No, William, no se toca –sujetó la página a cierta distancia y la escudriñó–. No entiendo por qué tu profesora de dibujo del colegio no me lo ha dicho. ¡Tienes muchísimo talento, cariño!

Marvin vio que James abría la boca para protestar y luego la cerraba tímidamente. Su madre seguía hablando entusiasmada.

–Esto es... Bueno, es asombroso, eso es lo que es. ¡Qué nivel de detalle, qué ingenio! Se lo tengo que enseñar a Bob.

Llamó sin parar al señor Pompaday, que apareció al cabo de un rato en la entrada haciéndose el nudo de la corbata.

–¿Sí? ¿A qué viene todo este alboroto?

–Bob, mira esto. Mira el dibujo tan maravilloso que ha hecho nuestro James.

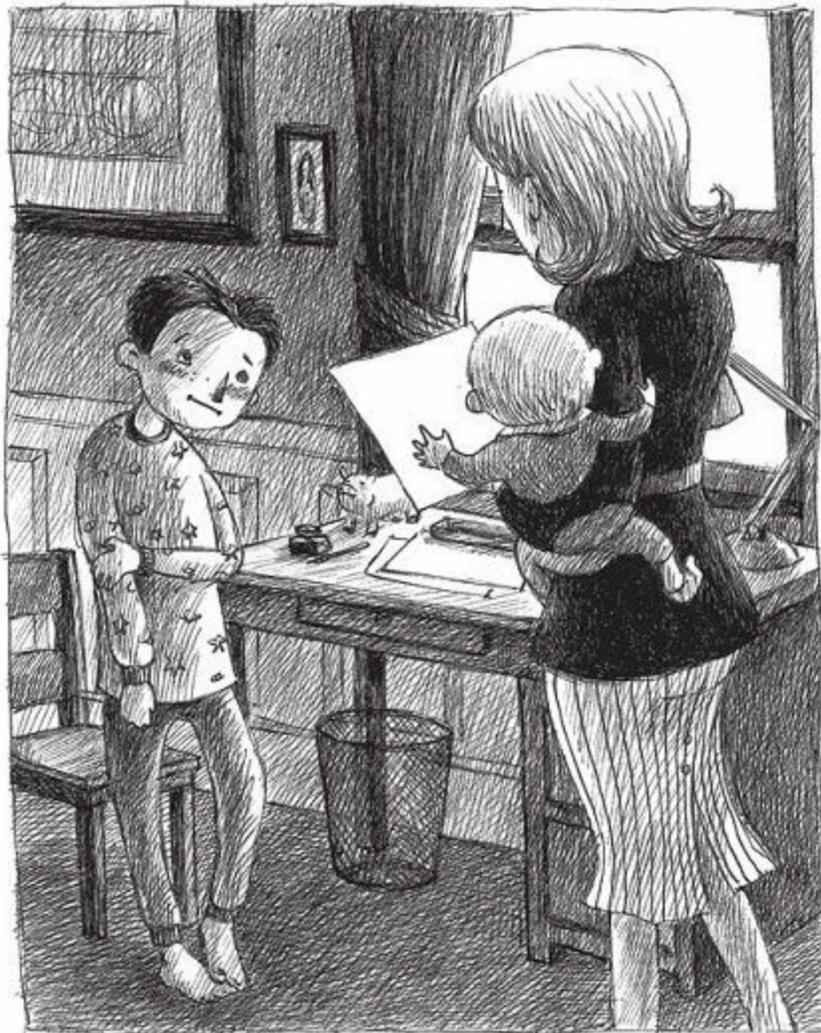
El señor Pompaday contempló el dibujo y exclamó en tono grandilocuente:

–James no puede haber hecho eso. Es como una imitación de alguna obra de arte de un museo, uno de esos viejos grabados.

–Ya lo sé –dijo la señora Pompaday–. Eso es lo que yo pensaba. Pero, mira, es la escena que se ve por la ventana de James. La ha dibujado con su nuevo juego de pluma y tintero.

El señor Pompaday cogió la hoja y se fue hacia la ventana. Contempló la calle y volvió a mirar el dibujo.

–Ah –dijo–. Es verdad –miró de reojo a James y le dijo malhumorado–: ¿De dónde has sacado la tinta?



–De mi padre –contestó James, mirando hacia abajo–. Por mi cumpleaños.

–Así es, Karl pasó por aquí ayer –añadió rápidamente la señora Pompaday– y

dejó una pluma y un tintero para James. A mí nunca se me habría ocurrido esa idea, la verdad. ¿Un niño de once años usando tinta permanente? ¡No! ¡Pero mira lo que ha hecho James! En serio, casi no me lo puedo creer. Nunca me imaginé que tuviera este don.

Marvin se estremeció.

La señora Pompaday prosiguió:

–Supongo que, como su padre es un artista, cabe la posibilidad de que James tenga alguna clase de aptitud parecida, pero la verdad es que...

El señor Pompaday frunció el ceño.

–¡Karl! ¡Esto es mucho mejor que las tonterías que pinta Karl! Esto de hecho parece algo real.

–Ya. Es maravilloso, ¿verdad? Estoy deseando enseñárselo a los Morton. Siempre están comprando esos dibujos tan elaborados de Sotheby's a precios desorbitados. Espera a que vean lo que ha dibujado mi propio hijo –la señora Pompaday le apretó el hombro a James y William extendió la mano y le tiró del pelo. James esbozó una sonrisa tímida mientras intentaba apartar la mano del bebé.

–Bueno, eh... ¿Me preparo para ir a misa? –preguntó.

–¡Mira la hora que es! –dijo bruscamente el señor Pompaday–. Sí, date prisa, James. Tenemos que irnos en veinte minutos –cogió al bebé de los brazos de su mujer y salió al pasillo dando grandes zancadas.

La señora Pompaday lo siguió con el dibujo en la mano. Pero James le agarró de la manga.

–Mamá, ¿puedo dejar el dibujo aquí con la tinta y la pluma?

–Ah –dijo su madre vacilante–. Sí, claro. Quiero enseñárselo a algunas personas, nada más. ¡Es tan bonito! –lo puso sobre la mesa a regañadientes–. Tendrás cuidado de que no se te caiga nada encima, ¿no, James? Tal vez podrías trabajar en otro esta tarde.

James, apurado, le lanzó una mirada a Marvin.

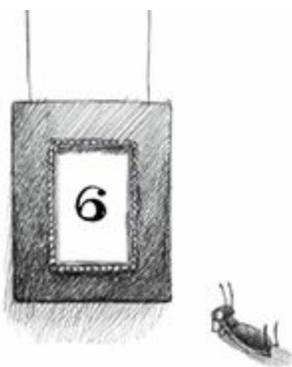
–No lo sé, mamá. Puede. Pero viene papá, ¿recuerdas? Y tardaré un rato en hacerlo.

–¡Ah! ¡Claro que sí! Me lo imagino. No sé de dónde sacaste el tiempo ayer, con la fiesta y todo eso –volvió a sonreírle–. No me puedo creer que fueras capaz de dibujar esto, James. Piénsalo, si no te hubieran regalado la pluma y el tintero nunca habríamos descubierto este talento tuyo tan fabuloso.

Salió de la habitación haciendo ruido con los tacones y a Marvin algo en su mirada de aprobación le recordó a su madre, que en ese momento estaría desesperada en casa. Había estado fuera toda la noche. Sus padres no tendrían ni idea de qué le había pasado. Cuando no hubo moros en la costa, cruzó la mesa a toda velocidad y bajó por la pata de madera hasta el suelo.

–¡Espera! –gritó James–. ¿Adónde vas?

Pero Marvin salió corriendo, con el consuelo y la seguridad de que su nuevo amigo no intentaría detenerlo.



## Un nuevo problema

Cuando por fin Marvin entró sigilosamente en el salón de su familia por la pared del armario de la cocina, fue recibido y rodeado por una docena de familiares preocupados. Se les iluminó la cara y sintieron un gran alivio al verlo. Solo su prima Elaine parecía un poco decepcionada.

Su madre corrió hacia él y le abrazó con todas sus patas.

–¡Ay, Marvin, cariño! ¿Dónde estabas? ¡Nos has dado un susto tremendo!

–¿Qué ha pasado, hijo? –insistió su padre–. Elaine nos dijo que habías ido a entregarle el níquel a James, pero cuando Albert y yo fuimos a buscarte no te encontramos por ninguna parte.

–Pensamos que te habría ocurrido algo terrible –dijo Elaine muy seria–. Jo, podría haber sido cualquier cosa. Se te podría haber quedado atrapada una pata entre las tablas del suelo o se te podría haber caído el níquel encima. O alguno de los Pompaday podría haberte aplastado con el pie al ir al baño de noche...

–Ya vale, Elaine –le reprendió con dureza el tío Albert.

Pero la abuela de Marvin no se calmaba tan fácilmente.

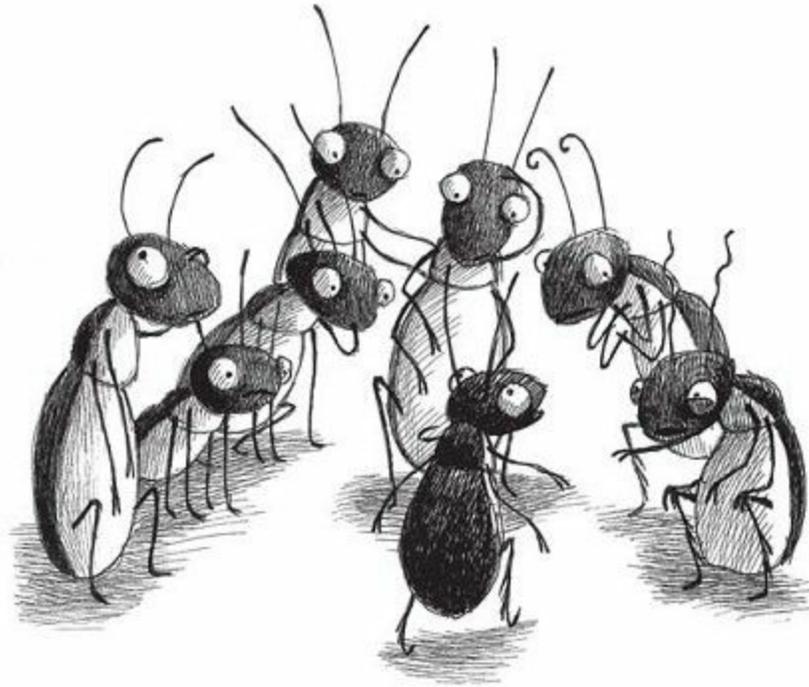
–¡Marvin! ¡Hijo mío! ¿Te has olvidado del tío George? –gritó, abrazándole fuerte–. ¿Tan poco vale la vida?

Marvin suspiró. Por supuesto que no se había olvidado del tío George. ¿Cómo podría olvidarse del tío George, cuyo destino era el tema recurrente de los sermones que daban los adultos de la familia? El tío George, que era el primer intérprete de tuba en la orquesta del barrio, se aventuró a salir una noche con el bajista para recuperar un trozo de macarrón crudo (su instrumento favorito) de detrás de la cocina. Fueron interceptados por un ratón especialmente audaz y hambriento. El bajista escapó, pero el tío George no tuvo la misma suerte.

–Lo siento –se disculpó Marvin–. No pretendía que nadie se preocupara. Estaba en el cuarto de James, encima de su mesa. Por eso no me viste, papá.

–Pero, cariño, ¿qué estabas haciendo ahí? –le preguntó inquieta su madre–. A

James no le dejan comer en su habitación, lo sabes de sobra. No ibas a encontrar nada de comer.



–No, no estaba buscando comida –dijo Marvin vacilante mientras recorría con la mirada aquel círculo de caras perplejas. Incluso su primo Billy, el rebelde que había perdido una pata haciendo surf en el triturador de basura, nunca había desaparecido una noche entera. En el mundo de los escarabajos eso siempre indicaba que había ocurrido lo peor. Había tantas cosas que podrían haber ido mal...

–¿Entonces qué, Marvin? –le preguntó su padre–. ¿Qué estabas haciendo?

–Yo... –Marvin no sabía cómo explicarlo. El milagro del dibujo era demasiado nuevo para él, demasiado delicado para compartirlo con su familia. Respiró hondo–. Quería hacer algo para James porque su fiesta de cumpleaños había sido horrible. ¿Os acordáis del juego de pluma y tintero que le regaló su padre? Bueno, pues estaba destapado en su escritorio.

–¡No me digas que te caíste dentro! –exclamó su madre.

–¡No! No, mamá.

La familia esperó a que continuara.

–Mojé mis patas delanteras en la tinta y le hice un dibujo.

La habitación se quedó en silencio. Marvin miró a su madre y luego a su padre.

–¿Un dibujo? –preguntó él–. ¿Qué clase de dibujo?

–La escena que se veía a través de la ventana –masculló Marvin mirando al

suelo—. El edificio de enfrente con el árbol y la farola. Un dibujo diminuto de eso.

—Pero, Marvin —le dijo su madre en voz baja—, te podrían haber pillado. Y ahora el dibujo... Bueno, ¿qué va a pensar James? ¿Es lo bastante grande para que lo vea? Y si lo es, ¿quién pensará que ha dibujado algo así? Es demasiado mayor para creer en las hadas.

Marvin la interrumpió.

—Sabe que lo hice yo.

—¿Qué?! —gritaron todos sus familiares al unísono. El terror se reflejaba en sus caras.

Marvin explicó rápidamente lo que había pasado.

—Pero James no se lo contará a nadie. Sé que no lo hará. No haría nada que pudiera causarme problemas.

Su madre negó con la cabeza.

—Marvin, sé que te cae bien James, a todos nos cae bien, pero es un ser humano. No es leal. No podemos fiarnos de los humanos.

Su padre se volvió hacia el tío Albert.

—Tenemos que encontrar el dibujo. No hay más que hablar.

—¡No, papá! ¡No puedes! —chilló Marvin—. Es un regalo para James. Lo hice para él. Y el señor y la señora Pompaday ya lo han visto. Creen que lo ha hecho él. Deberías haber visto lo contento que se ha puesto. ¡Ahora no se lo puedes quitar!

—Marvin —dijo su padre severamente—. Creo que no entiendes la gravedad de la situación.

Su abuela asintió con la cabeza.

—Sé que tenías buenas intenciones, querido, pero ese dibujo nos pone a todos en peligro.

Marvin, desesperado, se volvió hacia su madre, pero su respuesta fue contundente:

—James no se lo puede quedar, cariño, y menos aún ahora que sabe que eres el responsable.

Se oyó un murmullo de asentimiento entre los familiares.

—Tienes que traerlo aquí.

—Ve ahora, mientras están en misa.

—El papel pesa. Necesitarás más patas.

Marvin miró a su alrededor. Estaba totalmente desanimado.

—Vale —dijo por fin. Y, desconsolado, dirigió a un pequeño grupo de escarabajos formado por sus padres, el tío Albert, el tío Ted y Elaine fuera del armario y por el apartamento en calma hacia la habitación de James.

Cuando los seis escarabajos llegaron a la mesa, encontraron el dibujo justo donde lo había dejado James, apoyado en diagonal sobre las hojas sueltas del

periódico. Al verlo, Marvin sintió que le daba un vuelco el corazón. Sus padres se pararon en seco.

–Marvin –dijo su madre bajando la voz.

Su padre se quedó boquiabierto.

–Hijo, ¿has hecho tú esto?

Elaine atravesó la hoja entusiasmada y empezó a elogiar a su primo efusivamente.

–¡Marvin, es precioso! Las líneas son tan pequeñas y precisas. ¡Es igualito a lo que hay fuera! Y además lo has hecho de noche. Me gustaría ver a un ser humano intentando hacer eso. ¡No son capaces de encontrar una alubia en la oscuridad!

–Es impresionante, muchacho –añadió el tío Albert–. No hay otra palabra para describirlo.

El tío Ted le dio una palmada en la espalda a la madre de Marvin.

–¡Marvin es un artista! ¡Tenemos un artista de verdad en la familia! ¿Os acordáis de los murales de Jeannie, los que hacía con pasta de dientes? No era ni la mitad de buena que él.

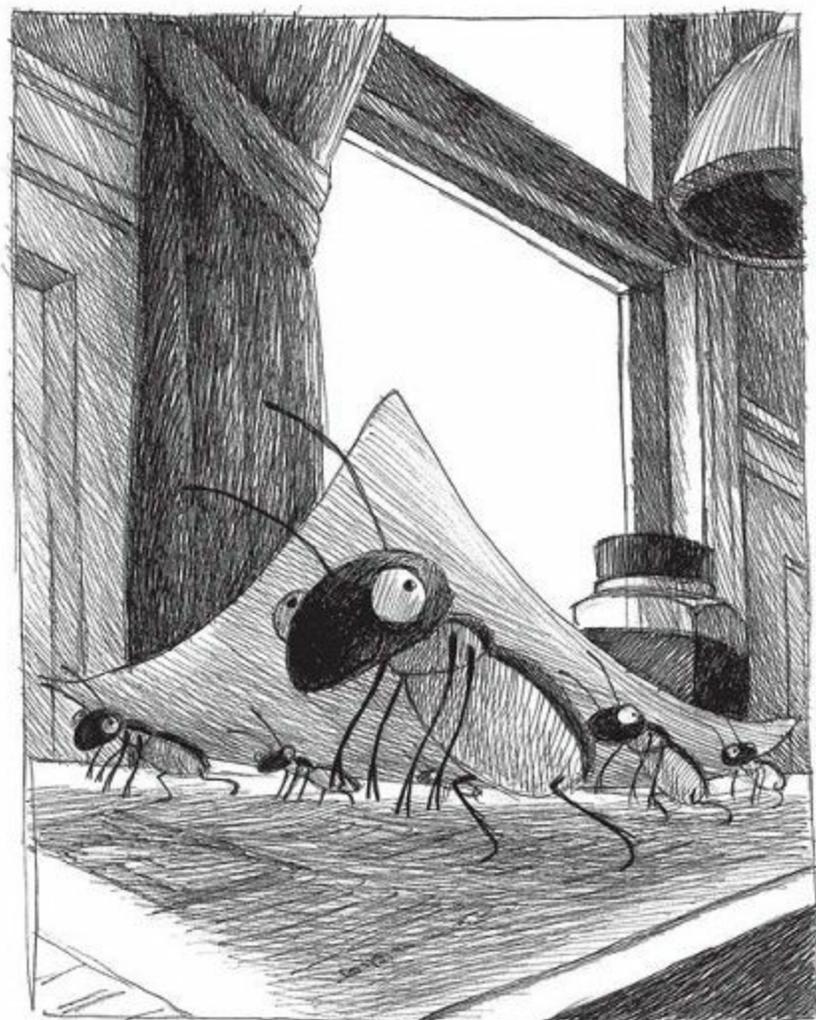
Marvin estaba radiante de orgullo.

Su madre le acarició el caparazón.

–Es un dibujo maravilloso, cariño. Simplemente maravilloso... Tan bonito y real. No entiendo cómo lo has hecho. No me extraña que James se alegrara. ¡Menudo regalo!

Su padre examinó el dibujo con pesar.

–¡Y qué lástima que tengamos que llevárnoslo!



Entonces oyeron que alzaban el pestillo de la puerta de la calle y un gran alboroto en el recibidor, interrumpido por el balbuceo habitual de William.

–¡Ay! ¡Los Pompaday ya han llegado de misa! –gritó la madre de Marvin–. Rápido, intentad levantarlo.

Los escarabajos se pusieron alrededor de la hoja, uno en cada extremo y dos en los lados más largos, y metieron el caparazón debajo de los bordes. Oyeron a James que corría por el pasillo con sus deportivas.

–No hay tiempo –dijo el padre de Marvin entre dientes–. No podemos hacerlo.

–¡Deprisa! Que todo el mundo se meta debajo de la hucha de cerdito y baje por la pared –ordenó el tío Ted.

–¿Qué? ¿Vamos a dejar aquí el dibujo de Marvin? –protestó Elaine–. Después de todo este lío, ¿no nos lo llevamos a casa?

–Cállate, Elaine –la regañó el tío Albert–. James está a punto de llegar.

Los escarabajos corrieron a esconderse justo cuando James entraba por la puerta a toda velocidad. Se quedaron apiñados durante un rato detrás de la hucha y luego

el tío Ted trepó por la mesa hasta el revestimiento estriado de madera y comenzó a bajar por la pared, abriendo camino al resto.

Marvin se quedó rezagado en la sombra de la hucha.

–Papá –susurró–. ¿Me puedo quedar un ratito? Quiero ver lo que hace con el dibujo.

Su padre, suspendido entre el borde de madera de la mesa y la pared, vaciló.

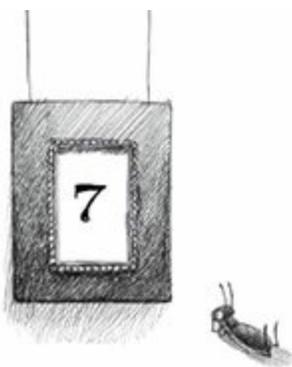
–No creo que sea buena idea, hijo.

–Pero a lo mejor lo cambia de sitio, y así sabré dónde está.

Su padre frunció el ceño y se quedó pensando.

–Bueno, supongo que podría venirnos bien –siguió con la mirada a la fila de escarabajos que ya habían recorrido la mitad de la pared y se estaban alejando–. De acuerdo –dijo–. Pero esta vez tendrás que permanecer escondido, Marvin. ¿Entendido? Y te esperamos para cenar.

–¡Claro, papá, llegaré a la hora de cenar! –le prometió su hijo–. Faltan un montón de horas para eso.



## Podría ser un Durero

Marvin se metió cautelosamente detrás de la lámpara de la mesa, que era su sitio favorito para espiar a James, y no le quitó ojo. El niño estaba inclinado sobre el dibujo, analizándolo sin parar de sonreír. De repente miró hacia arriba y echó un vistazo por el escritorio.

–Eh, pequeño –dijo en voz baja.

Marvin se puso muy tenso. Pensó que estaba bien escondido detrás del pie metálico de la lámpara pero no era así, a juzgar por lo cerca que oía la voz de James. Recordó la advertencia de su padre y se tumbó, deslizando parte de su cuerpo bajo la lámpara.

James siguió hablando en voz baja.

–Pequeñín, así es como te voy a llamar, porque eres un tipo realmente pequeño –vaciló–. A menos que seas una niña.

–¿Qué? –Marvin retrocedió alarmado, pese a su empeño por mantenerse quieto.

–No te asustes. No te haré daño –dijo James. Siguió observando a Marvin–. No creo que seas una chica. Creo que eres un niño, como yo.

Marvin se sintió aliviado, pero siguió paralizado en el borde de la lámpara.

–Ni siquiera me estarás entendiendo, ¿eh? Da igual. Mi padre llegará dentro de un rato. Estoy deseando enseñarle tu dibujo. Es lo más increíble que he visto en mi vida.

Marvin vio cómo James apoyaba los codos en la mesa y se agarraba la cabeza con las manos.

–Pero todo el mundo cree que lo hice yo. Ese es el problema. No sé cómo decírselo.

Los ojos grises y serios de James rastrearon sin cesar la zona donde estaba la lámpara. Marvin se encogió, muerto de miedo.

–De todas formas no se van a creer que lo has hecho tú, así que ¿qué sentido tiene decírselo?

*Ninguno, quiso decir Marvin. No te molestes, sobre todo cuando el dibujo ni*

*siquiera estará aquí mañana. Lo mejor es que olvidemos todo esto.* Miró fijamente el minúsculo dibujo. Le daba tanta pena...

Desde el pasillo llegó el ruido de unos golpes muy fuertes en la puerta y el recibimiento mudo de la señora Pompaday. Un minuto después, Karl Terik y la madre de James aparecieron en la entrada de su cuarto.

—¡James! Hijo, enséñale el dibujo a tu padre. Tienes que verlo, Karl. Te vas a quedar de piedra, ya verás. Mira qué diminuto y elegante es. Ay, estoy deseando enseñárselo a los Morton. Y a Sandra Ortiz, la de la galería.

Karl sonrió a su hijo y fue dando zancadas hasta su mesa con expresión paciente, como si se estuviera preparando para felicitarle por el dibujo sin importar lo que pensara sobre él. Pero al verlo se quedó impresionado. Lo miró fijamente mientras se rascaba la barba.

—¿Puedo? —le preguntó, extendiendo el brazo para coger la hoja.

James se ruborizó.

—Claro, papá.

Marvin avanzó lentamente para ver la reacción de Karl.

—James —dijo su padre.

—¿Qué te he dicho? —la señora Pompaday aplaudió—. ¿No es maravilloso?

Karl fue hacia la ventana y puso el dibujo cerca de la luz.

—¿Cómo lo has hecho?

James tragó saliva.

—Simplemente lo hice. Copié lo que hay fuera, solo eso.

Su padre se acercó la hoja a la cara y la escudriñó. Luego alargó el brazo y la miró desde esa distancia.

—Las líneas son tan delicadas y firmes. Nunca pensé que pudieras hacer una línea tan fina con la pluma que te regalé.

James no dijo nada.

Karl negó con la cabeza.

—Parece... Bueno, sé que es absurdo decirlo, pero podría ser un Durero.

Marvin y James se quedaron mirándole sin entender nada. Karl, ensimismado, estaba inclinando el dibujo para verlo desde distintos ángulos.

—Quiero decir que es igual de bueno.

La señora Pompaday estaba radiante:

—¡Ay, claro, justo! ¡Un Durero!

—¿Qué es eso? —preguntó James—. ¿Qué es un Durero?

—Alberto Durero —explicó Karl—. El artista alemán del Renacimiento. Era pintor y grabador e hizo montones de dibujos a pluma, algunos incluso miniaturas como esta, hace muchísimo tiempo. El detalle aquí es increíble. James, estoy asombrado.



James sonrió alegremente a sus padres y Marvin le sonrió alegremente a él.

–¿Cuánto tiempo has tardado en hacerlo? –preguntó Karl.

James miró de reojo hacia la lámpara y se mordió el labio.

–Eh... No sé, no me fijé –dijo–. Pero tardé un rato.

–Me lo imagino –dijo su padre silbando entre dientes. Le puso la mano en la espalda y le frotó su delgado cuello. Subió la voz y dijo entusiasmado–: ¿Sabes lo que vamos a hacer? Esta tarde vamos a ir al Metropolitan. Acaban de inaugurar una exposición de dibujo con obras de los grandes maestros de la pintura: Durero, Bellini, Tiziano, Miguel Ángel... Tienes que verla. Trae, nos llevaremos tu dibujo.

Marvin estuvo a punto de perder el equilibrio y de que le descubrieran. Quería gritar: ¡No! ¡Detenlo, James!

Pero Karl cogió un libro de texto de matemáticas que había en la mesa y deslizó el dibujo con cuidado dentro de la tapa.

–Quiero que sepas de primera mano lo bueno que es –le dijo a su hijo.

–¿En serio? –preguntó este–. ¿Crees que es tan bueno como los cuadros de esos famosos?

–Sí, en serio, James –dijo despeinándole.

La señora Pompaday no parecía muy contenta.

–No creo que debas llevar el dibujo a ningún lado –dijo–. ¿Y si le pasa algo? Aún no he podido enseñárselo a mis amigos.

Karl se rio.

–No le va a pasar nada –dijo poniéndose el libro de matemáticas debajo del brazo para que estuviera seguro–. Lo protegeré con mi vida. ¡Esto es algo realmente bueno!

¿Y ahora qué? Marvin corrió de un lado a otro detrás del pie de la lámpara sin saber qué hacer. ¿Qué pasaría si se llevaban el dibujo para siempre?

James y sus padres iban hacia la puerta cuando Marvin vio que James se paraba.

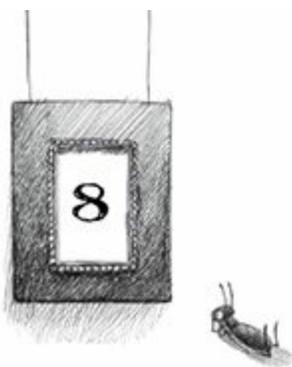
–¡Ah! Mi chaqueta –le dijo a su padre. Volvió a entrar en la habitación y la cogió de su armario. Luego se detuvo al lado de la mesa, se agachó cerca de Marvin, ocultándolo para que no lo vieran sus padres.

–Ven con nosotros –susurró–. ¿No quieres ver los dibujos? –apoyó un dedo grande y blanco en el escritorio cerca de Marvin, apremiándole con la mirada–. Venga, cuidaré de ti. Volveremos pronto.

Marvin era incapaz de pensar en nada más que en su dibujo, que ya había salido del cuarto y que iba de camino al Metropolitan de Nueva York. Atormentado, vaciló durante un momento y finalmente trepó por el dedo rollizo y cálido de James.



–Ven, te pondré en un sitio seguro –susurró, y metió a Marvin con delicadeza en el bolsillo de su chaqueta. Asustado pero ilusionado, el pequeño escarabajo se agarró al borde de la tela de nailon y escudriñó el mundo que se movía a toda prisa desde una altura a la que no estaba acostumbrado.



## El templo del arte

Marvin nunca había estado fuera del apartamento de los Pompaday. Bueno, a decir verdad, había trepado un par de veces a la ventana de James. Un día extrañamente caluroso de diciembre, la chica de la limpieza de los Pompaday había abierto algunas ventanas para que entrara el aire en las habitaciones que solían estar cerradas en invierno y Marvin, ansioso, se había subido al alféizar y había observado el cielo distante en lo alto y la calle estrecha y animada debajo. Pese a toda la información que había aprendido de los programas de televisión que veían los Pompaday, el mundo de fuera del apartamento seguía pareciéndole inmenso e imposible de conocer.

Marvin no se podía creer que estuviera en la calle y que se hubiera aventurado a salir a la ciudad metido en la chaqueta de James. Iba agarrado al bolsillo de nailon, del que solo asomaba la cabeza. El viento frío de febrero le azotaba el caparazón y desde arriba veía cómo la acera se balanceaba a una velocidad asombrosa. Los peatones aparecían frente a él y pasaban a su lado rápidamente. Los coches pasaban formando un gran estruendo, las ruedas chirriaban al frenar en un stop y el sonido de los cláxones era atronador. Todo parecía demasiado grande, demasiado ruidoso, demasiado extraño. Marvin estaba seguro de que también tenía que haber escarabajos viviendo ahí afuera. Sabía que su familia tenía parientes en Gramercy Park. No podía evitar preguntarse cómo se las apañaban en un mundo que cambiaba constantemente tan deprisa. La ciudad estaba llena de peligros y de vida. Marvin estaba eufórico.

Mientras se zarandeaba en el bolsillo de James recordó la historia de la tía Cecile, la viajera de la familia, conocida por sus ganas de conocer mundo. Un día de verano se había fugado de la cocina con una bolsa de té usada, había abierto un lado y vaciado meticulosamente su contenido y luego la había usado como paracaídas para saltar desde la ventana del salón aferrada a la cuerda.

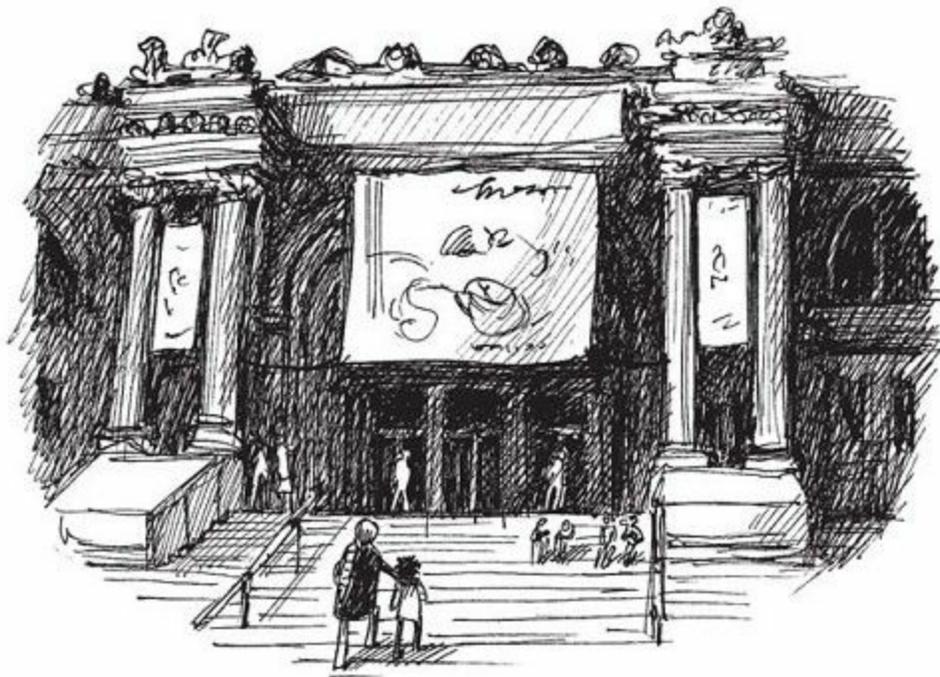
Los escarabajos la habían visto moverse empujada por el viento hasta llegar valientemente al suelo. Un punto minúsculo flotante que desapareció cuando

alcanzó la acera y al que nunca más volvieron a ver. Marvin pensó que podía estar ahí afuera, en alguna parte de aquel mundo gigante y acelerado. ¿Se habría arrepentido de su osadía? ¿O aquel habría sido el primer paso necesario para comenzar nuevas e inauditas aventuras?

–¿Es este? –preguntó James señalando el enorme edificio blanco grisáceo que se alzaba ante ellos.

–Sí, este es el Metropolitan –le dijo su padre–. Has venido antes, ¿no te acuerdas? Aunque yo te he llevado más al Museo de Arte Moderno.

Marvin vio grandes carteles de colores vivos con cosas escritas que colgaban en lo alto del edificio. No tenía ni idea de lo que decían. Así como era fácil entender el lenguaje de los humanos y hasta llegar a comprender su idea del tiempo, a los escarabajos les resultaba casi imposible descifrar su escritura. Ellos no tenían una lengua escrita. Pero en ese momento Marvin se dio cuenta de lo útil que podía ser. ¡Ay! Si él supiera cómo escribir en la lengua de James, cuántas cosas interesantes podría decirle.



Subieron las escaleras de piedra de dos en dos mientras James protegía con la mano el bolsillo de su chaqueta y pronto llegaron a la grande y oscura entrada principal del edificio. Marvin echó un vistazo a la muchedumbre con sus abrigos oscuros, a los floreros grandes y elegantes y a las amplias escaleras que conducían al segundo piso.

–Por aquí –gritó Karl, y los llevó dando zancadas hasta la escalera central. Dos pasillos abovedados se extendían a cada lado, donde había cajas de cristal en cuyo interior se exponían cuencos y fuentes de porcelana de colores vivos. Una tenue luz amarilla envolvía el espacio descubierto.

–Ahora me acuerdo del sitio –dijo James–. Se parece un poco a una iglesia.

Su padre sonrió:

–Bueno, es una especie de iglesia; es un templo del arte.

Marvin vislumbró estatuas de mármol y cuadros con marcos dorados. Al cabo de un rato entraron en una sala grande con las paredes llenas de dibujos.

–¡Hala! –James se quedó mirándolos fijamente–. Es increíble.

Su padre le cogió de la mano y tiró de él.

–Creo que los dibujos de Durero están en la tercera sala.

Marvin estaba demasiado lejos de las paredes y se zarandeaba tanto dentro de la chaqueta de James que no podía verlos bien, pero pudo distinguir el contorno borroso de los dibujos, en su mayoría retratos y figuras y de vez en cuando algún paisaje. Eran de colores apagados: negros, grises, marrones, algún rastro de un rojo pálido. En cuanto James se quedó quieto, Marvin trató de trepar y salir un poco más del bolsillo para poder ver mejor. James, preocupado, no paraba de lanzarle miradas furtivas.

–Aquí está –dijo su padre por fin–. Fíjate, ¿lo ves? ¿Entiendes a lo que me refería?

Se detuvieron. En ese momento Marvin tenía cuatro patas fuera de la solapa del bolsillo y estaba haciendo equilibrios en el borde tratando de ver mejor. Mientras se tambaleaba frustrado, el dedo de James apareció junto a él. Dudó un momento y luego subió a bordo. El niño se llevó la mano al hombro y el escarabajo desembarcó y se escondió tras el borde del cuello de la chaqueta.

–¡Hala! –volvió a decir James.

El dibujo que tenían delante era una imagen pequeña y minuciosa de un patio. Las líneas eran increíblemente finas y precisas, desde los marcos de las ventanas hasta las piedras de la plaza estaban meticulosamente delineados. Los bordes de los tejados de pizarra estaban tan afilados como el cristal tallado.

Marvin se quedó mirándolo fijamente. Casi podía ver la mano del artista trazando cada línea. Cuanto más lo miraba, más sentía cómo el dibujo se iba creando.

Karl echó un vistazo a los visitantes del museo que caminaban alrededor de ellos y pasaban de largo sin inmutarse. Puso el libro de matemáticas en el suelo y sacó con cuidado el dibujo de Marvin del interior de la cubierta. Lo levantó y se lo enseñó a James.

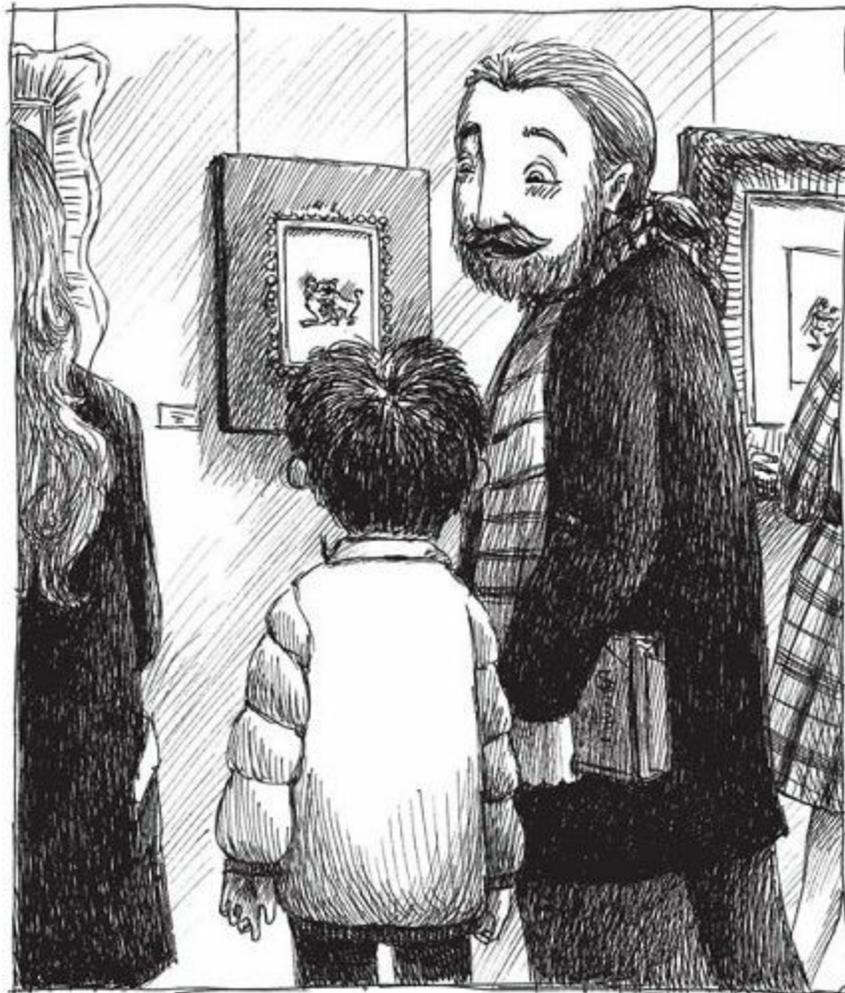
–¿Lo ves? Tu técnica es muy parecida a la de Durero.

James asintió con la cabeza sin saber qué decir.

Caminaron despacio mirando los dibujos de la pared y parándose delante de cada uno para analizarlo. Había más paisajes pequeños, unos dibujos de una anciana con una niña, un dibujo a pluma de un conejo... Tenían tantos detalles que parecían fotos, aunque eran sorprendentemente diferentes. Marvin pensó que las caras parecían reales, con la dureza propia de las narices y las barbillas y esas expresiones tan llenas de sentimiento. James se detuvo casi al final de la pared.

–Mira este, papá. Es tan pequeño... ¿Qué se supone que es?

Marvin trepó muy despacio por el cuello de la chaqueta de James. El dibujo era una miniatura enmarcada de una mujer arrodillada que llevaba un vestido y abrazaba a un león. El pelo ondulado le caía por la espalda como una cascada, al igual que hacía la melena del león sobre sus hombros enormes.



Karl leyó la cartela.

–Dice que es una de las cuatro virtudes: la fortaleza. ¿Sabes qué es eso?

–No –dijo James.

–Significa coraje, fuerza.

–¿Está intentando coger al león?

–Bueno, está luchando contra él, diría yo. Pero mira los detalles. Fíjate en los pliegues de su vestido y en las garras del león. Durero tenía un pulso muy firme. Eso es lo que pensé cuando vi tu dibujo, James –le apretó el hombro.

*Yo podría hacer eso*, pensó Marvin. Estaba fascinado.

–¿Karl?

Todos se dieron la vuelta para ver quién era. Un hombre con la cara arrugada algo mayor que Karl apareció entre la gente del museo y se dirigió hacia ellos sonriendo afectuosamente.

–Me había parecido que eras tú.



## La mujer y el león

–¡Denny! ¡Eh! ¿Qué tal? –Karl sonrió de oreja a oreja y le extendió la mano–. James, este es Dennis MacGuffin, un viejo amigo de cuando estuve en Pratt. La escuela de Bellas Artes, ¿recuerdas? Denny, él es mi hijo James.

Denny se agachó un poco y le guiñó un ojo.

–No soy tan viejo, ¿eh, James? Encantado de conocerte. Siempre me llena de alegría ver gente joven en una exposición como esta.

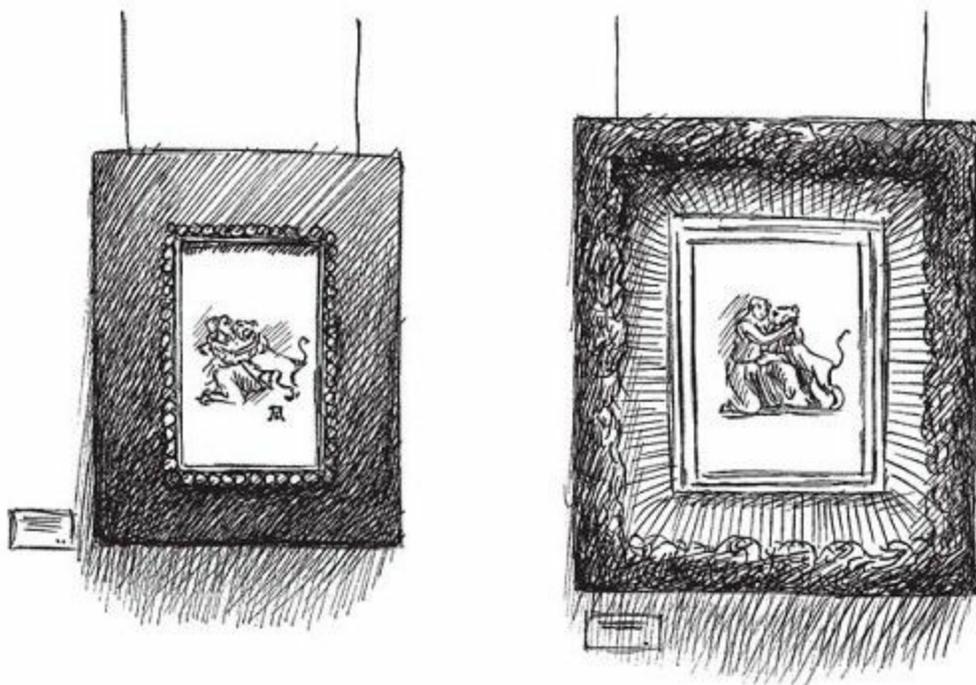
–¿Qué estás haciendo aquí, Denny? Creía que estabas en algún lado del oeste. California, ¿no andabas por ahí?

Denny asintió con la cabeza.

–Sí, eso es. Estoy en el Museo Getty. Soy comisario de las exposiciones de dibujo. La de Durero y esta de Bellini son nuestras.

Hizo un gesto hacia un dibujo similar de una mujer y un león colgado al lado del que estaban mirando. Era del mismo tamaño, pero Marvin pensó que era menos delicado y que los trazos de la pluma eran más gruesos.

Denny continuó:



–Hemos prestado varios cuadros para esta exposición y yo he estado ayudando a la señora Balcony con los preparativos –le hizo señas a una mujer que estaba pasando entre la gente y se dirigía hacia ellos lanzando miradas rápidas a los dibujos.

Marvin salió despacio de debajo del cuello de la chaqueta de su protector. La mujer era delgada e iba muy arreglada. Llevaba la blusa por dentro del pantalón y el pelo color miel recogido en un moño perfecto. Unas gafas negras rectangulares se apoyaban firmemente en su naricita. Le pareció muy guapa y muy natural, como esas personas guapas que no son conscientes de serlo, lo que le hacía parecer aún más guapa. A Marvin le cayó bien enseguida.

–¡Christina! –gritó Denny–. Ven a conocer a mis amigos Karl Terik y a su hijo James. Habrás oído hablar del trabajo de Karl. Expone en la galería Ernst Auger. Aparte de ser una de mis personas favoritas, es un artista excelente.

Christina Balcony se acercó a ellos sonriendo.

–¿Terik? No, me temo que no.

–Mi serie *Libertad* estuvo en el Steinholm el otoño pasado.<sup>d</sup> Eran cuadros abstractos muy grandes –Marvin pensó que Karl estaba avergonzado pero a la vez era muy optimista.

–No, no me suena.

–O quizá vieras algunas de mis obras en la Bienal de Whitney.

Christina negó con la cabeza.

–Pero no soy experta en nada que tenga menos de cuatrocientos años.

–¿No eres experta o no te interesa? –preguntó Karl, y a Marvin le sorprendió oír

un toque de irritación en su voz.

–Bueno, las dos cosas, supongo –dijo riéndose–. Lo siento. Por favor, no te tomes mi ignorancia como veredicto de tu trabajo. Me he quedado atascada a finales del siglo XV. Alemania, Italia, Holanda...

*Atascada a finales del siglo XV.* Aquella era la época de esos dibujos. Marvin no se podía ni imaginar cuánto tiempo había pasado. Era demasiado antiguo en el mundo de los escarabajos.

Christina le estrechó la mano a Karl, que la tenía extendida, y le lanzó una sonrisa muy grande a James.

–¿Te gustan? –le preguntó.

James asintió tímidamente.

–Sí que nos gustan –dijo Karl–. Mucho. Sobre todo los de Durero.

–Sí, son preciosos. Es nuestro favorito, ¿verdad, Denny? Cada vez que alguno se pone en venta luchamos por él. Presta una atención extraordinaria a los detalles; y ese toque impecable... Aquí lo ves muy bien, más que en Bellini –se volvió hacia James–: La misma imagen y diferentes artistas. ¿Cuál te gusta más?

James la miró.

–Ese –dijo en un susurro, señalando el de Durero. *Amí también*, pensó Marvin. El de Bellini de algún modo era más bonito, pero el escarabajo prefería las líneas nítidas y precisas de Durero.

–¿Por qué? –preguntó Christina, animándole a hablar. James se mordió el labio. Tenía demasiada vergüenza para contestar.

–Giovanni Bellini fue un artista italiano genial –dijo–. Durero decía que era «el mejor pintor del mundo».

–Pero no es tan admirado como Durero –señaló Karl.

–Bueno, en aquella época lo era. Ahora se le pasa por alto y se habla de otros grandes nombres, como Miguel Ángel, Leonardo, Rembrandt... –Christina observó los dos dibujos y sonrió un poco–. Durero fue a Venecia para aprender de Bellini, pero mira qué diferentes son los dos dibujos. Los mejores profesores son así: no te enseñan a hacer las cosas exactamente igual que ellos, sino a cómo dar lo mejor de ti mismo –señaló el dibujo de Bellini–. Este es suave, lleno de curvas y sombreados. La mujer casi parece estar jugando con el león.

Marvin entendía lo que decía. No había nada especialmente amenazador en la chica o en el león, a pesar de que el dibujo se titulara *Fortaleza*.

–Ahora mira el Durero –dijo Christina–. Intenta capturar el ideal de belleza italiana de Bellini pero no puede hacerlo. La chica de Durero es una campesina, una persona real. Mira sus hombros. Son tan anchos como los del león. Lucharán hasta el final, seguro.

Denny rio.

–Yo apuesto por la chica.



James asintió. Medio escondido detrás de su cuello, Marvin también asintió.

–A James le gusta dibujar –agregó Karl–. De hecho estamos aquí por eso. Le regalé una pluma y un tintero por su cumpleaños, y bueno, mirad lo que hizo –sonriendo, les tendió el dibujo para que lo vieran–. Todavía no puedo creerme que lo hiciera él.

Christina Balcony dio un paso al frente. Le cambió la cara. Se le cayó la máscara de chica agradable y educada. Alargó el brazo para coger el dibujo.

–¿Tu hijo ha dibujado esto? –exclamó sorprendida.

Denny miró por encima de su hombro y cogió aire. Estaba sobresaltado.

Christina se agachó junto a James y puso el dibujo entre ellos.

–¿Tú has hecho esto? ¿Tú solo? –James asintió y se ruborizó–. ¿Estabas calcando algo?

–No. Es solo... He copiado lo que se ve por la ventana de mi habitación.

Christina se levantó y puso el dibujo a cierta distancia, cerca de las obras colgadas en la pared.

–Mira cómo se parece a nuestra miniatura de Durero, a este paisaje –le dijo a Denny–. La ejecución es realmente extraordinaria.

–Ya lo sé –dijo Karl–. Por eso hemos venido. ¡Le dije a James que esto lo podía

haber hecho un maestro del Renacimiento!

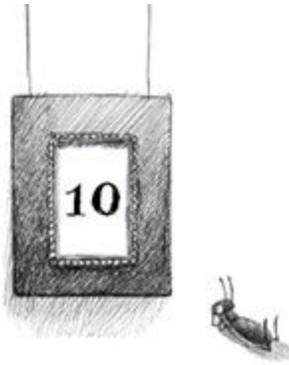
Christina se puso a caminar junto a los dibujos, sin soltar la hoja.

–El trazo es igual de meticuloso. Nunca pensé que fuera posible.

Marvin avanzó lentamente para oír mejor sus palabras. *¡Está hablando de mi dibujo!*, pensó lleno de alegría. *¡Lo está comparando con estos dibujos famosos!*

Finalmente se volvió hacia ellos con cara de satisfacción.

–James –dijo–. ¿Puedes venir conmigo? Quiero enseñarte algo.



## La mujer y la espada

A Marvin le preocupaba que le vieran y se volvió a esconder rápidamente bajo el cuello de la chaqueta. La cara de Christina estaba muy cerca de él y tenía los ojos clavados en James.

El niño se pegó a la pierna de su padre.

–¿Qué? ¿Adónde? –preguntó Karl.

Christina volvió a mirar el dibujo.

–Es extraordinario. Se me ha ocurrido una idea.

Denny levantó una ceja.

–Sus ideas son peligrosas –dijo a Karl y a James.

–¿De qué estás hablando? –Karl miró a la chica–. Solo vamos a estar aquí un par de horas. Tengo que llevar a James a su casa a las cinco.

Christina echó un vistazo a las parejas mayores y a las visitas guiadas que pasaban murmurando junto a ellos.

–No tardaremos mucho –dijo, y Marvin oyó un tono de súplica en su voz–. Me encantaría que vinierais a mi despacho. Quiero que veáis una cosa.

Karl le puso la mano en la espalda a James.

–Pero casi no hemos podido ver la exposición –dijo.

–Lo sé –dijo Christina disculpándose–. No voy a monopolizar la tarde, os lo prometo. Pero si venís conmigo puedo mostraros otros dibujos de Durero. ¿Te gustaría verlos, James?

–Supongo –contestó indeciso, y miró a su padre, que a Marvin le dio la impresión de estar impaciente.

–Lo siento, pero me gustaría mucho que viera la exposición. Por eso hemos venido –le cogió el dibujo a Christina, que lo soltó a regañadientes–. Y su madre se puede enfadar si no le llevo a casa a cenar. Quizá en otra ocasión.

Christina frunció los labios.

–No vamos a tardar nada, señor Terik.

–Karl.

–Karl, tendréis tiempo para ver la exposición.

Denny, que estaba cerca y parecía preocupado, dijo finalmente:

–Karl, si no te importa, puede ser importante. Hazme el favor.

Marvin vio que Karl y Christina se miraban molestos. Karl se encogió de hombros.

–Venga, vale. No entiendo nada la urgencia ni el secretismo, pero vale. ¿James?

James asintió con la cabeza y siguieron a Christina por el museo hasta una puerta de madera que estaba oculta en una esquina.

–¿Por aquí? –preguntó James–. Es como una puerta secreta.

Christina le sonrió.

–Es la entrada al departamento de dibujos y grabados. Es muy práctica, ¿verdad?

–Yo tengo las llaves –dijo Denny, sacando un pequeño llavero de su bolsillo. Le guiñó un ojo a James–. Libre acceso para los amigos especiales del museo. Estoy intentando usarlas lo más posible antes de tener que devolverlas.

Abrió la puerta y la sostuvo para que entraran Karl, James y Christina. Marvin miró a su alrededor asombrado. Aquella puerta anodina conducía a un gran despacho revestido de estanterías del que salían puertas y pasillos que estaban escondidos detrás de la pared de la galería.

–¿Cuánto tiempo te vas a quedar, Denny? –preguntó Karl.

–Solo un par de semanas. Luego me vuelvo al Getty. No me importará cambiar este clima tan frío por el sol de California, te lo aseguro.



El despacho de Christina Balcony estaba al fondo de un largo pasillo. Era una habitación amplia cuyas ventanas daban a Central Park. Las paredes estaban recubiertas de estanterías hasta el techo abarrotadas de libros, que probablemente serían gruesos volúmenes de historia del arte llenos de polvo, pensó Marvin. Había algunas sillas de madera viejas alrededor de una mesa alargada. Christina las señaló con una mano para que se sentaran mientras cogía un libro muy grande de su escritorio. James, su padre y Denny se sentaron y esperaron. La chica, con bastante torpeza, mantuvo en equilibrio el libro en la parte interior del codo y lo hojeó hasta que llegó a una página con una ilustración de un dibujo a pluma.

Lo puso delante de James.

–Es otro Durero, igual que *Fortaleza*. Este se titula *Justicia*.

Marvin, que seguía intentando que no le descubrieran, vio que era similar al dibujo de la chica con el león: igual de pequeño –unos ocho o diez centímetros cuadrados–, el mismo color de tinta e idéntico nivel de detalle. Pero en esta imagen se veía a una mujer con un vestido largo que portaba una espada en una mano y

una balanza en la otra. Su cuerpo estaba un poco girado hacia el espectador, al que miraba tristemente, con la balanza levantada y la pesada espada a su lado.

–¿Es la misma chica que la del león? –preguntó James.

–No –dijo Christina–. Mírale la cara. Las personas que pinta Durero son siempre muy reales, y cada uno es diferente. Pero tienen en común cierta melancolía.

–¿Qué significa melancolía? –preguntó James.

–Tristeza –respondió Karl, mirando a Christina.

–Sí, es como una especie de pena.

–¿Por qué? ¿Por qué están tristes? –preguntó James. Marvin pensó que sí que parecían un poco tristes, pero era algo más que eso. Daba la impresión de que estaban ensimismados pensando en sus cosas.

Christina se encogió de hombros.

–¿Quién sabe? Durero no era feliz. Su matrimonio no iba bien. Su mujer tenía muy mal carácter y solo le preocupaba el dinero, así que él se metió de lleno en el trabajo para escapar de todo eso.

Marvin pensó que la mujer de Durero se parecía un poco a la señora Pompadour.

–Pero creía en la belleza –añadió Denny–. Una vez dijo: «No sé lo que es la belleza, aunque se puede aplicar a muchas cosas». Durero creía que el arte era una forma de encontrar belleza en los aspectos más triviales de la vida.

–Como tu dibujo, James –dijo Karl dulcemente–. Has cogido una escena de lo que se ve todos los días a través de tu ventana y la has convertido en algo hermoso.

James se ruborizó, lo que hizo que resaltaran aún más las pecas de sus mejillas. Se le iluminó la cara con una sonrisa tímida.

Christina seguía mirando el dibujo.

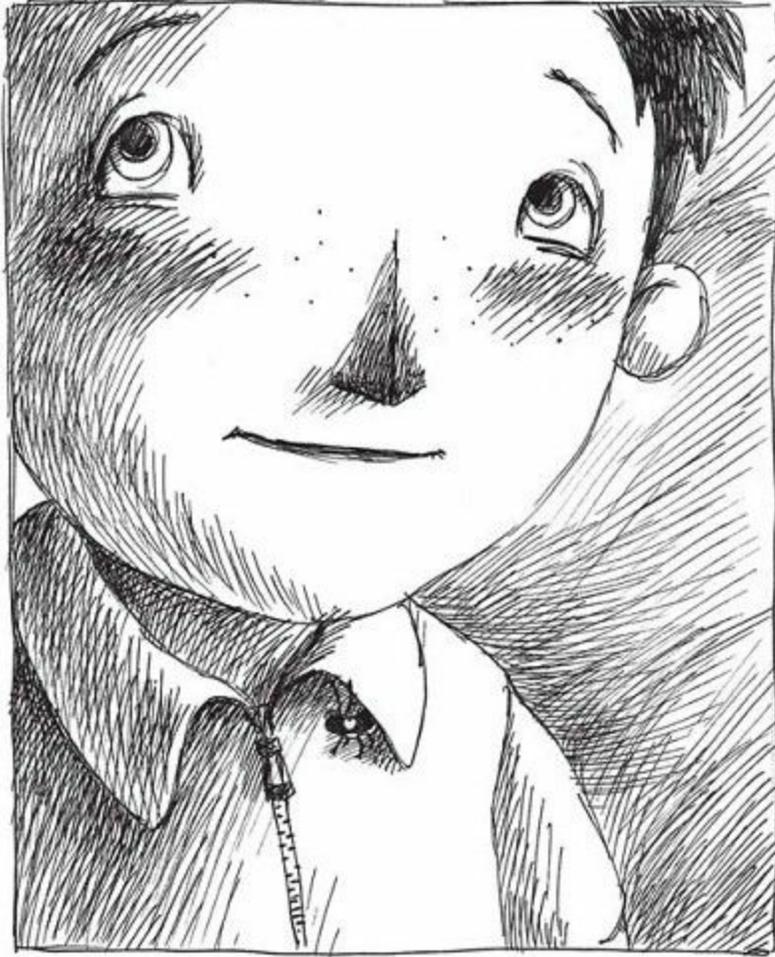
–Como cualquier artista, Durero reflejó su vida en toda su obra. Estos dibujos fueron una respuesta a su propia tristeza y soledad.

Karl frunció el ceño.

–Eso es dar mucho por sentado.

Christina levantó una ceja.

–¿Tú crees? Sabemos mucho de su vida a través de sus cartas.



–No lo dudo, pero estás asumiendo que sus dibujos tratan sobre su propia vida. La tristeza que ves puede ser una elección deliberada para este dibujo, algo que Durero quería decir sobre la justicia.

Marvin les miró. ¿De qué estaban hablando ahora? El padre de James, que era una persona muy calmada, de pronto parecía estar enfadado.

Christina hizo caso omiso del comentario y se volvió hacia James.

–Sea cual sea la razón, el arte de Durero siempre tiene esa cualidad intensa y solitaria. ¿La ves?

Marvin quería mirar más de cerca el dibujo. Había algo poderoso en él, pero también había una especie de contención. *Justicia.*

–Este dibujo no estaba con los demás –dijo James.

–No... No estaba –Christina intercambió miradas con Denny.

Karl miró la hora.

–Bueno, ¿era esto entonces? ¿Es lo que querías enseñarnos?

Christina frunció el ceño.

–Lo que quería enseñarle a James, sí.

Marvin les miró desconcertado. Nunca había visto a Karl mostrar tanta aversión hacia nadie, y parecía un sentimiento totalmente recíproco.

Christina se agachó junto a la mesa y puso su hermosa cara frente a la de James.

–James, ¿alguna vez has intentado copiar algo? Como cuando copiaste la escena de tu ventana, pero no una escena sino un dibujo.

–¿Te refieres a calcar? –preguntó James.

Christina negó con la cabeza.

–No, calcar no. Copiar la imagen tú mismo observando las líneas del artista.

–No –contestó James–. Bueno, quiero decir, a veces, con dibujos animados –su voz se fue apagando.

–¿Crees que podrías intentarlo con un dibujo de Durero?

James estaba perplejo.

–¿Este?

–No –respondió Christina rápidamente–. Este no, el del museo de Denny que está colgado en la sala: *Fortaleza*.

–¿De qué estás hablando? –interrumpió Karl–. ¿Para qué? –miró a Christina y luego a Denny.

Denny tampoco parecía saber de qué hablaba.

–¿Quieres que copie *Fortaleza*? ¿Por qué?

–No sé –dijo ella en voz baja–. Seguramente sea imposible. Pero pensé que igual podría hacer algo muy parecido.

–¿Qué? ¿Ahora? ¿Aquí? –Karl negó con la cabeza–. Ya te lo he dicho antes. Hemos venido a ver la exposición. No tenemos tiempo para que James se ponga a hacer bocetos.

James estaba aterrorizado y Marvin notó que temblaba.

–Tengo todas las cosas para dibujar en casa –dijo.

Christina se puso en pie y apoyó su mano delgada en el borde de la mesa.

–Está bien. Si prefieres puedes llevarte una copia del dibujo a casa –pasó la página–. Mira, aquí está, justo después del de *Justicia*. Puedes llevarte el libro. Yo solo... Si no te importa, James, me gustaría ver si puedes hacerlo.

Vaciló sin apartar la vista del niño.

–Nadie ha mirado nunca el mundo tan de cerca como Durero. A nadie le importó tanto como a él capturar los pequeños detalles. Tu dibujo tiene la misma sensibilidad.

Marvin ardía de emoción.

Karl negó con la cabeza.

–No se puede comparar a Durero con Leonardo o Miguel Ángel.

Christina inclinó la cabeza y se quedó pensando.

–No, no en la fuerza emocional de los dibujos. Él no era tan original ni tenía la

visión que tenían ellos. Es un artista más tranquilo. Pero sí en la paciencia que tenía –vaciló.

–Sí –dijo Denny, que estaba totalmente de acuerdo con ella–. En su fe en que la belleza se revela a sí misma, capa tras capa, en los momentos más insignificantes... Bueno, en eso no hay nadie como él.

–En la verdad, belleza y en la belleza, verdad –Christina extendió la mano y fue pasando las páginas con cuidado hasta que llegó otra vez al dibujo *Justicia*.

Denny le dio una palmada en el hombro a James.

–¿Qué dices tú, James? No estoy muy seguro de lo que planea hacer nuestra misteriosa señorita Balcony, pero ¿quieres intentarlo?

Marvin no podía apartar la vista del dibujo: la fuerte mujer solitaria con la espada a su lado y la balanza dorada colgándole de una mano. Él quería dibujar así. Quería estar dentro de la cabeza de Alberto Durero, añadir cada pequeño detalle, acercarse cada vez más a la verdad.

Sabía lo que dirían sus padres y lo que pensaría toda su familia. Era peligroso y hasta ridículo.

Pero lo que más deseaba en el mundo era que James dijera que sí.

–No sé –dijo James–. No sé si puedo.

–¿Lo intentarás? –Christina tenía la mirada fija en él–. Por favor...

James la miró y se mordió el labio.

–Vale –dijo por fin.

–¡Ay, James! ¡Gracias! –se agachó rápidamente y le abrazó. Por un momento, su pelo dorado y brillante casi toca a Marvin, que pudo oler el limpio aroma cálido de su piel.

Y luego exclamó:

–¡Oh, Dios mío! ¡*Un bicho!*



## Abandonado

Marvin trató de esconderse para que no le vieran, pero antes de que se diera cuenta de lo que estaba pasando sintió un golpe tan contundente que hizo que su cuerpo saliera disparado hacia el espacio. Estaba boca abajo, dando vueltas en el aire, y veía la habitación borrosa a su alrededor. Rebotó en algo duro –¿una pared?, ¿un estante?, ¿quién sabe?– y chocó contra el suelo, donde se quedó tendido boca arriba con las patas en el aire.

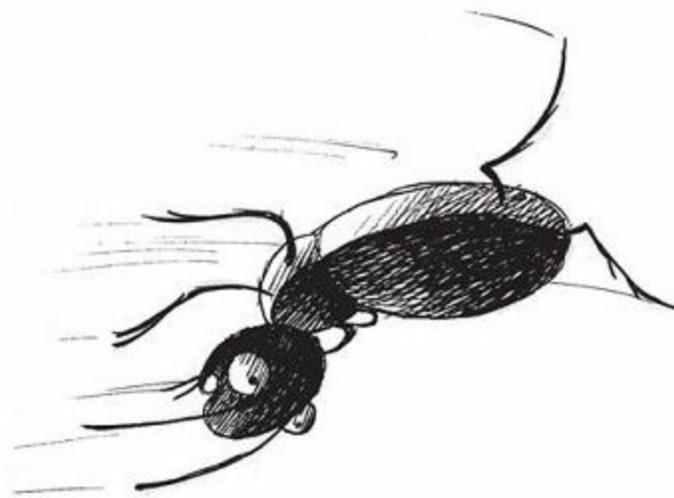
–¿Dónde está? –gritó James.

–No pasa nada, te lo he sacudido de encima –dijo Christina intentando tranquilizarle–. Pero era una cosa muy rara. Estaba pegado a tu cuello, debajo del cuello de tu chaqueta. ¡Y en el abrigo! ¡Puaj!

–Pero ¿dónde está ahora?

Marvin no podía ver nada desde su posición invertida. Agitó las patas frenéticamente e intentó por todos los medios levantarse.

–No tengo ni idea –dijo Christina–. Estará en el suelo. Probablemente muerto.



–¡¿Qué?! –Marvin oyó las deportivas de James en el suelo de madera muy cerca de él.

–Tranquilo, amigo –dijo Karl–, es solo un bicho.

Marvin tenía miedo de que le vieran y le pisaran. No había nada más vulnerable en el mundo que un escarabajo boca arriba. Se retorció y giró en el suelo intentando desesperadamente darse la vuelta. Era algo que él y Elaine habían practicado en casa con diferentes grados de éxito. Él era mucho mejor que su prima y en ese momento se lo estaba recordando a sí mismo mientras reunía las últimas fuerzas que le quedaban. *Fortaleza*, pensó apesadumbrado.

Con un enorme esfuerzo se impulsó hacia arriba. Aterrizó en su abdomen y corrió por el suelo y debajo de la mesa hasta que estuvo oculto. ¡Uf!

Entre las sombras Marvin vio cuatro pares de zapatos. Las zapatillas de James se movían inquietas por lo nervioso que estaba.

Karl cruzó la habitación hacia la puerta.

–Vamos, James. Ya casi no tenemos tiempo de ver el resto de la exposición.

James se quedó donde estaba.

–Pero...

–Venga, colega.

Los zapatos de salón negros de Christina avanzaron por el suelo taconeando hasta alcanzar las deportivas de James.

–¿Quieres llevarte el libro?

–¡No! –gritó James, y luego añadió rápidamente–: Quiero hacerlo aquí. ¿Vale, papá? ¿Podemos volver mañana?

*No quiere dejarme aquí*, pensó Marvin, agradecido. *Se está asegurando de que*

*tendrá que volver.*

–¿Mañana? El museo cierra los lunes.

–Sí, las salas del museo están cerradas –dijo Christina–, pero no los despachos. De hecho, sería perfecto. Puedes venir después del colegio si quieres, James. Y me aseguraré de que tengas mi despacho para ti solo.

–Oye, espera un momento –protestó Karl–. No tengo ni idea de qué planes tiene su madre.

–Claro, tendrás que ver que no tenga nada que hacer –dijo Christina con mucha labia.

–No tengo nada que hacer –dijo James. Se agachó y Marvin vio su pálida cara seria y sus ojos escudriñando el suelo y quiso gritar: *¡Por aquí!* Pero no habría servido de nada. Intentó calcular si tenía tiempo suficiente de correr por el suelo y trepar a la zapatilla de James sin que le vieran.

–Bueno, depende de tu madre –continuó Karl–. Pero no te va a dejar si hoy llegas tarde.

James suspiró.

–Vale, vale. Vendré mañana –dijo bastante alto.

Marvin vio que los zapatos de salón negros se daban la vuelta.

–Toma, James, una tarjeta mía. Llámame para decirme cuándo vendrás –bajó la voz y Marvin dedujo que se estaba inclinando para hablarle solo a James–. Estoy tan entusiasmada con esto... Mañana te hablaré más de los dibujos.

–¿De este? –preguntó James–. ¿De *Justicia*?

–Sí, y de los demás.

Marvin vio que los zapatos de Denny iban hacia la puerta.

–No puedo esperar para oír de qué se trata –dijo–. Quizá entonces sepamos de lo que eres capaz.

–James –dijo Karl impaciente.

–Vale, papá –contestó James. Marvin vio cómo las deportivas se daban la vuelta y seguían con paso cansino y de mala gana a los mocasines que Karl iba arrastrando. Los cuatro pares de zapatos se dirigieron lentamente hacia el pasillo, la luz se apagó y la puerta se cerró con un golpe seco.

Marvin se acurrucó en la oscuridad. Escuchó sus pasos resonar en el pasillo hasta que la habitación se quedó en silencio.

Sus padres estarían desquiciados y muy preocupados. Una vez más no sabían dónde estaba. Pero ¿qué podía hacer ahora? James volvería al día siguiente, Marvin estaba seguro de ello. Estaban juntos, y no solo por el dibujo. Sabía que James también lo sentía. Aunque oficialmente se acabaran de conocer esa mañana, parecía que se conocían desde hacía mucho tiempo. Misteriosamente habían congeniado y se entendían muy bien. Marvin nunca antes se había sentido así con nadie.

Salió arrastrándose de debajo de la mesa y trepó por una de sus enormes patas de

madera. El libro estaba abierto frente a él y olía un poco a moho, un olor a humedad que le reconfortaba y le hacía pensar en las paredes reblandecidas de su casa. Se movió lentamente por sus páginas satinadas y se detuvo en el borde del dibujo *Justicia*. Allí se acomodó para pasar la noche y memorizó cada línea.

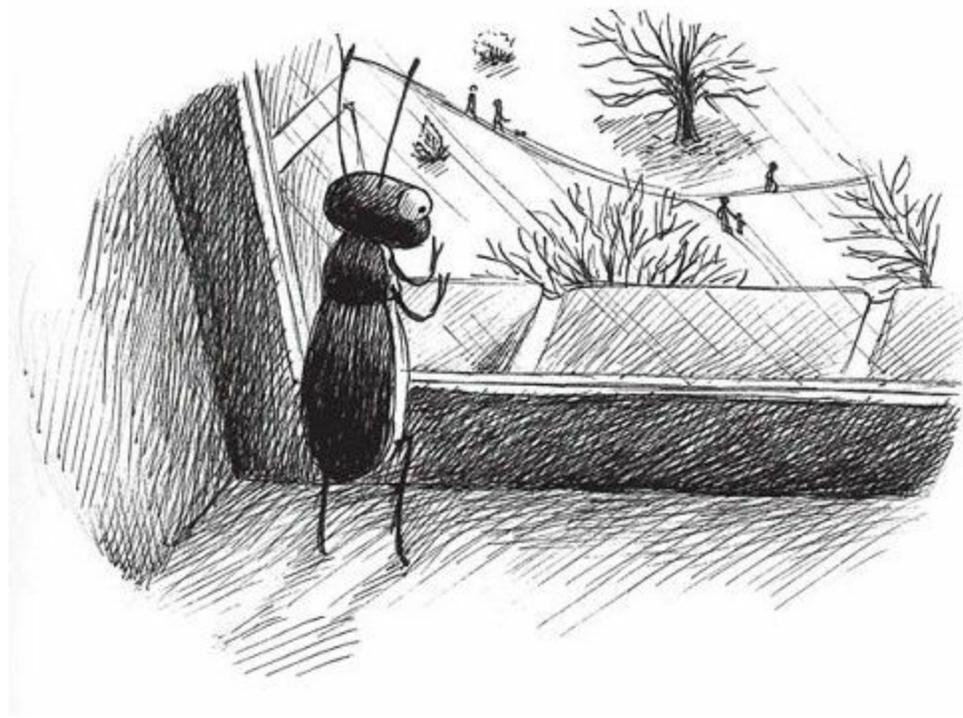




## En el despacho de Christina

Cuando la luz del sol empezaba a entrar oblicuamente por los ventanales, Marvin oyó un estruendo que venía del pasillo. Al cabo de un momento, un guardián encorvado con un mono marrón empujó la puerta. Arrastraba un enorme cubo de basura y uno más pequeño con productos de limpieza. Marvin se tumbó y se sumergió en el hueco entre el lomo del libro y las gruesas tapas. Desde allí vio cómo el vigilante barría el suelo muy despacio y hacía un montoncito de polvo y desechos que luego tiró al cubo. Después le pasó un trapo húmedo a la superficie de la mesa sin mostrar ningún interés. No se molestó en mover el libro, así que Marvin estaba a salvo.

En cuanto el despacho estuvo vacío de nuevo, Marvin se puso a explorarlo. Bajó despacio por la pata de la mesa hasta el suelo y fue hacia la lejana pared, por la que subió rápidamente al alféizar de la ventana. La visión del parque era tan panorámica que daba vértigo. Marvin vio grupitos de árboles grises que parecían estar flotando y estrechos caminos asfaltados surcando la maleza. A lo lejos, muchas personas envueltas en sus abrigos oscuros corrían al trabajo, pero desde aquella altura eran pequeñas motas insignificantes. *Así es como los humanos deben ver a los escarabajos*, pensó Marvin.



Avanzó lentamente por el alféizar hasta que llegó al escritorio de Christina, en cuya superficie solo había dos tacos de folios perfectamente ordenados, un bote con bolígrafos y lápices, un reloj y un marco de fotos de plata. En la imagen aparecía Christina sentada sobre sus pies en un sofá con dos niñas pequeñas a su lado. *O más bien encima de ella*, pensó Marvin. Una estaba apoyada en sus rodillas y le sonreía desde abajo y la otra, más posesiva, le colgaba de los hombros y le agarraba del pelo. Christina estaba despeinada y hecha un desastre, no como el día anterior. Pero aun así estaba radiante. Las niñas tenían los mismos rasgos y el mismo pelo rubio que ella, aunque más claro. *Deben de ser sus hijas*, pensó Marvin.

El resto de la mañana se dedicó a vagar por el despacho. Trepó a los estantes y contempló las rígidas hileras de libros. Se agarró al cordón del estor de la ventana y se entretuvo lanzándose lejos de la pared y columpiándose de un lado a otro mientras la habitación daba vueltas debajo de él. Era lo más cerca que había estado de volar, una habilidad que compartían muchos tipos de escarabajos, como las mariquitas y los gorgojos, a los que Marvin y su familia envidiaban a menudo.

A primera hora de la tarde encontró una chincheta debajo de la mesa y se puso muy contento. Si hubiera estado en casa, se la habría llevado enseguida para su colección, deseoso de que la viera Elaine. Pero en lugar de eso la empujó por el suelo y la escondió detrás de una de las patas de la mesa. Así se sentiría más seguro sabiendo que tenía un arma a su disposición en caso de necesidad.

Al cabo de un rato, a Marvin le entró hambre. Pensó con ansia en el desayuno abundante que sus padres estarían disfrutando en ese momento por cortesía de los

Pompaday. ¿Tostadas con queso de untar? ¿Tortitas con jarabe de arce? El banquete detrás de la trona de William ofrecía un surtido interminable ahora que el bebé era lo suficientemente mayor para probar distintas comidas y lo suficientemente pequeño para divertirse tirando cosas al suelo.

Marvin se subió al archivador y trepó a la papelera esperando encontrar un trocito de comida. El vigilante la había vaciado de golpe pero, afortunadamente, gracias a su manera despreocupada de barrer, había dejado caer muchas migas debajo de la mesa. Al principio Marvin pensó que solo eran migas de pan duras, los restos de un sándwich que alguien había comido días antes. Pero se llenó de alegría cuando descubrió trocitos diminutos de una tartaleta de fresa.

Mientras engullía el pastel, Marvin se sentía mucho menos incómodo por haber pasado un día solo en el despacho de Christina. Con el estómago lleno subió de nuevo a la mesa para ver el dibujo otra vez. Las líneas eran delicadas pero firmes. Y qué atractiva era Justicia, con su cara triste y su pesada espada. Prefería dibujar este al de la mujer con el león. Estaba deseando que James trajera la tinta.

Al cabo de unas horas Marvin oyó por fin las llaves en la cerradura. Volvió a ocultarse bajo el lomo del libro justo cuando Christina entraba en la habitación seguida de James y Karl, que se quedó en la entrada. Iba igual de impecable que el día anterior: llevaba una almidonada blusa de seda, unos pantalones azul marino y se había apartado el pelo de la cara con una pinza de carey. James, nervioso y con los ojos muy abiertos, lanzó miradas rápidas en todas las direcciones, escudriñando el suelo, las paredes y la mesa. *Me está buscando*, pensó alegre Marvin.

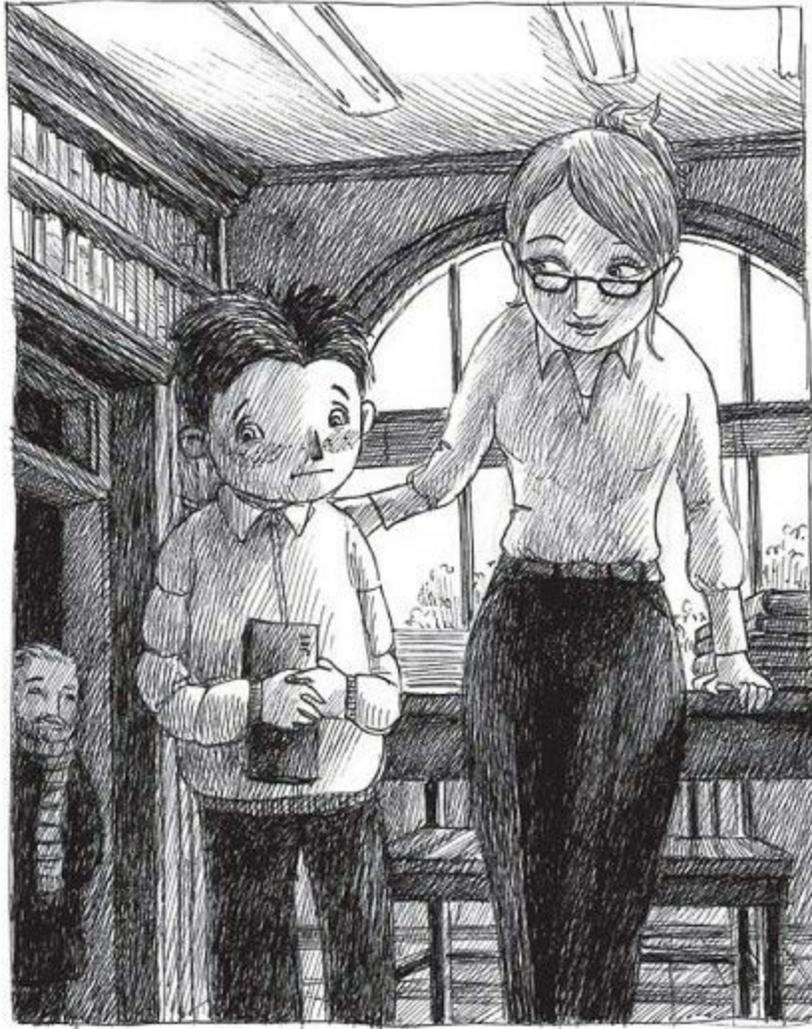
–Te agradezco tanto que hayas podido venir, James –decía Christina mientras le apoyaba la mano en el hombro–. Sé que es difícil en días de colegio –se volvió hacia Karl–. Y a usted también, señor Terik. Soy consciente de las molestias que le ha podido causar.

–Bueno –dijo Karl–, James quería venir, así que... –se encogió de hombros y se apoyó torpemente en el marco de la puerta.

Christina volvió a mirar a James.

–¿Crees que podrás trabajar en esta mesa si la despejo un poco? Apartó los montones de papel dejando libre buena parte de la superficie y puso en el centro el enorme volumen de los dibujos de Durero.

–Vamos a buscar *Fortaleza* –dijo ella pasando las páginas.



Marvin se estremeció y se metió aún más en el lomo mientras las hojas revoloteaban sobre él—. Veo que has traído tu pluma y tu tintero. ¿Necesitas papel o alguna otra cosa?

James miró al suelo.

—Solo papel. Pero yo... —se calló.

Christina se puso de cuclillas a su lado.

—¿Qué pasa?

Marvin oyó que arrastraba una zapatilla por el suelo.

—Yo... No sé si podré —dijo en voz baja—. No sé si puedo dibujarlo aquí.

Christina asintió.

—Lo entiendo perfectamente. El proceso artístico es tan... tan concreto para cada persona. Para los grandes maestros también lo era —sonrió tratando de animarle.

Karl estaba mirando a su hijo.

—Es demasiada presión para un niño tan pequeño —dijo en voz baja.

Christina hizo una pausa.

–No es mi intención, de verdad. James, no te preocupes si no te sale bien. Estoy segura de que muchas veces tampoco le salió bien a Durero.

Marvin vio que Karl fruncía el ceño y que Christina le apoyaba rápidamente la mano en el brazo. Él retrocedió sorprendido, pero ella insistió:

–Señor Terik –dijo–. Me da la sensación de que usted y yo hemos empezado con mal pie. ¿Le puedo invitar a un café, por favor? Para compensar las molestias de tener que venir hasta aquí de nuevo. Así James trabajará más tranquilo –le sonrió y él suavizó un poco su expresión.

–De acuerdo –dijo Karl a regañadientes–. ¿Cuánto tiempo necesitas, James? ¿Una hora? ¿Hora y media?

James seguía examinando la habitación mientras se mordía el labio.

–Sí, tardaré un rato.

–Aquí está el papel –dijo Christina, poniendo en la mesa un pesado montón de papel de dibujo–. Y aquí está *Fortaleza* –pasó los dedos por encima de la chica que lucha contra el león–. Inténtalo, James, ¿vale?

–Vale –dijo James, y se sonrojó.

Se marcharon y, en cuanto la puerta se cerró de golpe, James se puso de rodillas y desapareció de la vista de Marvin. El escarabajo le oía susurrar mientras se arrastraba por el suelo.

–¿Dónde estás? Eh, ¿dónde estás? Jo, por favor, espero que estés bien.

Marvin salió del lomo del libro y corrió a toda prisa hacia el borde de la mesa. James seguía gateando por el suelo, mirando debajo del escritorio y fisgando entre las ranuras oxidadas del radiador. Marvin esperó hasta que James, totalmente desanimado, se puso en pie con esfuerzo y empezó a mirar por toda la habitación. Entonces fue corriendo hacia el otro lado de la mesa con la esperanza de que aquel movimiento rápido llamara la atención del niño.

–¡Eh! –gritó James–. ¡Eh! ¡Estás aquí!

Se desplomó en una silla y apoyó la barbilla en la mesa, a escasos centímetros de Marvin, sonriendo de oreja a oreja. Dejó caer el dedo y Marvin se subió rápidamente, agarrándose fuerte mientras James lo levantaba.

Nunca había visto a James tan contento y aliviado. *Es porque estaba preocupado por mí, pensó. Es porque somos amigos.*



## Copiar una copia

–¡Me alegro tanto de que no te haya pasado nada malo, pequeñín! –dijo James mientras ponía el papel enfrente de Marvin y agitaba el frasco de tinta–. No paraba de pensar: «¿Y si le han pisado?» o «¿Qué pasa si entra el vigilante, te barre y te tira a la basura?».

Marvin pensó que eso era algo que podría haber dicho Elaine.

Pero James siguió hablando, muy contento:

–Espero que puedas hacer esto. Quiero decir, ella confía totalmente en ti. ¿Sabes a qué se parece esto? A ese cuento de hadas, el de la chica y la pajita. ¿Cómo se llamaba? *El enano saltarín*, ¿te acuerdas? Ese donde encierran a la chica en una habitación del castillo y ella tiene que convertir la paja en oro porque si no le cortan la cabeza.

Marvin se estremeció. Con razón a los niños humanos les divertía quitarles las patas a los escarabajos; si oían ese tipo de historias... Se subió encima del papel de dibujo.

–Y luego ese duendecillo o lo que sea viene y la ayuda y nadie se da cuenta –dijo James–. Igual que tú me estás ayudando a mí. Solo que al final resulta que el enano es un poco malo y yo sé que tú no eres malo. Tú eres muy pero que muy simpático –respiró hondo–. Vale, ¿estás listo? Aquí tienes la tinta –desenroscó la tapa y la puso en la mesa al lado de Marvin–. Y lo que haré yo es ponerlo de pie, así –apoyó el enorme volumen en posición vertical, colocando otros libros en la mesa para mantenerlo abierto–, para que puedas verlo mientras trabajas, ¿vale? Es que si no es muy difícil. Tendrías que estar todo el rato yendo de aquí para allá mientras trabajas. Y así es casi como mirar por la ventana de mi cuarto. ¿Crees que puedes hacerlo?

Bueno, esa era la gran pregunta, ¿no? Marvin miró fijamente el dibujo. James tenía razón, no era muy diferente a observar por la ventana de su habitación. Todo estaba proporcionado: lo único que había que hacer era trasladarlo al papel.

¡Pero era una obra de un artista brillante, hecha hace cientos de años! ¿Cómo

podía copiar algo así sin echarlo todo a perder?

Se dio cuenta de que no le servía de nada pensar así, como tampoco le ayudaba pensar en el agua oscura del desagüe o en lo que podría estar flotando cuando estaba a punto de sumergirse. La única esperanza era dejar de pensar y hacerlo.

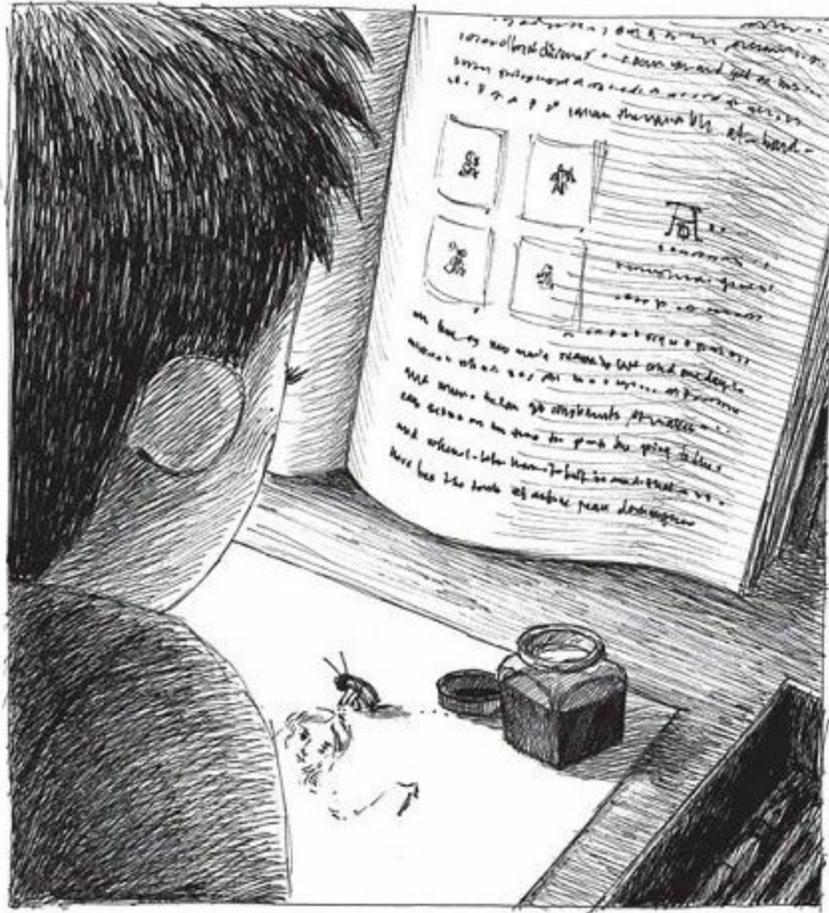
Cogió aire, mojó sus patas delanteras en la tinta y se puso manos a la obra.

El espacio en blanco del papel le abrumaba, pero concentró el dibujo en una zona concreta y marcó con puntitos microscópicos de tinta las esquinas de un cuadrado imaginario de 7,5 por 7,5 centímetros. Y empezó a dibujar. Hizo todo lo posible por hacer los trazos tan definidos y firmes como los de Durero, sin sacrificar la delicadeza de las líneas. Comenzó por el pelo rizado de la chica y luego pasó a delinear la curva de su cara.

James se sentó en la mesa con los brazos cruzados delante de él y la barbilla apoyada en ellos. Permaneció en silencio casi todo el tiempo, pero a veces le daba ánimos en voz baja.

–Eh, ¡buen trabajo!... Esa parte es difícil, ¡pero tú puedes!

Marvin estaba tan abstraído que casi olvida la presencia de James. Poco a poco la chica fue tomando forma: sus extremidades fuertes y musculosas se abultaban bajo la tela del vestido. De algún modo el león, que tenía el cuerpo firmemente sujeto por unos brazos que le rodeaban, le resultó más fácil. Con mucho cuidado, Marvin añadió el sombreado a rayas sobre su ijada y la floritura de su rabo ensortijado.



–Es genial –dijo James en voz baja, casi sin aliento, como si temiera romper el hechizo.

Marvin descubrió que, si copiaba las partes del dibujo por separado y de forma demasiado mecánica, sus líneas parecían más duras que las de Durero. Así que intentó capturar el movimiento de toda la imagen. La parte más difícil fue hacer que sus líneas fueran firmes y fluyeran, como si estuviera dibujando algo nuevo él solo y por primera vez.

–¡Eh! –dijo de pronto James, mirando el reloj que había en la mesa de Christina–. Son casi las cinco y media. Volverán pronto. ¿Puedes acabarlo?

Marvin trabajó más deprisa y entró en el extraño trance que había sentido cuando empezó a hacer el boceto de la escena que se veía por la ventana de James. Era una forma de meterse dentro de sí mismo y abstraerse del mundo exterior. No era consciente de nada salvo de la hoja que tenía enfrente y de sus líneas de tinta que se iban transformando en un dibujo.

Y por fin lo terminó.

Marvin retrocedió, manteniendo en el aire sus patas manchadas de tinta.

James asintió despacio con la cabeza, sin apenas respirar.

–¡Es igualito que el otro!

Marvin se quedó mirándolo. Estaba todo: la chica agachada y el león, cada detalle reproducido fielmente en el papel. Pero ¿era tan bueno como el de Durero? Marvin estaba mucho menos seguro de este que de su dibujo de la ventana.

James, sin embargo, parecía plenamente convencido.

–No se lo van a creer –dijo sonriendo.

Unos minutos después, Karl, Christina y Denny entraron por la puerta. James ya había guardado a Marvin en el bolsillo de su chaqueta para que estuviera a salvo y evitar que se repitiera el susto del día anterior. Marvin se agarró a la solapa y miró ansioso la reacción de Christina.

–¡Vaya! –exclamó ella–. ¡Madre mía, James!

Denny se rio a carcajadas.

Marvin no sabía si eso era bueno o malo. ¿Les había gustado?

–¡Hala! –dijo Karl, acercándose a la mesa.

James dio un paso atrás mientras jugaba con la cremallera de su chaqueta. Marvin miró hacia arriba y vio otra vez el mismo rubor rosado que le cubría las mejillas.



–James, esto es excelente –dijo Christina levantando la hoja. No me lo puedo creer. Debo admitir que pensé que merecería la pena intentarlo, pero... Denny, ¡mira! ¿Alguna vez pensaste que sería capaz de hacerlo tan bien? –se volvió emocionada hacia Karl–. ¿Y tú?

A Marvin le sorprendió ver que la dinámica entre ellos había cambiado totalmente y que la irritación había desaparecido. Karl le sonrió, y en su cara se reflejó el mismo entusiasmo.

–¡No! Creí que podría hacer bien las líneas, pero copiar algo requiere una técnica completamente distinta. Las proporciones están realmente bien, James, tal y como las has dispuesto en el espacio. Mmmm... Pero creo que el efecto global de la obra de Durero no es tan apelmazado, ¿no te parece? –le preguntó a Christina, que miró más de cerca la imagen del libro.

Marvin entendía lo que quería decir. En el original, pese a su tamaño diminuto, la chica y el león formaban un amplio triángulo en el espacio.

–Es cierto –dijo Denny–. Pero es un trabajo excelente. El dominio de la técnica es extraordinario.

Christina asintió con la cabeza.

–Y este es su primer intento. Y lo ha hecho a partir de una reproducción en un libro, no a partir del dibujo original –hizo una pausa y asintió con la cabeza–. Me asusta un poco decir esto, pero tengo esperanzas.

Marvin miró a James, que estaba tan desconcertado como él. ¿De qué estaba hablando?

–¿Esperanzas en qué? –preguntó Karl.

–Eso, Christina, dilo ya –añadió Denny–. Tus planes llevan demasiado tiempo siendo un misterio. ¿Por qué una copia de *Fortaleza*? ¿Aún estás resentida porque pujé más alto que tú en aquella subasta?

Christina se rio.

–No, qué va. Hace tiempo que lo superé.

–¿Entonces, por qué? –insistió Denny–. ¿Por qué necesitas una copia de *Fortaleza*?

A Christina le brillaban los ojos.

–Porque –dijo despacio, y su voz apenas podía contener la emoción–, están a punto de robarlo.



## Robar la virtud

–¿Qué?! –gritaron Denny y Karl a la vez. Marvin sacó un poco más la cabeza del bolsillo y casi se cae al suelo.

Christina sonrió.

–¡No el original! No os preocupéis. La imitación de James.

–No lo entiendo –dijo Karl.

Denny frunció el ceño y se echó el pelo para atrás con la mano.

–Yo tampoco. Y ya que el original le pertenece al Getty, creo que es mejor que me cuentes de qué va esto. Igual deberíamos sentarnos.

Christina apartó una silla de la mesa y se dejó caer. Puso el dibujo delante de ella y lo sujetó con sus manos delgadas. Denny y Karl se sentaron uno a cada lado de ella, pero James permaneció de pie. *Para que yo pueda ver*, pensó Marvin agradecido.

–Bueno –empezó a decir Christina–, Denny está familiarizado con los antecedentes de todo esto, pero dudo que vosotros lo estéis –se volvió hacia Karl–. ¿Sabes algo de robos de arte?

–Claro –respondió Karl–. Los casos más famosos. *La Gioconda*, el del Museo Gardner de Boston...

–¿Qué? –preguntó James–. ¿Qué son?

Christina se quitó las gafas y las puso en la mesa, mirando fijamente el dibujo.

–Los robos de arte más famosos de todos los tiempos. Robaron *La Gioconda* en 1911. Un empleado italiano se lo llevó del Louvre porque planeaba devolverlo a Italia. Estuvo perdido dos años, pero luego lo recuperaron –se restregó la frente–. El Museo Isabella Stewart Gardner no tuvo tanta suerte. Fue el mayor robo de arte de la historia: en 1990, dos hombres vestidos de policías llegaron de madrugada diciendo que les habían llamado. Esposaron a los guardias de seguridad y robaron tres obras de Rembrandt, una de Vermeer, una de Manet y cinco de Degas, entre otras. El lote estaba valorado en casi cuatrocientos millones de dólares. Aún no los han encontrado.

–Vaya –dijo James. Marvin pensó en todos aquellos cuadros desaparecidos. James miró a Christina.



–Pero ¿por qué los roba la gente? ¿Qué hacen con ellos?  
Christina suspiró.

–Normalmente es por dinero –dijo–. Pero, claro, muchas veces los cuadros son tan conocidos que no pueden venderse libremente en una subasta.

Denny asintió y se frotó la frente.

–El mercado de arte robado es muy complejo. Los ladrones no pueden vender las obras a museos o marchantes acreditados. Cualquier coleccionista privado que compre un cuadro robado no puede exponerlo públicamente. Lo quiere porque le gusta el arte, y ha de estar dispuesto a disfrutarlo en privado.

Christina asintió con la cabeza.

–Por eso tiende a ser un negocio del mercado negro. Los delincuentes intercambian los cuadros por otras cosas prohibidas, como drogas o armas.

–¿En serio? –James abrió mucho los ojos. A Marvin le costaba imaginar a alguien cambiando una de aquellas centenarias obras de arte hermosas y delicadas por un alijo secreto de armas.

–Bueno, es un tipo de robo –interrumpió Denny–. Robar arte no es como otros delitos. A veces no es por dinero, sino simplemente por amor.

–Es verdad –Christina asintió–. Puede haber un sentimiento genuino detrás. En el caso de *La Gioconda*, el ladrón solo quería devolver el cuadro a su país de origen.

–Pero ¿por qué se preocupaba por eso? –preguntó James.

Karl se alborotó el pelo.

–Es el cuadro más famoso de Leonardo da Vinci. Muchos italianos lo ven como un tesoro nacional. No les gusta que esté en un museo francés.

–Sus obras son objetivos habituales de los ladrones –dijo Christina–. Hace unos años, dos hombres que se hicieron pasar por turistas se llevaron *La Virgen de la rueca* de un castillo escocés; redujeron a un guía y lo cogieron directamente de la pared.

–¿También valía mucho dinero? –preguntó James.

–Sí, claro. Es una obra maestra. ¿Cincuenta millones? ¿Cien? Nunca fue recuperada<sup>1</sup>.

James resopló y Marvin no estaba seguro de si era por el dinero o por el cuadro perdido.

–¿Alguna vez los recuperan? Los cuadros, digo –le preguntó a Christina.

–Es raro, pero a veces ocurre. No te puedes imaginar lo emocionante que es –le estrujó el hombro–. Cuando encontraron *El grito* de Edvard Munch, el museo abrió sus puertas durante una noche y sirvió champán. La gente del mundo del arte estaba contentísima. Y luego sucedió aquel robo tan extraño de Manchester, ¿no, Denny? –Christina miró a Denny buscando su aprobación–. Hace unos cuantos años en Inglaterra encontraron varios lienzos perdidos de Van Gogh, Picasso y Gauguin enrollados en un tubo de cartón y metidos detrás de un baño público en la calle de la galería donde los habían robado dos días antes.

–¿Cogieron al ladrón? –preguntó Karl.

Denny negó con la cabeza.

–No que yo recuerde. Pero, si fue así, el ladrón dejaría una notita muy amable felicitando a la galería por su sistema *de la T.*) de seguridad –sonrió–. Una vez más, no es el típico delito y los involucrados no son los típicos delincuentes.

–Bueno –protestó Christina–. A veces sí. ¿Qué me dices del Museo Nacional de Estocolmo? Tres hombres armados forzaron la entrada y robaron un autorretrato de Rembrandt y dos cuadros de Renoir.

–Sí, es cierto –murmuró Denny–. Escaparon en una lancha motora. Un policía de paisano danés los recuperó haciéndose pasar por un comprador de arte.

–¿En serio? –dijo Karl–. ¿Los recuperaron todos?

–Sí –respondió Christina, ensimismada–. Todos.

La habitación se quedó en silencio. A Marvin le daba vueltas la cabeza. No era fácil imaginar museos tranquilos y polvorientos como escenarios de delitos tan extravagantes. Y costaba creer que un dibujo o cuadro pudiera estar valorado en tantos millones de dólares.

–Pero ¿qué tiene que ver todo esto con el dibujo de Durero? –preguntó Karl.

–En realidad son cuatro dibujos –dijo Christina–, por las cuatro virtudes cardinales: fortaleza, justicia, prudencia y templanza. Bellini solo dibujó la

fortaleza, pero Durero hizo dibujos de las cuatro, todos ellos miniaturas increíblemente detalladas.

–¿Qué quiere decir prudencia? –preguntó James.

Su padre hizo una pausa.

–Significa cuidado, ser cauteloso, pensar bien las cosas.

*Como James*, pensó Marvin. James siempre tenía cuidado.

–Y la templanza es la moderación –explicó Christina–, no exagerar las cosas.

Marvin resopló, aunque nadie podía verle. Los adultos no parecían entender que siempre era mejor exagerar.

–Vale, cuatro dibujos de Durero –Karl la apremió a que siguiera hablando–. ¿Y?

–Y... los robaron. O al menos tres de ellos. Se llevaron *Prudencia* y *Templanza* de un pequeño museo en Baden-Baden, Alemania, hace dos años. Eran tan pequeños que el ladrón se limitó a levantar los marcos de la pared y metérselos debajo de la chaqueta.

*Sería fácil esconder esos dibujos*, pensó Marvin. Eran tan pequeños...

–*Justicia*– ... –Christina vaciló.

Marvin vio que Denny la estaba mirando con una mezcla de comprensión y pena. Como ella no seguía hablando, continuó él:

–Robaron *Justicia* el año pasado. El Metropolitan la acababa de adquirir, después de que Christina insistiera mucho, por medio de un marchante de Londres. Era uno de los grandes éxitos de la colección. Los dibujos de los grandes maestros se han convertido últimamente en el no va más y se venden por cientos de miles. Yo lo quería para el Getty, claro –sonrió a James–, para que acompañara a *Fortaleza*. Mi museo de California tiene una colección bastante buena de dibujos europeos y mi punto débil son los de Durero. En concreto los dibujos de las cuatro virtudes.

–*Justicia*– tenía pequeños daños causados por el agua –continuó Christina–. Lo estaban restaurando en el departamento de conservación el pasado mes de marzo cuando asaltaron la oficina. Aquel dibujo fue lo único que se llevaron –negó con la cabeza mirando a Denny.

–Fue terrible –dijo Denny–. Yo había venido a dar una conferencia a Nueva York y el robo empañó todo nuestro fin de semana. Nos quedamos hechos polvo.

–Recuerdo que lo leí –dijo Karl–. Pero ¿por qué solo ese dibujo? Debía de haber otras obras valiosas en aquel departamento.

Christina y Denny intercambiaron una sonrisa nostálgica.

–Durero –dijo Denny.

–Sí, Durero –repitió Christina–. Si fuera un robo normal... tienes razón, había varios cuadros valiosos en la oficina. Pero yo creo que esto no era por el dinero, como tampoco lo eran los robos de los otros dos dibujos de las virtudes, *Prudencia* y *Templanza*. La gente tiene debilidad por Durero.

Karl levantó una ceja.

Pero Marvin lo entendió enseguida. Ese era el poder de los dibujos: la tristeza, la sencillez incluso de la gente. Eran tan reales...

James se mordió el labio y miró detenidamente el dibujo que había hecho Marvin de la mujer y el león.

–Pero no entiendo por qué necesitáis una copia de este –dijo–. Tenéis este. ¿Por qué no queréis una copia de *Justicia*, que es el que falta?

–Porque, James –dijo rápidamente Christina, con dulzura y entusiasmo–, creo que alguien está coleccionando estos dibujos. Y, quienquiera que sea esa persona, querrá la serie completa. Las cuatro virtudes. Esta es la única que queda –miró a Denny–. He estado hablando con la gente del FBI que trabaja en el departamento de arte robado. Dicen que podría funcionar. Están dispuestos a ayudar.

–¿Ayudar a qué? –exclamó Karl frustrado–. Sigo sin entenderlo.

James se desplomó en una silla y en ese momento Marvin dejó de ver a todos los adultos. Salió muy despacio del bolsillo y trepó a la cremallera disimuladamente, contento de que todo el mundo estuviera prestándole atención a otras cosas.

Christina respiró hondo.

–Vale, vale, lo siento. Sé que es complicado. ¡Pero ya está listo casi todo! –miró a Denny–. Tengo el apoyo del FBI. Tienen un contacto clandestino, alguien que comercia con arte robado. Lo que necesito es una falsificación de *Fortaleza*.

–Pero ¿por qué? –preguntó James.

Christina se retorció las manos. Estaba sonrojada.

–Este es mi plan, James: lo volverás a dibujar, en el papel adecuado y con la tinta adecuada. Luego sustituiremos tu dibujo por el original y perpetraremos un robo. Escucha, el dibujo tiene que ser bueno, pero no hace falta que sea perfecto. Todo el mundo sabe que *Fortaleza* forma parte de esta exposición. Saben que es auténtico. El ladrón no juzgará nuestra falsificación por su autenticidad, eso lo hará solo la persona que pretenda comprarlo, pero ese trato nunca se llevará a cabo.

–¿Qué ladrón? –preguntó Karl–. No tiene sentido. ¿Vais a contratar a alguien para que robe vuestro propio dibujo?

–La falsificación, no el auténtico. Y el «ladrón» será alguien que trabaje para el FBI –hizo una pausa–. Pondrán algún tipo de dispositivo de rastreo en la copia falsa de *Fortaleza*. El FBI le entregará el dibujo a alguien que comercia con arte robado...

–Y esa persona os conducirá a los otros dibujos –dijo Denny. Asintió despacio–. Os llevará hasta *Justicia*. Muy inteligente.

*Era inteligente*, pensó Marvin. ¿Quién sospecharía que un museo planearía su propio robo y falsificaría sus propias obras de arte?



Karl negó con la cabeza.

–Pero ¿cómo vais a llevar el dibujo al mercado negro? Eso no es muy fácil que digamos. No creo que tengas un contacto constante con delincuentes –levantó las cejas y añadió–: ¿Verdad?

–No –admitió Christina–. Pero ¿te acuerdas de lo que dijo Denny sobre el robo de Estocolmo? ¿Lo del policía de paisano? Esa es una de las formas más eficaces de recuperar arte robado: policías o agentes del FBI haciéndose pasar por marchantes de arte encubiertos. Estoy segura de que podemos hacer que la falsificación llegue a las manos adecuadas –sonrió–. O a las manos equivocadas, como en este caso.

–Me quito el sombrero, Christina –dijo Denny–. Es impresionante.

–¿O sea que vais a fingir que robáis mi dibujo? –preguntó James.

Christina asintió con la cabeza.

–Pero ¿qué pasa si te equivocas? –preguntó Karl–. ¿Qué pasa si no hay una persona que esté coleccionando toda la serie? ¿Qué pasa si los dibujos no están juntos?

–Bueno, siempre cabe esa posibilidad.

–¿Y si le pasa algo a mi dibujo? –preguntó James–. Marvin se estremeció dentro del bolsillo. ¿Desaparecería su dibujo en aquel mundo de policías falsos y pistolas y cuadros de un millón de dólares que se han perdido para siempre?

Christina se arrodilló detrás de James, a escasos centímetros de Marvin, que corrió a esconderse en un pliegue de la tela.

–Esto es muy arriesgado, ya lo sé –dijo dulcemente, mirando solo a James. Marvin se dio cuenta de que esa era una de las cosas que le gustaban de Christina: cómo le prestaba toda su atención a James, como si cualquier cosa que él dijera o preguntara fuera tan importante como los comentarios de los adultos.

–Al FBI no le importa –continuó–, si nuestro robo organizado conduce a los dibujos robados de Durero o a otras obras de arte, porque nos seguirá indicando el camino hacia los personajes clave del mercado de arte clandestino. Pero desde luego que me preocupa. Si con esto no recuperamos *Justicia*, me quedaré... –vaciló– muy decepcionada.

Karl seguía descofiando.

–Podría funcionar, pero ¿no vais a necesitar a mucha más gente implicada? Me refiero al personal de seguridad del museo, la policía de Nueva York, los periódicos...

–No, los periódicos no –le interrumpió Denny–. Supongo que es importante que la prensa informe de esto como si fuera un robo real.

–Sí –dijo Christina–. Tiene que parecer un robo normal. Pero, Karl, tienes razón en lo demás. He de obtener un permiso del director del Metropolitan y asegurarme de que la policía local está dispuesta a colaborar. Por eso es tan importante que el FBI esté en el ajo. Y obviamente, Denny, quiero que lo aclares también con el Getty, ya que el origen de todo el plan es una de las obras que nos habéis prestado. Lo que pasa es que...

Christina seguía mirando fijamente a James con la mirada llena de asombro.

–Esta idea se me ocurrió hace meses, cuando Denny y yo estábamos hablando del montaje de la exposición. Pero nunca pensé que encontraría a alguien que pudiera falsificar *Fortaleza*. No creí que fuera posible hasta que vi tu dibujo, James. Y entonces pensé: podría hacerlo él. ¡Y lo has hecho!

Marvin sintió una extraña mezcla de orgullo, miedo y preocupación. James se ruborizó sin apartar la vista del dibujo.

–Vale –dijo él en voz baja–. Quieres que lo copie para que puedas robarlo.

–Sí –contestó ella–. Robar el falso para encontrar el verdadero, *Justicia*.



## La vuelta a casa

Eran casi las siete cuando Karl, su hijo y Marvin regresaron al apartamento de los Pompaday y proporcionaron a la madre de James una explicación convincente pero no demasiado detallada de por qué este tendría que hacer otra visita al Metropolitan aquella semana. Karl lo describió como un seminario de arte privado con el comisario de dibujos y grabados, lo que consiguió satisfacer las ansias de la señora Pompaday de un trato especial, un reconocimiento de la distinción de su hijo y la entrada a un mundo exclusivo de pasatiempos de la clase alta, todo a la vez. Quedaron en que Karl iría a buscar a James el miércoles a las cuatro.

Cuando James se refugió por fin en su habitación, Marvin estaba desesperado por volver al seno de su familia. Estarían preocupadísimos. Había estado fuera toda la noche (¡otra vez!) y todo el día siguiente y no había forma de que supieran qué había pasado. Subió hasta el borde del bolsillo de la chaqueta y empezó a bajar a toda prisa por la pierna del niño hasta que llegó al suelo. James le frenó con un dedo.

–Trae –dijo–, deja que te ayude. No sé adónde vas, pero está ahí fuera en el pasillo, ¿verdad? ¿Es ahí donde vives?

Marvin suspiró. Sería maravilloso si pudiera explicarle a James dónde estaba su casa y pedir que le llevara hasta allí. James tardaría muy poco en cruzar el apartamento hasta llegar al armario de la cocina comparado con la media hora o más que tardaría él. Ese era uno de los molestos inconvenientes de ser amigo de alguien con el que no te podías comunicar de una forma normal.

Pero igual a James se le ocurría algo. Merecía la pena intentarlo. Al menos lo llevaría hasta el pasillo. Marvin trepó al nudillo de James y lo agarró fuerte mientras el niño iba hacia la entrada.

–No te preocupes –dijo James–. Me aseguraré de que nadie te vea –abrió un poco la puerta y miró a ambos lados. Oyeron a William bramar en la cocina:

–¡Ya ya! ¡Ya ya!

–¡Voy, William! –gritó James, sonriendo un poco. Marvin pensó que tenía una

paciencia infinita con su hermano por someterse a sus tirones de pelo y recoger los juguetes que tiraba al suelo. Ninguno de los escarabajos lo entendía.

–Mi madre está preparando la cena –le dijo–. No pasa nada –se agachó y puso el dedo en el suelo brillante y suave, al lado del rodapié–. ¿Aquí? –miró a Marvin.

Marvin empezó a descender, pero entonces James dijo:

–¡Eh! ¿Sabes qué? Si vas hacia la punta de mi dedo cuando estoy en el sitio correcto, te puedo bajar exactamente donde haga falta –se agachó apoyándose en sus talones y sonrió–. Será como ese juego de caliente o frío, ¿sabes?

Marvin le sonrió abiertamente. James era tan listo... Se colocó en el centro del dedo y se agarró bien mientras el niño recorría el pasillo parándose a cada rato para ver su reacción, pero no se movía.

James entró en el baño, luego asomó la cabeza por la habitación de sus padres. *Aquí no*, pensó Marvin, y le entraron escalofríos. No podía imaginarse pasar más tiempo del estrictamente necesario con el señor y la señora Pompaday. ¡Menudo barullo armaban con su cháchara constante! Por no hablar de sus habituales peleas.

–Eh... –dijo James–. Espero que entiendas lo que digo. No parece que estés haciendo nada. Escucha, si no estoy cerca de donde vives, ve para el otro lado de mi dedo, en dirección a mi mano, ¿vale?



Marvin, solícito, se arrastró hacia la mano de James.

James se rio a carcajadas.

–James, ¿eres tú? ¿De qué te ríes? –la señora Pompaday sacó la cabeza por la puerta de la cocina. James dejó caer la mano de golpe y Marvin aguantó como si le fuera la vida en ello.

–De nada –dijo James–. He visto una cosa graciosa.

La señora Pompaday le miró con recelo.

–¿En el pasillo? Espero que no te estuvieras riendo de mi estatua de apsara – Marvin vio que iba hacia la mesa del recibidor y levantaba con ternura una figurita de madera tallada a mano de una mujer desnuda bailando–. Noté que algunos de tus amiguitos se reían de ella en la fiesta, pero confío en que seas más maduro que ellos. El cuerpo femenino es algo hermoso, James.

James no sabía dónde meterse.

–No me estaba riendo de eso, mamá.

–Vale, mejor, porque ahora eres un artista, cariño. Tienes que demostrar aprecio

por el arte de otras culturas... incluso por esas ridículas esculturas de esquimales antiguas que tu padre tiene por ahí arrinconadas. ¡Jo! Cuando pienso que tus preciosos dibujos pueden estar pronto colgados en el salón de alguien... ¡Ay! ¡Se me pone la piel de gallina! –se agachó rápidamente y le dio un beso en la cabeza a James.

Él, sorprendido, se puso tenso y deslizó la mano detrás de su pierna para ocultar a Marvin.

–¿Cuándo cenamos? –preguntó, deseando cambiar de tema.



–En veinte minutos –la señora Pompaday volvió a la cocina.

James fue hacia el salón.

–Pequeñín, ya casi no quedan habitaciones. ¿Es aquí? Se paró en medio de la alfombra persa y miró a su alrededor. Marvin se quedó cerca de su mano.

–¿Ves el cuadro del caballo de mi padre? –preguntó James en voz baja–. ¿A que es genial? –se acercó y se apoyó en el sofá para verlo mejor. Marvin también se inclinó hacia él, manteniendo levemente el equilibrio sobre sus patas traseras. El cuadro era llamativo y elegante, con ese torrente de color azul tan vivo. Nadie diría que es un caballo a menos que alguien se lo dijera. Pero en cuanto lo sabía era imposible ver algo distinto.

James miró hacia abajo a Marvin.

–¿Crees que alguna vez seré capaz de hacer algo así? Probablemente no –suspiró–. Quiero decir que ni siquiera sé dibujar. Tú eres el que sabe.

Marvin le miró compasivo.

–Pero no sin mi pluma y mi tintero, ¿verdad? –dijo James, sonriendo–. Es como si necesitaras mi ayuda –volvió a mirar el lienzo de su padre–. Pero ¿puedes pintar un cuadro? No creo. No uno tan grande al menos. ¡Tardarías años! Mejor nos dedicaremos a las cosas pequeñas.

Marvin se dio cuenta de que era posible tener una conversación con James sin decir una palabra. Había escarabajos que hablaban sin parar, pero con James era como si también le escuchara y rellenara los huecos con lo que sabía que diría si pudiera.

–Vale, ¿el comedor? –James pasó cuidadosamente bajo el arco de la entrada. Marvin permaneció inmóvil–. Eh, no creo que vivas en la habitación de William. ¿Te he contado que William se comió una mariquita una vez? Sí, eso hizo. La cogió y se la metió en la boca tal cual. Mi madre se puso frenética –Marvin se estremeció y James siguió hablando–. Vamos a probar en la cocina, pero tenemos que tener cuidado porque todo el mundo está ahí.

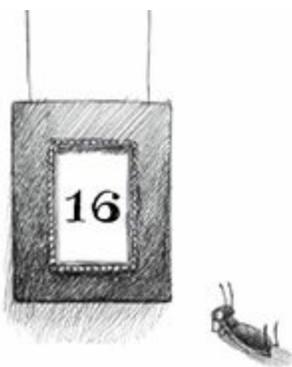
Cuando se dieron la vuelta para ir a la cocina, Marvin avanzó lentamente hacia el centro del dedo de James y este sonrió.

–¡Vale! ¡Más caliente! –susurró, y entró de puntillas en la cocina.

La señora Pompaday estaba liada dándole vueltas a algo con una cuchara metálica. Marvin fue despacio hasta la punta del dedo y James se agachó rápidamente y lo depositó en el suelo enlosado, cerca de la pared de armarios. Encantado de lo fácil y rápido que había sido el viaje a casa y muy agradecido, Marvin se adentró como una flecha en la oscuridad.

–James –protestó la señora Pompaday–, no entres a hurtadillas, por favor. Casi me tropiezo contigo. ¿Qué estás haciendo ahí tirado?

–Me estoy atando los cordones –dijo James entre dientes, justo en el momento en que Marvin desaparecía dentro del armario de la cocina.



## Demasiado arriesgado

Cuando Marvin entró en casa, su madre se echó a llorar.

–¡Ay, Marvin, cariño! ¿Dónde demonios estabas?

–Lo siento, mamá –empezó a decir, pero antes de que pudiera acabar su madre se fundió con él en un abrazo y le rodeó el caparazón con varias patas a la vez.

Su padre llegó corriendo y se aclaró la voz con brusquedad.

–Marvin, ¿nos tenías preocupadísimos! ¿Por qué no viniste a casa ayer? ¿Te das cuenta de que por tu culpa me metí en un buen lío con tu madre por haber permitido que te quedaras?

–Fuimos a un museo...

–¡Un museo! ¿Qué? –su madre abrió los ojos asombrada–. ¿Saliste del apartamento? Marvin, no debes hacer cosas humanas como esa. ¡Es demasiado peligroso! Sé que quieres ayudar a James, pero no puedes arriesgar tu propia vida. Tu padre y tu tío Albert fueron a buscarte mil veces al cuarto de James. ¡No teníamos ni idea de lo que había ocurrido!

–Lo siento –volvió a decir Marvin. Y les contó lo de los dibujos del Metropolitan, la visita al despacho de Christina y lo mucho que se asustó cuando lo tiraron al suelo de un golpe y lo dejaron allí.

–¡Ay! –gritó su madre–. Cariño, tienes suerte de seguir vivo. Pero ¿qué estabas haciendo allí?

Marvin suspiró. Habían pasado tantas cosas desde el día anterior... ¿Cómo podía hacer que sus padres lo entendieran?

–Tengo hambre –dijo–. ¿Podemos hablar de esto mientras cenamos?

Su madre asintió con la cabeza.

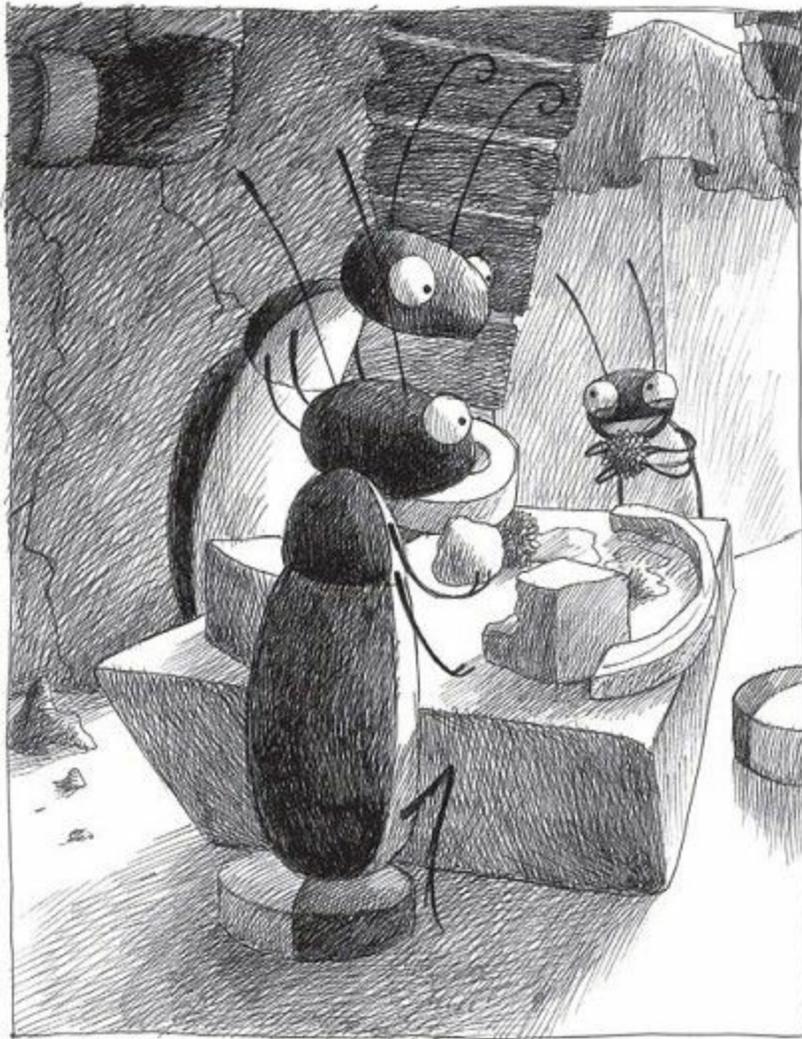
–Sí, claro que sí. Debes de estar muerto de hambre. Ven, siéntate y come algo. Ha sido un día muy largo para todos.

Entonces los tres escarabajos se colocaron alrededor de la goma de borrar rectangular rosa que les servía de mesa de la cocina y la madre de Marvin la llenó de fuentes de aluminio con abundantes cosas de picar: minúsculos cogollitos de

brécol humeantes de la cena de los Pompaday, dos dados de queso cheddar de la comida de William, un poco de piel de pollo dorada y crujiente, una cáscara de limón, una patata frita machacada y un caramelo de cereza para el postre. Marvin devoró con ansia cada trocito y entre bocado y bocado fue contando con la voz entrecortada la historia de Durero, los dibujos perdidos de las *Virtudes*, su propio esfuerzo para copiar *Fortaleza* y el plan de Christina de organizar un robo en el museo.

Sus padres estaban tan atónitos que dejaron de comer y se limitaron a escuchar. Cuando Marvin terminó de hablar su padre sacudió la cabeza.

–Vaya, es increíble. ¿Inventarse el robo de su propio cuadro, eh?

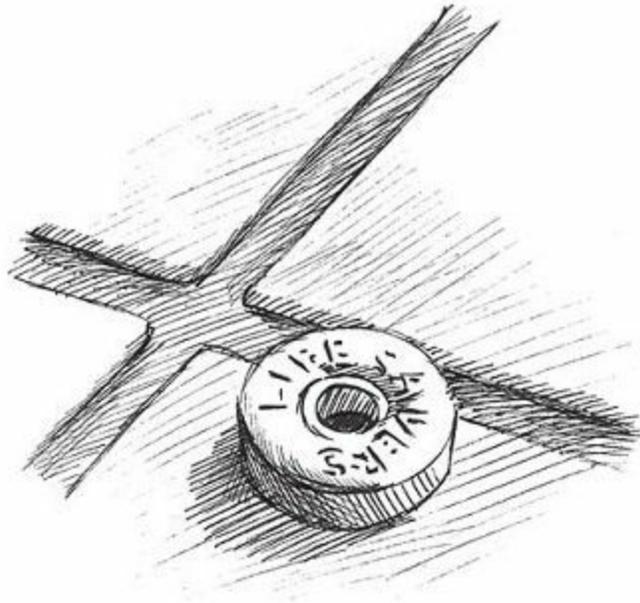


–Sí, pero no el original –dijo Marvin–. La imitación que hice yo.  
Su madre le sonrió.

–Estoy segura de que era preciosa, hijo. ¡Ojalá la hubiera visto! Pero los seres

humanos llevan unas vidas demasiado complicadas, ¿verdad? ¿Por qué alguien robaría algo que no iba a poder vender y ni siquiera colgar en la pared de su propia casa?

Marvin vaciló. En cierto modo entendía lo que decía.



–Quizá solo para tenerlo. Porque es tan bonito que podrías mirarlo cuando quisieras.

–Bueno, creo que no tiene ningún sentido –dijo su madre–. Y está mal.

–Los humanos son expertos en causarse problemas a sí mismos –dijo su padre.

–Estoy muy contenta de que estés a salvo en casa, Marvin. Es hora de que te olvides de todo esto.

Marvin vaciló:

–No puedo, mamá.

–¿Qué quieres decir con que no puedes?

–Christina Balcony, la mujer del museo, necesita que James haga otra copia de *Fortaleza*. Una realmente buena... Lo que significa que me necesita.

–¿Hacer otro dibujo? –su madre se negó rotundamente–. ¡No, cariño! No puedes y punto. Es demasiado arriesgado.

–Tu madre tiene razón, Marvin –su padre metió baza–. A nuestra familia no le gustó esto desde el principio. Queríamos que te deshicieras por completo de tu dibujo, ¿recuerdas? No puedes implicarte más. Es peligroso para todos.

–Pero...

–Lo siento, Marvin. Sé que quieres ayudar a James –dijo su madre dulcemente–.

Has hecho todo lo que has podido. Pero es hora de dejar que los humanos lo solucionen solos.

–Mamá, por favor –protestó Marvin–. No lo entiendes. James no puede hacer el dibujo. Cuenta conmigo.

Su madre le agarró firmemente de la pata y se lo llevó a su habitación.

–Lo que entiendo es que esto ha durado demasiado tiempo. Es una mentira cochina, eso es lo que es. Me da igual que sea con buena intención o no, sigue estando mal. ¿No conoces el refrán: «Se pilla antes a un mentiroso que a un cojo»?

Marvin resopló.

–Mamá, ese es un refrán sobre cojos.

–Se puede aplicar aquí también. Estás ayudando a James a engañar a la gente. Has desaparecido dos noches seguidas y has estado en situaciones en que podrían haberte herido gravemente o incluso matado. Ya está bien, cariño. Es hora de ir a la cama. Seguro que estás agotado después de tu aventura en el museo.

–Pero, mamá...

–Buenas noches, Marvin. Que duermas bien. No dejes que te piquen las chinches –le arropó en su cama de algodón, le besó el caparazón y se marchó.

Marvin estaba tumbado de lado mirando la pared, totalmente despierto. Era lunes. James volvería al museo el miércoles, después del colegio, para hacer el nuevo dibujo. Pensó en el niño delante del papel en blanco sin tener ni idea de qué hacer. ¿Cómo podía abandonarle? Esta era la verdadera esencia de la amistad, pensó, estar dispuesto a ayudarse mutuamente en los momentos difíciles, tratar los problemas de un amigo como si fueran tuyos.

Marvin suspiró. Tenía que pensar en algo antes de la tarde del miércoles o James estaría perdido.



## En el solárium

Al día siguiente Marvin se levantó tarde. Estaba exhausto debido a los sucesos de los últimos días. Cuando finalmente se despertó, su madre estaba sonriendo a su lado.

–Marvin, papá y yo hemos pensado en hacer una excursión hoy, algo que te distraiga un poco. Iremos de picnic al solárium, y Edith, Albert y Elaine vendrán con nosotros. Hace semanas que no vamos y te levantará el ánimo, cariño. Las asistentas vienen a las nueve, así que ve preparándote.

Al final del apartamento de los Pompaday había un pequeño porche acristalado y luminoso lleno de plantas en flor. Era la única experiencia habitual de los escarabajos en la naturaleza y les apetecía especialmente en invierno, cuando la exótica vegetación y las fragantes flores ofrecían una tregua a los días grises y fríos que se extendían más allá de las ventanas del apartamento. Como estaba demasiado lejos para una escapada de un día, los escarabajos solían esperar al martes, que era el día en que venían las sirvientas, y se subían a la parte inferior de la bolsa de la aspiradora. Las señoras tenían la costumbre de limpiar primero la cocina y después el solárium, ya que ambos estaban cubiertos de baldosas que requerían usar un accesorio especial de la aspiradora.

En otro momento, a Marvin le habría hecho mucha ilusión la idea de pasar el día en el solárium, porque se trataba de un verdadero parque de atracciones para los escarabajos jóvenes. Pero aquel día le daba la sensación de que le distraía de otras actividades más importantes.

–Vale –dijo desanimado, pensando en James y en el dibujo.

–¡Venga, Marvin, por favor! Anímate. Será divertido. Desayuna algo rápido que hay que ponerse en marcha. ¡Hay bacon! James debe de haber tirado la comida fuera del cubo de la basura al echar los desperdicios. Mira, Elaine ya está aquí.

Su madre volvió a la cocina y Marvin salió de la cama, frotándose los ojos mientras su prima asomaba la cabeza por la entrada.

–¡Marvin! ¡No me puedo creer que fueras al museo sin mí! Suena genial. Bueno,

da un poco de miedo, claro, o sea, mucho miedo, todo eso de la señora que te intentó matar. Menos mal que no te aplastó. Igual te confundió con un mosquito. ¡Pum! Ahora serías hombre muerto.

Marvin frunció el ceño.

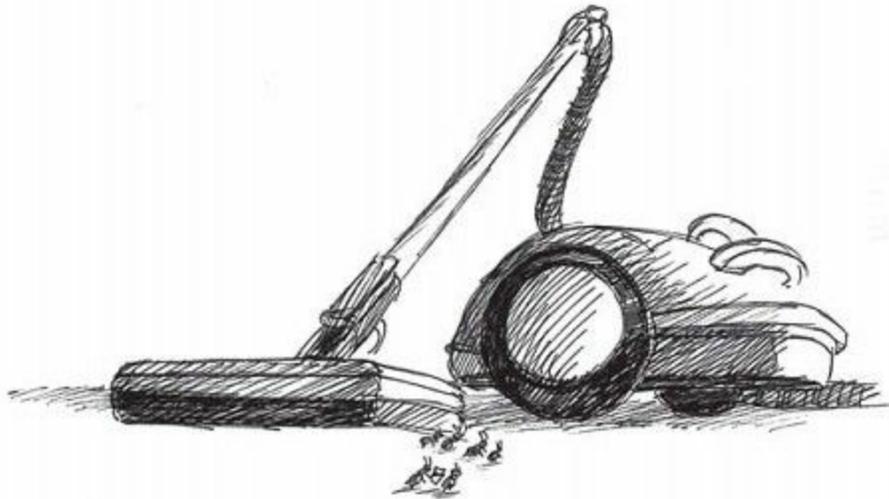
–Ya lo sé.

–¡Ojalá hubiera estado contigo! Sabes que me muero por ver el mundo. Nunca consigo irme de aquí. ¡Es tan aburrido!

Marvin sintió una leve punzada de compasión. Por supuesto que estar a salvo era algo bueno, pero podía llegar a resultar tedioso. Siempre te preguntabas lo que podías estar perdiéndote. Un poco de peligro merecía la pena para confundir las cosas, para añadir algo de sorpresa a tu vida. *Un poco de peligro*, pensó.

Marvin engulló su desayuno. Luego salió del armario de la cocina con Elaine, la tía Edith, el tío Albert y sus padres y todos juntos fueron a su sitio preferido –el zócalo del lavavajillas– mientras esperaban a que la aspiradora les llevara hasta el solárium. Permanecieron escondidos pacientemente hasta que las asistentes terminaron de aspirar el suelo de la cocina. En cuanto las dos señoras se dieron la vuelta para recoger los productos de limpieza, los seis escarabajos fueron corriendo hacia la bolsa de la aspiradora, treparon a una rueda llena de polvo y se metieron debajo de su duro vientre metálico para protegerse. Entre ellos, el padre de Marvin y el tío Albert sostenían torpemente en el aire la cesta del picnic, confeccionada a partir de la punta del dedo de un guante de goma amarillo. Estaba repleto de comida y atado con un trozo de cordel.

Una de las señoras tiró de la aspiradora, que se deslizó con facilidad por el suelo de la cocina y el pasillo y atravesó la alfombra del salón en dirección al solárium. Se detuvo allí para quitar el pestillo de la puerta acristalada, arrastró la bolsa por el umbral de la puerta y la dejó caer con un golpe sobre las baldosas de terracota. Esta era la parte más dura del viaje, y como era de esperar uno de los escarabajos estuvo a punto de caerse. Aquel día fue la madre de Marvin, que se había soltado de la bolsa un momento para atar más fuerte el cordel de la cesta.



–¡Aguanta, querida! –gritó el padre de Marvin mientras sujetaba el borde del caparazón de su mujer en el último momento.

Y así consiguieron llegar a salvo al solárium. Saltaron de la bolsa y se ocultaron tras ella hasta que se aseguraron de que las señoras de la limpieza estaban distraídas, y entonces atravesaron el suelo a toda mecha. Siempre era un reto mantener escondida la cesta del picnic en aquel momento del viaje. Aunque era pequeña para los humanos, su intenso color amarillo llamaba mucho la atención. Sin tiempo que perder, la madre de Marvin y su tía Edith empezaron a subir por la pata de uno de los maceteros de pie, formado por varias baldas escalonadas enmarcadas en forja ornamental y atestadas de plantas en flor, y el resto de escarabajos las siguió.

En cuanto llegaron arriba, Elaine salió disparada arrastrando a Marvin consigo.

–Vamos a explorar –chilló.

–¡Nos vemos en el herbario a la hora de comer! –gritó la madre de Marvin–. Tenemos una ensalada de orégano buenísima. Sobre las doce, ¿de acuerdo?

–Vale, mamá –respondió Marvin mientras buceaba bajo la lavanda con Elaine.

El solárium era sumamente entretenido y divertido para los primos. A Elaine le gustaba empezar en la caja de geranios, donde la señora Pompaday guardaba su pala metálica de jardinería, que normalmente estaba apoyada en la pared, inclinada en el ángulo perfecto para que pudieran usarla de tobogán. Aquel día treparon por la pared hasta el mango de madera, lo atravesaron con sumo cuidado tratando de no perder el equilibrio y bajaron a la parte metálica.



–Tú primero –dijo Elaine. No le gustaba tirarse hasta haberse asegurado bien de que no iba a haber ninguna sorpresa desagradable abajo, donde la punta de la pala desaparecía en la tierra húmeda. Una vez, la pala estaba apoyada contra la base de un geranio y Elaine, sin darse cuenta, bajó a toda velocidad por el tobogán y fue a parar justo al tallo leñoso. Se chocó contra él de frente y casi pierde el conocimiento.

Marvin se preparó y sujetó el borde de la pala con sus dos patas traseras.

–Allá voy –dijo.

Soltó la parte metálica y bajó como una bala por el tobogán.

–¡Yupi! –gritó mientras pasaba zumbando y los geranios se convertían en una mancha borrosa de color naranja y verde en la periferia de su visión.



–¡Agárrate de las patas, irás más rápido! –le gritó Elaine.

Justo antes de llegar abajo, Marvin se lanzó al aire, flotó por encima de la tierra y aterrizó en uno de los geranios.

–¡Eso ha sido impresionante! –gritó Elaine muy alegre–. ¡Me toca a mí! ¡Mira esto!

Se puso de espaldas y, agitando las patas en el aire como si tal cosa, se tiró por el tobogán más rápido aún que Marvin. Él notó que su prima no tenía demasiado dominio para echar a volar antes de llegar abajo y efectivamente acabó chocándose,

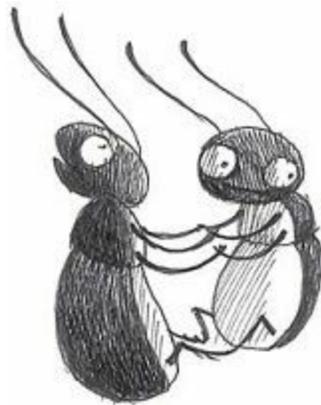
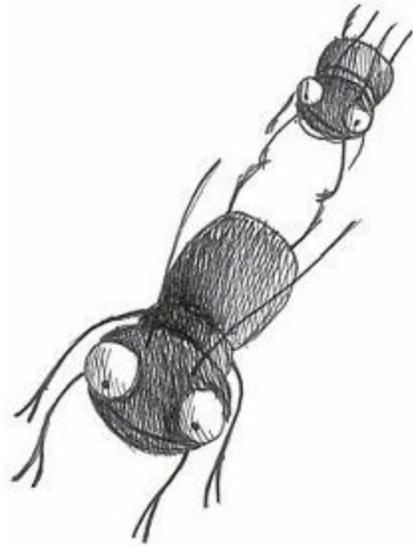
emitiendo un ruido sordo, contra el hoyo de tierra que había en el mango de la pala.

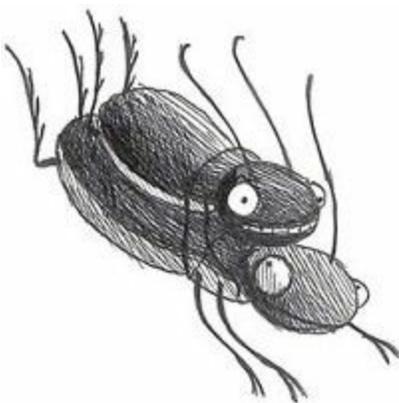
–¡Muy bueno! –gritó Marvin, asintiendo con la cabeza en señal de aprobación.

–Vamos a hacer el tren –sugirió Elaine.

Subieron a la parte de arriba de la pala y se agarraron mutuamente. Marvin cogió las patas delanteras de Elaine con sus patas traseras y se tiraron juntos a toda velocidad por el tobogán. Ahora el peso con el que se impulsaban era el doble que antes.

Estuvieron casi toda la mañana inventándose variaciones de este tema: el autobús de dos pisos (uno encima del otro), la taza de té giratoria (los dos sentados en posición vertical con las seis patas unidas), el golpe doble de barriga (uno al lado del otro tocándose las patas delanteras y lanzándose al aire desde arriba de la pala). Al final se hundieron en la arena totalmente exhaustos.





–¿Ya es la hora de comer? –preguntó Elaine–. Estoy muerta de hambre.

–Yo también –contestó Marvin–. Pero mira qué hora es.

El reloj de pared azul y verde, decorado con un relieve de campanillas de cerámica, colgaba en la pared de enfrente entre los dos ventanales. Marvin vio que sus manecillas, ocultas por una enredadera, dividían la esfera en dos partes iguales. Los escarabajos sabían más o menos qué hora era gracias a observar largamente el gran reloj de la pared de la cocina (era muy práctico controlar el horario de comidas de los Pompaday). Aunque Marvin no podía identificar los números, sabía que las dos manecillas estarían señalando al número 12.

–Nos queda un ratito –le dijo a Elaine.

–Mmmm... –respondió ella–. ¡Ya sé! Vamos a ver qué está haciendo la tortuga – le lanzó a su primo una mirada desafiante. Tenían prohibido acercarse al acuario donde estaba la tortuga, y Elaine lo sabía de sobra. Tanto la madre de Marvin como su tía Edith pensaban que era peligrosísimo.

Marvin dudó. Mientras se quedaran al otro lado del cristal, ¿qué peligro podía haber? La tortuga era lenta y los visitantes le traían sin cuidado, ni siquiera se daba cuenta de su presencia.

–Vale –dijo Marvin.

–¿En serio? –Elaine gritó de alegría–. Estaba convencida de que dirías que no. Creo que te estás volviendo más valiente, Marvin.

Satisfecha, le dio una torta en el caparazón y cruzó a toda prisa entre un macizo de geranios, pasó por la balda de hierro forjado y luego bajó al suelo por una de las patas del macetero. Marvin la siguió mientras miraba a su alrededor para asegurarse de que las señoras de la limpieza se habían marchado. No tardaban mucho en limpiar el solárium, pero siempre dejaban un rato abierta la cristalera para que la habitación se aireara. La señora Pompaday la cerraría por la tarde, mucho después de que los escarabajos hubieran vuelto a casa. En ocasiones, sus padres organizaban una acampada y toda la familia se quedaba allí a pasar la noche. Pero los adultos siempre estaban muy pendientes de las idas y venidas de los humanos ya que, como había dicho el padre de Marvin, lo último que necesitaban era que los Pompaday

espiarán a un escarabajo y decidieran llevar a cabo una campaña de fumigación total en su agradable lugar de vacaciones. Aquello lo echaría a perder para siempre.

–No hay moros en la costa –le dijo Marvin.

–Ve por detrás de la mesa –le instó Elaine–, para que nuestros padres no nos vean.

Marvin fue el primero en pasar detrás de la gran mesa de madera, en cuyo centro estaba el acuario de la tortuga rodeado de pequeñas macetas con orquídeas y violetas. Trepó por la pared de yeso sobre el borde de la mesa y atravesó la superficie brillante hasta que llegó a la esquina de cristal del acuario. La pecera estaba llena hasta la mitad de agua verdosa y sucia. A un lado había una enorme roca plana con un cuenquito de plástico en el centro para la comida donde subía la tortuga a tomar el sol cuando no estaba nadando. A Marvin le parecía que rara vez nadaba y aquel día, como era de esperar, estaba encorvada sin inmutarse en el borde de la roca junto al cuenco de comida.

–No está haciendo nada –indicó.

–Ya, nunca hace nada, ¿no? –se burló Elaine–. Vieja aburrida –trepó unos centímetros más arriba por el borde del cristal–. Vamos a ver si podemos llamar su atención.

–Elaine –dijo Marvin, preocupado–. No creo que debas hacer eso.

–¡Venga ya! Es totalmente seguro. Estoy fuera.

–Ya, pero se supone que no debemos estar aquí –Marvin miró a ambos lados, nervioso. Si un adulto viera a Elaine trepando por el borde del acuario, sin lugar a dudas se armaría un follón.

–¿Vienes? –le preguntó ella impaciente.

Marvin suspiró y avanzó de mala gana un par de centímetros por el cristal. Resbalaba y estaba frío.

Elaine estaba bastante más arriba que él y agitaba sus patas delante de la tortuga.

–¡Yuju! ¡Aquí, tontorrón! ¡Cuidado! ¡Date prisa!

La tortuga no se movía.

–Ay, en serio, está más ciega que un murciélago –Elaine trepó hasta el borde superior del acuario.

–Elaine, ¡no! –protestó su primo–. Estás demasiado cerca. Te vas a caer.

–¡Qué va! –replicó ella–. Además, no pasaría nada si me cayera. Esa tortuga es demasiado vieja, está demasiado cansada y es demasiado tonta para preocuparse.

Marvin subió un poco más. Cuando estaba llegando a la mitad de la pared, vio algo que se movía rápidamente, tanto que no estaba seguro de haberlo visto, y de repente: ¡zas! Aquel lado del acuario dio una sacudida tan fuerte que lo tiró al suelo.

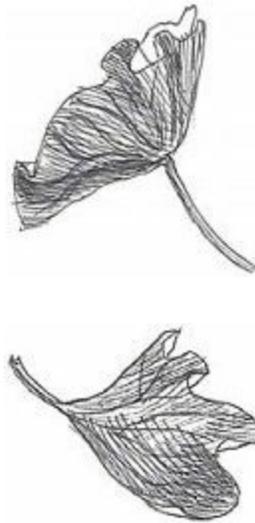
*No me lo puedo creer, esa vieja astuta,* pensó Marvin. Después de todo, la tortuga lo había visto. Había arremetido contra la pared de la pecera sin darse

cuenta de que Marvin estaba al otro lado, fuera de su alcance, y ahora daba vueltas en el agua detrás de la pared y movía sin parar su brillante cabeza.

–¿Has visto eso? –le gritó a Elaine. Volvió a trepar por el cristal. Como ella no contestaba, miró hacia arriba.

No la veía por ningún lado.

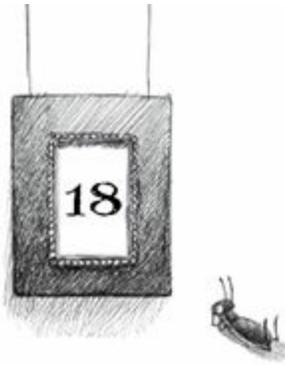
–¡Elaine! –gritó. Quizá también se había caído hacia atrás cuando la tortuga embistió contra el cristal. Se pegó al cristal y miró por todas partes, deteniéndose en las hojas redondas y peludas de las violetas y las orquídeas blancas–. ¡Elaine! ¿Dónde estás?



No obtuvo respuesta. Cada vez más desesperado, trepó más arriba por el lateral del acuario para ver mejor.

–¡Elaine!

Entonces la vio. Estaba flotando boca arriba en el agua, totalmente quieta, mientras la tortuga se sumergía y salía a la superficie muy cerca de ella.



## La batalla de la tortuga contra los escarabajos

Debió de caerse al agua cuando la tortuga golpeó el cristal.

–¡Elaine, no te muevas! –le gritó Marvin–. ¡No hagas ningún ruido! No te ha visto. Voy para allá.

Menos mal que estaba boca arriba, pensó, porque Elaine no sabía nadar. Boca arriba al menos flotaba. Pero no podía hacer nada para salvarse. Y con la tortuga moviéndose a toda velocidad por el agua, solo era cuestión de tiempo que la viera.

Marvin corrió por el borde del acuario sin perder de vista a su prima. Cuando llegó a la parte de atrás, trepó con mucho cuidado hasta el borde y empezó a bajar por la pared interior. Estaba demasiado alto para que la tortuga lo viera, pero tenía que bajar hasta abajo del todo pasando desapercibido.

Elaine lo miraba asustada con los ojos bien abiertos. La tortuga se deslizaba y se sumergía en el agua, a varios centímetros de distancia, y su largo cuello brillante se retorció una y otra vez como un monstruo marino.



Marvin esperó a que la tortuga estuviera frente a la parte de delante del acuario y bajó rápidamente la pared trasera, que resbalaba por el vapor. Entonces la tortuga se giró hacia él y se quedó paralizado. Elaine se movía empujada por la corriente hacia la enorme roca y la tortuga ahora iba para allá agitando sus cortas patas en el agua.

Marvin intentó pensar sobre qué debía hacer. Lo más fácil sería trepar a la roca y tirar de ella cuando estuviera flotando cerca. Pero no había tiempo. La tortuga estaba nadando hacia ella.

–¡Elaine! –gritó–. ¡Cuando te sujete la pierna, agárrate fuerte!

Respiró hondo, tomó impulso en la pared y se zambulló en el agua verdosa y turbia.

Enseguida se sumergió en el acuario. Nada más abrir los ojos vio el gigantesco vientre de la tortuga encima de él y sus patas agitándose mientras iba hacia Elaine, que había sido propulsada y giraba a toda velocidad.

Marvin salió disparado hacia el caparazón negro de Elaine, tratando a ciegas de alcanzar su pata. Más que verlo, sintió el instante en que la mandíbula de la tortuga, que se abría y cerraba con un ruido seco, lanzaba a Elaine a las profundidades junto a él.

Bucearon por el agua oscura hasta el fondo del acuario y Marvin zigzagueó para estar fuera del alcance de la tortuga y nadó lo más rápido que pudo. Pero sin su flotador de cáscara de cacahuete y agarrando a Elaine con una pata, no alcanzaba la fuerza ni la velocidad a la que estaba acostumbrado. Cada vez que miraba atrás, la cabeza de la tortuga se cernía más cerca sobre ellos y miraba fijamente a los dos escarabajos con sus ojos pequeños y brillantes.



Por fin llegaron a la roca. Marvin tiró de su prima con mucho esfuerzo y la subió al borde de la roca, respirando con dificultad. Justo después se alejó nadando, esperando que la tortuga le siguiera. No esperaban escapar juntos; tardarían demasiado en trepar y estar fuera del alcance de la tortuga.

Afortunadamente, esta cambió de dirección de forma brusca y fue tras él, que salió zumbando al lado opuesto de la pecera. Corrió a toda prisa hacia la esquina, sacó las dos patas del agua y trató desesperadamente de impulsarse hacia arriba.

Pero el cristal resbalaba demasiado. Volvió a caer al agua justo cuando la tortuga bajaba hacia él e intentaba morderle.

–¡Marvin! –gritó Elaine.

Marvin se agachó debajo de la boca abierta de la tortuga y se lanzó a su cuello, que agarró muy fuerte con sus seis patas. La tortuga movió la cabeza de un lado a

otro, girándola y retorciéndola. Marvin se aferró aún más a ella. Entonces la tortuga se dio la vuelta hacia la roca, deslizándose rápidamente por el agua.

–¡Marvin! –volvió a gritar Elaine–. ¡Salta!

Marvin sabía que no sería capaz de aguantar mucho más la respiración. En cuanto la tortuga se acercó a la roca, dejó de apretarle tan fuerte el cuello musculoso. Vio la forma borrosa de su prima a través del agua, agachada en el borde de la roca. Se lanzó hacia ella. Durante un momento, el peso del agua parecía haberlo atrapado. Pero luego Elaine le agarró y tiró de él hacia la superficie.

–¡Date prisa! –gritó. Empezaron a correr por la resbaladiza pared trasera de la pecera. Oían a la tortuga chapotear fuera del agua y moverse con dificultad cerca de la roca hacia ellos.

–¡No mires atrás! –advirtió Marvin a su prima, arrastrándola consigo hacia la pared, y escalaron frenéticamente por el cristal.

Segundos más tarde, treparon al borde del acuario y por fin estuvieron fuera del alcance de la tortuga. Se resbalaron un poco y estuvieron a punto de no salvarse.

–¡Jo, Marvin! –Elaine resopló mientras caían al suelo de golpe–. ¡Esta vez hemos estado cerca! Creo que antes te he salvado la vida.

–¿Que me has salvado la vida? –dijo él indignado.

–Cuando he tirado de ti en la roca.

–¿Qué hay de cuando te has caído en la pecera? –preguntó él.

–Ah, es verdad. Hablando de cosas que dan miedo, ¿quién iba a pensar que esa vieja tortuga sería tan rápida? Tenemos que tener más cuidado la próxima vez.

–¿La próxima vez? –Marvin la miró fijamente.

–Ya sabes a qué me refiero –contestó ella con menosprecio–. Venga, vamos, ya son las doce.

Corrieron por la mesa del acuario hacia las ventanas, atraídos por la maceta alargada llena de hierbas que lucía bajo el sol. Marvin, que podía oler el fuerte aroma a menta, vislumbró a su madre a lo lejos, que había desatado la cesta amarilla y estaba extendiendo la comida del picnic en una hoja de albahaca que se había caído. Él y Elaine pasaron corriendo y agitaron hojas de orégano y eneldo delante de sus padres.



–Estáis aquí –dijo la madre de Marvin–. Me estaba empezando a preocupar.

El tío Albert les sonrió.

–Yo ya se lo he dicho: ¿En qué problema se van a meter con tantas plantas? No hay ningún humano cerca.

Marvin y Elaine se miraron avergonzados.

–Lo siento –dijo él.

–Nos lo estábamos pasando tan bien que no nos dimos cuenta de la hora que era –añadió Elaine alegremente.

–Venga, no pasa nada –contestó la madre de Marvin–. Esa era la idea de venir aquí hoy, que los dos pudierais relajarnos. Sobre todo tú, Marvin.

Marvin le hizo una mueca a escondidas a su prima, pero ella se limitó a encogerse de hombros.

–Estoy muerto de hambre –dijo su padre–. ¡Vamos a comer!

Y así, los seis escarabajos se reunieron alrededor del abundante despliegue de comida –un banquete matinal de trocitos de galletas saladas, arándanos, semillas de melón cantalupo, migas de magdalena, una pepita de chocolate semidulce y una ensalada fresca de orégano– y disfrutaron de su picnic a la sombra de las hierbas aromáticas.



## El problema de James

Marvin llevaba dos días preocupado por lo que iba a hacer el miércoles por la tarde. Sus padres le habían dicho claramente lo que pensaban: no habría más visitas al Metropolitan ni más dibujos.

–Ahora es problema de James –le dijo su padre–. Es un chico listo. Ya se le ocurrirá algo.

–Sé que es importante para ti, cariño –dijo su madre dulcemente–, pero no puedes correr ese riesgo. Nos afectaría a todos.

Marvin se quedó callado sin mostrar su inquietud. Solo esperaba que se le ocurriera una solución brillante antes de que Karl fuera el miércoles a las cuatro de la tarde.

El miércoles a las tres aún no había encontrado la solución y ni siquiera había visto a James desde el lunes.

–Quiero ir a la habitación de James –le dijo Marvin a sus padres–. Aunque no pueda ayudarlo. ¡Tengo que ver qué va a pasar!

Sus padres se miraron con incredulidad y su padre dijo:

–No creo que sea una buena idea, Marvin. Lo único que conseguirás es que sea más duro para ti.

–Pero ¿qué pasa con James? No lo entenderé. Cree que voy a ir.

Su madre negó con la cabeza.

–Marvin, cariño, no hay forma de explicárselo a James. Tu padre tiene razón. Debe resolverlo él solo.

–¡Mamá, por favor! –tenía ganas de llorar. No dejaba de pensar en James, en cómo se prepararía para ir al museo, emocionado y seguro de que Marvin estaría a su lado–. No puedo dejar de ir –suplicó. Su madre suspiró–. Mamá, somos amigos.

Su madre le miró durante un largo rato.

–De acuerdo –dijo finalmente–. Pero voy contigo.

Salieron juntos del armario y recorrieron muy rápido el rodapié de la cocina. William estaba en la entrada meciéndose en un portabebés de lona que le mantenía

sujeto con un cinturón. Se movía como un loco a toda velocidad de un lado a otro del marco de la puerta y de vez en cuando golpeaba el suelo con los pies.

–¡Cuidado! –le advirtió su madre cuando pasaron peligrosamente cerca de sus piernas gordas que no paraban de sacudirse.

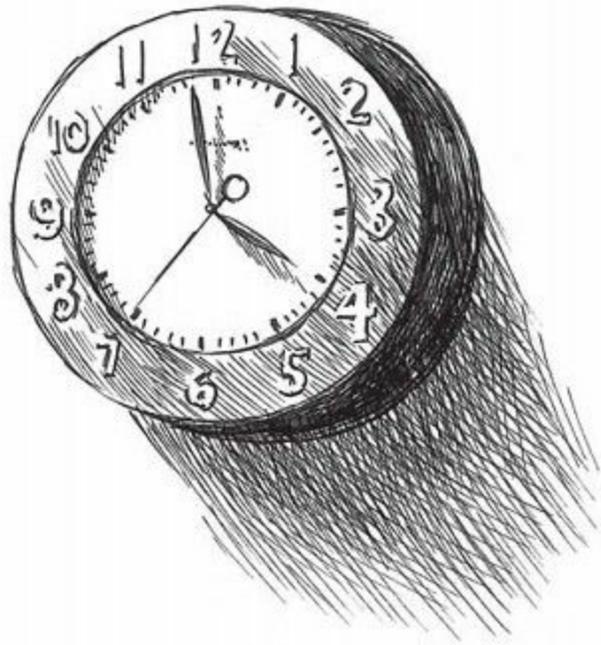
–¡Ay! –chilló William, al que una baba enorme le colgaba de la barbilla.

Oyeron voces en el salón mientras iban corriendo por el pasillo.

La señora Pompaday estaba enfadada.

–Pues claro que no está listo. Dijiste a las cuatro, Karl. Es lo que planeamos.

James gritó nervioso desde su habitación.



–No pasa nada, papá. Dame solo un minuto.

Marvin miró a su madre. ¿Karl ya había llegado? James debía de estar aterrado.

–No hay problema –dijo Karl tímidamente–. No quería interrumpir nada. Hoy he terminado pronto y pensé que si llegábamos antes al Met James tendría más tiempo.

–¿Más tiempo para qué? –preguntó la señora Pompaday–. ¿La clase de pintura no era a las cuatro y media? Es lo que dijiste.

–Sí, es verdad –contestó él–. No pasa nada. Nos vamos cuando quieras, James.

Marvin y su madre se arrastraron por debajo de la puerta cerrada de James y esperaron en el borde de la alfombra, ocultos bajo los flecos de algodón. El niño

estaba encorvado sobre su mesa con la cabeza en las manos. Oyeron que hablaba consigo mismo y escucharon el sonido amortiguado de su voz.

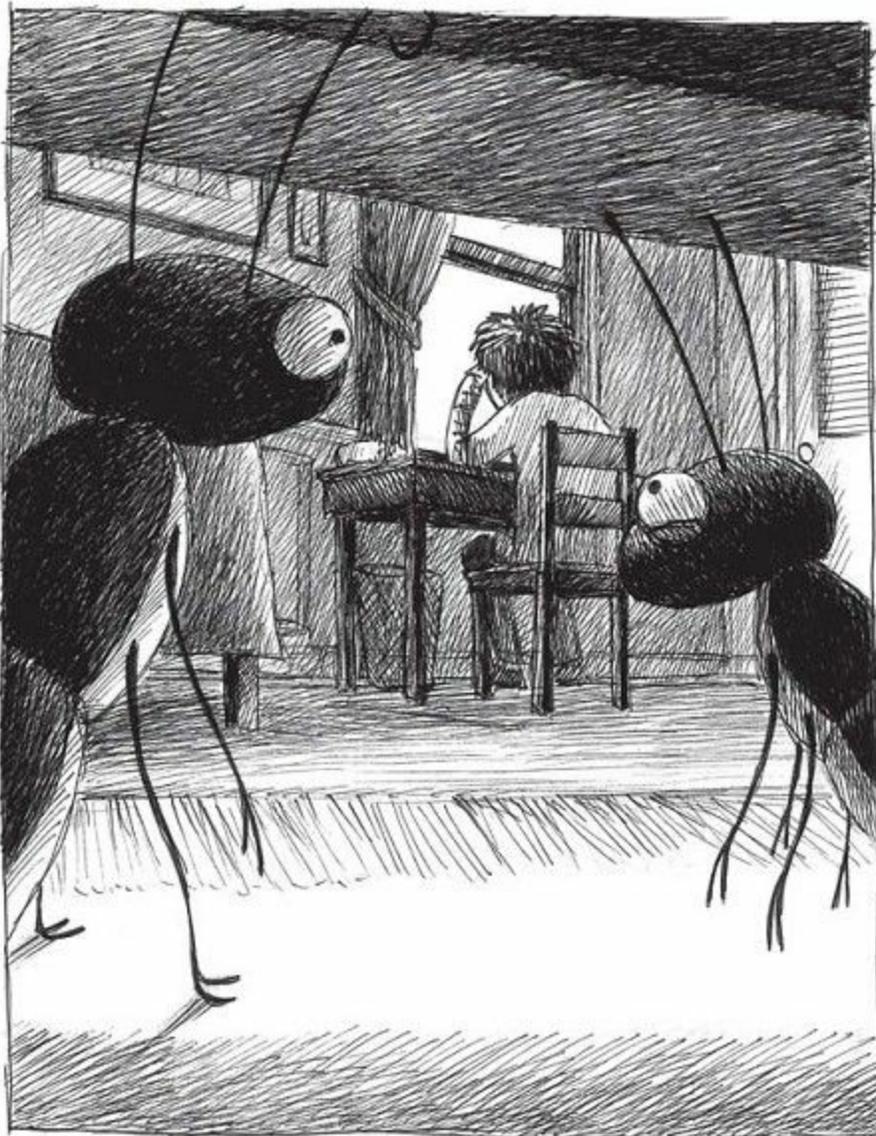
–Ay, ¿dónde estás? ¿Dónde estás, pequeñín? –sacudió los hombros–. ¡Llevo días sin verte! ¿Qué voy a hacer si no vienes?

Marvin miró a su madre horrorizado.

–Mamá, está llorando.

Su madre frunció el ceño.

–Bueno, seguramente esté disgustado. Pero se calmará, ya lo verás.



–¿James? ¿Estás listo? –la voz de Karl resonó distante en el salón.

James miró a su alrededor. Tenía los ojos llenos de lágrimas y las mejillas enrojecidas. Se secó la nariz frenéticamente con el dorso de la mano.

–Sí, papá. Eh... Un segundo.

Se puso en pie despacio y cogió su chaqueta del pomo del armario.

–No lo entiendo –dijo entre dientes, y se mordió el labio–. ¿Por qué no has vuelto?

–Mamá –gritó Marvin–. ¡No puede hacerlo solo!

Su madre sacudió la cabeza enérgicamente.

–Marvin, ya hemos hablado de eso.

–¡Pero James es mi amigo!

–Cariño, ¡es un ser humano! No puede ser tu amigo. Venís de mundos diferentes. Si ni siquiera podéis comunicaros.

–¡Sí que podemos, mamá! ¡Lo hacemos! Sin hablar, pero de otra forma. Y además, eso no es lo único que importa –Marvin refunfuñó lleno de frustración. ¿Por qué su madre no lo entendía? Las cosas más importantes de una amistad no se tienen que decir en voz alta.

James se puso la chaqueta y miró tristemente a su alrededor.

–Sé que estarías aquí si pudieras –murmuró para sí–. Espero que no te haya pasado nada.

–¡Mamá! –Marvin estaba fuera de sí–. ¡Míralo!

El chico cogió el tintero y le dio la vuelta en la mano al estuche azul marino que contenía la pluma. Marvin vio las tres letras doradas en la parte de arriba.

–No sé dibujar, no como tú. Yo solo no lo puedo hacer.

Marvin se imaginó a James solo en el despacho de Christina, frente a la hoja en blanco y el dibujo diminuto y perfecto de Durero. Le miró seriamente, con los ojos fijos en su cara pálida y preocupada y en sus hombros caídos. Recordó la fiesta de cumpleaños desastrosa del sábado, los niños ruidosos que no le hacían caso, los reproches constantes de su madre, que siempre parecía estar algo irritada con él.

Marvin pensó que el mundo no trataba bien a la gente como James. A los tranquilos les pasa eso. Estaban condenados a que les maltrataran, les intimidaran y les miraran por encima del hombro porque no sabían cómo hacerse un hueco ni reclamar lo que les pertenecía.

Y ahora James estaba a punto de perder la única cosa que le había dado por fin la atención que merecía.

*No*, pensó Marvin. Se quedó mirando al chico y le envió cada pizca de su afecto y lealtad a través del aire que los separaba. *No estás solo*, pensó. *¡Me tienes a mí!*

Nada más pensarlo, Marvin supo que era cierto. Se volvió a su madre, decidido.

–Mamá, me necesita. No puedo decepcionarle. Papá y tú siempre me decís que sea un buen amigo.

–Claro que sí, cariño, pero...

–Un amigo es alguien con quien puedes contar. Pase lo que pase.

Vio a James respirar hondo, ponerse derecho y dirigirse a la puerta.

–Voy con él, mamá. Tengo que ir. No puede hacerlo sin mí.

–¡Marvin! –protestó su madre, pero él ya había salido de debajo del pesado ribete de flecos de la alfombra. Fue corriendo a toda prisa hacia el pomo metálico de la puerta y se colocó de tal forma que estuviera totalmente a la vista.

–¡Ay, cariño! –gritó su madre.

James se paró en seco.

–¡Eh! ¡Estás aquí! –gritó.

La puerta se abrió.

–¡Por Dios! ¿Con quién estás hablando, James? –preguntó su madre.

Con sumo cuidado, James trató de agarrar el pomo y rozó a Marvin, que trepó a su dedo y se arrastró rápidamente bajo el puño de su chaqueta.

–Con nadie –masculló él.

–Bueno, no hagas eso, querido. Es raro.

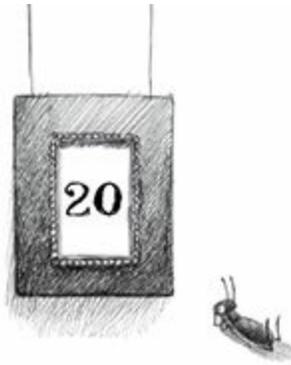
Con la mano apoyada en el marco de la puerta, Karl le guiñó un ojo a su hijo.

–Vamos, colega. ¿Has cogido tu pluma y tu tintero?

–Sí, papá. Estoy listo.

–¡Ten cuidado! –Marvin oyó a su madre gritar desde mucho más abajo.

Sacó la cabeza del puño de punto y le hizo una seña para que viera que le había oído. Podía ver la amplia sonrisa de James mientras él y su padre atravesaban el apartamento dando zancadas, llegaban al ascensor y salían del edificio a encontrarse con la tarde gris de invierno.



## El arte de falsificar

Cuando se encontraron con Christina en su despacho, ella les recibió con un arrebato de emoción.

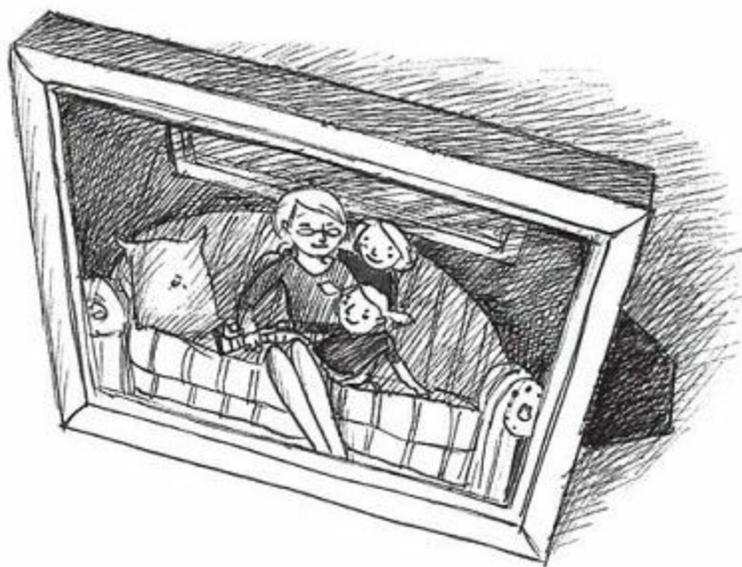
–¡Ya estáis aquí! Llevo todo el día pensando en esto –le dio una palmadita en el hombro a James y le sonrió–. Aún no me creo la suerte que he tenido de encontrarte, James –él sonrió tímidamente y se quedó mirando sus zapatillas–. Venga, ya lo sé –rio ella–. Te estoy haciendo pasar vergüenza. Se lo hago a mis sobrinas constantemente.

Karl se dirigió a su escritorio.

–¿Son las niñas de la foto?

–¿Eh? Ah, sí. Las hijas de mi hermana, Katie y Eleanor –miró la foto y le brillaban los ojos, que dejaban entrever el cariño que sentía por ellas.

Marvin trepó rápidamente al cuello de la chaqueta de James para ver bien la foto. Le gustaba la expresión relajada que tenía Christina, la forma en que rodeaba a las niñas con los brazos. Daba la sensación de estar muy cómoda. Pero en la foto parecía más descuidada. Recordó una vez que Karl le dijo a James lo difícil que le resultaba a la gente saber la impresión que causaban en realidad. Los reflejos en los espejos no eran fieles, le dijo, porque cuando uno se miraba en el espejo inconscientemente ponía una cara que se alejaba de su expresión natural.



Marvin se preguntó si eso también pasaba cuando uno estaba con extraños. Quizá uno solo es él mismo con la gente que ama. Y puede que entonces ponga una cara que rara vez suela poner, excepto en fotos como esta.

Karl levantó el marco.

–La pequeña es igualita a ti.

Christina sonrió.

–¿Verdad? Y Eleanor es clavada al marido de mi hermana. ¿Te has fijado que eso pasa a veces? Es como si los genes de los padres se repartieran y los niños se parecieran a los de uno o a los del otro. Le he dicho a Lily que me ha ahorrado el problema de tener hijos.

Karl le alborotó el pelo a su hijo.

–Bueno, no es ningún problema, la verdad.

–No, no quería decir eso –se apresuró a decir Christina, y miró a James–. O sea, es el tipo de problema que me gustaría tener.

De pronto, Christina parecía intimidada. Bajó la cabeza y se quedó mirando un taco de folios que había sobre el escritorio.

–Vale. Estos folios son de Denny. Son folios antiguos en blanco, del siglo XVI. Ese es el truco de las falsificaciones. Todo tiene que parecer antiguo y mostrar signos reales de deterioro.

Karl frunció el ceño.

–Pero pensé que decías que no tenía que ser una copia exacta porque no tienes que convencer a ningún coleccionista sino a un simple ladrón de arte ilegal.

–Eso es –Christina le hizo un gesto tranquilizador a James–. Tu dibujo pasará

por el verdadero, James. Estoy convencida. Pero no queremos que haya nada en la superficie que sea demasiado obvio.

Cogió las hojas con cuidado, les quitó el forro de pergamino y las puso sobre la mesa. Estaban amarillentas y tenían extrañas manchas e imperfecciones y los bordes destrozados. A Marvin le pareció que cada instante de esos quinientos años estaba ahí reflejado.

–Los mejores falsificadores son muy meticulosos con los materiales que usan – continuó Christina–. Utilizan papel antiguo que cogen de libros o manuscritos de la época, igualan los tonos de tinta de ese período, hacen envejecer la obra rompiendo el papel y emborronando la tinta... No hay nada que delate más una falsificación que una imagen demasiado perfecta.

Karl asintió.

–Todas las cosas reales tienen imperfecciones.

–Exacto. Y en el mundo del arte, aunque parezca mentira, las imperfecciones son las que demuestran el valor.

James miró las hojas de la mesa.

–Pero ¿qué pasa con mi pluma y mi tintero? No es antiguo. ¿Podemos usarlo de todas formas?

*Podemos*, pensó Marvin, y flexionó sus patas delanteras hecho un manojito de nervios.

–Si el dibujo tuviera que ser inspeccionado por un experto, no. Pero, James, ¡tú sabes hacer unas líneas tan delicadas con esa pluma! Tan parecidas a las de Durero...

–¿Qué hay de la tinta? –preguntó Karl.

–La tinta tiene que ser marrón, como en el dibujo original. Estos últimos días me he encargado de eso. Tengo una muestra para probar. James, igual necesitamos que hagas el dibujo más de una vez hasta que salga bien, ¿de acuerdo? –James asintió–. Muy bien –Christina se puso delante de la gran mesa de madera–. Vas a instalarte aquí. En cuanto cierre el museo, que será dentro de poco, Denny vendrá a traerte el original de *Fortaleza*.

–¿El auténtico? –James miró a su padre, preocupado.

Karl levantó las cejas.

–¿Puedes hacer eso? ¿Cogerlo de la pared tal cual? ¿No hay ningún sistema de alarmas?

–No durante el día. Solo hay vigilantes. Movemos las obras constantemente – respondió Christina. Miró a James mientras jugaba con un mechón de su pelo–. ¿Qué ocurre, James? ¿Estás nervioso?

Marvin vio la cara pálida de James. Se estaba mordiendo el labio.

Christina le tocó el hombro y Marvin se metió debajo del cuello de la chaqueta para protegerse.

–No te preocupes –dijo tranquilizándole–. El dibujo está protegido por un cristal, no puedes estropearlo.

*Espero que no*, pensó Marvin. Estaba temblando de emoción. ¡Por fin podría ver el dibujo original de cerca!

–Vale –dijo James en voz baja.

Christina le apretó el hombro.

–Voy a ver dónde está Denny y a buscar la tinta –dijo.

En cuanto se fue, James miró a su padre.

–¿Qué pasa si lo rompo o se me cae tinta encima?

Marvin se avergonzó pensando en la cantidad de veces que la señora Pompaday le había advertido a James de que no derramara nada.

Karl se rio.

–No lo harás, colega. Está en un marco cubierto por un cristal. Nos aseguraremos de que está seguro.

–Pero, papá, es como... una obra maestra, ¿verdad?

Karl se quedó pensando.

–Bueno, no es *La Gioconda* ni la Capilla Sixtina.

James miró a su padre perplejo.

–¿Qué hace que esas y no esta sean obras maestras?

Marvin no pudo resistirse a salir de debajo del cuello de la chaqueta para oír la respuesta.

–Yo no he dicho eso. Una obra maestra es una gran obra de arte. Es lo mejor del trabajo de un artista único en su especie –Karl se frotó la barba–. Pero a veces la gente no reconoce una obra maestra durante muchísimos años, mucho después de que él muera –vaciló–. Quizá sea difícil saber lo que hace que una obra destaque por encima de las demás. ¿Qué hace que *La Gioconda* sea tan especial? Por un lado, es solo un cuadro de una mujer sonriendo.

James se encogió de hombros.

–Es que es solo un cuadro de una mujer sonriendo.

–Pero, por otro lado, es muchísimo más que eso –dijo su padre–. Está lleno de secretos. ¿Está orgullosa? ¿Arrepentida? ¿Flirteando? ¿Enamorada? Si lo miras durante el tiempo suficiente llegarás a tu propia conclusión, pero es un cuadro que puede ser interpretado de muchas maneras distintas –sonrió ligeramente–. Según ese criterio, *Fortaleza* podría ser una obra de arte, supongo. Una minúscula obra de arte.

–Sí –dijo James, satisfecho. Marvin tragó saliva y se preguntó cómo se sentiría al copiar una obra maestra. O al intentarlo.

Un poco después de que el padre y el hijo terminaran la conversación, Christina apareció con Denny, que llevaba algo envuelto en una tela blanca muy grande.

A Denny le brillaban los ojos.

–Hola, amigos –les saludó–. Aquí está lo que estabais esperando.  
Quitó con cuidado la tela y puso *Fortaleza* en medio de la mesa.  
Marvin avanzó lentamente para ver mejor. Se quedó sin aliento.  
Las líneas eran tan fuertes, finas y bonitas como recordaba. La chica agarraba al león sin miedo y este se ponía de pie en sus brazos.

La voz de James era apenas un suspiro.

–¿Vale mucho dinero?

Christina asintió con la cabeza.

–Pagamos cerca de setecientos mil dólares por *Justicia*. Las *Virtudes* de Durero datan de principios del siglo XVI, lo que las hace especiales y mucho más valiosas que la mayoría de los dibujos de los grandes maestros.



Denny asintió con la cabeza mientras pasaba los dedos por el marco.

–El Getty tuvo mucha suerte de hacerse con él. Su pequeño tamaño, la condición excelente en que se encuentra, el detalle, que es realmente exquisito... Más de mil dibujos de Durero sobreviven, pero sus *Virtudes* son únicas –hizo una pausa–. Hay algo de romanticismo en ellas.

James le miró.

–¿A qué te refieres?

–Bueno, *Justicia*, por ejemplo. Es un ideal universal. Las civilizaciones dependen de ella. Se libran guerras y la gente muere por ella, o por la falta de ella.

Christina alargó el brazo y cogió el volumen lleno de polvo de los dibujos de Durero y lo hojeó rápidamente.

–Hay una cita fantástica de Plutarco. ¿Sabes quién es, James? Es un filósofo e historiador de la antigua Grecia –rebuscó entre las páginas–. Aquí está: «La justicia es la virtud principal, porque sin la base de la justicia el valor no sirve de nada, y si todos los hombres fueran justos no habría necesidad de valor».

–¿Qué es el valor? –preguntó James.

–La valentía –dijo Karl–. El coraje.

–O la fortaleza –añadió Denny, pensativo–. Así que lo que dice Plutarco es que, si todo el mundo fuera justo, no necesitaríamos que nadie fuera valiente.

Christina asintió.

–Los griegos pensaban que las cuatro virtudes cardinales estaban relacionadas entre sí. Era imposible llegar a dominar una sin dominarlas todas.

Denny sonrió.

–Pero Nietzsche, sin embargo –se volvió hacia James–, un filósofo alemán muy famoso, pensaba lo contrario. Creía que las virtudes eran incompatibles. Decía que no podías ser prudente y valiente a la vez, por ejemplo.

Marvin fue lentamente hacia la sombra del cuello de la chaqueta de James para contemplar la escena. Había sido muy valiente mostrándose ante James cuando empezó toda esta aventura, después de hacer el dibujo. Pero probablemente no había sido muy sensato. Pensó en los cuatro dibujos de Durero: *Justicia*, *Fortaleza*, *Templanza* y *Prudencia*. Si tuviera que elegir una virtud, ¿cuál sería la más importante? ¿Era mejor ser prudente o valiente? ¿Razonable o justo? Marvin llegó a la conclusión de que la respuesta a esa pregunta dependería de la situación.

–¿Estás listo, James? –le preguntó Denny. Se pasó los dedos por el pelo canoso y sonrió para darle ánimos.

–Supongo –dijo James. Marvin pensó que no daba la sensación de estar preparado en absoluto. Karl fue rodeando la mesa y se quedó de pie a su lado, analizando el dibujo.

–No te preocupes, James –le dijo Christina–. Es más importante estar relajado que hacer una copia exacta. La clave de una buena falsificación es esa sensación de

tranquilidad... Hacer las líneas homogéneas y fluidas, no vacilantes. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Se agachó junto a James. Marvin recordó que la última vez le habían visto y se escondió inmediatamente dentro del cuello de la chaqueta, desde donde podía oler el ligero perfume jabonoso de Christina y ver sus mejillas suaves y su pelo brillante, lo que le recordó lo guapa que era.

–Todos los dibujos cuentan una historia –dijo Denny en voz baja–. Te hablan.

Los cuatro se quedaron mirando *Fortaleza*. Marvin agarró firmemente la tela de la chaqueta y notó que el cuerpo robusto de la chica estaba en tensión mientras que el león parecía embestirla y retroceder a la vez.

Estaban sin aliento. Se hizo el silencio en la habitación. De la calle subía el ruido del tráfico en hora punta, que parecía estar muy lejos de allí. Marvin tenía la sensación de que los habían hipnotizado.

Por fin Denny habló:

–Los cuadros de Durero a veces pueden parecer un poco fríos –comentó, todavía paralizado–, pero sus dibujos no. Sus dibujos están llenos de humanidad.

Christina hizo una pausa.

–Pero siempre hay algo oculto. Es como si no pudiera soportar que la gente descubriese que era alguien sensible y con imaginación.

Marvin comprendía esa sensación. Era como si, en las cosas que retrataba, Durero viera algo insoportablemente frágil y hermoso y tuviese que armarse de valor para protegerlo de aquel mundo desalmado.

Al cabo de un minuto, Christina se dirigió a James en un tono suave, como tratando de convencerle:

–Bueno, James, tómate el tiempo que necesites. Vendremos en una hora o así, ¿vale? Aquí tienes tinta marrón –deslizó por la mesa un botecito de cristal y junto a él puso con cuidado uno de los papeles.

–Ah, déjame que limpie tu pluma. No puede tener ningún resto de la otra tinta –abrió el estuche plano y sacó la pluma de James del hueco ajustado donde estaba metida mientras le hacía un gesto a Denny para que fuera a por un bote de líquido transparente que había en su escritorio–. Denny, ¿me pasas eso?

Christina echó un poco de la solución en un pañuelo y frotó el plumín metálico de la estilográfica. Después la volvió a poner en su sitio y se volvió hacia James expectante:

–¿De acuerdo?

Karl se agachó y le dio un abrazo.

–¿Qué dices, colega? ¿Ya está todo listo?

–Sí –respondió él. Marvin notó que la voz ya no le temblaba.

–Buen chico –dijo Denny.

Y entonces los tres adultos se fueron de la habitación.





## Más que una copia

En cuanto salieron, James le dio la vuelta al puño de su chaqueta para ver dónde estaba Marvin. Como no lo veía, probó bajo el cuello.

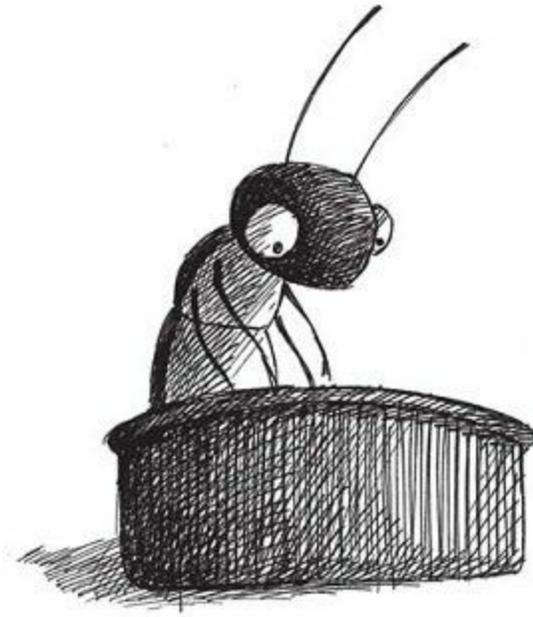
–Estás ahí, pequeñín –dijo aliviado–. ¿Crees que podrás hacerlo? El dibujo original está aquí. Mira –sacó a Marvin de su escondite de nailon y lo bajó con cuidado a la mesa.

Marvin avanzó lentamente hacia el marco y trepó al cristal. Memorizó la manera en que las dos figuras se apoyaban una en la otra y la forma que componían en el papel. Recordaba lo que Karl y Christina habían dicho del otro dibujo, que la imagen estaba demasiado apelmazada. Esta vez lo haría mejor.

–¿Has oído lo que dijo Christina de ese tal Durero? –preguntó James–. ¿Todo eso de la forma en que dibujaba? Igual eso te ayuda a que tu dibujo se parezca más al suyo, ¿no?

Agitó el bote de tinta, desenroscó la tapa y la puso al lado del papel en blanco. Dentro había un charco marrón brillante plagado de reflejos cobrizos.

Marvin respiró hondo y trepó hasta el borde del tapón.



Metió sus patas delanteras en la tinta y luego volvió muy despacio al papel y empezó a dibujar.

Parecía que el tiempo se había detenido. Marvin estaba tan concentrado en la obra que no se daba cuenta de nada de lo que pasaba a su alrededor, ni siquiera de que James estaba ahí. Sentía como si las paredes de la habitación hubieran desaparecido. La mesa estaba flotando. Solo existían la hoja, la tinta y *Fortaleza*.

Trabajó deprisa, haciendo trazos sueltos y delicados. La chica fue tomando forma ante él: su espalda fuerte, sus brazos musculosos... El león se chocaba contra ella y juntos formaban una masa poderosa y airada.

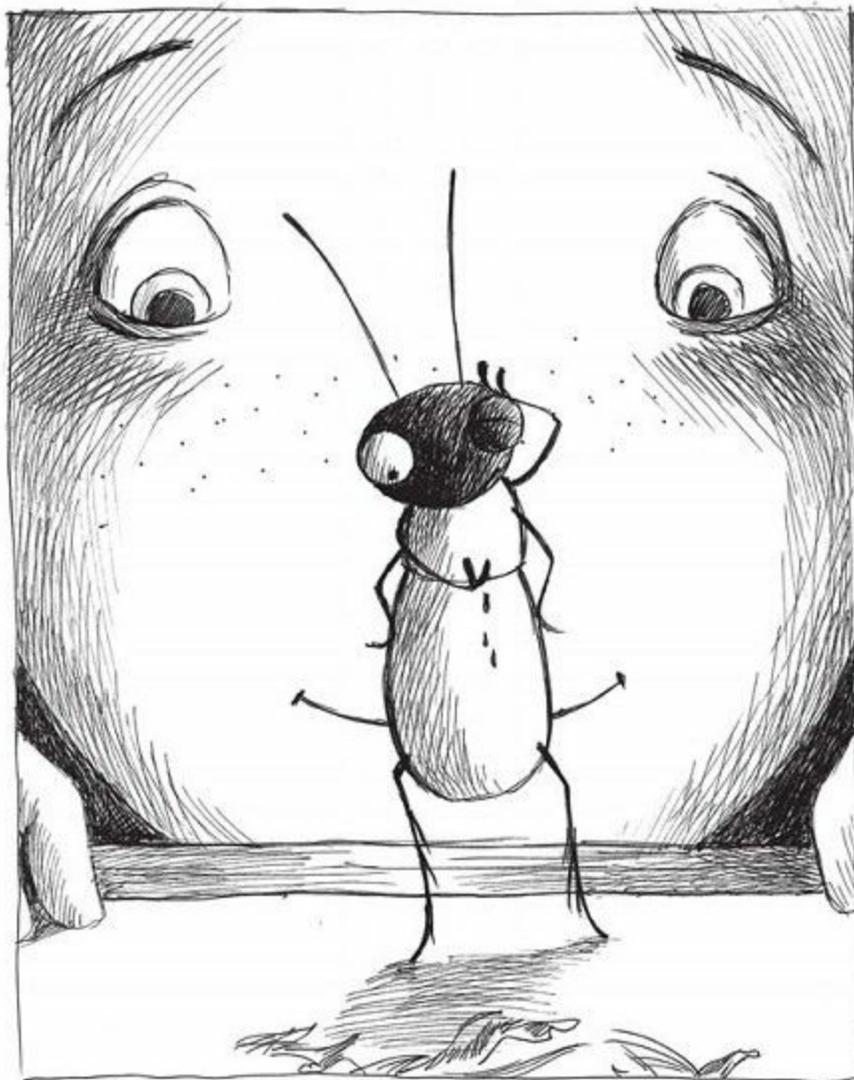
Marvin se movió una y otra vez entre el dibujo original y el suyo, comprobando las proporciones y prestando especial atención a los detalles más pequeños: el adorno de encaje del vestido de la chica, la pluma en el rabo del león... El centro del papel se transformó en un denso sombreado de finas líneas marrones.

James le observaba con los ojos bien abiertos a centímetros de distancia sin decir nada.

Marvin dibujó sin parar. Le escocían los ojos de concentrarse en el dibujo y le dolían las patas.

—Ya ha pasado una hora —susurró James al cabo de un rato—. No tardarán en venir.

Por fin, exhausto, Marvin se limpió las patas delanteras y se dejó caer en el borde del papel para contemplar su obra.



–¡Oh! –exclamó James. En su cara se dibujó una sonrisa amplia y llena de asombro–. Lo has hecho.

Marvin miró su dibujo. Era precioso y diminuto y rebosaba energía y vida. En cada contorno, hasta el último de sus detalles, era igual que *Fortaleza*.

Sabía de sobra que no lo podía hacer mejor. Esperaba que fuera lo bastante bueno.

Llamaron suavemente a la puerta.

–¿James? –dijo Christina desde el pasillo. James miró a Marvin de manera inquisitiva y este atravesó corriendo la mesa hasta su muñeca y se metió debajo de su manga.

–Yo... Eh... ¡Ya he terminado! –gritó James.

Uno detrás de otro, Christina, Denny y Karl entraron lentamente en la habitación.

Fueron en silencio hacia la mesa y rodearon a James mientras miraban el dibujo de Marvin. Durante un rato, el despacho estaba tan tranquilo que parecía que se había congelado.

Christina fue la primera en hablar.

–¿Sabes lo que dijo Durero? –preguntó, y Marvin notó por su voz que estaba emocionada–. «El tesoro guardado secretamente en tu corazón saldrá a la luz en tu obra» –hizo una pausa–. Este dibujo es precioso, James. Es más que una copia. Es de Durero, pero lo has hecho tuyo.

Marvin se estremeció de alegría bajo el puño de la chaqueta.

–Es increíble –dijo Denny, sacudiendo la cabeza–. Verdaderamente increíble. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, habría pensado que era imposible.

–¿Has oído eso, colega? –Karl echó hacia atrás la cabeza y se rio, como si la felicidad bullera dentro de él y luchara por salir–. Estás volviendo locos a los expertos. Yo llamaría a esto una obra maestra.

James se puso muy colorado y se mordió el labio. Se volvió hacia Christina.

–¿Crees que otra gente pensará que este es el original? –preguntó.

–No lo creo –dijo Christina firmemente–. Lo sé.

–¿Qué hacemos ahora? –preguntó Karl.

–Vosotros nada –dijo ella sonriéndole–. Pero yo tengo un montón de cosas que hacer. He de organizar un robo.

Karl miró a su hijo. Los ojos le brillaban.

–Algo me dice que están a punto de robar una obra maestra.



## La pelea

Christina dijo que tardaría al menos una semana en planear todos los detalles del robo. El director del museo, el departamento de arte robado y la policía de Nueva York ya le habían dado el visto bueno.

–Me costó mucho convencerles, no creáis –dijo, pero aún quedaba resolver algunas cosas. Denny estaba intentando que les dieran una autorización en el Getty, aunque el original de *Fortaleza* no estaría en peligro.

–No pasará nada hasta la semana que viene como pronto –le dijo Christina a James mientras él y Karl se preparaban para irse. Marvin miró con nostalgia su dibujo. ¿Y si no lo volvía a ver?

James parecía estar pensando lo mismo. Se volvió hacia Karl y le tiró de la camisa.

–¿Qué pasa si algo va mal y nunca lo recuperamos? –preguntó.

Karl miró a Christina.

–Bueno...

–Siempre existe ese riesgo –dijo ella con seriedad. Se agachó junto a James y le cogió la mano. Marvin estaba tan cerca de sus finos dedos que podría haber tocado uno solo con estirarse un poco. Christina tenía las manos muy bonitas, pensó, elegantes pero habilidosas, ese tipo de manos que son igualmente capaces de pintar un cuadro y empuñar un martillo.

–Lo siento, James. Me gustaría poder prometerte que tu dibujo estará seguro, pero no puedo.

James se quedó un rato en silencio.

–Entonces quiero volver y verlo una vez más –dijo firmemente.

Marvin sintió una oleada de alivio. Quizá todavía no tuviera que decirle adiós a *Fortaleza*. Denny miró sorprendido a James, pero Christina asintió comprensiva.

–Por supuesto. Estará aquí en mi despacho hasta la semana que viene. ¿Por qué no vienes el jueves o el viernes?

–¿Podemos, papá? Por favor...

Karl vaciló.

–Tendré que preguntárselo a tu madre, James. Por mí no hay problema, pero no sé qué planes tiene ella.

James se mordió el labio, ansioso.

–Espero que podamos venir.

Cuando regresaron al apartamento de los Pompaday, el señor Pompaday abrió la puerta antes de que llamaran.

–Karl –dijo fríamente saludándole con la cabeza, y le hizo señas a James para que entrara–. Tu madre te está esperando. Tiene algo que decirte –parecía entusiasmado y su tono de voz era tan poco habitual en él que Marvin salió de la manga del abrigo de James para ver lo que había pasado.

–Ah –dijo James confundido–. Papá quería preguntarle...

Karl sacudió ligeramente la cabeza.

–Otro día, colega. La llamaré mañana –se inclinó, atrajo a James hacia él y le besó afectuosamente–. Has hecho un buen trabajo. ¡Un trabajo estupendo!

–Gracias –dijo James tímidamente.

Karl cogió el estuche de la pluma que llevaba debajo del brazo y levantó la tapa.

–Un momento. Voy a limpiarte la tinta marrón –sacó la pluma de donde estaba encajada y se detuvo.

Marvin se quedó petrificado. No había tinta marrón en la pluma, obviamente, porque nunca la habían metido en el bote de Christina.

¿Por qué no habían pensado en ello? Marvin refunfuñó para sus adentros. Habría sido tan fácil... Y ahora en lugar de eso el plumín plateado estaba reluciente y sin rastro de tinta después de la limpieza meticulosa que Christina había hecho horas antes.

–Eh... No te preocupes –se apresuró a decir James mientras le cogía la pluma a su padre–. Ya la he limpiado yo.

Karl le miró extrañado.

–Pero ¿cómo?

–Cuando estábamos en el museo –dijo James, y volvió a meter la pluma en la caja cerrando la tapa de golpe.

–Bueno, si solo era eso –murmuró impaciente el señor Pompaday–, buenas noches. La madre de James...

–Claro –dijo Karl, mirando a su hijo con curiosidad–. Mañana hablamos, James –empezó a alejarse y luego dijo en voz baja–: Te quiero, colega.

–Yo también te quiero, papá –respondió él sin mirarle.

El señor Pompaday cerró la puerta de golpe y llevó a James al salón, donde la luz de la lámpara emitía un suave resplandor. La señora Pompaday estaba sentada en una silla al lado de la mesa plegable color caoba y tenía frente a ella,

cuidadosamente colocado, el primer dibujo de Marvin: la pequeña escena de la calle.

–¡Ay! ¡Por fin has llegado! –gritó, aplaudiendo con las manos como si fueran platillos–. James, ¡tengo una noticia fantástica! Hoy he invitado a los Morton para que vieran tu precioso dibujito y ¿a que no sabes lo que han dicho? ¡Que quieren comprarlo!

James abrió mucho los ojos.

–¿En serio? –preguntó.

Su madre se echó hacia delante y le agarró del brazo, arrastrándole hacia la mesa.

–¿Cuánto crees que pagarán, James? ¿Cuánto?

*Pero no lo vas a vender, ¿no?, pensó Marvin. Lo hice para ti.*

James se quedó mirando el dibujo.

–¿Van a pagar dinero por él?

–Yo les he dicho que te tenía que consultar. Pero, James, ¡esta podría ser tu primera venta como artista! ¡Un artista de verdad! Piénsalo.

–En poco tiempo estarías ganando más que tu padre –añadió el señor Pompaday riéndose–. Nunca pensé que el arte pudiera ser una profesión lucrativa, pero igual llegas a algún lado con estos dibujitos tuyos.

Marvin avanzó lentamente intentando ver la cara de James. *Era un regalo de cumpleaños, pensó.*

James se ruborizó y la alegría entusiasta de sus padres se reflejó en sus ojos.

–¿Cuánto? –preguntó.

–¡Ay, quiero que lo adivines! –alardeó su madre–. Bueno, es igual, nunca lo adivinarías. Es demasiado. ¡Cuatro mil dólares!

Ante la cara de asombro de James, volvió a aplaudir.

–Ya, ya lo sé. No debería haberle puesto un precio tan alto, pero resulta que estaban buscando una miniatura para el aseo del sótano y esta es perfecta.

¿Para su aseo? Marvin miró a James sin dar crédito a lo que estaba oyendo. *Di que no, pensó. Di que no lo venderás.*

Pero James sonrió –una sonrisa amplia y lenta llena de asombro–, y dijo:

–¡Cuatro mil dólares! ¡Es impresionante! ¡En el colegio no se lo van a creer!

–¿Entonces les digo que sí? –James asintió con la cabeza y su madre le dio un abrazo tan fuerte que sus pulseras tintinearón–. ¡Ay, James! Estoy tan orgullosa de ti. Mira lo que has conseguido.

Marvin se metió debajo del puño de la chaqueta de James, indignado. ¡Humanos! El dinero es lo único que les importaba. No la belleza ni la amistad.

A través de la gruesa tela, podía oír el ruido sordo de las voces de los Pompaday: él seguía riéndose de la oferta de los Morton y ella le rogaba a James que se quitara la chaqueta y fuera a cenar con ellos a la cocina.

–Tengo que dejar mis cosas –dijo James. Fue por el pasillo hasta su habitación y

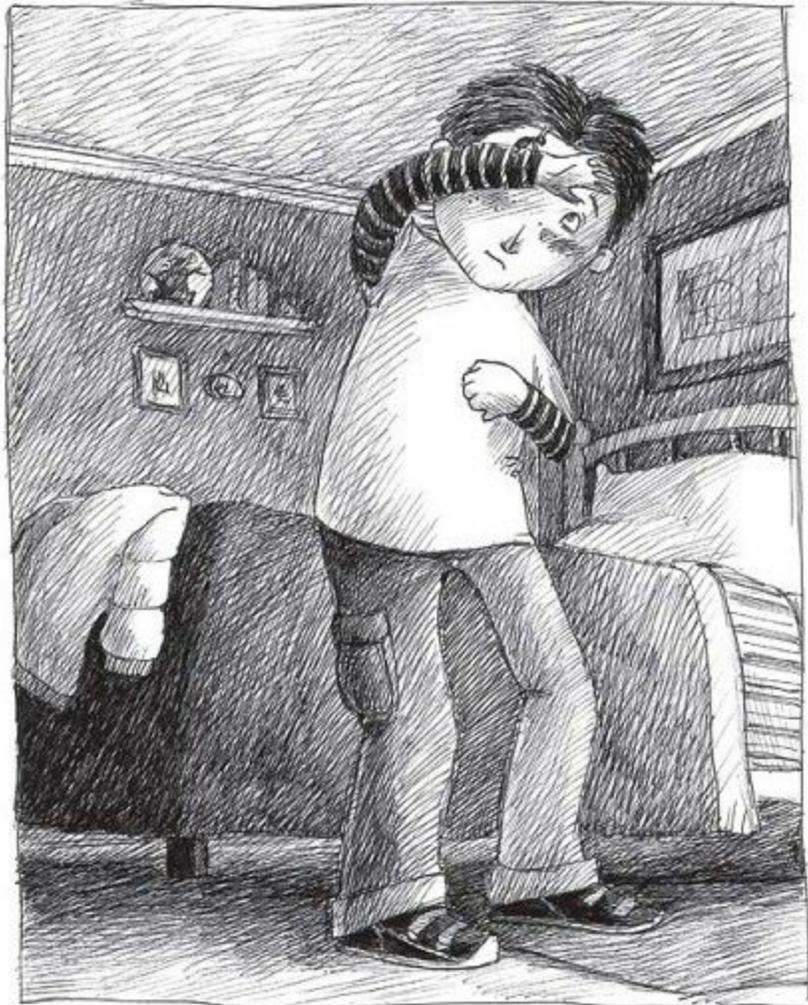
cerró la puerta tras él. Después se quitó la chaqueta y buscó a Marvin en su brazo.

Marvin no podía soportar mirarle. En cuanto James levantó la muñeca, Marvin se fue otra vez hacia el otro lado para que no le viera.

–¿Qué te pasa? –preguntó el niño–. ¿Quieres bajar? –puso la mano en el escritorio y Marvin corrió a toda prisa hacia la pared–. ¡Eh! ¿Adónde vas, pequeñín? –James puso la mano delante de Marvin para bloquearle el paso–. ¿Tienes que ir a casa? Puedo llevarte yo, como la última vez. Será mucho más rápido. Sube.

Furioso, Marvin bordeó la palma extendida del chico y continuó hacia la pared. No quería tener nada que ver con James.

–¿Qué pasa? –insistió él–. ¿Cuál es el problema? –entonces pasó la mano dulcemente por encima de Marvin, lo recogió y se lo puso cerca de la cara. Lo miró preocupado con sus ojos grises.



En ese momento a Marvin le hervía la sangre, no solo porque James había sido

muy cruel al querer vender su dibujo, sino por la humillación de impedirle con tanta facilidad que saliera de allí enfurruñado. Se dio la vuelta dándole la espalda, metió las patas debajo del cuerpo y se quedó inmóvil formando un ovillo negro. Esta maniobra para hacerse el muerto era una estrategia típica de los escarabajos cuando presentían un peligro inminente. Marvin nunca la había usado para mostrar su enfado, pero estaba empezando a darse cuenta de que la comunicación con los humanos requería grandes dosis de creatividad.



–Estás enfadado conmigo –dijo James.

Marvin no se movió.

–Pero ¿por qué? –James estaba realmente desconcertado–. Todo fue bien en el museo. Lo hiciste genial. Estuviste increíble. La forma en que copiaste ese dibujo... Eres como el genio de los escarabajos, ¿sabes?

Marvin estaba decidido a no responder.

–¿Qué ocurre? –dijo James tratando de convencerle. Se quedó un rato en silencio–. Es por tu dibujo de la calle, ¿no? No quieres que lo venda –resopló y se dejó caer en la silla que había junto a su mesa–. Yo tampoco quiero venderlo –dijo en voz baja.

Marvin seguía acurrucado e intentaba no escucharle.

–Lo sabes, ¿verdad? –insistió James–. Me encanta el dibujo que me hiciste. Es mi regalo de cumpleaños favorito –suspiró–. Es solo que... Probablemente no lo puedas entender, pero mi madre... está...

Con mucho cuidado, James hizo que Marvin bajara rodando desde su mano y lo puso encima de la mesa.

–Puedes irte si quieres. No era mi intención impedírtelo.

Marvin estiró las patas despacio pero se quedó donde estaba.

James siguió hablando.

–Es que está muy orgullosa de mí, ¿sabes? No está así nunca. Y ni siquiera es por algo que hice yo, es por algo que hiciste tú –cruzó los brazos en el escritorio y puso la cabeza encima, con la cara pálida cerca de Marvin y exhalando su aliento

cálido y ligeramente salado—. Es como si tuviera un buen motivo para poder jactarse delante de sus amigos. Ojalá –vaciló–, ojalá estuviera orgullosa de mí por otras razones, ¿sabes?

Marvin se dio la vuelta para mirarle. Pensó en sus padres, que siempre estaban absurdamente orgullosos de él, incluso por cosas que no lo merecían. Era como tener tu propia legión de animadores siguiéndote a todas partes. A veces le molestaba, pero casi siempre resultaba agradable saber que sus padres creían de todo corazón que podría hacer cualquier cosa y se llenaban de orgullo cuando lo conseguía. Se preguntaba si James se habría sentido así alguna vez.

James seguía hablando bajito con su voz ronca.

–Dicen que no se divorciaron por mi culpa. Me lo dijeron una y otra vez. *No es tu culpa, te seguimos queriendo, eres lo más importante para nosotros.* Pero si era lo más importante, ¿por qué no lo era lo suficiente como para que siguieran juntos?

Miró a Marvin y esperó, como si Marvin pudiese realmente saber la respuesta. Finalmente dijo:

–Porque si alguna vez me hubieran preguntado «¿qué quieres tú?», eso es lo que les habría dicho: «que nos quedemos los tres juntos».

Marvin trepó hasta el borde del codo de James y le miró. Ya no estaba enfadado con él. Suspiró. Se daba cuenta de que tendría que perdonar a James por lo del dibujo. Había muchas más cosas entre ellos.

James volvió a resoplar.

–Pero ¿sabes qué? Si no se hubieran divorciado, no existiría William. Así que él fue lo único bueno que salió de ahí.

Marvin retrocedió sorprendido. Todos los escarabajos pensaban que William era bastante horrible: glotón, irracional y peligroso. Sabía que James no sentía lo mismo, pero nunca podría haberse imaginado que pensara que era una bendición. Aunque le sorprendiera, de algún modo le consolaba oír que el molesto bebé había traído una pizca de placer a la vida de James.

James se incorporó y se frotó la cara.

–No sé por qué te estoy contando esto –dijo avergonzado–. Supongo que me gusta hablar contigo, eso es todo –sonrió abiertamente–. Y sé que no se lo dirás a nadie.

Volvió a extender la mano.

–Venga, te llevo a casa.

Marvin subió al dedo del niño y este fue hacia la cocina.

Aquella noche, después de todo el revuelo que se armó cuando llegó a casa y de la dura reprimenda de su madre sobre los riesgos que había corrido al desobedecerla, Marvin se tumbó en la cama pensando en lo que le había dicho James y al cabo de un rato llamó a su madre.

–¿Qué pasa, cariño? Tu padre y yo íbamos a buscar comida.

–No puedo dormir –dijo él.

–Bueno, no me extraña. Tienes el horario completamente cambiado porque los últimos días has estado viviendo al ritmo de los humanos. Pero debes de estar exhausto después de la excursión. ¿Qué te pasa?

–No lo sé. Estaba pensando en una cosa que me dijo James.

Su madre se sentó en el borde del algodoncito y le acarició el caparazón.

–¿Qué? –preguntó.

–Sobre el divorcio de sus padres –Marvin recordó la conversación en el cuarto de James–. ¿Por qué los escarabajos nunca se divorcian?

Su madre se quedó pensando un rato.

–Bueno, nuestras vidas son cortas, cariño. ¿Qué sentido tendría? Tenemos tan poco tiempo que debemos emplearlo en ser todo lo felices que podamos.

Remetió el algodón esponjoso alrededor de Marvin para que estuviera más seguro.

–Y esperamos mucho menos que la gente. Si llegamos al final del día sin que nos pisen, con un poco de comida para llenar el estómago, un sitio seguro donde dormir unas horas y tenemos cerca a nuestra familia y amigos..., es un buen día, ¿no? De hecho, es un día perfecto. ¿Quién podría pedir más?

Marvin se acomodó en su suave cama y asintió tímidamente.

–Supongo –dijo.

–Además, no tenemos abogados –añadió su madre al salir de la habitación.



## Un crimen perfecto

La semana siguiente no sucedió nada en particular. Los padres de Marvin estaban contentísimos de que su hijo volviera a estar a salvo en casa; Elaine encantada de que le contara más historias del mundo exterior y los Pompaday, que seguían regodeándose con la venta del dibujo de James, estaban ocupados con sus actividades habituales, aunque durante unos días estuvieron molestos porque el temporizador del microondas había dejado de funcionar. Afortunadamente, el tío Albert logró abrirse paso por las rejillas de ventilación que había detrás del horno y volvió a conectar un cable que estaba suelto. Esto solucionó el problema, no sin antes provocar que los Pompaday discutieran acaloradamente sobre los electrodomésticos extranjeros de los que no se podía fiar, la falta de destreza del señor Pompaday y el hecho de que, si la señora Pompaday fuera una buena cocinera, no le haría falta el microondas. Su discusión acabó súbitamente cuando el reloj del aparato empezó a parpadear de nuevo y Albert salió de allí triunfal sin que lo vieran.

–¡Ah, mira! Ya funciona –dijo la señora Pompaday.

–¿Ves? Lo he arreglado –contestó su marido.

El propio James parecía mucho más alegre y seguro de sí mismo. Marvin pasó casi todas las tardes en su habitación y no sabía muy bien a qué se debía aquel cambio. ¿Sería el éxito de copiar *Fortaleza*? ¿La atención que le prestaba la señora Pompaday a su nuevo talento? ¿La excitación ante el robo inminente? Fuera lo que fuese, James estaba feliz, lo que hacía que Marvin también lo estuviera.

Llegó el viernes y Karl y James, con Marvin a la zaga, fueron al despacho de Christina a las cinco y media en punto como ella les había pedido. Los padres de Marvin esta vez no montaron ningún escándalo cuando este se marchó del apartamento, ya que se había pasado prácticamente toda la semana hablando sin parar de la importancia de volver a ver su querido dibujo, probablemente, por última vez. El robo se iba a producir aquella noche y ahora que los planes estaban listos parecía que todo estaba yendo muy deprisa.

Christina les recibió cariñosamente. Los ojos le brillaban y cuando vio a James se agachó rápidamente y le dio un abrazo. Él se sobresaltó, pero Marvin notó que estaba contento.

–¿Cómo está mi falsificador favorito? –preguntó ella sonriendo.

–Bien –dijo él.

–¿Preparado para ver tu dibujo por última vez? Ahora está colgado en la sala, justo donde estaba el original, ¡y nadie ha sospechado nada! Denny me ayudó a hacer el cambio anoche. Imagínate, James. Durante todo el día la gente ha estado viendo la miniatura de James Terik pensando que es de Durerro.

James sonrió.

–¿En serio?

–¡En serio! Cuando miras los dos dibujos uno al lado del otro el parecido es asombroso. Y el paspartú y el marco son idénticos a los del original. Denny y yo estuvimos encargándonos de eso durante todo el día de ayer.

–¿Y qué hay del dispositivo de rastreo? –preguntó Karl.

–El FBI se encargará de ello –dijo Christina–. Pero nos lo explicaron ayer. Su agente va a insertar un microchip en el paspartú antes de abandonar el edificio.

–¿Y no se disparará ningún tipo de alarma –preguntó Karl–, cuando se lleve el dibujo del museo?

Christina negó con la cabeza.

–El microchip solo puede ser detectado por el equipo de rastreo del FBI, no por un sistema de alarmas normal. Y aquí no registramos a los visitantes que salen del museo. Así que no debería haber ningún problema. Con el equipo de rastreo, el FBI será capaz de seguir el dibujo por la ciudad hasta...

–Hasta llegar a los ladrones –Karl terminó la frase.

–¡Sí! Y con suerte a los otros dibujos robados.

Karl se frotó la barba.

–¿Qué pasa si el ladrón se lleva solo el dibujo y no el paspartú? En ese caso perderíais el dispositivo de rastreo.

Christina frunció los labios.

–Ya. Hemos hablado de ello largo y tendido. Es una de las razones por las que no lo ponemos en ninguna parte del marco. Incluso si el agente del FBI cogiera el dibujo tal cual, lo más probable es que el siguiente tipo se libraría del marco para transportarlo con más facilidad –se acomodó mejor las gafas en el puente de su nariz–. Pero realmente no teníamos elección. El microchip se vería si lo pusiéramos en cualquier parte del dibujo, porque el papel es tan antiguo y frágil... Si lo ponemos en el paspartú estaremos más seguros, pues los ladrones no lo verán –miró a Karl con seriedad–. Pero tienes razón, es un riesgo.

Marvin vio que James parecía preocupado, y él mismo estaba empezando a sentir un hormigueo en la boca del estómago.

–¿Dónde está el original? –preguntó James.

Christina sonrió.

–Estuvo aquí en mi despacho hasta ayer por la noche. No os imagináis la cantidad de veces que Denny y yo comparamos los dos para ver que todo estaba en orden. Luego él envolvió el de Durero y lo llevó a la caja fuerte que hay en el despacho del director para que estuviera seguro.

–¿Qué hay del tipo del FBI que va a robar el dibujo de James? –preguntó Karl–. ¿Ya está aquí?

Christina miró de reojo la puerta cerrada de su despacho.

–No, aún no. Ha sido una locura de día. He estado tan ocupada con el FBI... Acabo de llegar. Se supone que no debería hablar de los detalles... –le miró durante un segundo, como disculpándose, y luego accedió–. Bueno, ¿cómo no os lo voy a contar a vosotros dos que lo habéis hecho posible?

Cogió a James de la mano y lo atrajo hacia sí.

–Nadie puede saber nada de esto –dijo bajando la voz–. ¿Entiendes, James? Todo este tema depende de que el público y el mundo del arte clandestino crean que han robado el dibujo original de Durero.

Karl, James y Marvin la miraban fijamente, esperando a que siguiera hablando.

Christina vaciló.

–Este es el plan: hoy abrimos hasta las nueve de la noche. Unos quince minutos antes de cerrar, los guardias vaciarán las salas. Nuestro contacto del departamento de arte robado del FBI tiene el uniforme de los guardias de seguridad del Metropolitan. Cuando la gente se haya ido entrará en la sala del museo con una bolsa de lona.

–Pero ¿los guardias no se conocen? –preguntó Karl–. ¿No se sorprenderán si no le reconocen?

Christina negó con la cabeza.

–No un viernes. Los fines de semana y a partir de las seis hay varios guardias de seguridad extra, así que debería salir bien.

–¿Y cogerá el dibujo sin más? –preguntó James–. ¿Directamente de la pared? –Marvin sintió una extraña punzada de aprensión.

Christina asintió.

–Tendrá que asegurarse de que nadie le está mirando y actuar rápido. La idea es que meta discretamente el dibujo en la bolsa y se vaya directo al armario que hay a mano izquierda en la tienda de regalos. ¿Habéis visto la tiendita de regalos que está en la segunda planta, al salir de la exposición de dibujos? Le hemos dejado el armario sin cerrar con llave.

–Pero ¿por qué? –preguntó James–. Si ya tiene el dibujo, ¿por qué no se va directamente con él?

–Deja que acabe, James –dijo Karl con dulzura y se volvió hacia Christina–.

Supongo que nadie puede pasar el control con una bolsa grande, ni siquiera un guardia de seguridad.

–Sí, es mejor no arriesgarse –dijo ella–. Por eso en el armario le dejaremos ropa para que se cambie, incluida una chaqueta con una bolsita interior, una de esas planas e impermeables que van reforzadas y que tienen el tamaño justo para meter *Fortaleza*. También encontrará las herramientas que necesita para sacarlo del marco e implantar el microchip en el paspartú. Se pondrá ropa normal, meterá el dibujo en el bolsillo interior de la chaqueta, saldrá del armario cuando esté seguro de que no hay nadie en el pasillo y abandonará el museo con el resto de la gente cuando cierren.

Desde debajo del puño de James, Marvin veía la cara de felicidad de Christina, como si todo el plan se hubiera llevado a cabo impecablemente en el rato que había tardado en contarle.

–Hala –exclamó James.

Pensativo, Karl asintió con la cabeza.

–Es el crimen perfecto. Parece que has pensado en todo.

Christina frunció un poco el ceño.

–Bueno, más me vale haber pensado en todo. Hay mucho en juego. Este hombre solo tendrá unos quince minutos para ponerlo en práctica sin levantar sospechas y sin que ningún otro guardia se dé cuenta de que el dibujo ha desaparecido. Pero, si no hay ningún problema, todo debería salir bien.

James movía sus pies nervioso hacia delante y hacia atrás y Marvin tuvo que aferrarse desesperadamente a su chaqueta.

–¿Puedo ver ahora mi dibujo?

Christina miró el reloj.

–Ay, ¡quería ir con vosotros! No he tenido un minuto en todo el día para ir a la exposición. Pero ahora desgraciadamente no puedo. Denny y yo tenemos que repararlo todo otra vez con el agente del FBI. Id y echadle un buen vistazo. Y James... –le puso la mano en la cabeza y le sonrió–. No te preocupes. No será la última vez que veas tu maravilloso dibujo. Estoy segura de ello.

De pronto James la miró.

–¿Y a ti? ¿Te volveremos a ver? –preguntó.

Sorprendido, Marvin miró a Christina. La verdad es que James tenía razón. Habían hecho todos los preparativos para el falso robo, así que ya no habría ninguna razón para quedar con Christina, no hasta que recuperasen el dibujo de James. Si es que lo recuperaban.

–Claro que sí, colega –dijo Karl rápidamente y un poco avergonzado–. Nos dirás lo que ha pasado, ¿verdad, Christina?

–¡Claro que sí! –Christina se quitó un mechón de pelo de la frente y se lo metió detrás de la oreja, como si todos los desafíos a los que se enfrentaran pudieran

resolverse tan fácilmente—. No podría haber hecho nada de esto sin vosotros. Con un poco de suerte, tendré noticias este fin de semana —les sonrió apenada—. Pero debo deciros que esta gente del FBI no se comunica mucho. ¡No cuentan conmigo para nada! No puedo ver su dispositivo de rastreo, no puedo estar con ellos mientras controlan lo que le pasa al dibujo...

Karl se rio.

—Bueno, no me extraña. Después de todo, estamos hablando del FBI. Su trabajo consiste en ser reservados.

—Sí, supongo que sí. Y al menos han prometido mantenerme al tanto de lo que ocurra durante el fin de semana. ¿Quién sabe? Quizá dentro de poco tenga el honor de presentaros ante la mismísima justicia —Christina les sonrió y salió con ellos apresuradamente de su despacho.

—No podemos quedarnos mucho, ¿vale, colega? —dijo Karl mientras caminaban por el largo pasillo y atravesaban la puerta escondida hacia la sala donde estaban los dibujos—. Le he prometido a tu madre que estarías de vuelta en casa a las siete, y ya son más de las seis.

—Vale —dijo James—. Solo quiero verlo, nada más.

A lo lejos, donde la sala daba al hueco de la escalera que subía a la segunda planta, Marvin vio el espacioso vestíbulo de mármol flanqueado por estatuas y vitrinas con vasijas y cuencos ligeramente iluminados. Una aglomeración de gente con abrigos de invierno entraba en tropel a la sala.

Karl le puso la mano en el hombro a James.

—Por aquí —dijo, y luego se agachó a su lado y señaló la otra punta de la sala—: ¡Mira!

Y ahí, justo donde había estado colgado el original, estaba *Fortaleza*, con los brazos arqueados de la chica agarrando fuertemente al león. Marvin sintió una punzada de orgullo. Sujetó el borde del puño de la chaqueta de James haciendo un gran esfuerzo para ver mejor.

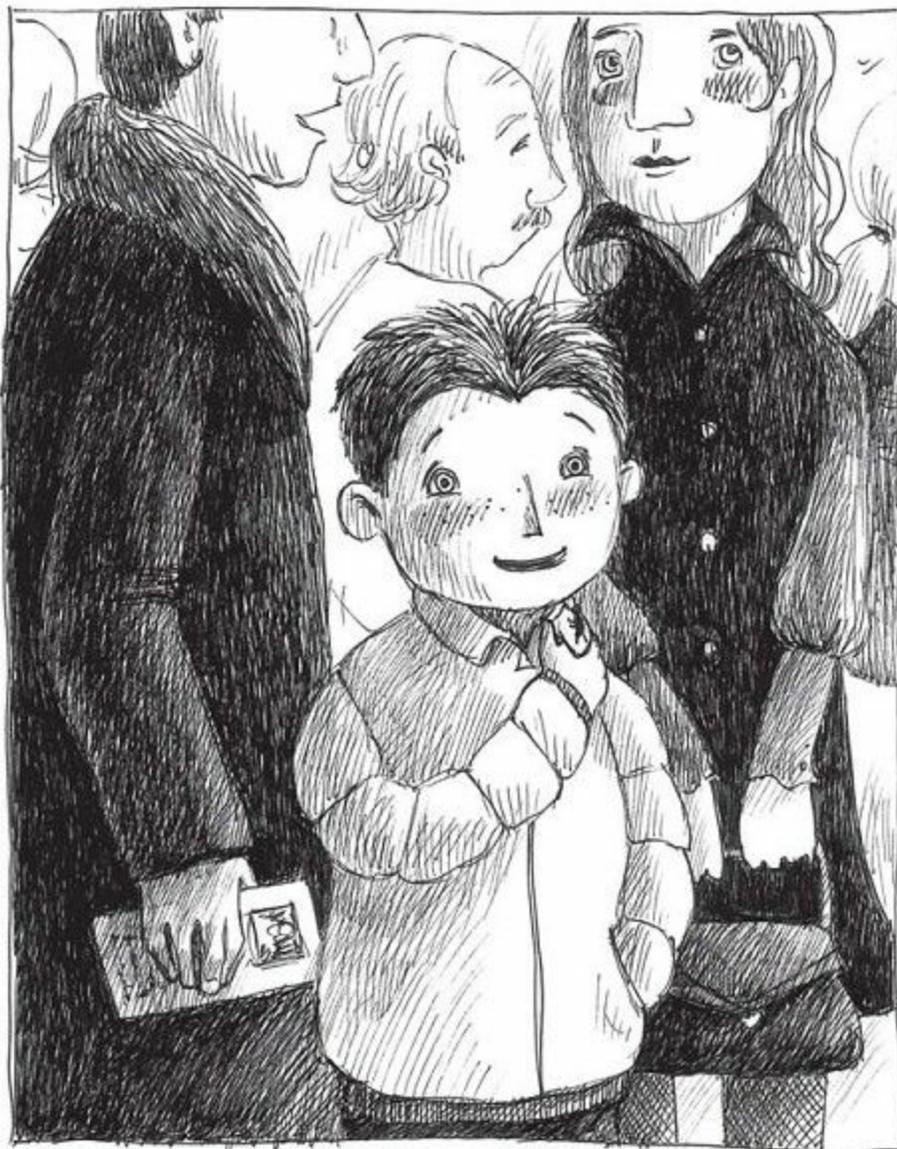


James cogió de la mano a su padre y tiró de él en dirección al cuadro.

–Está ahí colgado con todos los de verdad –murmuró.

–Bueno, desde luego parece que es uno de ellos –Karl sonrió–. Tú eres el maestro.

Se abrieron paso entre la multitud y fueron hacia la pared, donde esperaron pacientemente a que una pareja mayor se apartara.



–Vale, dos minutos, colega –dijo Karl en voz baja.

James asintió y se quedó mirando el dibujo. Marvin quería trepar más arriba para verlo mejor, pero había tanta gente a su alrededor que no se atrevía. Justo cuando su frustración por tener poca o ninguna visibilidad le iba a hacer desesperarse, James se llevó la mano al hombro y fingió rascarse el cuello. Agradecido, Marvin se arrastró rápidamente desde la manga de la chaqueta hasta el cuello. Ahora estaba casi a la misma altura que el dibujo.

Respiró hondo y, feliz, miró larga y fijamente su obra.

Entonces se le paró el corazón. Aquel no era su dibujo. Era el de Durero. ¡El de Durero! Marvin se dio cuenta inmediatamente. Estaba muy confundido. ¿Lo habría entendido mal? ¿No habrían cambiado aún los dibujos?

Estaba seguro de que era el original. Con la misma exactitud que había seguido

las líneas de Durero, con el mismo cuidado y respeto que había copiado cada rizo del pelo y el bulto que formaba cada tendón, Marvin sabía que los intrincados trazos de la obra de arte que tenía delante no eran suyos. Un dibujo era tan personal como la letra de una persona: podría ser parecida a la de otra, incluso idéntica ante los ojos de un extraño, pero uno siempre podría reconocer la suya.

Marvin salió muy despacio de debajo del cuello de la chaqueta de James. Estaba totalmente expuesto y los visitantes del museo que había a su alrededor podrían verle fácilmente, pero no pudo evitarlo. Era el dibujo original, tan solemne, melancólico y propio de Durero como siempre.

Las ideas se le agolpaban en la cabeza. ¿Por qué estaba colgado el dibujo de Durero en lugar de la copia? ¿Dónde estaba su dibujo? Agarró la chaqueta de James e intentó reconstruir lo que podría haber pasado. Christina había dicho que el original estaba en el despacho del director del museo, en una caja fuerte. ¿Cómo era posible? Marvin sintió una oleada de pánico.

Desesperado, empezó a correr de un lado a otro por el borde del cuello de la chaqueta de James. El agente del FBI vendría a por su dibujo en menos de dos horas. ¿Qué pasaba si Christina había cometido un error? ¿Qué pasaba si había confundido los dos dibujos?

Había un dispositivo de rastreo, se recordó a sí mismo, tratando de tranquilizarse. El FBI estaría controlándolo. Pero ahora había que considerar la posibilidad de que pusieran el dispositivo en el original de Durero por error. De repente, las advertencias de Christina sobre el eventual peligro del plan –el riesgo de que robaran de verdad el dibujo y se perdiera para siempre– le resonaban en la cabeza. Ya había sido bastante alarmante creer que su propio dibujo corría peligro, pero ahora parecía que se iban a llevar del museo el original de Durero y lo iban a meter a toda prisa en aquel extraño y confuso mundo de ladrones de arte y obras maestras robadas.

Encima de él, Karl y James no parecían sospechar nada.

–Es fantástico, James –susurró Karl–. Todo en él es tan real...

*¡Eso es porque es real!*, quiso gritar Marvin. Presa del pánico, se escabulló para esconderse antes de que Karl le viera. ¿Cómo podía decírselo? ¡El auténtico *Fortaleza* de Durero estaba a punto de ser robado, como las otras tres *Virtudes*!

–Fíjate en el detalle –continuó Karl–. Ver un dibujo, verlo de verdad, requiere tiempo.

*¡Sí!*, pensó Marvin. *Míralo, James, míralo y lo sabrás.*

Pero James, de pie frente al dibujo, permanecía callado y lo miraba fijamente. Después de un rato su padre dijo:

–Deberíamos irnos. Lo volverás a ver dentro de poco.

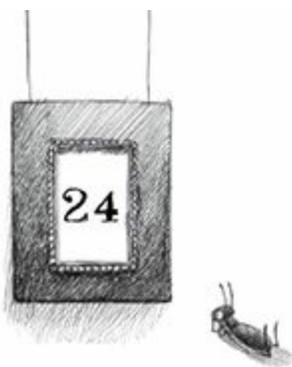
*¡No!* Marvin dio un grito ahogado.

–Eso espero –dijo James, algo incrédulo. Vacilante, cambiaba el peso de un pie a

otro. *Por favor, James*, le rogó Marvin. *No es mi dibujo.*

–Vamos, tío –Karl le agarró el hombro.

Mientras James se alejaba, lo único en lo que podía pensar Marvin era en el dibujo. No soportaba la idea de irse. Sin saber qué hacer, fue corriendo hasta la punta del cuello de la chaqueta, se puso frente a la pared y saltó al vacío.



## Destino y *Fortaleza*

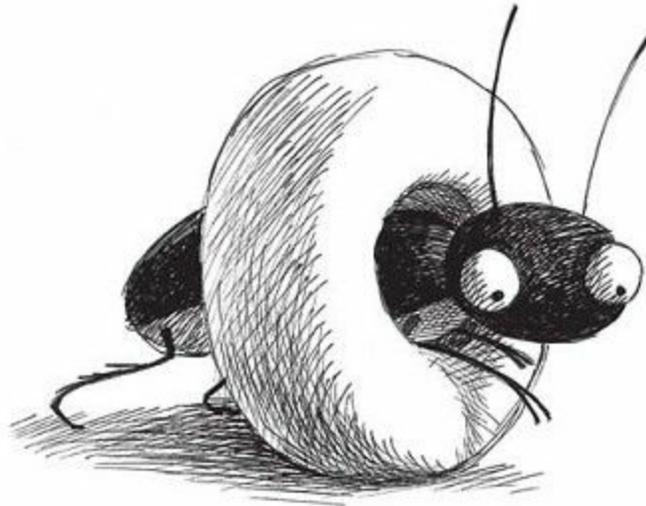
Marvin se precipitó en picado por el espacio durante unos segundos que se hicieron muy largos. ¡Zas! Chocó contra el suelo del museo, dio dos vueltas y se detuvo. Afortunadamente, la alfombra gris de pelo corto amortiguó el aterrizaje. Estaba un poco aturdido pero no hecho un desastre. Un sinfín de pies dentro de sus zapatos pululaban a su alrededor mientras las deportivas azules de James desaparecían rápidamente a lo lejos. Sabía que era un suicidio quedarse allí mucho tiempo. Fue hacia la pared lo más deprisa que pudo y esperó cerca del rodapié rayado.

Tenía que llegar hasta el dibujo, pero era demasiado arriesgado trepar por la pared cuando había tanta gente mirando los cuadros. Sabía que cualquiera vería su caparazón negro en cuanto emprendiera su expedición por la amplia superficie de pared. Pese a que se le cerró el estómago cuando fue consciente del peligro que corría el dibujo de Durero, pensó que no se podía hacer nada salvo esperar a que el museo estuviera vacío. Quería llegar a *Fortaleza* durante el trajín del cierre sin ser descubierto y antes de que lo hiciera el agente del FBI.

La tarde transcurrió rápido. Para olvidarse un poco de sus temores, Marvin se dedicó a observar a la gente, que siempre había sido uno de sus pasatiempos favoritos. Contó los distintos tipos de zapatos que pasaban cerca de su escondite: doce mocasines negros y seis marrones, cuatro zapatos de tacón de aguja, ocho zapatos negros con cordones, seis zapatos de salón, cuatro botas de montaña, ocho botas de vestir, once deportivas (y otra tirada en el suelo). Intentó adivinar cuánto tiempo se quedaría la gente enfrente de los cuadros dependiendo del tipo de calzado que llevara. Ganaron los salones y los mocasines negros, con las botas de montaña a un segundo de diferencia. Las zapatillas deportivas se dividían entre las que se quedaban más tiempo que nadie (*estudiantes universitarios*, pensó Marvin) y las que se iban corriendo después de echarle un vistazo a la obra (niños).

Después de un par de horas así Marvin se moría de hambre. Lamentablemente, en el suelo no había ni rastro de basura, lo que se debía sin duda a que en el museo

estaba prohibido entrar con comida o bebida. Pero un poco más tarde pasó a su lado una mujer empujando un cochecito y Marvin se alegró mucho al ver que un cheerio se caía del regazo del pequeño. Analizó concienzudamente los movimientos de la multitud antes de precipitarse a recogerlo. Entonces, como hacía con Elaine en casa, encajó la cabeza y las patas delanteras dentro del agujero del cheerio, se impulsó con las patas traseras, lo lanzó rodando como un aro hacia el rodapié y corrió a toda velocidad para ponerse a salvo. Cuando llegó al borde de la alfombra, salió del agujero y se puso cómodo para cenar. El cheerio, aunque un poco duro, estaba dulce y crujiente y le llenó bastante.



Por fin se oyó una voz de mujer por los altavoces que resonó en toda la sala:

–El museo cerrará en quince minutos. Diríjense hacia la salida, por favor.

Marvin dudó un instante y se aseguró de que la gente realmente empezaba a irse. Luego subió corriendo por la pared todo lo deprisa que pudo. Cuando llegó a la esquina del marco de madera de *Fortaleza*, se detuvo un momento para mirar el dibujo y admiró la delicadeza de las líneas que no había trazado él. Después se escondió detrás de la esquina inferior izquierda del marco para que no le vieran.

No tuvo que esperar mucho. Al cabo de un rato oyó unas pisadas rápidas que se acercaban al dibujo y sintió cómo levantaban el cuadro de la pared. Se aferró a él cuando lo metieron a toda prisa en una especie de bolsa de lona que por dentro era negra como el carbón. No veía nada más que tela oscura a su alrededor. Miró hacia arriba y a través de la estrecha abertura atisbó unos dedos gordos que agarraban el asa y unos nudillos ligeramente recubiertos de pelo. La bolsa se balanceó enérgicamente durante unos minutos y luego se detuvo con un ligero golpe.



*Esto debe de ser el armario*, pensó Marvin. Oyó el frufú de la tela y subió poco a poco por un lado del marco. La oscuridad del armario no fue ningún obstáculo para él, que estaba muy acostumbrado a moverse de noche. Pudo ver cómo un hombre bajo y fornido que se movía rápidamente y con seguridad se quitaba un uniforme azul marino igual que el de los vigilantes del museo.

De repente, sacó el marco de la bolsa de lona y lo puso boca abajo. Marvin tuvo que ponerse en un lado del cuadro y pegarse bien a él. Había olvidado esa parte del plan de Christina. Iban a desmontar el marco. Tenía que mantenerse fuera del alcance de la vista. Oyó el clic, clic de los alicates al quitar el colgador. De repente una navaja le pasó por encima peligrosamente cerca de su cuerpo. Marvin retrocedió ante la hoja que se deslizaba con pericia por la parte de atrás del dibujo formando un rectángulo definido.

Marvin rezó para que no le mataran. Los minutos siguientes fueron críticos. Si le

golpeaban o lo sacudían y se soltaba, o, peor aún, si el hombre lo veía y lo trataba de aplastar, ¿quién sabría dónde iba a parar *Fortaleza*?

Oyó cómo se rasgaba el papel. Una navaja se iluminó de pronto en la oscuridad y proyectó un delgado haz de luz blanca sobre la parte de atrás del dibujo.

Marvin se escondió, aterrorizado. Ahora podía ver al hombre con la frente arrugada por la concentración. Tenía el pelo moreno y por lo demás un aspecto bastante normal. Podría ser cualquiera, pensó, lo que seguramente era una ventaja para un agente secreto del FBI. El hombre resopló al arrancar lo que quedaba de la parte de atrás. Entonces Marvin vio el paspartú blanco. Justo cuando el hombre iba a separar el dibujo del marco, Marvin saltó sobre el paspartú, que se mantuvo firme bajo sus patas. Mientras atisbaba por encima del borde, vio el papel antiguo y amarillento. Sin ninguna duda era el dorso de la obra maestra de Durero. Y pudo oler la característica humedad provocada por el paso del tiempo.

Con cautela, el hombre sujetó el paspartú con una mano y puso la linterna *led* en el suelo. Marvin se encogió *parad* que no le viera y observó cómo sacaba algo diminuto y plateado de su bolsillo interior. Supuso que sería el microchip. El hombre levantó el paspartú y le dio la vuelta rápida y hábilmente, haciendo un pequeño corte con su navaja mientras Marvin abrazaba el borde. Aquella delicada tarea de implantar el microchip en el borde del paspartú para que no lo vieran le recordó a la cirugía. Después de un rato manipulándolo, durante el cual Marvin oyó la fuerte e impaciente respiración del hombre, la linterna se apagó con un clic.

El microchip ya estaba colocado.

Marvin apenas tuvo tiempo para ponerse a salvo detrás del paspartú cuando un trozo de algo duro le presionó el caparazón. El dibujo ondeó por el aire deslizándose suavemente y fue a parar a un estrecho hueco.

*Debe de ser la bolsa plana de la chaqueta*, pensó Marvin. *Fortaleza* estaba listo para viajar.

Dentro de la chaqueta la oscuridad era total, y Marvin, pese a estar muy acostumbrado a los sitios pequeños y oscuros, sintió una oleada de claustrofobia. Se acordó de aquella vez que Elaine y él se quedaron encerrados en el estuche de gafas de la señora Pompaday cuando esta lo cerró de golpe una noche y él, presa del pánico, empujó inútilmente las paredes de fieltro y Elaine se rio de él porque casi vomita. Afortunadamente, la señora Pompaday había decidido ver la reposición de uno de sus programas y no pasó mucho tiempo hasta que volvió a abrir el estuche. Y lo mejor fue que estaba tan absorta viendo la tele que no se dio cuenta de que dos escarabajos negros brillantes se escapaban.

En ese momento Marvin sintió que la chaqueta se movía con el vaivén de su dueño. Notó que el hombre salía del armario, se detenía para asegurarse de que no le habían visto, recorría el pasillo dando zancadas y bajaba con brío la escalera

central del museo. Algunos trocitos del cheerio le daban vueltas en el estómago y le hacían sentirse incómodo.

Mientras rebotaba una y otra vez contra el pecho caliente y sólido del hombre, Marvin pudo oír el ruido de la muchedumbre a través de la gruesa tela. Sintió el cambio de temperatura cuando salieron del Metropolitan y se adentraron en la fría tarde de Nueva York. La puerta de un coche se abrió y se cerró de un portazo. El hombre masculló una dirección a alguien y entonces Marvin oyó los rápidos pitidos del teclado de un móvil.

Hizo un esfuerzo por seguir la conversación.

–Sí, ya está –dijo el hombre–. No. Estaré ahí en veinte minutos. ¿Cuál es el número de habitación? Vale, hasta ahora.

Aquella sería la primera llamada, pensó, pero no el destino final del dibujo. Era tan difícil recordar lo que supuestamente iba a ocurrir y sin embargo tan importante hacerlo... Marvin, muy ansioso, se encorvó y trató de concentrarse. Una especie de cartón le presionaba. Primero, el agente del FBI le daría el dibujo a un intermediario, ¿no era eso lo que les había dicho Christina? Un contacto en el mundo del arte clandestino. Y después se lo entregarían a los ladrones de verdad.

El FBI estaría siguiendo la trayectoria del dibujo, ¿no? Puede que todo saliera bien. Al fin y al cabo, el plan consistía en seguir el recorrido del dibujo falso y al final recuperarlo. Marvin pensó en Christina, en los peligros que había mencionado, en la posibilidad de que no volvieran a ver su dibujo. Pensó en James y en su inseguridad al mirarlo por última vez. Entonces se acordó de sus padres y de repente le invadió la nostalgia. Un destino que estuviera a veinte kilómetros seguiría estando en la ciudad, pero ¿qué pasaría si el dibujo tenía que viajar a otro lugar? ¿Y si Marvin se quedaba ahí tirado con aquel compañero involuntario que no podía protegerle, incapaz de escapar? Puede que no volviera a ver a su familia.

Se dio cuenta del terrible riesgo que había corrido: su destino y el de *Fortaleza* iban de la mano. Se estremeció y sintió el sonido amortiguado y vibrante del motor del coche mientras se abría paso por la ciudad cansada y concurrida.



## El intermediario

Marvin notó que el coche frenaba. El hombre salió de prisa y recorrió una distancia corta con aire resuelto y sin vacilar. Dentro del oscuro bolsillo, Marvin intentó averiguar lo que estaba pasando. En la llamada de teléfono, el hombre había preguntado por un número de habitación. ¿Estaban en una oficina? ¿En un hotel? Supo por la sensación de mareo que tenía en el estómago que habían entrado en un ascensor. Luego el movimiento cesó y oyó unos pasos rápidos seguidos de un golpe sordo.

Una nueva voz, apagada y seca, preguntó:

—¿Lo tienes?

¿Era ese el intermediario, listo para llevar el dibujo de Durero a los ladrones de verdad?

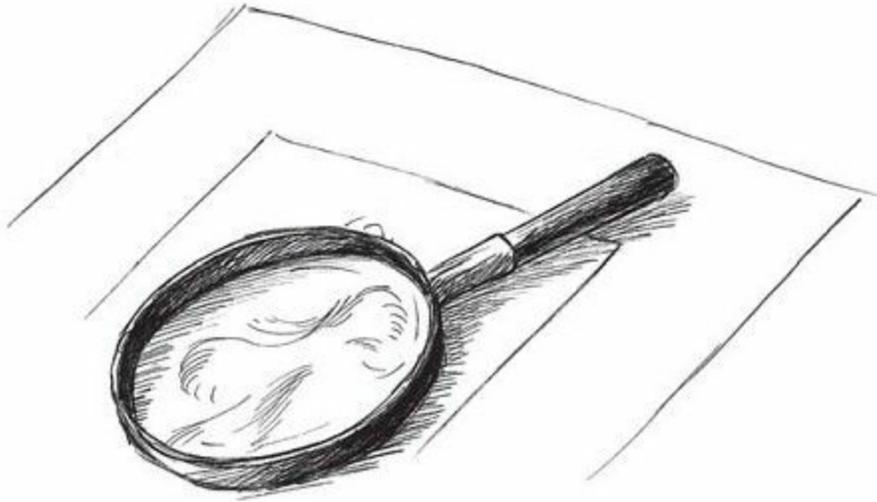
—Aquí dentro.

—Enséñamelo.

Marvin no tuvo tiempo para prepararse. Intentó quedarse quieto donde estaba mientras sacaban el dibujo de su funda protectora. Justo cuando a *Fortaleza* lo iluminó la luz brillante de la habitación, a Marvin se le enganchó un trozo de tela en el caparazón y le sacó de golpe de su escondite. Trató en vano de agarrar el borde de la montura, pero no lo consiguió. De pronto estaba volando por los aires. Aterrizó con un ruido sordo en la superficie lisa y dura de una mesa de madera contrachapada.

Se metió las patas debajo del cuerpo y se quedó totalmente inmóvil, deseando que no le hubieran visto. Afortunadamente, la madera era oscura. Echó un vistazo a su alrededor y vio la anodina decoración de una habitación de hotel, que reconoció fácilmente por todas las telenovelas que él y Elaine habían visto en televisión con la señora Pompaday: la moqueta oscura, la colcha floreada y los muebles sencillos y lustrosos. El agente del FBI había puesto el dibujo de Durero en medio de la mesa a escasos centímetros de Marvin. Un hombre delgado y con barba se inclinó sobre él con una lupa y examinó los detalles.

Por un momento Marvin sintió miedo. Pero luego se acordó de que era el dibujo original, no su falsificación. No había duda de que pasaría la inspección.



Ninguno de los hombres habló.

–De acuerdo –dijo el de la barba–. Se lo llevaré a mi contacto.

–¿Qué hay de mi parte? –preguntó el agente del FBI.

–Está ahí, en ese sobre –el hombre de la barba señaló con un gesto un paquete marrón plano que había encima de la mesilla de noche y el agente del FBI lo deslizó rápidamente en el bolsillo de su traje.



Los dos hombres se giraron hacia la puerta y Marvin respiró hondo. Era su oportunidad. Atravesó corriendo la mesa en dirección al dibujo y de pronto oyó un ruido sordo. ¡Zas! Una mano enorme golpeó la superficie que había junto a él y lo mandó lejos de la mesa. Dio una voltereta en el aire y aterrizó en el denso bosque tejido de la moqueta verde, que olía ligeramente a tabaco.

Un zapato se estampó en el suelo a su lado; luego volvió a estamparse, esta vez más cerca. Marvin corrió a refugiarse detrás de la pata de la mesa. Por encima de él oyó que el agente del FBI preguntaba:

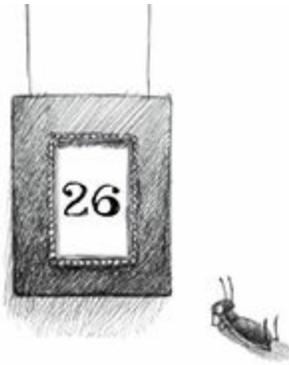
–¿Qué era eso?

–Una especie de escarabajo –respondió el hombre de la barba–. Será mejor que esto no esté infestado de bichos.

–No, ¡qué va! Seguramente sea del hotel. Una chinche o algo así.

¡Chinches! Marvin estaba indignado. Los humanos eran tan ignorantes...

El hombre delgado resopló asqueado y acompañó al agente a la puerta. Cuando Marvin vio que se marchaba su último vínculo con el museo, James y su seguridad, se sintió verdaderamente solo.



## El viaje secreto

A Marvin le deprimía pensar en la posibilidad de pasar la noche en aquella habitación de hotel, pero pronto vio claro que el hombre de barba no se iba a ningún lado. Hizo dos llamadas con un móvil. En la primera de ellas habló en un idioma que Marvin no entendió y en la segunda dijo:

–Lo tengo –y después–: Mañana a las diez en punto donde dijimos. Sí, me aseguraré. Hasta luego.

Mientras Marvin se ocultaba en la densa moqueta debajo de la mesa, el hombre fue con paso firme hacia el armario y sacó una cartera de cuero negro. La puso en el suelo a escasa distancia de Marvin y abrió la cremallera. Dentro había varias carpetas gruesas. Abrió una, cogió el dibujo de la mesa con sumo cuidado y lo puso entre las hojas de la carpeta. Luego cerró hábilmente el bulto y subió la cremallera de la cartera.

Marvin lo vio todo con una aprensión cada vez mayor. Debía regresar donde estaba el dibujo, pero ya se sabía que las cremalleras estaban hechas a prueba de escarabajos.

El hombre volvió a meter la cartera en el armario de la habitación. Le echó el cerrojo y la cadena a la puerta, se quitó los zapatos y se tumbó en la cama. Poco después encendió la tele y Marvin oyó que el hombre rasgaba un envoltorio de plástico y empezaba a comer algo ruidosamente. No sucedió nada de particular en toda la tarde aparte del zumbido de la tele, el hombre picoteando y Marvin adormecido en su escondite con un sueño intermitente.

Cuando Marvin abrió los ojos, la habitación estaba oscura como boca de lobo y el hombre roncaba. Sabía que tenía que idear alguna forma de meterse en la cartera, pero estaba hambriento y faltaban horas para que se hiciera de día. Avanzó lenta y trabajosamente por la gruesa moqueta hasta la mesilla de noche, donde lo más probable es que hubiera restos de lo que había comido el hombre. Y efectivamente, cuando Marvin llegó arriba, encontró un envoltorio arrugado rojo y amarillo y un montón de cáscaras duras.

Vio que eran cáscaras de cacahuete. Sintió una punzada de nostalgia al recordar su flotador de cáscara de cacahuete, que había perdido en el desagüe del baño de los Pompaday. ¡Ay! ¡Sería estupendo darse un chapuzón en su piscina-tapón en ese momento! Solo habían pasado dos semanas desde su baño de espuma tras el episodio de la tubería, pero parecían siglos. Fue antes de que hiciera su primer dibujo, antes de que él y James se hicieran amigos, antes de que supiera nada de un artista llamado Alberto Durero.

No quedaba nada de comer en la mesilla de noche, pero había un vaso con un poco de agua. Algo más animado, Marvin se metió un trozo de cáscara de cacahuete debajo de una pata y trepó por la pared del vaso. Se quedó un momento en el borde contemplando el agua en calma. Luego aguantó la respiración y se zambulló, aterrizando con un leve plaf.



Unos centímetros más allá, el hombre se movió y se dio la vuelta. Marvin puso la cáscara de cacahuete delante de él y pataleó en círculos cada vez más anchos, con el agua fresca y limpia envolviendo su caparazón. Ya se sentía mejor.

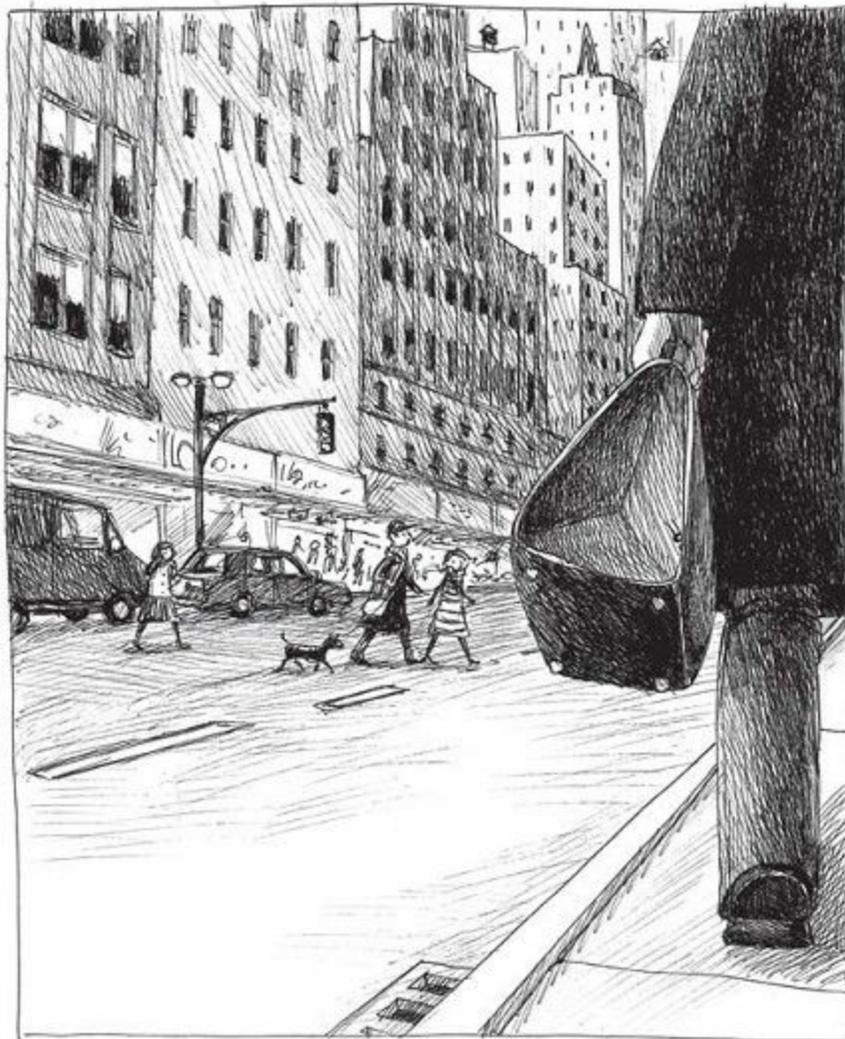
Poco después, refrescado por su baño de medianoche, Marvin trepó la pared húmeda del vaso y se sacudió el agua. Encontró un pañuelo arrugado cerca del despertador y se secó con cuidado. Luego bajó lentamente al suelo, cruzó la moqueta y pasó por debajo de la puerta del armario, lo que le llevó bastante tiempo.

Marvin vaciló al llegar a la parte inferior de la cartera. Intentaba decidir dónde ponerse para estar protegido. Al final se decantó por la solapa que cubría el bolsillo

exterior y se metió a presión debajo de la hebilla de cuero. Ahí estaba al mismo tiempo bien sujeto y en un lugar privilegiado para ver lo que pasaba.

Debió de quedarse dormido otra vez, porque se despertó con el sonido estridente que hizo la puerta del armario cuando el hombre la abrió con fuerza y una estela de luz brillante entró a raudales y le inundó. El hombre delgado de barba sacó la cartera y la puso encima de la mesa. Se movió con rapidez mientras recogía sus cosas, luego cogió la cartera y salió a toda prisa de la habitación.

Minutos después estaban la calle y se movían a paso ligero entre un torrente constante de gente envuelta en abrigos de invierno y bufandas. Marvin tiritaba debajo de la hebilla. Hacía mucho más calor en el abrigo del agente del FBI. ¿Adónde iban? Sería otro encuentro. Marvin nunca había visto esa parte de la ciudad. Edificios inmensos pegados unos a otros que llegaban hasta el cielo, anchas avenidas atestadas de coches y autobuses, escaparates enormes llenos de ropa, joyas y aparatos electrónicos... Pasaron unas cuantas manzanas y llegaron a un sólido edificio gris con agujas. Una iglesia, pensó Marvin. El hombre subió las escaleras rápidamente y desapareció en el interior.



Aquel gran espacio sombrío y tenebroso estaba plagado de gente: algunos encendían velas, otros susurraban en grupitos y otros se acurrucaban en los bancos y bajaban la cabeza mientras rezaban.

El hombre delgado de barba se sentó cerca del extremo del último banco. Marvin echó un vistazo a su alrededor. ¿Ahora qué? Al cabo de unos minutos, otro hombre se deslizó en el banco. Ninguno dijo nada. El hombre delgado de la barba puso la cartera en el suelo junto al otro hombre, se levantó y se marchó.

Marvin aguantó la respiración.

De repente, el otro hombre cogió el asa de la cartera. La levantó tan rápido y con tanta fuerza que Marvin se soltó de la hebilla y se cayó dentro del bolsillo interior. No veía nada, pero sabía que el dibujo estaba de nuevo en marcha. Intentó trepar por el bolsillo para ver mejor, pero el movimiento rápido y enérgico le tiraba hacia el fondo una y otra vez. Al final se rindió.

Oyó cómo se cerraba la puerta de un coche, y después los débiles pitidos de un teléfono y una voz nueva hablando bajo. El hombre tenía un acento muy fuerte y

Marvin no podía entender las palabras. Sintió el estruendo del motor. ¿Adónde iban?

Pasó un buen rato, o eso le pareció a Marvin, que se esforzaba por adivinar lo que ocurría en el mundo que había más allá de su recinto. El coche se detenía y emprendía la marcha entre breves ráfagas de conversación, o quizá de instrucciones.

¿Seguían en Nueva York? Marvin no tenía forma de saberlo. En la tensa oscuridad, mientras flotaba en un mundo desconocido y distante, su mente retrocedió en el tiempo hasta la fiesta de cumpleaños de James, la noche en que había dibujado la escena de la calle y la primera vez que vio *Fortaleza* y se quedó sin aliento. Podía sentir la presencia del dibujo a través de la funda de cuero de la cartera, lo que le consolaba bastante. Pensó en lo que había dicho Christina de Alberto Durero: un hombre triste y solitario que empuñaba su pluma con determinación para dar vida a la chica y el león.

Marvin se quedó frito sin querer. Se despertó cuando el movimiento cesó y dejaron la bolsa en el suelo con un golpe seco.

Alguien desabrochó la cremallera y abrió la cartera, lo que significaba que el bolsillo donde Marvin estaba escondido en ese momento quedó aplastado. El escarabajo fue corriendo hacia la abertura y salió retorciéndose a una superficie de madera. Volvió a oír la voz extranjera, esta vez hablando en un inglés entrecortado.

–Aquí está –dijo el hombre–. Es bonita, ¿verdad?

Otra voz respondió.

–Ha valido la pena pagar cada centavo. Y ahora casi está en casa.

Marvin se quedó tieso del susto. Reconoció la voz al instante.



## Las *Virtudes* escondidas

¡Denny!

Al principio Marvin se sintió muy aliviado. ¡Denny estaba ahí! Ahora todo iría bien. Seguramente reconocería el dibujo y sabría que era el original de Durero. Él y Christina debían de haberse dado cuenta de su error. La artimaña había terminado. *Fortaleza* estaría de vuelta en el Metropolitan en cuestión de segundos.

–Ya no necesitaremos esto, ¿verdad? –dijo Denny.

Marvin salió despacio de debajo de la cartera justo a tiempo para ver cómo Denny separaba *Fortaleza* del paspartú. Estaban en una especie de vestíbulo vacío de un pequeño edificio, con puertas de cristal a cada lado y bancos pegados a las paredes.

–¿El taxi te está esperando? –preguntó Denny al hombre moreno que estaba encorvado sobre la cartera.

–*Sì, signore.*

–Vete ya y deja esto en el suelo del taxi. Eso los mantendrá ocupados un tiempo –Denny le entregó el paspartú–. Y esto es para ti –le tendió un grueso sobre blanco.

Marvin no tenía tiempo de darle vueltas a ese intercambio porque sabía que solo contaba con unos segundos para escapar. Salió despacio de debajo de la cartera y se escabulló por el banco hasta donde estaba sentado Denny. Trepó por sus pantalones de pana y agarró una trabilla del cinturón con las seis patas.

El otro hombre se metió el abultado sobre en la chaqueta.

–*Grazie, signore* –empujó el paspartú con brío dentro de la cartera, cerró la cremallera y atravesó la puerta de cristal a toda prisa hasta que llegó a la calle.

Denny masculló algo entre dientes:

–Muy bien, querida mía. Te envolveré de nuevo y nos pondremos en camino –colocó *Fortaleza* con cuidado en una gruesa carpeta y la metió en un maletín.

Marvin se estremeció, tratando aún de entender lo que estaba pasando. Sintió una punzada de duda. ¿Cuándo regresarían al museo?



Cuando Denny se levantó, su abrigo tapó a Marvin y le impedía ver. Debió de salir a la calle porque otra vez hacía frío y les envolvió el ruido de la ciudad.

Esta vez el movimiento no duró mucho y Marvin notó que iban todo el rato a pie. Finalmente oyó el leve sonido absorbente de la puerta del ascensor y el pitido de un botón al ser presionado. Unos minutos después, las puertas se abrieron y unas llaves tintinearón.

Percibió un débil susurro y escuchó tararear a Denny.



Luego oyó que dejaba el maletín en el suelo y lo abría. Debía de estar sacando el dibujo.

–Ahí estás, preciosa mía –dijo en voz baja.

Se sacudió el abrigo y Marvin por fin pudo ver. Estaban en una habitación pequeña y oscura, iluminada solo por una lámpara que había en una esquina. Era una especie de estudio con paneles de madera marrón brillante y estanterías llenas de libros en las paredes. Denny había colocado el dibujo en una mesa amplia y lustrosa, y cuando Marvin la miró detenidamente dio un grito ahogado.

Había otros tres dibujos en la mesa.

*Prudencia, Templanza y Justicia.*

–Ya es hora de que te unas a tus hermanas –dijo Denny–. ¡Llevábamos tanto tiempo esperándote!





## Entre ladrones

A Marvin le daba vueltas la cabeza. ¿Qué quería decir Denny? Ahí estaban las cuatro *Virtudes* de Durero. Pese a estar confuso y asustado, le invadió el deseo de mirarlas. Tuvo que hacer un gran esfuerzo de autocontrol para mantenerse escondido bajo la trabilla del cinturón, en silencio e inmóvil.

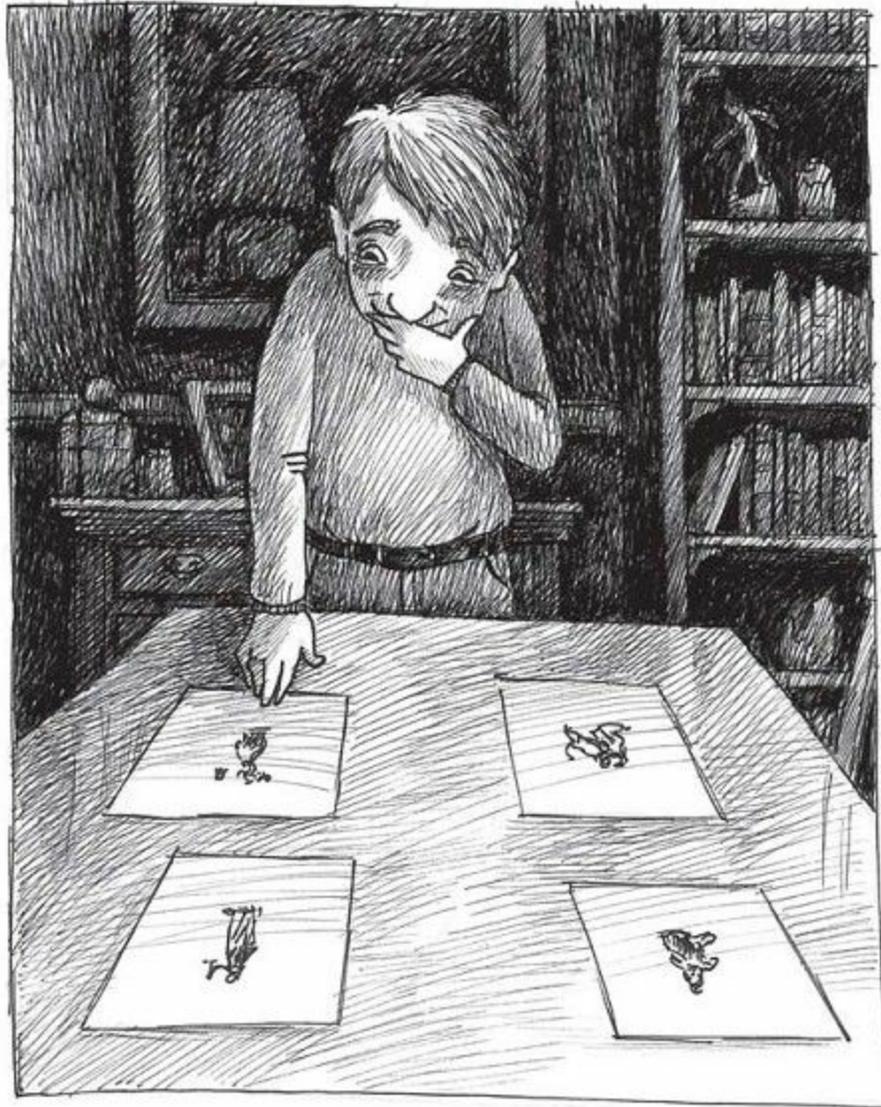
¡Todos los dibujos robados hacía tanto tiempo los tenía Denny en aquel lugar!

El microchip había desaparecido. El FBI no tendría forma de encontrarlos. Marvin no entendía nada. ¿Habría planeado Christina todo el robo? ¿Habría intercambiado ella misma los dos dibujos?

Te me bló horrorizado. Solo cabía una explicación: Denny y Christina habían robado todos los dibujos. Aunque resultara chocante, debían de haber trabajado juntos desde el principio. Y aquel era su objetivo: ¡robar la *Virtud* que faltaba!

Pero ¿por qué?

Denny se inclinó sobre la mesa y Marvin salió un poco de debajo de la trabilla para mirar los cuatro dibujos. Le dio un vuelco el corazón cuando los reconoció. Los trazos firmes y finos eran como el saludo de un viejo amigo. Las mujeres de los otros dibujos eran claramente obra de Durero: pese a ser imágenes diminutas, las figuras eran fornidas y robustas y parecían estar ancladas al papel. Su expresión de ensimismamiento era como la de *Fortaleza*, una suerte de soledad voluntaria.



En *Prudencia*, una doncella rehuía del Cupido alado que le ofrecía una corona de laurel. En *Templanza*, la mujer vertía el líquido de una jarrita en una taza. Las líneas eran tan delicadas e increíbles como el dibujo de las alas de una mariposa.

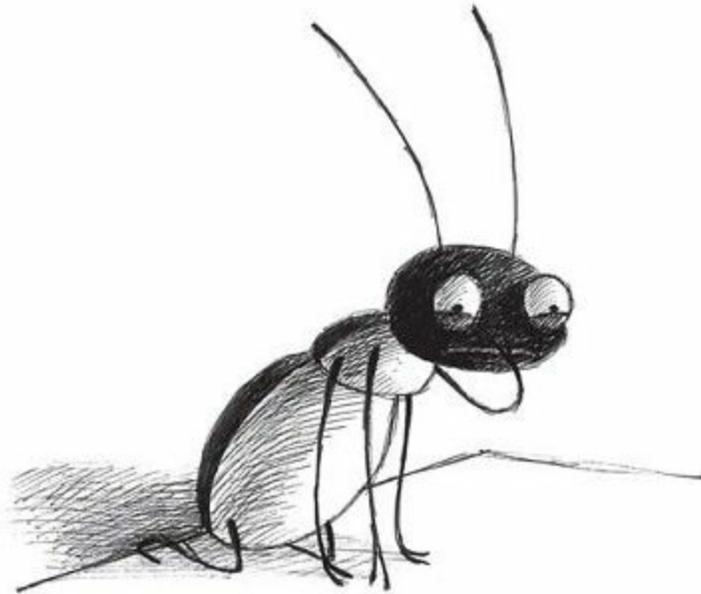
Y finalmente Marvin se detuvo a observar *Justicia*. El dibujo tenía una presencia densa que parecía respirar, nada que ver con la imagen plana del libro que Christina les había enseñado. La chica lanzaba una mirada triste a lo lejos con la espada apoyada a su lado, como si ya se hubiera resignado a la injusticia del mundo. Levantaba la balanza como si fuera un farol.

Marvin oyó un largo suspiro. Se dio cuenta con un sobresalto de que él y Denny estaban paralizados e igual de absortos en los dibujos.

Denny se enderezó y sacó el móvil. Marvin soltó la trabilla del cinturón, se tiró a la mesa y se escondió en la madera estriada del borde.

—¿Liesl? Soy Denny. ¿Cómo estás, cariño? Sí, todo sigue como lo planeamos, me

voy a Frankfurt. He comprado un billete abierto porque no sé con seguridad qué día viajaré. ¿Te encargas tú de mi traslado desde el aeropuerto?



Denny dejó de hablar y escuchó. Denny y Christina estarían planeando sacar los dibujos del país. «Liesl» sonaba a nombre extranjero.

Marvin vio cómo Denny decantaba una botella en el escritorio y echaba un líquido ámbar en una copa baja de cristal. Se volvió a los dibujos.

–Por la *Virtud* –susurró con voz ronca mientras alzaba la copa, y a Marvin le pareció que estaba a punto de ponerse a llorar–. Y por el maestro de la *Virtud*, el increíble Alberto Durero.

Apuró la copa y la puso sobre el escritorio. Marvin vio cómo ocultaba los dibujos cuidadosamente debajo de varias hojas de papel protector y luego se marchaba de la habitación.

Marvin atravesó despacio la mesa hasta llegar a los dibujos. Se agachó extraordinariamente cerca de ellos. Estaba tan confuso... Era imposible pensar que él y Christina eran ladrones. Sentían devoción por el arte de Durero. Se los imaginó en el despacho de Christina, interrumpiéndose mutuamente con su pasión por los dibujos. ¿Habían estado actuando? Nada tenía sentido.

Entonces recordó algo que Denny había dicho sobre la gente que robaba obras de arte: que a veces lo hacían por amor.



## Tramando un plan

Mientras estaba ahí acurrucado, a escasos centímetros de las diminutas obras maestras de Durero, empezó a sentir por dentro una firme determinación. Tenía que hacer algo. Pero ¿qué? Tenía que haber alguna forma de frenar aquel terrible robo. Ojalá James estuviera ahí. Ahora necesitaba la ayuda de su amigo más que nunca.

Marvin bajó a toda prisa por la pata de la mesa, cruzó la alfombra y llegó al escritorio. Trepó rápidamente y atravesó su amplia superficie hasta el alféizar de la ventana. Los cristales estaban empañados, pero Marvin pudo ver con bastante claridad una parte de la calle. Se trataba de una manzana arbolada con casas adosadas de piedra y ladrillo a cada lado entre las que se intercalaban tiendas y restaurantes. No muy diferente al barrio de los Pompaday, pensó. Así que quizá siguieran en alguna parte del Upper East Side. Aquella idea le consoló, pese a que unas cuantas manzanas suponían un mes de viaje para un escarabajo.

Desesperado, recorrió con la vista el escritorio, intentando pensar en lo que tenía que hacer a continuación. Había un bote metálico lleno de lápices y bolígrafos, un cuaderno, una bandejita con clips y gomas elásticas y un fajo de sobres y periódicos. Marvin trepó al montón de papeles.

*Deben de ser cartas de Denny*, pensó Marvin. Sabía un poco del sistema postal de los humanos porque su padre se lo había explicado hacía unas semanas, cuando metieron trágicamente al primo Buford con los contratos inmobiliarios de la señora Pompaday dentro de un sobre de FedEx naranja y morado chillón y se lo enviaron a uno de sus clientes. Cuando Marvin preguntó dónde lo habían enviado, su padre le dijo que la dirección estaba escrita en el anverso del sobre pero que los escarabajos no tenían forma de descifrarla. Para tranquilizarle, su padre le explicó que, dondequiera que fuera Buford, llegaría sin falta a las 10:30 de la mañana siguiente. La familia solo podía rezar para que sobreviviera al viaje y se buscara la vida él solo en alguna parte de la ciudad. Personalmente, Marvin dudaba que

Buford fuera capaz de hacerse un sándwich, y mucho menos de buscarse la vida por su cuenta. Pero no tenía sentido preocuparse por lo que no tenía remedio.

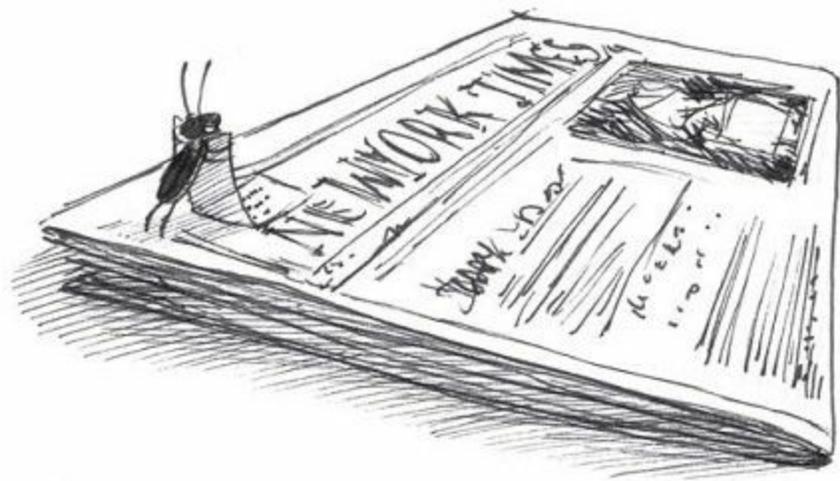
Así que Marvin sabía que lo que estaba escrito en el sobre le decía al cartero dónde tenía que enviarlo. Cuando llegó al borde del montón, vaciló. En uno de los periódicos habían pegado una etiqueta blanca. ¿Sería la dirección de su apartamento? ¿El sitio donde habían mantenido cautivas a las *Virtudes* de Durero? Marvin contempló esa posibilidad. Si había alguna manera de llevarle a James la etiqueta con la dirección, este al menos sabría dónde buscar los dibujos robados..., siempre que supiera la dirección antes de que Denny recogiera los dibujos y abandonara el país.

Era una posibilidad remota, pero era lo único que se le ocurría en ese momento, y desde luego era mejor hacer algo que quedarse ahí sentado preocupándose mientras los dibujos desaparecían para siempre.

Se arrastró despacio por el delgado papel de periódico hasta llegar a la etiqueta. Tenía que despegarla como fuera. Con cuidado de que no se estropearan las líneas escritas, mordisqueó suavemente el pegamento amarillo que mantenía la etiqueta unida al papel y que sabía fatal. Usó sus patas para levantarla y tirar de ella y por fin pudo desprenderla del todo.

Satisfecho consigo mismo, Marvin arrastró la etiqueta hasta una superficie vacía del escritorio. Estaba ligeramente estropeada en los bordes y húmeda por haberla mordido, pero conservaba tres líneas enteras de letras negras. La extendió del todo y se puso a doblarla y enrollarla minuciosamente, igual que hacía con su manta y su toalla cada vez que los escarabajos se iban de acampada. Cuando había reducido la etiqueta a un rollo perfecto que era casi tan largo como él, le echó un vistazo al escritorio buscando algo con que atarlo.

Vio que la chaqueta de Denny estaba colgada de la silla. Había algunas canas donde los hombros, justo lo que Marvin había esperado. Trepó para coger una y luego la usó para atar la etiqueta enrollada a su vientre, asegurándola con el pelo como si fuera un cinturón.



Como cabría imaginar, esto hizo que a Marvin le costara mucho caminar. Volvió balanceándose al montón de cartas y se sentó bajo la esquina del periódico, jadeando exhausto. Ahora solo tenía que pensar en la forma de llevarle la etiqueta a James.

Sus pensamientos fueron interrumpidos un momento después cuando Denny apareció en la puerta del estudio hablando imperiosamente por el móvil.

–¿Qué? ¿Qué quieres decir? Christina, no lo entiendo.

Christina, su cómplice. Marvin se estremeció de asco. ¿Cómo podía haber llegado a tenerle tanto cariño?

–¿Qué ha pasado? –continuó Denny–. ¿Eso han hecho? ¿Solo el paspartú? Ah, claro, con el dispositivo de rastreo. Querida, cálmate, me cuesta mucho entenderte.

Marvin salió a toda prisa de debajo del periódico para oírle mejor. ¿Por qué estaba disgustada Christina? Su plan había salido a la perfección.

–Ya, es una tremenda lástima, pero ¿por qué estás tan...?

Hubo un largo silencio y Denny se apoyó en la mesa y la escuchó atentamente. Puso una mano muy cerca del dibujo de *Justicia* y tamborileó con los dedos sobre la mesa. De pronto se quedó sin aliento.

–¡No! ¿El de Durero? Christina, debes de estar equivocada.

Marvin salió corriendo de debajo del montón de cartas, totalmente desconcertado. Por supuesto que era el dibujo de Durero, lo habían robado ellos mismos. Podía oír débilmente la voz aguda y desesperada de Christina al otro lado del teléfono.

–No, yo ayer estuve en el museo y no vi nada raro. Bueno, no me fijé mucho porque tú misma lo envolviste. Tienes razón, era confuso, pero querida... Es que no me lo puedo creer. ¿Estás segura? –Denny hizo una pausa.

¡Así que Christina no lo sabía! A Marvin se le agolparon tantos pensamientos en la cabeza que casi olvida esconderse cuando Denny fue hacia el escritorio a coger su abrigo. Se desplomó aliviado a la sombra del periódico. Christina no estaba implicada. Su amor por los dibujos era real. Su amistad con James y Karl era verdadera.

–Sí, sí, voy para allá ahora mismo –dijo Denny–. Tengo que verlo con mis propios ojos –Marvin oyó otra pequeña riada de comentarios que salía del teléfono y Denny esperó con una mano encima de su abrigo.

–Me cuesta mucho hacerme a la idea de que también se haya perdido *Fortaleza* – Denny dejó de hablar y se hizo un silencio embarazoso, pero el modo despreocupado en que movía los dedos sobre el abrigo revelaba lo tranquilo que estaba. Marvin se agitó, nervioso y muy enfadado. ¡Menuda forma de actuar!–. Si estás en lo cierto, tendré que contactar con el director y la junta directiva del Getty lo antes posible, desde luego.

Marvin oyó el tono angustiado de la respuesta de Christina y recordó que

*Fortaleza* había sido prestado por el museo de Denny. No pertenecía al Metropolitan, lo cual haría, y eso él lo sabía bien, que el horror y la culpa de Christina fueran aún mayores.

Denny la estuvo escuchando durante un rato y luego dijo:

–No, no. Vi el cuidado que tuviste. Yo estaba allí. No seas tan dura contigo misma, Christina. Lo que pasa es que, si te soy completamente sincero, no puedo entender cómo ha podido pasar. El parecido del dibujo de James era notable, pero ¿estás segura de que ha desaparecido el original?

¡Ay, qué mentiroso era! A Marvin le costaba contenerse.

–Sí, sí. Lo siento muchísimo, querida. Simplemente es inconcebible. ¿Has informado al personal del museo? ¿Y a la policía? –Denny esperó–. Vale, eso tiene sentido. Ahora mismo voy y lo haremos juntos. Quizá al final resulta que estás equivocada, Christina. Ay... ¿Está James contigo? –frunció un poco el ceño–. ¿Eso hizo? Ah... Sí, ya veo.

Marvin sintió que le invadía una oleada de gratitud. ¡James estaba ahí! Si pudiera verle, se le ocurriría alguna forma de explicárselo todo. Tenía que haber un modo de salvar las preciosas obras maestras de Durero antes de que desaparecieran para siempre.

–Nos vemos en tu despacho en veinte minutos –continuó Denny–. Hablaremos juntos con el director –colgó el teléfono y alargó la mano para coger su chaqueta.

Marvin supo que era su oportunidad. Mientras Denny cogía el abrigo de la silla, corrió torpemente hasta el borde del escritorio con cuidado de no golpear la etiqueta enrollada que estaba pegada a su vientre, saltó por el aire y se tiró de cabeza hacia una de las mangas.

Su cuerpo pesaba mucho más que de costumbre y casi no alcanza su objetivo. Moviendo desesperadamente las patas, agarró la tela justo en el momento en que Denny se echaba la chaqueta sobre los hombros.

Denny regresó a la mesa, miró los dibujos y sonrió.

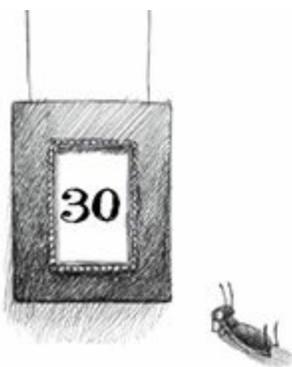
–Y ahora, señoras, no puedo dejaros fuera para que cualquiera os vea.

Se dirigió al armario del estudio dando grandes zancadas y sacó el maletín y un puñado de material de embalaje. Con mucho cuidado y una precisión quirúrgica, comenzó a envolver los dibujos con papel protector y a ponerlos uno encima de otro dentro del maletín. Como eran pequeños cabían con facilidad. Luego cerró el maletín y lo volvió a dejar en el armario.

Marvin lo miraba aterrorizado y en silencio. Solo esperaba que no fuera la última vez que viera *Justicia*, *Fortaleza*, *Prudencia* y *Templanza*.

Un minuto después se aferró a la manga de la chaqueta mientras Denny salía corriendo por la puerta hacia el Metropolitan.





## Con la ayuda de un amigo

Después de caminar unas diez o doce manzanas a paso ligero –Marvin notó con alivio que estaban tan cerca del museo que no necesitaban coger un taxi o el metro–, Denny subió corriendo las escaleras del Metropolitan y, con aire resuelto, atravesó por fin la puerta del despacho de Christina. Marvin captó a primera vista la deprimente escena. James y Karl estaban desconsolados. Christina estaba sentada a la mesa. Llevaba el pelo rubio recogido en un moño y se estaba cubriendo la cara con las manos. Se había quitado las gafas y las había puesto enfrente de ella. Tenía las mejillas llenas de lágrimas.

–Es el fin de mi carrera –dijo–. Se acabó. ¿Quién iba a entender esto? ¿Cómo puedo haber hecho algo tan terrible?

–Christina –dijo Denny dulcemente–. Vamos a asegurarnos primero. He hablado contigo al menos seis veces desde que el dibujo salió del museo y hasta ahora todo iba según lo previsto. Simplemente no me puedo creer que hayas cometido un error.

Marvin le escuchó indignado. Qué convincente parecía Denny cuando se preocupaba.

–Míralo –dijo Christina sin entusiasmo.

En cuanto Denny se acercó a ella, Marvin descendió por la manga hasta llegar a una de las piernas del pantalón y de ahí al suelo. La etiqueta arrugada hizo que el viaje fuera bastante arduo, pero tan pronto como llegó abajo y estuvo a salvo, se arrastró por debajo de la mesa. Ahora la cuestión era cómo atraer la atención de James.

Podía intentar trepar a su muñeca como había hecho en otra ocasión, pero todos estaban tan concentrados en el dibujo que no sabía si James se daría cuenta de que estaba ahí. Se agachó junto a la pata de la mesa y se puso a reflexionar sobre su nuevo reto. Podía oír la tensa conversación por encima de él.

–Eran iguales –estaba diciendo James–. Nadie podía distinguirlos.

Christina suspiró.

–Por eso quería que vinieras. Esperaba que dijeras que estaba equivocada. Pero... ¡Ah! Míralo un momento. En cuanto el FBI dijo que habían encontrado el dispositivo de rastreo en un taxi aparcado, se me revolvió el estómago. Tenía que comprobar el original para asegurarme por completo. Y entonces lo vi claro. Tú también los distingues, ¿no, Denny?

*¡Por supuesto que sí!*, quiso gritar Marvin. *¡Él lo planeó todo!* No podía soportar ver el gesto compasivo de Denny.

–No es el de Durero –dijo él en voz baja.

Christina se volvió hacia James, desconsolada.

–¿Ves? Podríamos hacer todo tipo de pruebas para confirmarlo, pero no hace falta. Cuando has visto tantas veces su obra como Denny o yo, tienes ese presentimiento –sacudió la cabeza–. Es lo que pasa con cualquier falsificación. Digan lo que digan las pruebas, en el veredicto final nos fiamos del juicio humano. Porque cuando conoces bien a un artista, lo que te molesta de una falsificación te seguirá molestando cuanto más lo mires. Hasta que se vuelva insoportable.

Marvin vio cómo Christina miraba su dibujo y cerraba los ojos, y se estremeció al darse cuenta de que algo que había hecho él pudiera causar tanto dolor a alguien. Pero antes de tener tiempo de pensar en ello vislumbró algo brillante junto a la pata de la mesa. Era la chincheta metálica que había escondido la noche en que fue abandonado en el despacho de Christina.

¡Ajá! Un arma. O al menos un excelente objeto punzante. Marvin la agarró con sus dos patas delanteras. Manteniendo en el aire la punta afilada y sin soltar la etiqueta doblada, se arrastró con gran dificultad hasta la zapatilla de James. Trepó por el lateral, bajo el dobladillo de sus vaqueros, y apretó la chincheta contra el tobillo desnudo del niño.

No hubo respuesta. Arriba continuaba la angustiada conversación.

Marvin tensó los músculos de las patas y le clavó con ímpetu la punta de la chincheta en la carne pálida.

–¡Ay! –aulló James.

–¿Qué pasa? –preguntó Karl, preocupado.

–Ay, no sé. Me duele el tobillo –James saltó a la pata coja y estuvo a punto de tirar a Marvin al suelo. Se cayó de rodillas y se levantó el pantalón.

–¿Te lo has torcido? –Karl empezó a agacharse a su lado, pero James ya había visto a Marvin.



–No, papá, no pasa nada –se apresuró a decir–. Se me debe de haber dormido un pie. Siento un cosquilleo –miró a Marvin, cogió la chincheta, la tiró al suelo y metió disimuladamente al escarabajo debajo del puño de su chaqueta.

Marvin dejó escapar un largo suspiro. Hasta ahí todo bien. Ahora solo tenía que enseñarle a James la etiqueta con la dirección. Desde donde se encontraba, podía ver a Denny examinando el dibujo que había delante de Christina en la mesa. Estaba enmarcado igual que el original, pero incluso a través del cristal a Marvin le fue muy fácil reconocer que era el suyo.

–Es que no lo entiendo –dijo Christina–. ¡Tuve tanto cuidado! Lo comprobé una docena de veces. No sé cómo he podido confundirlos.

Karl se agachó a su lado y le puso la mano en el hombro.

–Se parecen tanto –dijo suavemente–. El museo no te va a despedir por un error. Ella levantó las cejas con desesperación.

–Denny, díselo. Ese dibujo estaba valorado en al menos medio millón de dólares. ¡Y es un préstamo de otra institución! Y lo he puesto en peligro sin necesidad, por mi propio y estúpido interés.

Karl negó con la cabeza.

–No, eso no es justo. Estabas intentando recuperar el que habían robado, *Justicia*. Era un buen plan.

–Lo era, Christina, y todos dimos nuestra aprobación –dijo Denny–. Pero me temo que esto no ayudará mucho a la relación entre nuestros dos museos. Lo cierto es que ambos éramos responsables del dibujo, y los dos pagaremos el precio por este desastre.

Marvin apenas podía aguantar aquel falso arrepentimiento.

Christina hizo un gesto hacia la mesa y se presionó las sienes con los dedos.

–Ni siquiera me preocupa mi trabajo. Lo peor es que *Fortaleza* ha desaparecido y que ha sido por mi culpa.

Karl le frotó el hombro.

–Puede que el FBI lo recupere –dijo–. Ya sé que el microchip se cayó o lo quitaron o lo que fuera, pero al menos saben dónde estaba el dibujo hasta ese momento, ¿no?

–Sí, pero estuvo en varios sitios públicos: un hotel, una iglesia, un edificio de oficinas... El dispositivo de rastreo no es tan preciso como para distinguir habitaciones y el dibujo nunca dejó de moverse durante más de unos minutos, así que el FBI no tuvo tiempo de localizarlo. O al menos no hasta que el taxi había vuelto al aparcamiento y descubrieron el paspartú y el microchip en el suelo del asiento de atrás. Todavía lo están buscando y desandando el camino, pero no tengo mucha esperanza.

–Tenemos que empezar a comunicárselo a la gente –dijo Denny en voz baja.

–Sí –Christina parecía desanimada–. Yo solo quería darle un poco más de tiempo al FBI por si acaso... Ay, Denny, no puedo soportarlo.

–Ya lo sé, querida. Lo siento muchísimo, de verdad.

Esto era demasiado para Marvin. No podía aguantar ver el aspecto demacrado y lleno de miedo y tristeza de Christina. Como si estuviera leyendo su mente, James soltó:

–Tengo que ir al baño.

Karl le miró de refilón.

–Vale, colega, ya sabes dónde está.

En cuanto salieron del despacho, James levantó la muñeca y se puso a Marvin a escasos centímetros de su cara.

–¿Dónde has estado? ¡No tenía ni idea de lo que te había pasado! ¿Estabas en el museo? ¿Te caíste de mi brazo o algo? –sacudió la cabeza–. Tenemos que pensar en

un modo más seguro de llevarte a todos lados. ¡Jo! Pensé que había vuelto a perderte.

Mirando a James fijamente a los ojos, Marvin rodó hacia un lado y le mostró la etiqueta enrollada.

James se quedó mirándole.

–¿Qué es eso? –preguntó.

Marvin utilizó sus patas delanteras para soltar la etiqueta de debajo del cinturón y se la tendió a James.

–Parece un trocito de papel enrollado –dijo James–. Como en el juego de escupir bolitas de papel con un boli. ¿Es para eso?

Marvin esperó.

–¿Hay algo escrito?

Marvin corrió entusiasmado de la muñeca de James a su mano.

–Vale, vale –James se puso de cuclillas en el pasillo y se apoyó contra la pared. Cogió la etiqueta con dos dedos y giró su mano despacio para que Marvin no se cayera.

–¿Qué se supone que tengo que hacer con él? –preguntó mirando a Marvin–. ¿Abrirlo? –comenzó a desenrollar el rollito de papel. Cuando acabó, extendió el arrugado rectángulo blanco en su muslo y lo miró.

–Gordon Perry, Calle 74 Este, 236, 5.º D, Nueva York (Nueva York) –leyó.

Marvin frunció el ceño. Oh, oh... O sea que al final en la etiqueta no ponía el nombre de Denny. Pero de lo que sí estaba seguro es de que era el apartamento correcto. Tenía sentido que fuera la Calle 74, porque estaba solo a unas manzanas del Metropolitan.

–¿Quién es este? –preguntó James, sin dejar de mirar a Marvin.

Marvin estaba correteando muy nervioso.

–¿Qué pasa? ¿Por qué estás tan excitado? –James miró al escarabajo con sus serios ojos grises–. Haz lo mismo que la otra vez, cuando te llevé a la cocina. Ve hasta el final de mi dedo si tengo razón. ¿Tiene este hombre algo que ver con el dibujo? ¿El dibujo auténtico?



Marvin fue como una bala hasta la punta del dedo de James.

–¿Sí? ¿Robó él el dibujo?

Bueno, eso no era del todo cierto, pero James era tan listo que lo averiguaría.

–¿En serio? –James se mordió el labio—. ¿Qué deberíamos hacer? ¿Llamar a la policía?

Marvin retrocedió hasta el nudillo de James. No, eso no funcionaría. La policía no tendría ni idea de qué hacer con esa información y ninguna razón para creer que era importante.

James miró la etiqueta y arrugó la frente.

–No sé, pequeñín.

Marvin corrió hasta la punta del dedo de James y estiró las patas en el aire.

–¿Quieres que te lleve a algún lado? ¿Adónde?

Marvin agitó las patas frenéticamente.

–Vale, ya lo pillo. ¿Adónde? ¿A esta dirección?

*¡Bien por James!* Marvin sabía que lo entendería. Se quedó en la punta del dedo y agitó dos patas en el aire.

–Pero ¿qué pasa si este tipo es el ladrón?

Marvin siguió asomándose cada vez más al vacío, deseando con todas sus fuerzas que James se levantara y se pusiera en marcha.

James miró de reojo la puerta de Christina.

–Debería decírselo, ¿no?

Alarmado, Marvin fue hacia el nudillo de James. Se podía imaginar lo que pasaría

si Denny se enteraba de que iban de camino al lugar donde estaban escondidas las obras maestras de Durero.

–¿No? –suspiró–. Supongo que tienes razón. No lo entenderían y no me dejarían ir.

Se levantó, pensativo.

–Vale, mira, no está lejos de aquí. Mi padre va a flipar un montón, así que no podemos tardar mucho. Ni siquiera sé lo que quieres que haga, pero quizá puedas enseñármelo cuando lleguemos –Marvin regresó satisfecho a la punta de su dedo.

James lo miró ansioso.

–¿Va a ser peligroso?

Eso sonó tan parecido a algo que el propio Marvin le podría haber dicho a Elaine que estuvo a punto de sonreír, pese a que tenía los nervios de punta. Siempre y cuando Denny se quedara en el museo, estaban seguros. Eso esperaba. Miró a James, sin saber qué responder. Llegar al apartamento era solo el principio, Marvin lo sabía. Luego tendría que inventarse algo para que James encontrara los dibujos.

Apretó la etiqueta dentro de su puño, se puso en pie a duras penas, metió a Marvin bajo el puño de su chaqueta y corrió por el pasillo hacia la salida.



## Allanamiento de morada

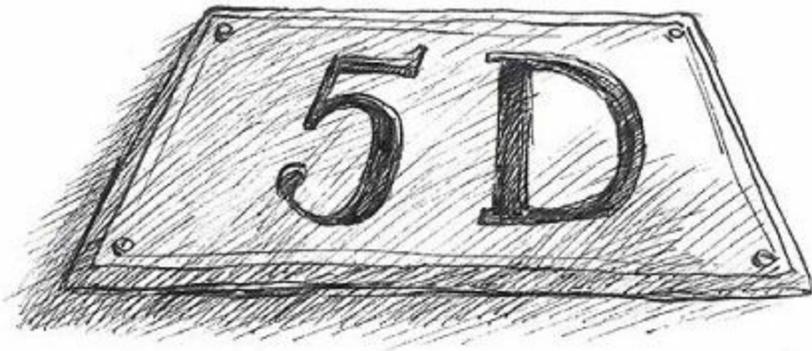
James caminaba mucho más rápido de lo que Marvin habría esperado. Recorrió las doce manzanas dando grandes zancadas hasta llegar al apartamento de la Calle 74 Este. Cuando estuvieron frente a la gran entrada principal titubeó y se puso a temblar mientras recorría con la vista el panel metálico con los números de los apartamentos y los timbres. Había empezado a nevar ligeramente y algunos copos húmedos cubrían el suelo con una fina capa.

–¿Qué debo hacer? ¿Aprieto el botón? –le preguntó a Marvin, que fue hacia la punta de su dedo sin mucho entusiasmo. Sabía que el apartamento estaba vacío—. A ver, 5.º D –dijo James. Volvió a leer la etiqueta—. Perry, aquí está –llamó al telefonillo pero no hubo respuesta.

James empezó a dar saltitos. Miró la enorme fachada del edificio y parpadeó para que no se le metieran los copos de nieve en los ojos. Se encogió de hombros.

–Supongo que tenemos que encontrar la forma de entrar, ¿no? Alguien estará en casa.

Pasó los dedos por las dos filas de botones y los tocó todos. Sonó el portero automático con muchas voces farfullando: «¿Sí?» y «¿Quién es?», hasta que alguien al que no le importaba demasiado quién llamara pulsó el botón y la puerta se abrió con un zumbido. James giró el picaporte rápidamente, empujó la puerta y entró al pequeño vestíbulo de baldosas.



Subieron en ascensor al 5.º piso mientras Marvin intentaba pensar en cómo entrar en el apartamento. No le sería difícil pasar por debajo de la puerta, pero eso a James no le serviría de nada. Una vez dentro, supuso que sería capaz de hacer que se disparara la alarma de incendios (el tío Albert, el genio de la electrónica, le había enseñado algunos trucos) y, si lo conseguía, el portero del edificio vendría seguro y les abriría la puerta para echar un vistazo. Pero ¿cómo explicaría James lo que estaba haciendo allí?

El niño encontró la puerta, que estaba marcada con una placa dorada donde ponía 5.º D. Nervioso, miró el pasillo.

–Vale, supongo que tengo que llamar –le dijo a Marvin–. Espero que no haya ningún delincuente ahí dentro.

Respiró hondo y golpeó la puerta. No hubo respuesta. Miró a Marvin.

–¿Y ahora qué hacemos?

Marvin corrió hacia la yema del dedo de James y agitó sus patas delanteras en dirección a la puerta.

–Ya, ya lo sé. Quieres entrar. Pero ¿cómo? –intentó abrir girando el picaporte con ambas manos–. ¿Lo ves? Está cerrada con llave.

Marvin vio que era su oportunidad y trepó deprisa hasta el pomo. Lo único que se le ocurría era tratar de abrir el cerrojo él mismo. Echó un buen vistazo a través del oscuro ojo de la cerradura y se precipitó dentro.

–¡Espera! ¿Qué haces? –protestó James.

Aquel lugar estaba oscuro y repleto de trozos fríos de metal. Marvin podía ver el funcionamiento de la cerradura con mucha claridad, pero no tenía ni idea de cómo mover el mecanismo y abrir el cerrojo. Su tía abuela Mildred, la cerrajera de la familia, les había dado algunas clases a sus familiares sobre este tema en concreto, pero Marvin no se podía creer que fuera a necesitar tan pronto la información. El secreto era hacer una especie de palanca, o eso creía recordar.

–¡Eh! –susurró James por el ojo de la cerradura, haciendo que una cálida ráfaga de aire se precipitara por aquel espacio diminuto–. ¿Dónde estás, pequeñín?

Marvin vio aparecer en la abertura uno de los ojos inquietos de James.

–¿Estás intentando abrirla? ¿En serio? ¡Eso sería tan guay!

Marvin empujó el cerrojo metálico todo lo fuerte que pudo, pero no cedió.

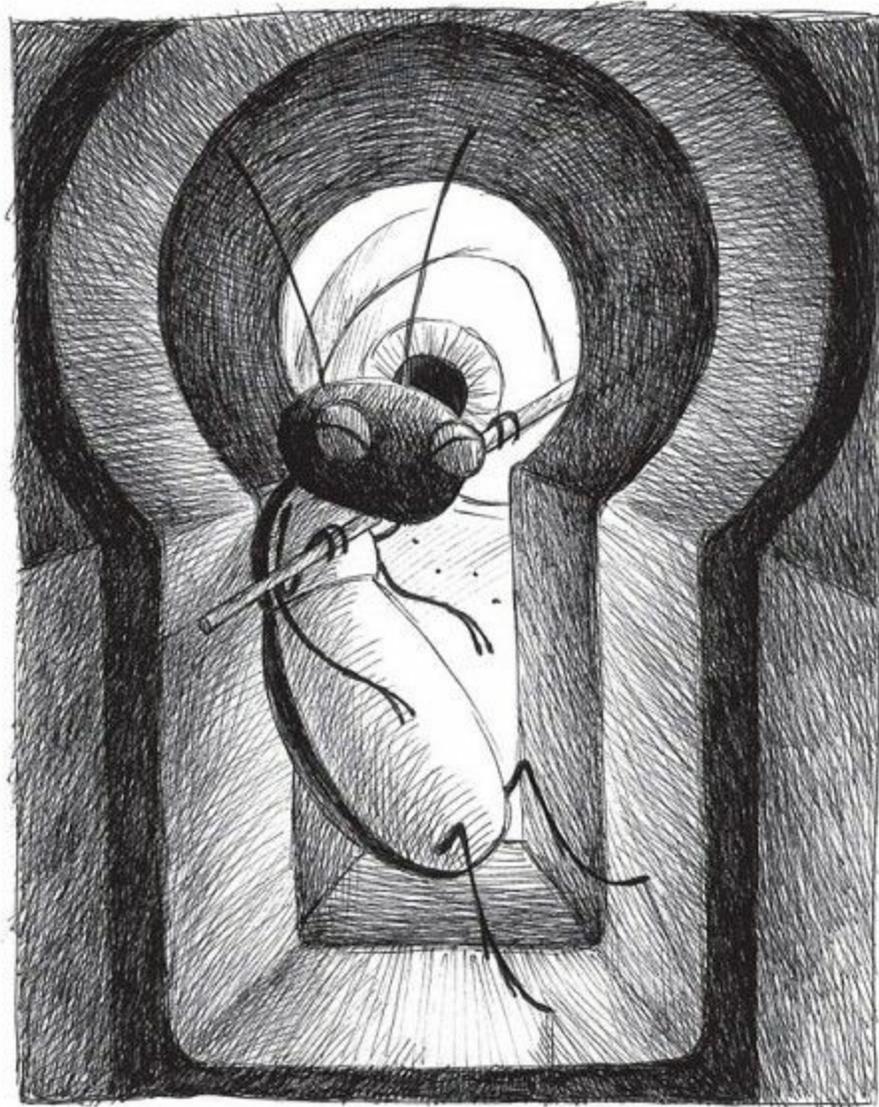
Un minuto después, el aliento de James volvió a silbar en el agujero.

–¿Adivina qué tengo en el bolsillo? ¡Un clip! A lo mejor eso te ayuda. Espera.

Marvin le oyó hacer ruido y, un minuto después, el extremo curvado de un clip se metió por la cerradura. Marvin dio un salto para quitarse de en medio justo antes de que el alambre le pinchara. *Tó matelo con calma*, pensó.

–¿Te sirve de algo? –susurró James.

Marvin examinó el clip y la barra metálica del cerrojo. Trató desesperadamente de recordar las instrucciones de la tía abuela Mildred. Con mucho cuidado, apoyó el clip en el mecanismo del cerrojo, se dio la vuelta y presionó la parte de atrás de su caparazón contra él. Apretó sus patas contra la barra metálica y empujó lo más fuerte que pudo.



Nada.

Volvió a empujar.

Nada.

—¿Qué tal vas? —susurró James—. A lo mejor no eres lo suficientemente fuerte y no puedes tú solo. Voy a intentar girar el clip, ¿vale?

Marvin volvió a colocar el clip y empujó con todas sus fuerzas justo cuando James empezaba a retorcerlo. ¡Palanca! Oyó un ruido sordo cuando se deslizó la barra metálica.

—¡Está abierta! —susurró James lleno de alegría mientras abría la puerta. Marvin salió con dificultad del ojo de la cerradura y trepó a la mano de James. Un minuto después ya estaban dentro del apartamento.





## Una revelación

James cerró la puerta con suavidad detrás de ellos. Encendió la luz y contempló el pequeño y ordenado salón del apartamento.

–¿Qué sitio es este? –le preguntó a Marvin–. ¿Quién es Gordon Perry?

Efectivamente, ¿quién? ¿Un amigo de Denny? ¿Un cómplice del robo? Marvin no tenía ni idea. Se fue hacia la punta del dedo de James y una vez más balanceó sus patas en el aire.

–¿Adónde quieres ir ahora? –preguntó James, que empezó a andar despacio por el salón.

Marvin guió a James usando la técnica que habían perfeccionado antes, un poco a trancas y barrancas porque de vez en cuando paraban donde no era, hasta que llegaron a la puerta cerrada del estudio.

–Vale –dijo James–. Aquí dentro –abrió la puerta y entró–. Ajá.

Miró a su alrededor, recorriendo con la vista las estanterías y la mesa. Luego fue hasta el escritorio y le echó una ojeada al montón de cartas.

–Este es el sitio, de acuerdo. Pero aquí no hay nada, pequeñín. ¿Qué hacemos ahora? –vaciló frente a la ventana, mirando triste y fijamente cómo caía la nieve–. Tengo que volver. Mi padre estará muy preocupado, y si llama a mi madre... Bueno, ya sabes cómo es.

*¡No! ¡Aún no, James!*, suplicó Marvin. Y se puso a correr por el dedo de su amigo.

–Vale, relájate. ¿Qué estás intentando decirme?

James se volvió hacia el armario, donde Marvin estaba apuntando con la pata.

–¿Hay algo ahí?

Marvin fue corriendo a la punta del dedo de James y tamborileó sobre él con todas sus patas en una especie de baile frenético.

James arrugó la frente, cruzó la habitación y abrió la puerta del armario, donde descubrió un revoltijo de abrigos y unas cuantas cajas de embalaje. El maletín estaba al fondo en el suelo.

Marvin asomó sus patas delanteras por el precipicio que había más allá de la punta del dedo y las agitó en el aire.

–¿Qué? –preguntó James, que estaba de cuclillas sobre sus talones. Solo es un puñado de cajas. ¿Por qué estás tan excitado?

Marvin se puso a dar vueltas en círculo, desesperado, quería que James descubriera el secreto de Denny.

–¿Es algo del dibujo?

Totalmente frustrado, Marvin se lanzó del dedo de James y atravesó corriendo el suelo de madera hasta el maletín.

–Ah –dijo James–. ¿Eso? Vale, vamos a ver.

Cogió a Marvin con mucho cuidado y sacó el maletín del armario. Sentado en el suelo con las piernas cruzadas, lo puso a su lado y abrió de golpe el cierre metálico.

–Solo es un montón de papeles –dijo.

Marvin volvió a tirarse del dedo y aterrizó con un ruido sordo en medio del papel que envolvía los dibujos.

–Escucha, pequeñín. Tenemos que regresar al museo. No sé qué crees que hay aquí, pero...

Marvin aporreó con sus patas la capa exterior de papel, completamente fuera de sí.

James respiró hondo.

–No creo que deba andar toqueteando esto. Ese tal Perry se dará cuenta y se pondrá furioso.

Marvin se tumbó boca arriba y agitó las seis patas en el aire, que era la forma más dramática que encontró de pedir auxilio.

–¡Dios! –dijo James–. Te estás volviendo loco –tocó el borde del papel de envolver con los dedos. Con todas sus fuerzas, Marvin se puso boca abajo y corrió hacia el borde del pliego de papel.

James lo apartó a un lado y lo desenvolvió no muy convencido para ver lo que había debajo. Dio un grito ahogado.

Ante él se encontraba *Fortaleza* en todo su esplendor.

James se quedó mirándolo fijamente.

–Es el de verdad –dijo con voz entrecortada, como si no se creyera lo que estaba viendo–. Es el auténtico, ¿no? –miró a Marvin asombrado–. ¡Lo has encontrado! ¡El que robaron! ¿Cómo lo has hecho?

James se levantó de un salto. Estaba temblando. Empezó a andar alrededor de la mesa, con la cabeza entre las manos y hablando tan deprisa que Marvin apenas podía seguirle el ritmo.



–¡Ese tal Perry debe de haberlo robado! Tenemos que decírselo a mi padre. Tenemos que decírselo a Christina y a Denny. ¿Qué pasa si vuelve y nos encuentra aquí?

De repente, James extendió el brazo, levantó a Marvin del papel y lo acomodó bajo el puño de su chaqueta. Echó un vistazo por la habitación y cuando vio el teléfono en el escritorio fue corriendo hacia él.

–Vamos a llamar a mi padre –dijo–. Él sabrá lo que hay que hacer –marcó el número, apretó el teléfono contra su mejilla y esperó.

Al cabo de un minuto dijo gruñendo:



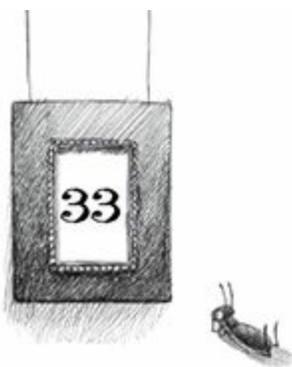
–No da señal. Debe de estar en algún sitio donde su móvil no tiene cobertura.

Marvin trató de pensar qué podrían hacer. Pero James no lo dudó y marcó más números.

–¿Hola? Eh, Nueva York. ¿Me pueden dar el número de teléfono del Metropolitan? Sí, el museo. No, ¡espere! El contestador no, necesito hablar con alguien. Sí, mucho mejor, gracias –apuntó un número en el bloc de notas que había en el escritorio y luego lo marcó–. Hola, eh... ¿Me puede poner con el despacho de Christina Balcony?

James estalló de emoción.

–¡Denny! Denny, soy yo, James. ¡He encontrado el dibujo! ¡He encontrado *Fortaleza!*



## Atrapado

Marvin se quedó inmóvil. ¡Denny! *No se lo digas a Denny*, quiso gritar.

Pero, claro, ¿cómo iba a saber James que Denny era el ladrón? Le oyó parlotear muy entusiasmado al teléfono.

—¡No, en serio! Estoy en el apartamento de un tipo, un tal Gordon Perry. La dirección es... —y leyó lo que ponía en la etiqueta arrugada—: Calle 74 Este, 236, 5.º D.

*¡No! ¡No se lo digas!* Marvin fue corriendo a la mano de James.

—Es el de verdad. Sé que lo es. Yo... No puedo explicarlo por teléfono. ¿Le puedes decir a mi padre que se ponga? —se hizo un largo silencio—. Ah —dijo James—. ¿No está? Vale, ¿pero se lo dirás a él y a Christina? ¿Y puedes darte prisa, por favor? No sé cuándo volverá este tipo.

Colgó y miró triunfal a Marvin.

—¡Lo conseguimos! —gritó satisfecho, y se puso a dar vueltas alrededor de la mesa—. Papá y Christina no estaban, habían ido a buscarme, pero Denny va a buscarles y se lo va a decir, y luego vendrán todos aquí. ¡Todo va a salir bien!

¡Oh, no! Marvin se desplomó desesperado. Era imposible. ¿Cómo podía darle a entender a James que corrían un grave peligro?

Nadie salvo Denny sabía que estaban allí. Y Denny, el verdadero ladrón, iba de camino al apartamento. Estaba claro que no iba a decirles nada a Karl y a Christina. Marvin se echó a temblar. ¿Qué haría con los dibujos cuando llegara? Y lo que era aún más importante, ¿qué le haría a James?

James levantó la mano y miró a Marvin detenidamente, ladeando la cabeza.

—¿Qué pasa, pequeñín? No parece muy contento.

Marvin respiró hondo tratando de olvidar su desesperación. Tenía que convencer a James para que dejara el apartamento y se llevara los dibujos con él. Pero ¿cómo?

Fue hacia la punta del dedo e hizo un gesto con sus patas delanteras.

—¿Adónde quieres ir ahora? —preguntó James mirándolo con curiosidad—. Creo que deberíamos esperar a que llegaran todos.

Marvin siguió apuntando al maletín.

James fue inseguro hacia el armario y se agachó en el suelo, extendiendo la mano para que Marvin pudiera desembarcar. El escarabajo fue directo a la parte del maletín donde estaban el asa y los cierres y se quedó ahí expectante.

–¿Quieres que lo vuelva a cerrar? –preguntó James.

Marvin trepó a uno de los cierres.

–¿Por qué? Denny, papá y Christina están de camino. ¿No podemos dejar que lo hagan ellos?

Marvin golpeó imperiosamente con sus patas delanteras.

James se detuvo.

–Tengo miedo de destrozar el dibujo –al ver que Marvin no cedía, suspiró–. A veces eres realmente mandón, ¿sabes? –se puso a jugar con el envoltorio–. Pero la verdad es que hasta ahora has tenido razón en casi todo. ¡Hasta encontraste el dibujo!

Volvió a suspirar.

–Vale, ten cuidado –envolvió con delicadeza *Fortaleza* con los pliegos de papel, y en cuanto Marvin se pegó al cierre cerró el maletín.

Marvin estaba a punto de saltar cuando atisbó algo bajo el asa del maletín. Algo grabado en el cuero gastado y que estaba ligeramente trazado en letras doradas. ¿Qué era aquello?

Se dio cuenta de que eran tres letras, tan difusas que apenas se podían reconocer.

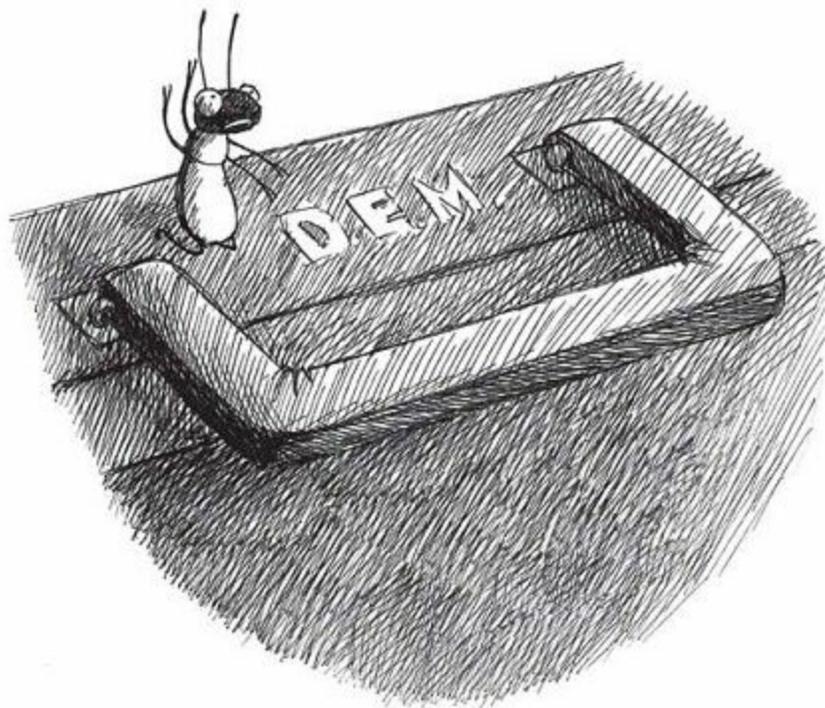
En una parte remota del cerebro de Marvin se despertó algo que tenía que ver con el mundo de los humanos. Tres letras en las toallas del baño de la señora Pompaday, tres letras en los gemelos de plata del señor Pompaday, tres letras en el estuche con la pluma que Karl le había regalado a James por su cumpleaños («Mira, tus iniciales, para que todo el mundo sepa que es tuya»).

Iniciales. Las iniciales de Denny.

Marvin se empezó a volver loco. Saltó por los aires, giró por el suelo, agitó todas sus patas y se puso a dar vueltas en círculo totalmente fuera de sí. ¡*Aquí!* ¡*Mira, James!* ¡*Por fin te darás cuenta!*

Las letras eran tan pequeñas y estaban tan borrosas que solo un escarabajo podría verlas. Un escarabajo y un niño que siempre prestaba atención.

–Lo estás haciendo otra vez –dijo James asombrado–. ¡Tranquilízate! ¿Qué mosca te ha picado? A lo mejor te está dando un ataque, como le pasó a Billy Dunwood cuando le golpearon con aquella pelota de béisbol el verano pasado.



Marvin se agachó justo encima de las iniciales y aporreó el cuero con las patas delanteras.

–Ah –dijo James–. Sí, ya lo veo. Las iniciales de alguien –se inclinó sobre el maletín y entornó los ojos–. ¿Y qué? Ni siquiera las puedo leer. «D» algo. «D. E. M.». ¿Eso es lo que querías que viera? ¿Por qué? ¿Por qué te preocupa eso?

Marvin se quedó ahí clavado; estaba dispuesto a no moverse hasta que James entendiera la conexión. Siguió tamborileando con las patas delanteras.

–D. E. M. De acuerdo. ¿Quién es? –le preguntó James–. Supongo que no es Gordon Perry. Pero puede que haya cogido prestado el maletín de otra persona. O puede que sea el tipo que le ha ayudado a robar el dibujo.

Marvin dio vueltas en círculo y agitó las patas como un loco.

–¿Es eso? ¿Es el tipo que ayudó a robar *Fortaleza*? Vale, pero no conozco a nadie con las iniciales... –James se detuvo. Echó un vistazo a la parte de arriba del maletín y lo inclinó hacia él–. ¿Qué es esto? –preguntó mientras pasaba el dedo por una insignia cuadrada que había pegada al cuero. Marvin también vio aquello en la parte superior del maletín: una cajita con símbolos dentro–. También son letras –dijo James–. G-E-T-T-Y –leyó–. Getty. Espera, ¿no es ese el museo de Denny? ¿El que está en California? –sus ojos grises se abrieron como platos.

Se volvió hacia Marvin y susurró:

–¿Cuál era el apellido de Denny? Mac algo. MacGuffin –negó con la cabeza–. Pero ¿por qué haría...? No puede haberlo hecho. Fue el que...

*Por favor*, Marvin suplicó en silencio. Si era posible leer la mente de alguien, James tenía que hacerlo cuanto antes.

James se detuvo otra vez, y luego se quedó sin aliento.

–¡Oh, Dios mío! ¡Si es Denny, viene para acá! ¡Tenemos que salir de aquí!

¡Sí! Por fin lo había entendido. Marvin se subió de un salto a la mano extendida de James y se metió a toda prisa debajo del puño de su chaqueta. Presa del pánico, James agarró el asa del maletín y corrió hacia la puerta del apartamento.

Se precipitaron hacia el pasillo justo cuando se oyó el ruido del ascensor.

–¿Qué pasa si es Denny? –masculló James, frenético. Se puso a dar vueltas–. Tenemos que bajar por las escaleras. ¿Dónde están?



Cuando el ascensor empezó a abrirse, corrió por el pasillo hasta llegar a una gran puerta metálica que tenía un cartel rojo iluminado encima.

*Date prisa, pensó Marvin, ¡corre!*

James empujó la puerta y llegó a unas escaleras estrechas y sombrías. Bajó con

pasos pesados el primer tramo mientras el maletín se chocaba contra sus piernas.

–Espero que no nos haya visto, espero que no nos haya visto –le susurraba a Marvin sin parar, como si fuera un conjuro mágico, mientras doblaban la esquina y cogían el segundo tramo de escaleras, que ahora bajaron de dos en dos. Dando tumbos contra la muñeca de James sin poder hacer nada para evitarlo, Marvin se aferró a la chaqueta y se estiró para ver si les estaban siguiendo.

Por fin llegaron al primer piso e irrumpieron en el vestíbulo.

James atravesó la entrada a toda velocidad, abrió con gran esfuerzo la pesada puerta principal y bajó corriendo los escalones que daban a la calle. Una vez fuera, se paró un instante y luego fue calle abajo en medio de la nieve que caía con fuerza.



## Reunión

Marvin se encogía de frío, así que se metió aún más adentro del puño de la chaqueta, asomándose lo justo para poder ver. Estaba tan cansado después de tanto tiempo hablando por señas que le costaba pensar qué debían hacer.

Afortunadamente, James parecía tenerlo muy claro. Se puso la capucha y le dijo a Marvin:

–Tenemos que llamar a mi padre. A lo mejor ya funciona su teléfono. Espero que sí.

Fue trotando por la calle resbaladiza hasta un restaurante que había en una esquina. Dentro, detrás de un mostrador, había una camarera que recibía a los clientes con un montón de menús en la mano.

–Eh... disculpe –dijo James tímidamente–. ¿Puedo...? ¿Le importaría si...?

La mujer se agachó sonriendo.

–¿Qué quieres, cielo? ¿Dónde está tu madre? ¿Has quedado con alguien aquí?

James negó con la cabeza, ruborizado.

–¿Puedo usar el teléfono, por favor?

–¡Ay! ¿Te has perdido? Claro que puedes. Ven aquí –le hizo señas para que fuera con ella detrás del mostrador, levantó el auricular y presionó un botón–. Ya está, ya puedes llamar. ¿Te sabes tu número de teléfono?

James asintió con la cabeza y se mordió el labio. Marcó deprisa.

Marvin oyó un grito de felicidad y sintió una oleada de alivio.

–¡Papá! Papá, ¡eres tú! –se hizo un largo silencio mientras Karl, muy nervioso, lanzaba un sinfín de exclamaciones al otro lado del teléfono–. No, estoy bien, papá. Todo va bien. Lo siento. Perdona, yo... No, no estoy en el museo... Papá, escucha –Marvin oyó cómo James refunfuñaba frustrado–. Papá, espérame en el despacho de Christina. Ahora mismo voy, ¿vale? Espérame ahí –James volvió a poner el teléfono en el soporte y fue hacia la puerta.

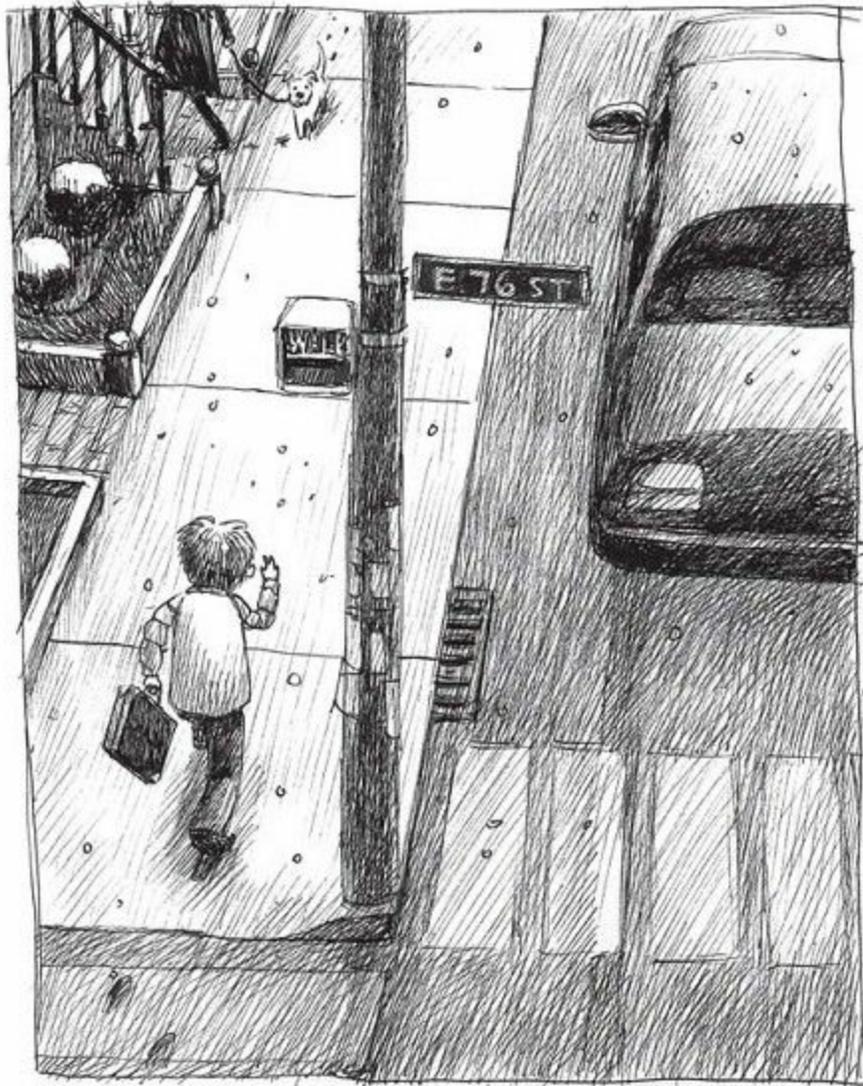
–¿Adónde vas, cielo? –preguntó la camarera–. ¿No quieres esperar aquí?

–No, no pasa nada –dijo James entre dientes–. Gracias por dejarme usar el

teléfono –puso el maletín a un lado con torpeza mientras alargaba el brazo hacia el picaporte.

–Pero... –empezó a protestar ella. Antes de que pudiera detenerlo, James salió a la calle.

No paró de correr hasta llegar al museo, con Marvin agarrado a su muñeca y sus zapatillas haciendo un ruido sordo contra el suelo mojado. Solo se detuvo en los pasos de peatones al final de cada manzana. Ya eran más de las seis y el algodonoso cielo gris se había oscurecido, abriéndole paso al azul intenso de otra noche de invierno. La nieve caía sin cesar, derritiéndose al principio cuando alcanzaba el suelo y poco a poco espolvoreando y cubriendo todo lo que tocaba. Desde su cómodo escondite, Marvin vio aquella transformación con los ojos bien abiertos. Cuando llegaron al museo, un velo blanco envolvía la ciudad, difuminando sus contornos, acallando sus sonidos. Era tan grato como una bendición.



En cuanto James atravesó la entrada principal del museo, le detuvo uno de los guardias de seguridad.

–Espera un momento, hijo –dijo el hombre, dándole una palmadita en el hombro con su mano robusta–. ¿Cómo te llamas?

–James Terik –respondió él nervioso.

–¡Imaginé que eras tú! –bramó el guardia–. Tu padre se va a alegrar muchísimo al verte. Los de seguridad hemos estado buscándote por todas partes. Menos mal que nos dijeron de qué color era tu chaqueta –desenganchó una radio del cinturón y dijo–: ¿Ed? Tengo al chaval de Terik. Sí, justo aquí en la entrada principal. ¿Están ahí? De acuerdo, subo con él.

Se volvió hacia James.

–Tu padre está arriba, en el despacho de la señora Balcony. Vamos. ¿Qué llevas ahí? –señaló el maletín.

–Eh... es una cosa para mi padre –se apresuró a decir él.

Cuando James entró en el despacho de Christina, su padre le envolvió con un fuerte abrazo y Christina se precipitó hacia ellos.

–¡James! James, ¿dónde estabas? ¡Me has asustado, colega! Creí que te había pasado algo –Karl se agachó y le agarró de los hombros–. No te puedes marchar así. Hemos estado buscándote por todas partes.

Marvin se asomó un poco del puño de la chaqueta y vio que en la hermosa cara de Christina se reflejaba una gran preocupación.

–Ay, James, ¡me alegro tanto de que estés bien! Ya hemos perdido demasiadas cosas hoy.

–Ya lo sé, lo siento –dijo James, que estaba aferrado al pecho de su padre–. Pero era algo importante. Yo... –respiró hondo y retrocedió, mirándolos a los dos–: He encontrado *Fortaleza*.

–¿Qué? –gritaron a la vez Christina y Karl, mirándolo fijamente.

–Aquí –dijo sin más sosteniendo el zarrapastroso maletín, que se balanceaba inofensivo en el aire. Ninguno se movió para cogerlo.

–Mirad dentro –dijo James.

Karl frunció el ceño, sujetó el maletín y lo puso encima de la mesa. Lo abrió y miró las capas de papel protector.

–¿Qué es esto? –le preguntó a James–. ¿De quién es?

Christina arrugó la frente.

–Es de Denny, ¿no? ¿De dónde lo has sacado, James?

–Mira –repitió él.

Ahora fue Christina la que avanzó y quitó el envoltorio que protegía los dibujos. De pronto se detuvo, agarrando el borde de la mesa con la mano.

Marvin trepó por la manga de James hasta el cuello de su chaqueta para poder

ver mejor.

–Karl –dijo Christina.

–¿Qué es?



–Hazlo tú.

Karl quitó el último pliego.

–¡Dios mío! –exclamó él.

*Seguid*, quiso decir Marvin. Estáis a punto de ver las cuatro *Virtudes* juntas por primera vez en décadas, quizá siglos.

Pero a Karl no le hacía falta que le animaran. Con cuidado y aguantando la respiración, sacó el minúsculo dibujo. Se volvió hacia Christina.

–Es el de verdad, ¿no?

Ella no podía dejar de mirarlo. Cuando asintió con la cabeza, Karl quitó el resto del envoltorio.

–¡Dios mío! –volvió a decir él–. Christina... Christina, están todos.

Marvin vio que a ella le flaqueaban las piernas y Karl le agarraba del codo para evitar que se cayera.

–¿Cómo es posible? –preguntó con un hilo de voz.

–No lo sé –dijo Karl mirando a su hijo, que estaba pegado a él y tremendamente confundido–. Pero es así, mira –puso los cuatro dibujos en fila sobre la mesa. *Fortaleza, Templanza, Prudencia y Justicia*.

–¡Ay! –Christina dio un grito ahogado.

Karl seguía rodeándola con el brazo para que no se cayera. Miró a James para que les diera una respuesta.

James, con la cara roja y los ojos muy abiertos, miraba fijamente los dibujos. Marvin tenía miedo de moverse y se acurrucó bajo el cuello de la chaqueta.

Christina se inclinó sobre la mesa y recorrió con la vista cada una de las finas líneas.

–No me lo puedo creer –las palabras se le atragantaron–. ¡Están todos aquí!



## El ladrón de la *Virtud*

Se quedaron mirando fijamente las cuatro *Virtudes* de Durero. Marvin volvió a sentir la emoción que le había invadido el cuerpo la primera vez que las vio en el estudio de Denny.

Karl echó un vistazo a las diminutas imágenes.

–¿Estás segura de que son los auténticos? –le preguntó a Christina–, ¿los que robaron?

Ella asintió con la cabeza, incapaz de hablar. Sus ojos pasaron de una imagen a otra y se detuvieron en *Justicia*.

–Míralo –dijo–. Creí que nunca volvería a verlo.

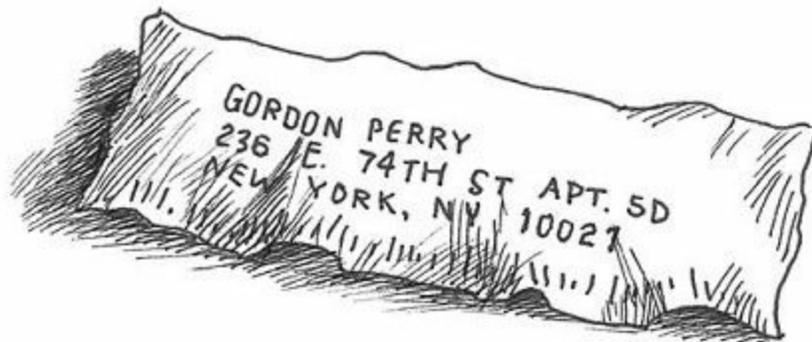
Bordeó la mesa conteniendo la respiración.

–¡Y *Prudencia*! ¡Y *Templanza*! Llevaban más de dos años desaparecidos.

Juntos al fin, los dibujos desprendían una energía vibrante que inundaba la habitación como la música que aumenta de volumen. *Claro que eran los auténticos*, pensó Marvin. Eran inconfundibles.

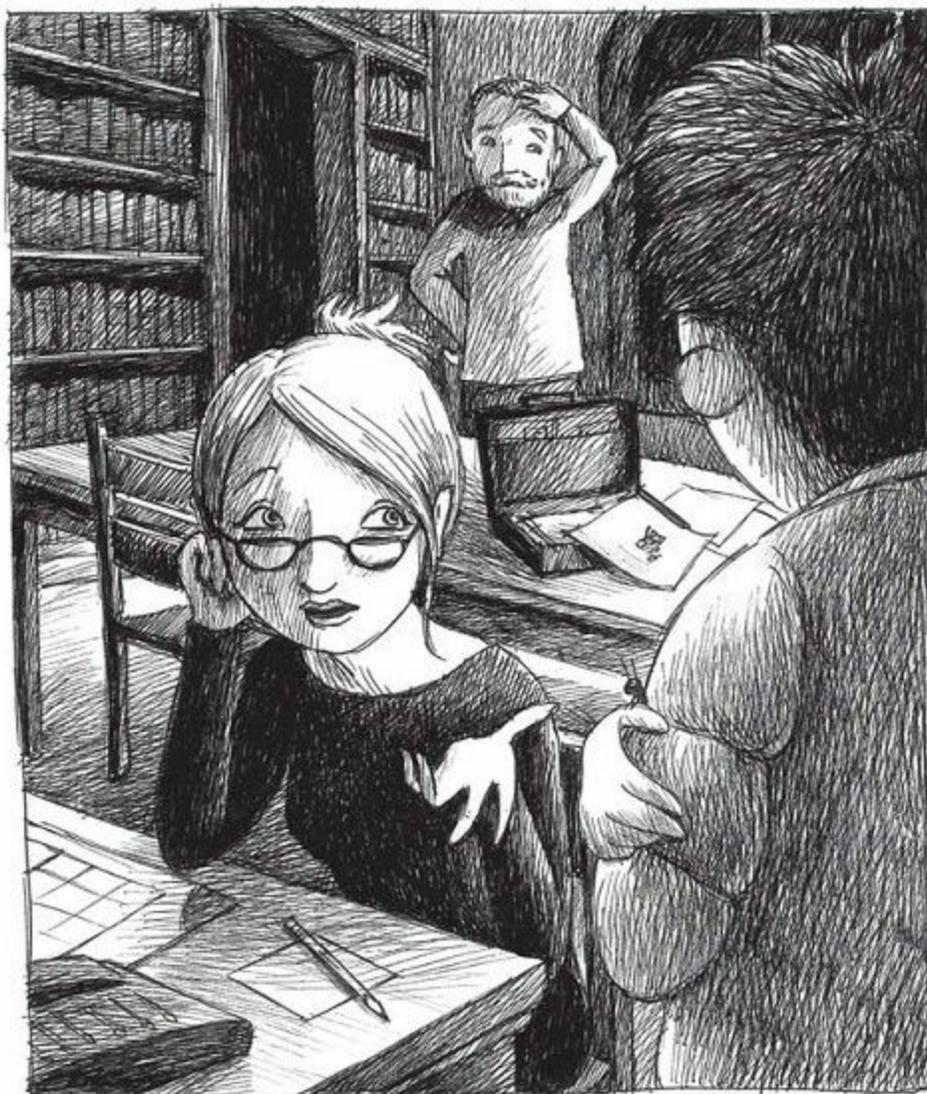
Christina se volvió hacia James.

–¿Cómo demonios...? No lo entiendo. ¿Cómo los has encontrado?



James se mordió el labio.

–¿De dónde has sacado este maletín, James? –le preguntó Karl en voz baja.  
James se movía inquieto, con sus ojos grises llenos de ansiedad.  
–De un apartamento –dijo por fin–, sacó la etiqueta arrugada del bolsillo de sus vaqueros y la puso en la mesa.  
Christina la cogió y arrugó la frente.  
–Esta es la casa de Gordon Perry.  
James titubeó.  
–Creo que es el que robó los dibujos.  
–A ver, espera un momento. ¿Quién es Gordon Perry? –preguntó Karl.  
–Uno de nuestros comisarios –dijo Christina–. Pero ¿qué quieres decir, James?  
Gordon está en Florencia colaborando en las tareas de restauración de la Galería de los Uffizi. Lleva allí un mes. Denny se está quedando en su casa.  
James se mordió el labio inferior mientras la miraba.  
–¿Dónde está Denny? –preguntó Karl impaciente–. Tenemos que contarle lo que ha pasado.  
–Sí, claro. Ahora mismo le llamo –Christina cogió el teléfono de su escritorio.



–Ya lo sabe –dijo James.

Christina y Karl se giraron hacia él y le miraron tan fijamente que Marvin se vio obligado a esconderse debajo del cuello de la chaqueta para evitar que le descubrieran.

–¿De qué estás hablando? –preguntó Karl.

James tragó saliva y se quedó mirando el suelo, pero Christina se agachó delante de él y le dijo con voz persuasiva.

–James, ¿qué pasa?

–Ya se lo dije a Denny. Llamé aquí y le hablé de *Fortaleza* y me dijo que iría a buscaros –James se detuvo–, pero no fue así.

Christina le puso las manos en los hombros y le miró directamente a los ojos. Marvin se encogió ante el desconcierto tan sincero que se reflejaba en su cara. ¿Cómo podía haber dudado de ella? Sintió una oleada de culpa. Merecía una respuesta honesta. Pero ¿qué le diría James? Era demasiado difícil de explicar.

–James, nos tienes que contar qué está pasando –prosiguió ella–. ¿Cómo has encontrado estos dibujos? ¿Por qué tienes este maletín?

–Escucha –comenzó a decir James, y Marvin supo que estaba encajando todos los detalles en su cabeza y que su imaginación se apresuraba a llenar cada pausa–. Cuando vinimos esta mañana y Christina nos enseñó mi dibujo, encontré esa dirección. Aquí mismo, enrollada en el suelo –James señaló vagamente el suelo debajo de la mesa–. Tuve una extraña sensación que no puedo explicar. Me imaginé que la dirección tenía algo que ver con el dibujo. Creí que quizá se hubiera caído del papel, ya sabes, el envoltorio que supuestamente debía contener el auténtico *Fortaleza* –James les echó un vistazo, desesperado.

Hasta Marvin estaba confuso en ese momento, y al mirar a Karl y Christina les notó en la cara que estaban totalmente perplejos. A medida que James hablaba, la historia se iba volviendo cada vez más inverosímil.

–Bueno –continuó diciendo James de manera poco convincente y mirando al suelo–. Era como una etiqueta con una dirección de correo. Parecía importante. Pero me imaginé que no me creerías si te lo decía, papá, por eso me fui sin decir nada –respiró hondo y se lanzó a contar el resto de la historia.

»Y entonces encontré *Fortaleza* en ese apartamento. Intenté llamarte, papá, pero tu teléfono no daba señal. Así que llamé aquí y contestó Denny. Eso pasó..., no sé, hace como una hora. Le dije dónde estaba y luego le conté lo del dibujo. Y él dijo que os lo diría y que vendrías todos juntos enseguida.

James se detuvo y alzó lentamente los ojos para mirarles.

–Pero no os lo dijo, ¿verdad? Creo que no os lo dijo porque él robó los dibujos. Estaban en el apartamento de ese tal Gordon Perry. En el maletín de Denny.

–James –dijo su padre con la voz más seria que Marvin le hubiera oído jamás–. Esa es una acusación terrible.

–Ya lo sé, papá, pero...

Karl negó con la cabeza.

–Denny y yo somos amigos desde hace años. Estoy seguro de que hay una explicación.

James miraba tristemente el maletín.

–Mira, tiene el símbolo del museo Getty. Y las iniciales de Denny –farfulló haciendo un gesto.

Christina seguía arrodillada a su lado, pero sus ojos se fijaron en el maletín y luego en los dibujos. Se quedó un buen rato callada.

–Denny participó en el robo –dijo finalmente–. Conocía hasta el último detalle de los preparativos que habíamos hecho: las horas a las que ocurriría todo, el lugar donde estaría escondido el microchip, el nombre del agente secreto del FBI...

Karl se quedó mirándola.

–¿Y qué?Tú también sabías todo eso.

Christina sacudió ligeramente la cabeza, como si estuviera intentando descifrar algo.

–¡Estamos hablando de Denny! –protestó Karl.

–Sí –dijo ella. Se puso en pie–. Estaba conmigo la noche que cambié los dibujos. Éramos las dos únicas personas que había en el museo a esa hora, aparte del personal de seguridad.

–De acuerdo –dijo Karl–. Pero eso no le convierte en un ladrón.

–Cuando hicimos el cambio, traje el original de Durero aquí, a mi despacho. Denny estaba conmigo. Lo envolví y... ¡Ay! No sé, ¿cómo es posible? Es Denny. Él no puede haber hecho esto.

–¡No! No es un ladrón.

–Pero, escúchame –dijo Christina, pensativa–. Estaba conmigo, pero no sé... También estuvimos separados en algún momento. Pudo haber cambiado el envoltorio. Él fue quien colgó el dibujo de James en la sala mientras yo llevaba el original de Durero, o el que pensé que era el original, al 5.º piso para guardarlo en la caja fuerte del despacho del director.

–Christina –interrumpió Karl.

–Ya lo sé. Es tan difícil de creer –volvió a quedarse en silencio mientras miraba los dibujos–. Karl... Hoy, cuando le conté que habían robado *Fortaleza*, noté algo raro en su forma de reaccionar. Estaba disgustado, claro, pero parecía que estaba más preocupado por mí. Y yo no paraba de pensar: «Esto es tan extraño... Puede que haya desaparecido para siempre una de las obras más preciadas del Getty y me está diciendo cuánto lo siente».

–Bueno, ¡claro que lo sentía! –exclamó Karl–. Le encanta la obra de Durero y sabe que a ti también.

–Sí –dijo Christina, y suspiró–. Este es su maletín, estoy segura. Mira: «D. E. M.» y el logotipo del Getty –cogió su teléfono–. Creo que tengo que hablar directamente con él.

James la miró inquieto y Marvin asomó un poco más la cabeza porque quería oír lo que diría Denny.

Christina frunció los labios.

–No coge el móvil –y al cabo de un momento dijo–: Hola, Denny, soy Christina. Por favor, llámame en cuanto oigas este mensaje. Es importante –se volvió hacia Karl–. Vamos a probar en su apartamento –y volvió a marcar.

Karl y James estaban de pie en tensión, esperando. Un minuto después, ella negó con la cabeza. Tampoco contesta.

Christina dejó el teléfono y fijó los ojos en *Fortaleza*.

–Estuve tan ocupada ayer hablando con el FBI y repasándolo todo... Prácticamente no pisé el museo. Pero obviamente no pensé que hiciera falta comprobar el dibujo. Habíamos tenido tanto cuidado en mi despacho... ¡Y yo

confiaba en él! Completamente. Hasta le pedí un par de veces que se asegurara de que todo estaba en orden y me dijo que sí.

Karl sacudió la cabeza.

–No me lo puedo creer. Denny es un buen hombre. Y siente tanta devoción por Durero como tú.

Christina asintió.

–Incluso más.

–¿Entonces por qué? ¿Por qué arriesgar toda su carrera? Por no hablar de una condena...

–¿Va a ir a la cárcel? –le interrumpió James con los ojos muy abiertos.

*Quizá merezca ir a la cárcel*, pensó Marvin.

Pero Karl no contestó. Seguía pendiente de Christina.

–Pensándolo bien, ¿de dónde iba a sacar el dinero para comprar uno de estos?

Christina titubeó.

–Bueno, Denny es de buena familia. ¿Y quién sabe? Quizá esté actuando en nombre de otra persona.

Marvin recordó el apartamento y la conversación que tuvo Denny con esa mujer de nombre tan raro. Algo acerca de que le recogerían en el aeropuerto.

–En el mercado negro –continuó Christina–, los dibujos costarían bastante menos de lo que valen en realidad. Durero no es tan conocido como los grandes nombres del Renacimiento y estos no pueden revenderse en ningún sitio legal.

Karl iba de un lado a otro de la habitación y James les miraba a los dos con los ojos como platos.

–Pero no tiene ningún sentido. *Fortaleza* ya estaba en el Getty. ¿Por qué no robarlo de allí? ¿Por qué esperar a que estuviera en la otra punta del país?

–Esa es precisamente la parte que tiene sentido –dijo Christina muy despacio–. Era mucho menos probable que le pillaran aquí. Era un dibujo que le habían prestado al Metropolitan. Nosotros éramos los responsables. ¡Ay, Dios mío! –se tapó la boca con la mano–. ¡*Justicia!* Denny estaba aquí, en Nueva York, cuando lo robaron. Estaba en una conferencia. Aquella semana vino mil veces al Met. Tenía libre acceso a los departamentos. Yo me aseguré de ello –sacudió la cabeza–. Ni queriendo se lo podría haber puesto más fácil.

–¿Crees que ha robado *todos* los dibujos? –preguntó Karl, atónito.

–No lo sé –contestó ella con seriedad–. Quizá contratara a gente para los dos primeros –apoyó débilmente la mano al lado de *Fortaleza*–. Este igual hasta se lo haya dado envuelto para regalo.

James miró a uno y después al otro y Marvin vio el cansancio reflejado en su rostro: estaba pálido y tenía muy mal aspecto. Había sido un día largo.

–Pero dijiste que no los podría vender, ¿no? –preguntó–. Y que no podría

enseñárselos a nadie ni decirle a nadie que los tenía, porque la policía estaría buscándolos. Entonces ¿por qué lo hizo?

Christina recorrió con la vista las cuatro imágenes diminutas.

–Quizá solo quisiera que estuvieran juntos... para él.

Marvin recordó a Denny en el estudio oscuro, mirando los dibujos con lágrimas en los ojos.

–¿Y ahora qué? –le preguntó Karl a Christina–. ¿Vas a llamar al FBI?

–Si esto es cierto –Christina hizo una mueca de dolor–, ya puedes imaginarte cuáles serán mañana los titulares. Será horrible para él. Y para los dos museos. Para todo el mundo.

–Pero ¿irá a la cárcel? –insistió James.

Su padre y Christina se quedaron callados. Al cabo de un rato, Karl dijo:

–Fíjate en la expresión de *Justicia*. Por eso está tan triste –James miró a su padre y este le explicó–: Porque hacer lo correcto a veces puede ser espantoso.

Parecía que ya no había nada más que decir. Marvin, con gran pesar, se agazapó bajo el cuello de James.

Karl se pasó la mano por el pelo.

–Deberíamos llamar al FBI y contarles lo de los dibujos –miró a James–. Sigo sin entender cómo encontraste esto, hijo. ¿Cómo pudiste entrar en el apartamento tú solo? ¿Cómo sabías que estarían allí?

James estaba avergonzado y nervioso y evitó mirar a su padre a los ojos.

–Ya os lo he dicho. Encontré esa dirección y lo supe –respondió en voz baja–. Y cuando llegué usé un clip para...

–¿Qué? –exclamó Karl boquiabierto–. ¿Forzaste la cerradura?

–Más o menos –contestó su hijo. De repente se dirigió a Christina y Marvin supo que estaba intentando cambiar de tema–. ¿Por qué no puedes devolver los dibujos y ya está? Eso es lo que importa al fin y al cabo, ¿no? ¿Por qué le tienes que hablar de Denny a la policía?

Christina le acarició el pelo.

–Es un delito, James. Piensa en las *Virtudes* de Durerro... *Prudencia, Templanza, Fortaleza y Justicia*. Sobre todo *Justicia*. ¿No crees que tenemos el deber de honrar esos ideales?

James miró a Karl preocupado.

–Pero eso no es lo único bueno. ¿Qué hay de defender a alguien? ¿Eso no es importante? Denny es vuestro amigo.

*Pero ha hecho algo malo*, quiso protestar Marvin. No podía olvidar el arranque de ira que había sentido al escuchar la conversación telefónica de Denny con Christina cuando ella le dijo que habían robado el dibujo original y él le había mentado. Los había manipulado a todos.

Pero entonces Marvin se acordó de que James no sabía eso. James pensaba en él

como el bondadoso hombre con arrugas al que le encantaban los dibujos de Durero.

Christina se volvió hacia Karl.

–Los griegos decían que las cuatro virtudes contenían todas las demás, ¿recuerdas?

Él negó con la cabeza.

–Pero no es así. Denny es un buen amigo. No puedo creer que hiciera esto, pero si fue así... ¿Qué hay de la compasión y del perdón?

Marvin avanzó lentamente para mirar las cuatro miniaturas. Viendo sus trazos firmes y nítidos, ninguno de aquellos dibujos parecía simbolizar el perdón. Las imágenes tenían que ver con la fuerza y el autocontrol: la chica luchando con el león, la otra midiendo el vino, la otra rechazando a su pretendiente alado y la última empuñando la espada. El perdón era más suave y generoso; era algo que alguien le ofrecía a otra persona, más que algo que se exigía a sí mismo.

Christina le miró durante un instante y luego volvió a decir dulcemente:

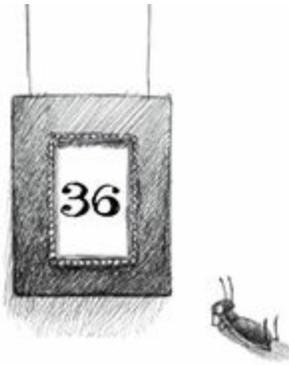
–Es un delito. Y no depende de nosotros –cogió el teléfono–. ¿Quién sabe? Quizá me equivoque. Quizá haya una explicación en la que no hemos pensado. Pero tenemos que contárselo al FBI y dejar que a partir de ahora se encarguen ellos –mientras marcaba, murmuró–: ¿No es increíble ver todas las *Virtudes* juntas, como las pensó Durero?

Marvin estudió uno a uno los dibujos, que resplandecían debido a su nivel de detalle. ¡Menudo follón habían armado los humanos por algo tan pequeño! Pero de algún modo le resultaba alentador.

Karl atrajo a James hacia él, estrujándole el hombro.

–El FBI querrá hablar contigo, colega. Pero ahora vámonos a casa. Forzar cerraduras, encontrar obras maestras robadas... Creo que tu trabajo aquí ha terminado.

*A casa*, pensó Marvin. De repente le invadió un sentimiento de añoranza y un gran deseo de ver a sus padres, dormir en su cama de algodón y encontrarse con sus parientes asfixiantes y sobreprotectores, Elaine incluida. Estaba deseando volver al lugar al que pertenecía.



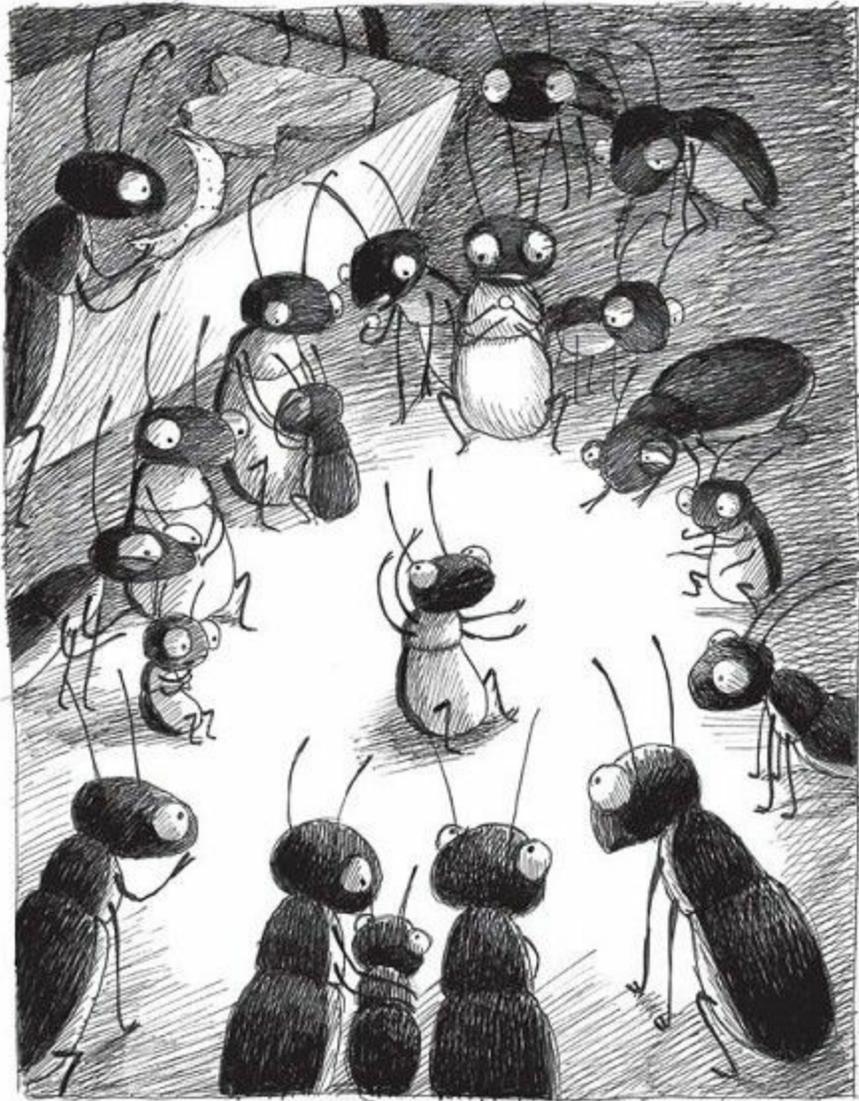
## De vuelta sanos y salvos

El regreso al hogar de Marvin fue un momento bastante dramático, lleno de exclamaciones y recriminaciones, felices abrazos y severos ya-te-lo-advertí. Cuando James por fin lo metió en el fondo del armario oscuro y él atravesó despacio la pared de yeso hasta llegar al salón de su casa, fue inmediatamente absorbido por una muchedumbre de parientes inquietos que extendieron docenas de patas para darle palmaditas en el caparazón y en la barbilla.

–¡Marvin! –gritaron sus padres al unísono, precipitándose sobre él. No podían parar de abrazarle, claramente abrumados; se sentían culpables por haberle dado permiso para hacer esa última y peligrosa excursión.

–¡Hijo! ¡Creímos que habías muerto! –bramó el tío Albert–. Este asunto de salir de casa para ayudar a los humanos ha ido demasiado lejos.

–¡Ya lo creo! –replicó la abuela de Marvin–. ¿No has aprendido nada de las experiencias de tus antepasados, querido? ¡Tienes que dejar de inmiscuirte en los problemas de los humanos! Eso no puede traer nada bueno.



Elaine tenía los ojos muy abiertos.

–¡Ay, Marvin! ¡No sabes lo asustados que estábamos todos! –gritó–. ¡Jo! Pensé que te habría ocurrido lo peor cuando oí que habías vuelto al museo. Recuerdo que dije: «Acabará ahogado en ese frasco de tinta...».

–Ya basta, Elaine –le interrumpió la tía Edith.

Marvin se acordó de su prima en el acuario de la tortuga y dijo entre dientes:

–Ya sabes lo bien que nado.

Pero en general entendió su preocupación y aceptó sin rechistar la reprimenda que le echaron. Estaba empezando a comprender que algunas de las cosas más irritantes que hacía su familia provenían de lo más profundo de su corazón. Y de pronto sintió que era maravilloso que se preocuparan por él y le mimaran y que le reclamaran con su torpeza habitual. Marvin recordó su viaje solitario con *Fortaleza*, cuando pensó en que quizá nunca volvería a ver a su familia. Se dio

cuenta de que era justo lo que había extrañado: los fuertes lazos de afecto que le mantenían unido a ellos. De alguna forma sabía que cualquier cosa asombrosa o terrible que le hubiera pasado parecía haberles ocurrido también a ellos.

Y así fue como Marvin se vio obligado a pasar el resto de la tarde contando cada detalle emocionante y horroroso de sus aventuras: el robo con allanamiento de morada, el oscuro viaje por la ciudad con *Fortaleza*, el descubrimiento de los otros tres dibujos de las *Virtudes* y la terrible revelación de que el propio Denny había planeado los robos.

Entre la infinidad de preguntas y discusiones que surgieron, su madre y la tía Edith iban rellorando la mesa de fuentes de comida –piel de patatas, trocitos de atún, una cáscara de naranja y migas de tostadas con una mermelada de ruibarbo realmente deliciosa–, así que a medianoche estaban todos llenos y listos para echar una siesta.

–Tienes que descansar, Marvin –le dijo su madre muy decidida–. Todo este entusiasmo es demasiado para ti.

–Estoy bastante cansado –admitió él.

Elaine le siguió a su habitación.

–Tienes tanta suerte... –le dijo, y tuvo cuidado de bajar la voz para que los adultos no pudieran oírla.

Marvin asintió con la cabeza.

–Lo sé. Pensé que quizá nunca volvería.

–No me refiero a eso –dijo ella con aire displicente–. Quiero decir que tuviste suerte de volver a salir del apartamento. ¡Has visto mundo!

Marvin pensó en ello. Es verdad, había visto mundo. A veces había pasado miedo pero también había sido excitante. ¿Quién podría haberse imaginado que iba a ser un lugar tan complicado e interesante? Elaine llevaba razón: tenía mucha suerte. Cuando visitas diferentes partes del mundo, ves diferentes partes de ti mismo. Y cuando te quedas metido en casa, a salvo, esas partes de ti mismo también permanecen escondidas.

Hasta el día siguiente por la tarde Marvin no tuvo la oportunidad de volver a visitar a James. Se dirigió a su habitación y lo vio encorvado sobre su escritorio, dibujando con su pluma y su tintero. Los dibujos no tenían nada que ver con los de Marvin. Los trazos eran gruesos y poco firmes. Las cosas que dibujaba tenían un aspecto abstracto y deslavazado: una silla angular en escorzo, las gruesas ramas del árbol que se veía por la ventana... James estaba tan concentrado que no vio que Marvin trepaba al borde del papel y se quedaba ahí mirándole. Cuando por fin se percató de su presencia, dio un grito de alegría y soltó la pluma avergonzado.

–¡Eh! –exclamó–. ¡Pequeñín! Nunca sé cuándo vas a aparecer. Tenemos que encontrar el modo de ponernos en contacto, ¿vale? Algo así como un mensaje especial para ti. Puedo dejar algo en el armario de la cocina para que vengas cuando

lo veas. Y tú puedes hacer lo mismo si realmente me necesitas –se quedó pensando un rato–. Algo pequeño, ¡ya lo tengo!

Arrancó una esquina del papel en el que estaba dibujando y trazó con tinta una X.

–Lo pondremos en el armario de la cocina detrás de la basura, justo al lado de tu casa. Lo dejaremos boca abajo a menos que uno de los dos necesite al otro; entonces le daremos la vuelta. Y si está dado la vuelta, nos veremos aquí en mi mesa por la tarde, ¿vale? Sobre las cuatro, porque a esa hora ya he llegado del colegio.

James asintió enérgicamente, satisfecho consigo mismo. Marvin le sonrió. No serían capaces de hablar entre ellos, pero había muchas otras formas de decirse lo que pensaban.

James señaló su dibujo.

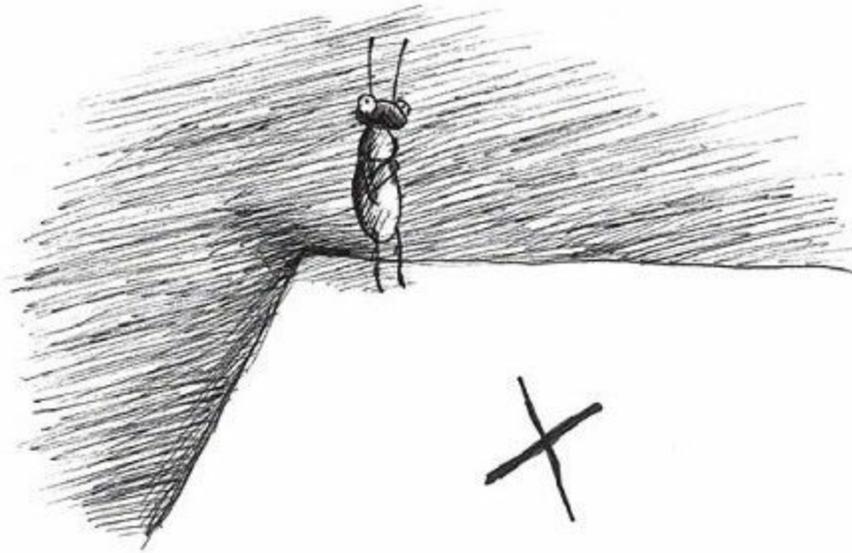
–Mira lo que estoy haciendo. Nunca seré tan bueno como tú, pero me gusta. Es divertido –bajó un poco el dedo y Marvin trepó por él–. ¿Y sabes qué? Tengo tanto que contarte... ¡Tuve que ir a la comisaría! Había una cárcel y todo. Y hablé con el FBI –por un momento se le ensombreció la cara–. Creo que no me creyeron cuando les conté cómo había encontrado los dibujos. Pero Christina intervino y les habló de Denny, y entonces me dejaron venir a casa.

James se acercó más a Marvin y bajó la voz.

–El FBI no encuentra a Denny por ningún lado. Cuando llegaron al apartamento, se había llevado todas sus cosas. ¡Puede que haya abandonado el país! Creen que se ha ido a Alemania. Christina no para de llamarle al móvil pero él no contesta –James suspiró–. Sé que lo que hizo estuvo mal y eso, pero la verdad es que espero que no le cojan.

Y de repente empezó a reírse.

–Pero ¿a que no lo adivinas? Los dibujos han salido en todas las noticias. No dicen cómo los encontraron pero un montón de expertos los han visto ya y se ha armado una buena. Todo el mundo en la tele está entusiasmadísimo. Le hicieron una entrevista a uno de los alemanes de aquel museo donde robaron esos dos cuadros y él no paraba de decir algo así como: *Wunderbar! Wunderbar!* Mi padre dice que significa «maravilloso».



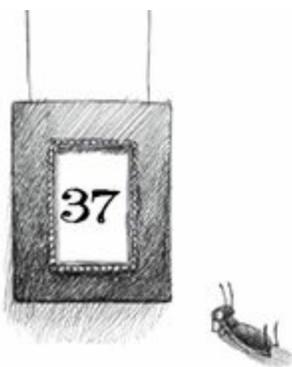
Marvin pensó que recuperar de golpe las cuatro *Virtudes* de Durero perdidas hace tanto tiempo habrá sido un sueño hecho realidad para los museos.

James puso a Marvin cerca de su cara y le sonrió.

–¡Y todo gracias a nosotros! Bueno, más bien a ti. Pero yo te ayudé. Y Christina dice que les han dado permiso para poner todos los dibujos en una exposición especial antes de que tengan que devolverlos. Así que esta mañana los colgaron y papá acaba de llamar y ha dicho que la cola del museo rodea el edificio. Vamos a ir todos esta tarde. Es genial, ¿verdad? –James resopló–. Así que tú también tienes que venir, claro. ¡Tú eres el verdadero héroe! –dejó a Marvin en la mesa y le miró lleno de orgullo–. Nadie lo sabrá nunca, pero lo eres.

*No pasa nada*, pensó Marvin. *Y a sabes*.

Pese al miedo que habían pasado por momentos, toda aquella aventura era algo que había compartido con James, un secreto entre los dos.



## El don de James

El pequeño grupo de gente que entró en la sala de dibujos y grabados del Metropolitan aquella tarde para ver las miniaturas de Durero recién reunidas era un tanto extraño. Escoltados por un guardia del museo que les había recibido en la entrada lateral para que pudieran evitar a la muchedumbre, Karl, James (con Marvin bien metido bajo el puño de su chaqueta después de haberles jurado a sus padres que no se movería de ahí durante toda la excursión) y el señor y la señora Pompaday, que iban empujando el cochecito de William, esperaron a Christina en la entrada de la exposición.

Pese a que solo había oído algunos detalles de cómo habían recuperado los dibujos, la señora Pompaday apenas podía contener el orgullo que sentía hacia su hijo por haber estado implicado de algún modo en ello, aunque fuera de forma anecdótica. No paraba de darle palmaditas en la espalda con un aire de importancia mientras con la mirada buscaba periodistas a su alrededor.

–Me pregunto si alguien te entrevistará, James. ¡Sería lo normal, digo yo! Y bueno, obviamente, una vez que dejemos atrás este asunto del museo, espero que vuelvas a ponerte con tus propios dibujos. Ahí está la verdadera oportunidad. ¡Cuatro mil de los Morton! Piensa en lo que pagará otra gente por esos extraordinarios dibujos.

El señor Pompaday se aclaró la garganta y afirmó con aire grandilocuente:

–Tengo un par de compañeros de trabajo que puede que estén interesados. Menuda forma de ahorrar para la Universidad, ¿eh, James?

Marvin se estremeció y la cara pecosa de James se puso colorada.

–No sé si voy a seguir haciendo esos dibujitos –dijo–. Tardo mucho tiempo.

–¿Qué dices? –gritó su madre–. ¡Son maravillosos! No puedes parar, James. ¡Si tienes talento!

–Lo sé, pero estaba pensando en hacer dibujos más grandes...

–No, de eso nada –protestó su madre–. Su pequeño tamaño es precisamente lo que hace que sean preciosos.

Marvin gruñó para sus adentros. ¿Cómo acabarían él y James con aquella farsa? Él no podía seguir falsificando dibujos. Solo había que ver todos los problemas que les había causado ya, aunque hubiera hecho que recuperaran los dibujos robados.

Karl les interrumpió.

–Quizá quiera tomarse un respiro durante un tiempo. Todos los artistas necesitan eso de vez en cuando.

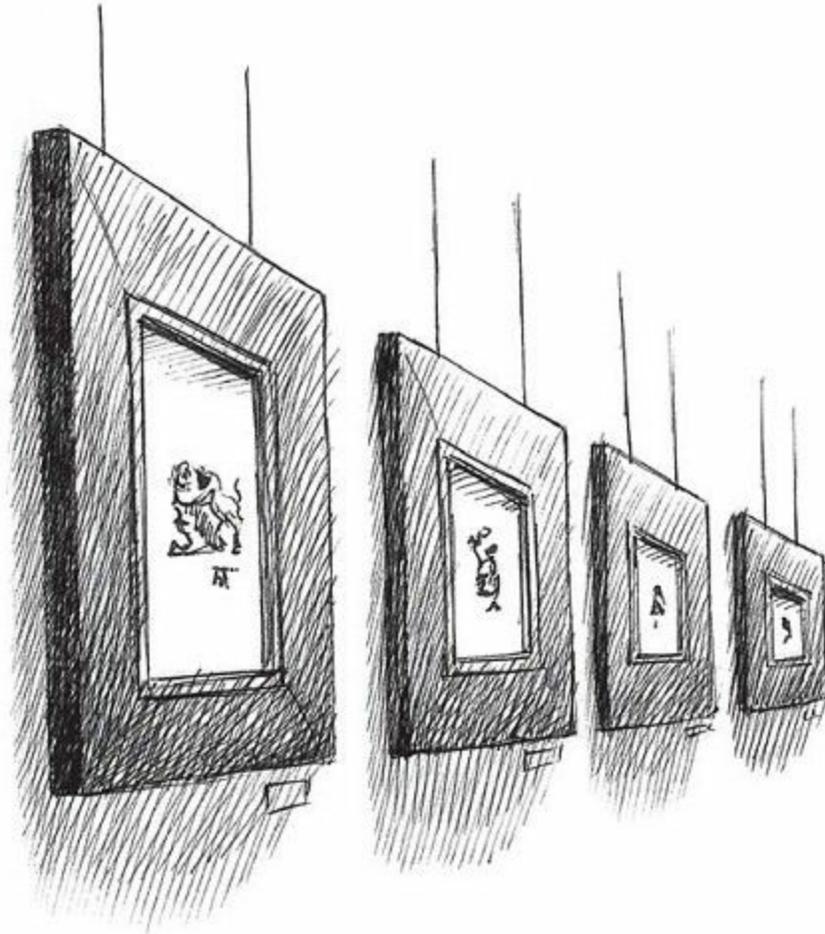
–No, no creo... –empezó a decir la señora Pompaday.

–¡Amigos! –gritó Christina alegremente desde la entrada.

Tras las presentaciones necesarias –«Tienes un hijo excepcional», le dijo a la señora Pompaday, que asintió con aire de suficiencia–, Christina les condujo hacia la tercera sala entre la aglomeración de visitantes, donde los dibujos de las *Virtudes* de Durero ocupaban un lugar destacado en la pared. Marvin se aferró a la muñeca de James y miró hacia arriba, tratando de verlos mejor.

Pese a su tamaño diminuto, enmarcados imponían mucho. Verlos todos juntos de algún modo hacía que miraras cada uno más de cerca, pensó Marvin al comparar instintivamente los cuatro. *Fortaleza* era más decidida y valiente y *Justicia* parecía más austera y triste que sus hermanas.

Eran impresionantes. *Nadie puede dibujar como Durero*, pensó Marvin, *ni siquiera yo*. De pronto lo único que esperó es no tener que copiar ningún dibujo más. Estaba cansado de aquello. Quería hacer algo suyo.



–Me he dado cuenta de detalles que no había visto antes –dijo Christina con entusiasmo–. La línea de la mandíbula de *Prudencia*, la forma en que se posa la mano de *Justicia*. Es como si los dibujos se hablaran entre ellos.

Karl le sonrió.

–Fueron hechos para que los colgaran juntos –dijo–, se nota.

–Desde luego quedan muy bien juntos –añadió la señora Pompaday para no ser menos–. James, deberías considerar la idea de hacer un grupo de miniaturas como esta. La verdad es que sería una monada –se volvió hacia Christina–. Tiene un don, ya sabes –le dijo en confianza.

–Sí, lo sé –dijo Christina sonriendo a James.

*Sí que tiene un don*, quiso decir Marvin. *Lo que pasa es que no es el que pensáis.*

–Esta exposición va a renovar la atención en Durero –continuó Christina–. Lo intuyo. La venta de entradas al museo ha batido hoy todos los récords. Hemos recibido docenas de llamadas de los medios. La recuperación de los dibujos ha salido en las noticias de todo el mundo. ¡Creo que Durero conseguirá finalmente el interés que merece!

Mientras los demás seguían admirando los dibujos, James se la llevó aparte.

–¿Qué pasa con Denny? –preguntó inquieto–. ¿La policía sabe dónde está?  
Christina negó con la cabeza.

–Están vigilando los aeropuertos alemanes, pero aún no lo han encontrado.

–¿Crees que le cogerán?

Christina frunció los labios.

–No lo sé, James.

–Espero que no –dijo él–. Denny me cae bien.

–A mí también –suspiró Christina.

James la miró muy serio.

–¿Crees que estará enfadado conmigo? –preguntó.

–¡No, James! No creo –contestó firmemente–. Creo que, dondequiera que esté, debe de sentirse muy aliviado. Incluso si las cosas no salieron como había planeado, al menos todo ha terminado –inclinó la cabeza y miró las cuatro miniaturas–. Es como cuando mientes y luego tienes que seguir inventando mentiras para que no te descubran. ¿Has hecho eso alguna vez? Aunque sea horrible y embarazoso que te pillen, de alguna forma acaba siendo un alivio, ¿no? Porque así puedes dejar de hacer lo que desearías no haber hecho nunca.

James la miró.

–Sí, sé a qué te refieres –dijo finalmente.

Marvin sabía que estaba pensando en sus propios dibujos. Era tan complicado y agotador mantener aquella farsa del talento artístico de James. ¿Cuándo terminaría?

–Así que –continuó diciendo ella–, probablemente, Denny te lo agradezca. Quizá no ahora mismo, pero sí en el futuro.

–¿Le volveremos a ver?

Christina hizo una pausa.

–No sé. Ha cometido un delito muy grave. Si aparece por Estados Unidos, le meterán en la cárcel. Y me consta que los agentes del FBI han estado hablando con la policía alemana para ver si pueden vincularle con los otros robos.

James se mordió el labio.

–Espero que no tenga que ir a la cárcel.

–Lo sé –dijo Christina en voz baja.

–Bueno, es una exposición verdaderamente impresionante –terció la señora Pompaday, acercándose a ellos–. Pero hemos reservado mesa en un pequeño restaurante francés del Upper West Side y deberíamos irnos ya. Ha sido un placer conocerla, señorita Balcony.

–Igualmente –dijo Christina–. Gracias por prestarme a su maravilloso hijo.

–¡Ay! Me alegro de que le haya podido dar clases. Ha sido una oportunidad muy especial para él.

Christina sonrió socarronamente.

–No creo que yo le pueda enseñar mucho a James.

Les acompañó hasta la salida del museo y, mientras el señor y la señora Pompaday bajaban el cochecito de William por el largo tramo de escaleras, se dio la vuelta hacia Karl.

–Gracias por tu ayuda –dijo–. Fue estupendo conocerlos a los dos.

–¿No volveremos a verte? –preguntó James, defraudado. A Marvin le invadió una sensación similar de decepción. No había pensado en ningún momento que tendrían que despedirse de Christina.

–¡Claro que sí! –dijo ella–. Cuando queráis. Espero que os mantengáis en contacto –le puso la mano en el brazo a Karl.

Él la miró, y Marvin vio que su cara adoptaba el mismo color rosa que la de James cuando estaba avergonzado por algo.

–Podríamos tomarnos un café algún día –dijo vacilante.

Christina sonrió.

–Claro que sí. Me encantaría.

–Vale, te llamaré –dijo Karl por encima de su hombro mientras bajaba con James por las escaleras detrás de los Pompaday.

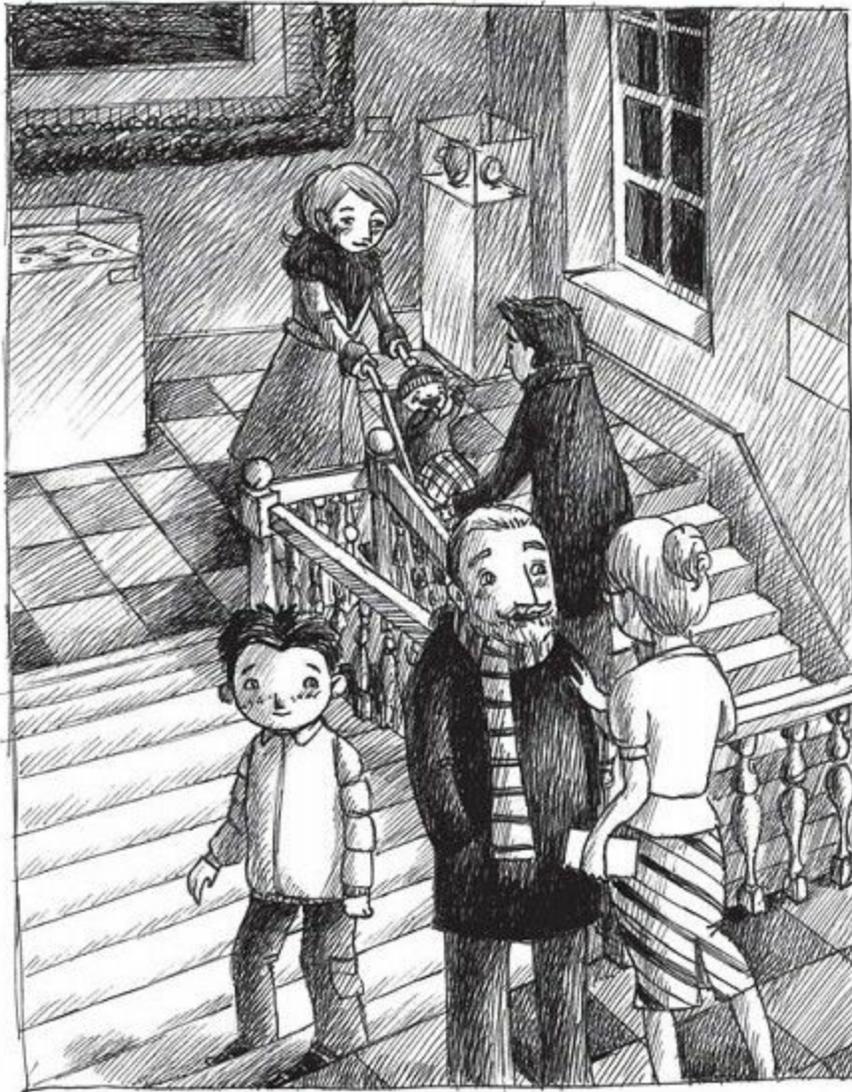
Cuando salieron a la calle, se agachó y le dio a James un beso en la cabeza.

–Te quiero, colega.

–Sí, papá –dijo él–. Yo también te quiero.

–Hacemos algo el miércoles, ¿vale?

La señora Pompaday le interrumpió.



–Ya veremos, Karl. Puede que James necesite tiempo para trabajar en algunas obras nuevas.

James se avergonzó y Karl le miró compasivo.

–Vale, ya hablamos –dijo. Le alborotó el pelo y luego se marchó andando por la acera.

La señora Pompaday pidió un taxi. William empezó a aullar. Arqueó la espalda en señal de protesta y le dio patadas al reposapiés del cochecito.

–¡Ay, mi vida! –canturreó su madre–. Sí, sí, tienes hambre. Ahora vamos a comer –lo sacó del asiento, lo puso en brazos de su padre y gritó–: ¡James! ¿Puedes meter el cochecito en el maletero?

Mientras James doblaba la sillita y se la daba al taxista, Marvin vio que dudaba. Solo duró un segundo, pero en ese instante de tiempo Marvin se quedó paralizado. ¡No, James!, pensó, sintiendo lo que estaba a punto de pasar incluso antes de ser consciente de ello.

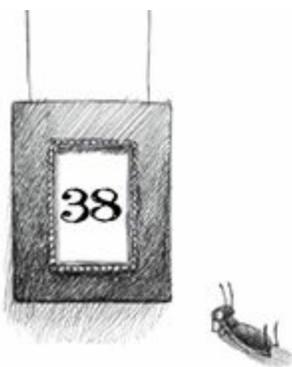
De pronto vio cómo la mano derecha de James se alargaba hacia el maletero abierto en el momento exacto en que el taxista lo cerraba de golpe.

Se oyó un escalofriante y malogrado ruido sordo cuando la puerta metálica del maletero se estrelló contra algo que no debía estar ahí. Y luego un grito de angustia.

James dio un traspié hacia atrás. Dolorido, sollozaba y se sujetaba la mano derecha.

*No, no, no*, pensó Marvin, y la palabra retumbaba en su cabeza mientras agarraba la otra muñeca de James.

–¡James! –chilló la señora Pompaday.



## Obra maestra

Días después, una tarde soleada de invierno, Marvin salió muy despacio del hogar familiar y encontró un trocito de papel detrás de la basura con una temblorosa X negra. Le dio un vuelco el corazón. No había visto a James desde que se lesionó. ¡Menudo jaleo se armó aquel día! Un frenético viaje en taxi al hospital, James haciéndose el valiente e intentando contener las lágrimas, los Pompaday gritando y culpándose a sí mismos y al otro por pedirle a James que metiera el cochecito de William en el maletero («¿Qué pasa si su mano nunca se recupera?», «¿Qué pasa si no vuelve a dibujar?», «¡Nunca me lo perdonaría! ¡Nunca!», juró la señora Pompaday). Ya en el hospital, Marvin se había visto obligado a aferrarse a James como si le fuera la vida en ello mientras apartaban bruscamente su chaqueta y le examinaban la mano, le hacían una radiografía y le ponían una escayola.

–¿El daño es irreparable? –preguntó preocupada la señora Pompaday a todos los médicos que pasaban por la habitación.

–Es una fractura grave –dijo uno de los médicos–. Pero con fisioterapia se pondrá bien.

–No, no, usted no lo entiende –insistió ella–. Mi hijo es un artista con mucho talento. Dibuja miniaturas maravillosas...

El médico la interrumpió.

–Habrá que esperar y ver cómo se cura.

De vuelta en casa, Marvin recordó una y otra vez la escena de la calle. ¿Lo habría hecho James a propósito? No había forma de saberlo. Pero cuando les contó a sus padres sus sospechas se quedaron horrorizados.

–¡Por supuesto que no! ¿Cómo se va a romper adrede su propia mano? –gritó su madre–. James nunca haría una cosa así.

–Además, ¿quién sabe cómo le afectaría esa lesión a la hora de usar su mano? –añadió su padre–. Olvídate de los dibujos. ¿Qué pasa si James no puede volver a

lanzar una pelota de béisbol? ¿O escribir correctamente su nombre? Es un niño demasiado listo para correr esa clase de riesgos.

Marvin deseaba que sus padres tuvieran razón, pero no estaba tan seguro. Sabía lo desesperado que había estado James por dejar de fingir un don que no tenía.

En los últimos días, Marvin había visitado varias veces la habitación de James, pero se las había apañado para ir siempre que no estaba. Hasta se había quedado debajo de la mesa de la cocina mientras los Pompaday cenaban solo para oír cómo James describía la reacción de sus compañeros del colegio al ver su brazo roto y escuchar la historia de los dibujos robados. Al parecer, le habían rodeado y le habían hecho muchas preguntas y le habían dicho muchos cumplidos. Se habían peleado por firmarle la escayola y se querían sentar con él a la hora de comer. Marvin esperaba que todo aquel asunto hiciera que James fuera popular durante un tiempo. Le vendría bien tener más amigos humanos.

*Y no solo humanos*, pensó Marvin, sintiéndose triste y solo. Hacía días que no se veían, después de haber pasado tanto tiempo juntos. Pero no se trataba de la cantidad de tiempo, sino de la intensidad. ¡Habían pasado tantas cosas juntos! Marvin sentía que aquello le había cambiado, y sabía que James era el único que realmente podía entenderlo.

–¿Qué pasa, cariño? –le preguntó su madre una noche.

–Echo de menos a James –dijo él–. ¿Crees que se ha olvidado de mí?

–¡Ay, no, cariño, claro que no! Sé que no se ha olvidado. Ven conmigo. Tengo que enseñarte algo.

Agarrándole suavemente de la pata, su madre le llevó por el salón hasta el pasillo estrecho que conectaba su casa con la de Albert, Edith y Elaine. Marvin vio un nuevo agujero en la pared del pasillo.

–¿Qué es eso? –preguntó.

–Mira dentro –le dijo su madre sonriendo.

Marvin se quedó sin aliento. Al otro lado de la puerta vio una nueva habitación recién excavada. Había un poco de polvo blanco de yeso en el suelo y, en el centro, el pequeño tapón de una botella lleno de tinta y cubierto por un trozo diminuto de film transparente. Y junto a él, varios trocitos de papel amontonados.

–¡Mamá! ¿Qué es esto? –gritó Marvin.

Su madre le sonrió abiertamente.

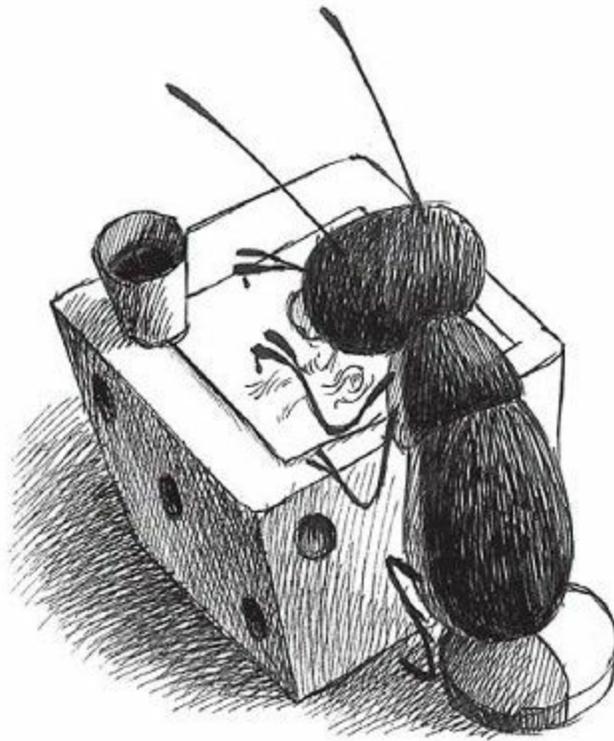
–Un estudio, cariño. Un estudio de un artista de verdad, ¡solo para ti! Tu padre y el tío Albert han estado todo el día preparándolo. ¿Y de dónde crees que han sacado la tinta y el papel?

Marvin lo sabía.

–Los dejó ayer en el armario de la cocina. Incluso cubrió la tinta con film transparente para que dure más. ¡Hay que ver qué niño tan listo y considerado! –su madre le abrazó–. Así podrás dibujar cuando quieras. Y lo que quieras, Marvin.

A Marvin el corazón le iba a estallar y se le iba a salir del caparazón.

Al día siguiente, Marvin se puso contentísimo cuando divisó el trozo de papel con la X dibujada en la esquina del armario de la cocina. Un poco antes de las cuatro fue corriendo al cuarto de James, que estaba tumbado en la cama leyendo con la escayola apoyada de forma incómoda sobre la colcha. Mientras Marvin atravesaba la tediosa extensión de alfombra, se dio cuenta con satisfacción de que James no paraba de mirar de reojo hacia su escritorio. ¡Claro que no se había olvidado de él! *Ha estado buscándome*, pensó Marvin.



—¡Ay! —oyó que gritaba—. ¡Estás ahí, pequeñín! Deja que te lleve —se levantó de la cama de un salto y plantó la escayola delante de Marvin, sonriendo de oreja a oreja—. ¿Qué te parece? —preguntó—. Es genial, ¿eh? —el blanco de la escayola estaba tapado por firmas y garabatos hechos con rotuladores de colores vivos—. Pedí que me firmaran todos los de mi clase y como media clase de la señorita Kellogg. Esta cosa les encanta.

Marvin trepó a la escayola y James lo levantó.

—¿Cogiste la tinta? ¿Y el papel? Miré y ya no estaba, así que supongo que sí. ¡Así puedes seguir dibujando! Y cuando necesites más tinta, solo tienes que dejar el tapón en el armario y yo lo rellenaré, ¿vale?

Marvin le sonrió.

James lo llevó por la habitación.

–Quería que vinieras porque tengo que enseñarte algo –anunció, prácticamente incapaz de ocultar su emoción. Fue hacia la pared del cuarto y se detuvo a unos centímetros de distancia, sujetando su escayola en el aire–. ¡Mira!

Ahí, frente a ellos, estaba el dibujo de Marvin, enmarcado con esmero y colgado junto a la ventana. Era una réplica minúscula de la escena callejera, con su farola, su árbol y su tejado.

Marvin se quedó mirándolo. Era el dibujo que pensó que James les había vendido a los Morton por cuatro mil dólares. ¿Cómo estaba ahí, en su cuarto, colgado en la pared como un cuadro de verdad o algo que podría estar en un museo?

–Queda genial, ¿a que sí? –dijo James alegremente–. Christina me lo enmarcó. Y adivina... También va a enmarcar tu *Fortaleza* y me lo va a dar. Me dijo que era lo mínimo que podía hacer después de todo lo que la ayudé –sonrió a Marvin–. De todo lo que la ayudaste.



Marvin miró asombrado a James. ¡También volvería a ver *Fortaleza!* Estaba deseando enseñárselo a sus padres y a todos sus familiares.

James apoyó la escayola en la pared junto al dibujo para que Marvin estuviera muy cerca de su pequeño paisaje urbano.

–Sorprendido, ¿eh? Pensabas que lo habíamos vendido. Y es lo que íbamos a hacer, pero después de lo que le pasó a mi mano mi madre no fue capaz. Está preocupadísima por si no vuelvo a hacer más. Y lleva razón –sonrió–, porque no haré más.

James flexionó sus dedos y observó la escayola.

–¡Jo! ¡Cómo me dolió! Pero al final todo salió bien. Tú y yo no podíamos seguir haciendo esos dibujitos, ya sabes. Ojalá hubiera habido una forma de decirle a todo el mundo la verdad. Pero era demasiado difícil. Y tenía miedo de lo que pudieran hacerte, ¿sabes?

Marvin miró a James y le invadió una cálida sensación que era totalmente nueva

para él. Era más que felicidad. Más que afecto o gratitud. Era algo más profundo. Era la sensación de que le vieran y le quisieran por quien era en realidad.

No de la forma en que le querían sus padres, fija y segura como la farola que brillaba cada noche tras la ventana de James. Esto era diferente: sentía que había sido elegido. Entre todo el mundo, Marvin se dio cuenta de que aquel niño le había elegido a él como su preferido.

–El caso es que –seguía diciendo él– mi madre decidió no venderlo porque podría ser mi última gran obra maestra y teníamos que quedárnosla. Quería ponerla en el salón, claro, porque así la vería más gente –se rio–. Pero queda bien aquí, ¿no? Es como tener otra ventana en la pared, una muy pequeñita. ¿Y sabes? Si tuvieras un cuartito en este mismo sitio, al lado del mío, esto es lo que verías desde tu ventana.

Marvin sonrió. Era verdad. Era la ventana de James en miniatura, el tamaño perfecto para un escarabajo.

–Ni en mil años adivinarías lo que voy a hacer esta noche –dijo James, llevando a Marvin a su escritorio y poniendo suavemente la escayola sobre la superficie de madera. Marvin bajó y se quedó mirándolo expectante–. Voy a cenar con mi padre –hizo una pausa y sonrió–, ¡y con Christina! Me van a llevar a tomar una pizza –bajó la voz y le dijo con complicidad–: Creo que a mi padre le gusta.

*Karl y Christina. Pegan*, pensó Marvin. Sería como una segunda familia para James. Una familia diferente, artística.

De pronto James se empezó a reír.

–¿Sabes? Eres mi mejor amigo. Es un poco raro, ¿no?

Marvin le sonrió.

Una gran amistad era como una gran obra de arte, pensó. Hacía falta tiempo y atención, y una pizca de algo que era imposible describir. Encontrar un alma gemela en un completo extraño era un accidente alegre y afortunado.

Alguien llamó a la puerta y Marvin oyó la voz de Karl.

–Me tengo que ir –le dijo James, dejándolo con cuidado en la mesa–. Ha llegado papá. Pero nos vemos mañana. ¡O buscaré la X detrás de la basura!

Sacó la chaqueta del armario y le dijo adiós a Marvin con la mano.

–Adiós, pequeñín.

Marvin levantó una de sus patas y la agitó en el aire para despedirse.

Cuando la habitación se quedó vacía, fue hacia el borde de la mesa y miró por la ventana. Pensó en todas las cosas que harían juntos James y él cuando llegara la primavera. Podrían dar largos paseos, ir al parque, visitar el Metropolitan con Karl y Christina, y luego él volvería a su pequeño estudio y haría sus propios dibujos.

Marvin sonrió. Había un mundo entero esperando ser explorado, y no existía nadie mejor que James para hacerlo.



# Nota de la autora

## Sobre el arte

En esta historia, toda la información sobre Alberto Durero y sus contemporáneos es cierta, pero los cuatro



Giovanni Bellini, *Fortaleza*, ca. 1470 Pluma y tinta marrón, aprox. 3 x 3 cm  
Cortesía del Museo J. Paul Getty,  
Los Ángeles

dibujos de las *Virtudes* son producto de mi imaginación. Durero hizo dibujos a tinta en miniatura con el nivel de detalle aquí descrito. También fue siempre un admirador del artista del Renacimiento italiano Giovanni Bellini, que hizo un dibujo en miniatura de *Fortaleza* (la chica luchando con el león) que se encuentra, efectivamente, en el museo J. Paul Getty de California y que aparece descrito en esta historia. Está reproducido en la página anterior.

## Sobre el robo

Excepto los robos de mis dibujos inventados de las *Virtudes*, todos los robos que aparecen en el libro ocurrieron de verdad y hay un departamento especial del FBI que se encarga de recuperar el arte robado. Sin embargo, por razones comprensibles, los museos de arte y las agencias del orden público son muy reacios a compartir información sobre sus sistemas de seguridad. En esta historia, los pormenores sobre el robo de *Fortaleza* del Metropolitan y los procedimientos que se usan son puramente ficticios.

### Sobre los escarabajos

Marvin y su familia pretenden ser una clase de escarabajo de tierra, de la que existen más de dos mil variedades. Su vida puede durar como mucho tres o cuatro años y, aunque generalmente viven en el exterior, a veces deambulan por interiores donde se quedan a vivir. La mayoría de las especies no vuelan. Comen cosas variadas y suelen estar más activos por la noche.



Alberto Durero, *Ciervo volante*, 1505  
Cortesía del Museo J. Paul Getty,  
Los Ángeles



## Agradecimientos

Dado que este es un libro sobre la amistad, es un placer para mí agradecerlo especialmente a las siguientes personas, que son una parte tan importante de mi vida: mi editora, Christy Ottaviano, cuyo buen juicio y sus comentarios inteligentes han mejorado enormemente mi trabajo; mi hermana Mary Broach, que tiene el don de leer el manuscrito como madre, como crítica y como la niña que fue; y mi amplio grupo de lectores enormemente talentosos, que son además maravillosos amigos: Jane Burns, Claire Carlson, Laura Forte, Jane Kamensky, Jill Lepore y Carol Sheriff. Me siento muy afortunada de poder contar con ellos.

También estoy agradecida a varios lectores y oyentes jóvenes (Jane y Margaret Urheim y Gideon y Simon Leek), que reaccionaron con tanta amabilidad al leer una versión de este libro. Quisiera darle las gracias especialmente a Caroline Meckler por compartir conmigo sus conocimientos del Metropolitan Museum of Art y al personal de Holt por hacer un magnífico trabajo distribuyendo mis libros por el mundo.

Finalmente quiero dar infinitas gracias a mi familia, mi marido Ward Wheeler y mis hijos Zoe, Harry y Grace, por su flexibilidad, entusiasmo y apoyo. Hace unos años, en un restaurante chino, mi galleta de la suerte decía: «Tu familia es una de las obras maestras de la naturaleza». Me lo creo.

## Sobre la autora y la ilustradora

**Elise Broach** es autora de las novelas *Shakespeare's secret* y *Un cadáver en el desierto* (Siruela, 2011). La idea de *El misterio del cuadro robado. La gran aventura de Marvin y James* surgió cuando se le cayó una lentilla por el desagüe del lavabo y tuvo que sentarse en el suelo de baldosas durante una hora tratando en vano de aflojar la tubería mientras se imaginaba lo maravilloso que sería que una criatura diminuta pudiera cogerla. Escribió los primeros capítulos de la historia esa misma noche y no volvió a ella hasta veinte años más tarde. Elise está licenciada en Historia por la Universidad de Yale y vive con su familia en Easton, Connecticut.

[www.elisebroach.com](http://www.elisebroach.com)

**Kelly Murphy** ha ilustrado muchos libros para niños, entre los que se encuentra *Hush, Little Dragon*. Vive en North Attleboro, Massachusetts.

[www.kelmurphy.com](http://www.kelmurphy.com)

<sup>1</sup> Cuando se escribió este libro aún no habían encontrado la obra de Da Vinci, que fue recuperada en Glasgow en octubre de 2007. (N.



Título original: *Masterpiece*

Edición en formato digital: marzo de 2013

En cubierta: Ilustración de © Kelly Murphy, 2010

Colección dirigida por Michi Strausfeld

© Elise Broach, 2008

© De las ilustraciones, Kelly Murphy, 2008

Published by arrangement with Henry Holt and Company, LLC

All rights reserved

© De la traducción, Mireya Hernández Pozuelo, 2013

© Ediciones Siruela, S. A., 2013

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15723-57-8

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

# Índice

Portadilla	2
1. Una emergencia familiar	8
2. Por el desagüe	12
3. La fiesta de cumpleaños	18
4. Un regalo para James	26
5. ¡Es extraordinario!	32
6. Un nuevo problema	37
7. Podría ser un Durero	43
8. El templo del arte	48
9 La mujer y el león	53
10. La mujer y la espada	58
11. Abandonado	65
12. En el despacho de Christina	69
13. Copiar una copia	74
14. Robar la virtud	79
15.. La vuelta a casa	86
16. Demasiado arriesgado	91
17. En el solárium	95
18. La batalla de la tortuga contra los escarabajos	103
19. El problema de James	108
20. El arte de falsificar	113
21. Más que una copia	121
22. La pelea	125
23. Un crimen perfecto	132
24. Destino y Fortaleza	141
25. El intermediario	146
26. El viaje secreto	150
27. Las Virtudes escondidas	155

28. Entre ladrones	159
29. Tramando un plan	162
30. Con la ayuda de un amigo	168
31. Allanamiento de morada	175
32. Una revelación	180
33. Atrapado	184
34. Reunión	189
35. El ladrón de la Virtud	194
36. De vuelta sanos y salvos	202
37. El don de James	207
38. Obra maestra	214
Nota de la autora	221
Agradecimientos	224
Sobre la autora y la ilustradora	225
Notas	226
Créditos	228